



EL TALÓN DE HIERRO

Jack London



En el futuro año de 2600, Anthony Meredith descubre el manuscrito de Avis Everhard. Atraído por el relato que esta revolucionaria socialista hace de los acontecimientos vividos en los años en los que imperó el tiránico gobierno del Talón de Hierro hasta 1984, cuando se interrumpe abruptamente, decide transcribirlo y anotarlo.

Considerada como una de las obras clásicas que han inspirado a socialistas de todo el mundo, *El talón de hierro* es una obra sorprendente, tanto por cómo London plantea el relato como por el agudo análisis y la denuncia de la realidad social y económica implícitos en la narración de los acontecimientos.

Si bien envuelta en la polémica en su tiempo, se ha consolidado como una de las más brillantes obras pertenecientes a la «literatura de anticipación» o «distópica», al ofrecer un enfoque visionario de lo que ineludiblemente habrá de venir en un tiempo futuro, que el autor describe como un pasado ya superado, pero que sirve para criticar el capitalismo imperante que aún tardará en desaparecer.



Jack London

El Talón de Hierro

novela de anticipación social

ePub r1.3

Titivillus 19.03.15

Título original: *The Iron Heel*

Jack London, 1908

Traducción: María Ruipérez López

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PRÓLOGO

No se puede considerar el Manuscrito Everhard como un documento histórico importante. Según los historiadores, está plagado de errores —no errores factuales, sino de interpretación—. Al retroceder los siete siglos transcurridos desde que Avis Everhard completara ese manuscrito, los acontecimientos y sus consecuencias, para ella confusos y oscuros, aparecen más claros para nosotros. Avis no dispuso de perspectiva. Estuvo demasiado cerca de los hechos que relató. Mejor dicho, estuvo inmersa en esos sucesos.

No obstante, y como documento personal, el Manuscrito Everhard posee un inestimable valor, aunque nos encontremos, junto con los errores de perspectiva, con la parcialidad del amor. En cualquier caso, sentimos un gran aprecio por su trabajo, y disculpamos a Avis Everhard por el tono épico con que describió a su esposo. Sabemos, hoy en día, que no fue tan colosal la figura de su hombre, y que tuvo que afrontar aquellos sucesos con menor grandeza que la que el manuscrito tiende a hacernos creer.

No hay duda de que Ernesto Everhard fue un personaje excepcional, aunque no tan grandioso como lo concibió su mujer. Ernesto fue, en todo caso, uno más dentro del amplio conjunto de héroes que a lo ancho del mundo han dedicado su vida a la revolución; aunque hemos de concederle un mérito singular: su elaboración e interpretación de la filosofía de la clase trabajadora.

«Ciencia proletaria» y «Filosofía proletaria» eran los términos con que se refería en su ideario; con lo que mostraba un cierto provincianismo ideológico —un defecto, no obstante, al que nadie en aquellos tiempos podía escapar.

Pero volvamos al manuscrito. Es especialmente valiosa su capacidad para comunicarnos los *sentimientos* en aquellos tiempos terribles. En ninguna otra parte encontraremos reflejada en forma tan clara la psicología de los que vivieron en el turbulento periodo comprendido entre 1912 y 1932 —sus errores y su ignorancia, sus dudas, sus temores y sus falsas valoraciones de la realidad, sus delirios éticos, sus pasiones violentas, su egoísmo y su vileza—. Se trata de hechos que, a la luz de los tiempos actuales, resultan muy difíciles de comprender. La historia nos muestra que estos hechos ocurrieron, y la historia y la biología nos muestran también por qué sucedieron; pero ni la historia, ni la biología ni la psicología pueden revivirlos. Los aceptamos como hechos históricos, pero mantenemos con respecto a ellos cierto distanciamiento emocional.

A pesar de ello, no resulta fácil evitar una cierta comprensión solidaria cuando recorremos el texto de Manuscrito Everhard. Nos adentramos, así, en las mentes de los actores de aquel pretérito drama histórico y por un momento sus procesos mentales son nuestros procesos mentales. No sólo comprendemos el amor de Avis Everhard por su heroico marido, sino que nuestra empatía nos lleva a compartir sus sentimientos en aquellos terribles días de la primera opresión de la oligarquía. Podemos imaginar cómo el Talón de Hierro (un nombre muy adecuado) descendía de las alturas para aplastar a la humanidad.

De paso, comprobamos que esa expresión, ya histórica, se creó en la mente de Ernesto Everhard, y que se trata de una de las

propuestas que el documento recién hallado explica con mayor claridad. Anteriormente se encontró la frase en el escrito *Ye Slaves*, publicado por George Milford en 1912. George Milford fue un oscuro revolucionario del que poco sabemos, excepto la escasa información que aparece en el manuscrito; apenas se menciona en él que fue fusilado en la Comuna de Chicago. Parece probable que Milford hubiera oído la expresión en labios de Everhard en alguno de sus discursos, quizá en sus campañas para el Congreso en el otoño de 1912. A través del manuscrito sabemos que Everhard utilizó la expresión en una comida privada en la primavera de 1912. Parece claro, pues, que fue entonces cuando se utilizó esa frase para definir la oligarquía.

El porqué del rápido e irresistible auge de la oligarquía permanecerá siempre como un misterio para los historiadores y para los filósofos. En general, resulta sencillo dentro de la evolución social encontrar los pasos sucesivos que han hecho inevitable la aparición de los grandes sucesos históricos. Ha sido posible predecir su advenimiento con la misma certeza con que los astrónomos calculan los movimientos astrales. Sin la ocurrencia de sucesos históricos tan importantes, no habría sido posible ninguna evolución social. El comunismo primitivo, el tráfico de esclavos, la servidumbre de la gleba y los salarios de miseria fueron miliarios a lo largo del camino de la evolución de la sociedad. Pero resulta ridículo asegurar que el Talón de Hierro fuera un hito necesario en ese discurrir de la humanidad. Incluso hoy se consideran como etapas retrógradas esas tiranías sociales que convertían al mundo en un infierno, pero que fueron tan necesarias como innecesario fue el Talón de Hierro.

El feudalismo fue un periodo histórico tan oscuro como inevitable; pero ¿qué otra cosa podría haber devenido tras el

desmoronamiento de aquella gran máquina de gobierno que fue el Imperio romano? No es el caso del Talón de Hierro; no hay dentro del proceso de la evolución social nada que lo justifique. No fue necesario ni tampoco inevitable. Permanecerá siempre como un gran enigma de la advertencia a esos políticos irreflexivos actuales que teorizan tan convencidos sobre los procesos sociales.

Los sociólogos consideraron en su días el capitalismo como la culminación del gobierno de la burguesía, como el fruto maduro de la revolución burguesa. También nosotros coincidimos, hoy día, con ese juicio. Pero tras la etapa capitalista, incluso grandes intelectuales, como Herbert Spencer, preconizaban, muy a su pesar, el advenimiento del socialismo. Se sostenía, así, que tras el desmoronamiento del capitalismo depredador aparecería la primavera de los tiempos, la Hermandad del Hombre. En lugar de esto, devino algo horrible. Un periodo de la humanidad que recordamos espantados, intentando comprender cómo afectó a los que lo vivieron. El hecho ominoso fue que del capitalismo, un fruto maduro ya en descomposición, brotó una rama monstruosa, la oligarquía.

Fue demasiado tarde cuando el movimiento socialista de comienzos del siglo XX descubrió el advenimiento de esta hidra. Cuando quisieron darse cuenta, la oligarquía ya estaba allí: como una realidad espantosa y cruel. Ni siquiera entonces, como bien muestra el Manuscrito Everhard, se pensó que el Talón de Hierro fuera a ser algo duradero. En opinión de los revolucionarios, su caída era cosa de muy pocos años. Ciertamente es que había comprendido que faltó planificación en la Revuelta Campesina y que la Primera Sublevación fue prematura; pero estuvieron muy lejos de imaginar que la Segunda Sublevación, planificada y madurada, estuviera abocada al fracaso, y con mayores y más

terribles consecuencias.

Parece evidente que Avis Everhard completó el manuscrito durante los últimos días previos a la Segunda Sublevación; de ahí que no se mencionen los resultados desastrosos de la revuelta. Es comprensible que ella planeara llevar el manuscrito a la imprenta tan pronto como el Talón de Hierro fuera derrocado; con el propósito, sin duda, de que su marido, tan recientemente desaparecido, recibiera los honores merecidos por sus arriesgadas acciones. Tras el terrible desastre de la Segunda Sublevación, sintiendo quizá su vida en peligro por el acoso de los mercenarios, la mujer escondió el manuscrito en el tronco hueco de un roble en Wake Robin Lodge.

No hubo más noticias de Avis Everhard. Presumiblemente fue ejecutada por los mercenarios; y, como bien sabemos, el Talón de Hierro no registraba esas ejecuciones sumarias. Poco pudo imaginar Avis, incluso entonces, cuando escondió el manuscrito y trató de huir, lo terrible que resultó el aplastamiento de la Segunda Sublevación. Ni de lejos pudo imaginar los sucesos que a lo largo de los tres siglos siguientes condujeron a una Tercera Sublevación, a una cuarta y a muchas más todavía. Todas ellas resultaron ahogadas en mares de sangre hasta que triunfara el movimiento universal de los trabajadores. Tampoco pudo la mujer soñar en que durante siete siglos, su tributo de amor a Ernesto Everhard, el manuscrito, reposara tranquilo en el corazón de un viejo roble en Wake Robin Lodge.

Anthony Meredit.

Ardis,

27 de noviembre de 2600 a. D

(419 de la era de la Hermandad del Hombre)

CAPÍTULO I

MI ÁGUILA

LA brisa de verano agita las gigantescas secuoias y las ondas de la Wild Water cabrillean cadenciosamente sobre las piedras musgosas. Danzan al sol las mariposas y en todas partes zumba el bordoneo mecedor de las abejas. Sola, en medio de una paz tan profunda, estoy sentada, pensativa e inquieta. Hasta el exceso de esta serenidad me turba y la torna irreal. El vasto mundo está en calma, pero es la calma que precede a las tempestades. Escucho y espío con todos mis sentidos el menor indicio del cataclismo inminente. ¡Con tal que no sea prematuro! ¡Oh, si no estallara demasiado pronto!^[1]

Es explicable mi inquietud. Pienso y pienso, sin descanso, y no puedo evitar el pensar. He vivido tanto tiempo en el corazón de la refriega, que la tranquilidad me oprime y mi imaginación vuelve, a pesar mío, a ese torbellino de devastación y de muerte que va a desencadenarse dentro de poco. Me parece oír los alaridos de las víctimas, ver, como ya lo he visto en el pasado^[2], a toda esa tierna y preciosa carne martirizada y mutilada, a todas esas almas arrancadas violentamente de sus nobles cuerpos y arrojadas a la cara de Dios. ¡Pobres mortales como somos, obligados a recurrir a la matanza y a la destrucción para alcanzar nuestro fin, para imponer en la tierra una paz y una felicidad durables!

¡Y, además, estoy completamente sola! Cuando no sueño con

lo que debe ser, sueño con lo que ha sido, con lo que ya no existe. Pienso en mi águila, que batía el vacío con sus alas infatigables y que emprendió vuelo hacia su sol, hacia el ideal resplandeciente de la libertad humana. Yo no podría quedarme cruzada de brazos para esperar el gran acontecimiento que es obra suya, a pesar de que él no esté ya más aquí para contemplar su ejecución. Esto es el trabajo de sus manos, la creación de su espíritu^[3]. Sacrificó a eso sus más bellos años y ofreció su vida misma.

He aquí por qué quiero consagrar este período de espera y de ansiedad al recuerdo de mi marido. Soy la única persona del mundo que puede proyectar cierta luz sobre esta personalidad, tan noble que es muy difícil darle su verdadero y vivo relieve. Era un alma inmensa. Cuando mi amor se purifica de todo egoísmo, lamento sobre todo que ya no esté más aquí para ver la aurora cercana. No podemos fracasar, porque construyó demasiado sólidamente, demasiado seguramente. ¡Del pecho de la humanidad abatida arrancaremos el Talón de Hierro maldito! A una señal convenida, por todas partes se levantarán legiones de trabajadores, y jamás se habrá visto nada semejante en la historia. La solidaridad de las masas trabajadoras está asegurada, y por primera vez estallará una revolución internacional tan vasta como el vasto mundo^[4]

Ya lo veis; estoy obsesionada por este acontecimiento que desde hace tanto tiempo he vivido día y noche en sus menores detalles. No puedo alejar el recuerdo de aquel que era el alma de todo esto. Todos saben que trabajó rudamente y sufrió cruelmente por la libertad; pero nadie lo sabe mejor que yo, que durante estos veinte años de conmociones he compartido su vida y he podido apreciar su paciencia, su esfuerzo incesante, su abnegación absoluta a la causa por la cual murió hace sólo dos

meses.

Quiero intentar el relato simple de cómo Ernesto Everhard entró en mi vida, cómo su influencia sobre mí creció hasta el punto de convertirme parte de él mismo y qué cambios prodigiosos obró en mi destino; de esta manera podréis verlo con mis ojos y conocerlo como lo he conocido yo misma; sólo callaré algunos secretos demasiado dulces para ser revelados.

Lo vi por primera vez en febrero de 1912, cuando invitado a cenar por mi padre^[5], entró en nuestra casa de Berkeley^[6]; no puedo decir que mi primera impresión haya sido favorable. Teníamos muchos invitados, y en el salón, en donde esperábamos que todos nuestros huéspedes hubieran llegado, hizo una entrada bastante desdichada. Era la noche de los predicantes, como papá decía entre nosotros, y verdaderamente Ernesto no parecía en su sitio en medio de esa gente de iglesia.

En primer lugar, su ropa no le quedaba bien. Vestía un traje de paño oscuro, y él nunca pudo encontrar un traje de confección que le quedase bien. Esa noche, como siempre, sus músculos levantaban el género y, a consecuencia de la anchura de su pecho, la americana le hacía muchos pliegues entre los hombros. Tenía un cuello de campeón de boxeo^[7], espeso y sólido. He aquí, pues, me decía, a este filósofo social, exmaestro herrero, que papá ha descubierto; y la verdad era que con esos bíceps y ese pescuezo tenía un físico adecuado al papel. Lo clasifiqué inmediatamente como una especie de prodigio, un Blind Tom^[8] de la clase obrera.

Enseguida me dio la mano. El apretón era firme y fuerte, pero sobre todo me miraba atrevidamente con sus ojos negros... demasiado atrevidamente a mi parecer. Comprendí: yo era una criatura del ambiente, y para esa época mis instintos de clase eran poderosos. Este atrevimiento me hubiese parecido casi

imperdonable en un hombre de mi propio mundo. Sé que no pude remediarlo y baje los ojos, y cuando se adelantó y me dejó atrás, fue con verdadero alivio que me volví para saludar al obispo Morehouse, uno de mis favoritos: era un hombre de edad media, dulce y grave, con el aspecto y la bondad de un Cristo y, por sobre todas las cosas, un sabio.

Mas esta osadía que yo tomaba por presunción era en realidad el hilo conductor que debería permitirme desenmarañar el carácter de Ernesto Everhard. Era simple y recto, no tenía miedo a nada y se negaba a perder el tiempo en usos sociales convencionales. «Si tú me gustaste enseguida, me explicó mucho tiempo después, ¿por qué no habría llenado mis ojos con lo que me gustaba?». Acabo de decir que no temía a nada. Era un aristócrata de naturaleza, a pesar de que estuviese en un campo enemigo de la aristocracia. Era un superhombre. Era la bestia rubia descrita por Nietzsche^[9], mas a pesar de ello era un ardiente demócrata.

Atareada como estaba recibiendo a los demás invitados, y quizás como consecuencia de mi mala impresión, olvidé casi completamente al filósofo obrero. Una o dos veces en el transcurso de la comida atrajo mi atención. Escuchaba la conversación de diversos pastores; vi brillar en sus ojos un fulgor divertido. Deduje que estaba de humor alegre, y casi le perdoné su indumentaria. El tiempo entretanto pasaba, la cena tocaba a su fin y todavía no había abierto una sola vez la boca, mientras los reverendos discurrían hasta el desvarío sobre la clase obrera, sus relaciones con el clero y todo lo que la Iglesia había hecho y hacia todavía por ella. Advertí que a mi padre le contrariaba ese mutismo. Aproveché un instante de calma para alentarle a dar su opinión. Ernesto se limitó a alzarse de hombros, y después de un

breve «No tengo nada que decir», se puso de nuevo a comer almendras saladas.

Pero mi padre no se daba fácilmente por vencido; al cabo de algunos instantes declaró:

—Tenemos entre nosotros a un miembro de la clase obrera. Estoy seguro de que podríamos presentarnos los hechos desde un punto de vista nuevo, interesante y remozado. Hablo del señor Everhard.

Los demás manifestaron un interés cortés y urgieron a Ernesto a exponer sus ideas. Su actitud hacia él era tan amplia, tan tolerante y benigna que equivalía lisa y llanamente a condescendencia. Vi que Ernesto lo entendía así y se divertía.

Paseó lentamente sus ojos alrededor de la mesa y sorprendí en ellos una chispa maliciosa.

—No soy versado en la cortesía de las controversias eclesiásticas —comenzó con aire modesto; luego pareció dudar.

Se escucharon voces de aliento: «¡Continúe, continúe!». Y el doctor Hammerfield agregó: —No tememos la verdad que pueda traernos un hombre cualquiera... siempre que esa verdad sea sincera.

—¿De modo que usted separa la sinceridad de la verdad? —preguntó vivamente Ernesto, riendo.

El doctor Hammerfield permaneció un momento boquiabierto y terminó por balbucir:

—Cualquiera puede equivocarse, joven, cualquiera, el mejor hombre entre nosotros.

Un cambio prodigioso se operó en Ernesto. En un instante se trocó en otro hombre.

—Pues bien, entonces permítame que comience diciéndole que se equivoca, que os equivocáis vosotros todos. No sabéis

nada, y menos que nada, de la clase obrera. Vuestra sociología es tan errónea y desprovista de valor como vuestro método de razonamiento.

No fue tanto por lo que decía como por el tono con que lo decía que me sentí sacudida al primer sonido de su voz. Era un llamado de clarín que me hizo vibrar entera. Y toda la mesa fue zarandeada, despertada de su runrún monótono; y enervante.

—¿Qué es lo que hay tan terriblemente erróneo y desprovisto de valor en nuestro método de razonamiento, joven? —preguntó el doctor Hammerfield, y su entonación traicionaba ya un timbre desapacible.

—Vosotros sois metafísicos. Por la metafísica podéis probar cualquier cosa, y una vez hecho eso, cualquier otro metafísico puede probar, con satisfacción de su parte, que estabais en un error. Sois anarquistas en el dominio del pensamiento. Y tenéis la vesánica pasión de las construcciones cósmicas. Cada uno de vosotros habita un universo a su manera, creado con sus propias fantasías y sus propios deseos. No conocéis nada del verdadero mundo en que vivís, y vuestro pensamiento no tiene ningún sitio en la realidad, salvo como fenómeno de aberración mental... ¿Sabéis en qué pensaba cuando os oía hablar hace un instante a tontas y a locas? Me recordabais a esos escolásticos de la Edad Media que discutían grave y sabiamente cuántos ángeles podían bailar en la punta de un alfiler. Señores, estáis tan lejos de la vida intelectual del siglo veinte como podía estarlo, hace una decena de miles de años, algún brujo piel roja cuando hacía sus sortilegios en la selva virgen.

Al lanzar este apóstrofe, Ernesto parecía verdaderamente encolerizado. Su faz enrojecida, su ceño arrugado, el fulgor de sus ojos, los movimientos del mentón y de la mandíbula, todo

denunciaba un humor agresivo. Era, empero, una de sus maneras de obrar. Una manera que excitaba siempre a la gente: su ataque fulminante la ponía fuera de sí. Ya nuestros convidados olvidaban su compostura. El obispo Morehouse, inclinado hacia delante, escuchaba atentamente. El rostro del doctor Hammerfield estaba rojo de indignación y de despecho. Los otros estaban también exasperados y algunos sonreían con aire de divertida superioridad. En cuanto a mí, encontraba la escena muy alegre. Miré a papá y me pareció que iba a estallar de risa al comprobar el efecto de esta bomba humana que había tenido la audacia de introducir en nuestro medio.

—Sus palabras son un poco vagas —le interrumpió el doctor Hammerfield—. ¿Qué quiere usted decir exactamente cuando nos llama metafísicos?

—Os llamo metafísicos —replicó Ernesto— porque razonáis metafísicamente. Vuestro método es opuesto al de la ciencia y vuestras conclusiones carecen de toda validez. Probáis todo y no probáis nada; no hay entre vosotros dos que puedan ponerse de acuerdo sobre un punto cualquiera. Cada uno de vosotros se recoge en su propia conciencia para explicarse el universo y él mismo. Intentar explicar la conciencia por sí misma es igual que tratar de levantarse del suelo tirando de la lengüeta de sus propias botas.

—No comprendo —intervino el obispo Morehouse—. Me parece que todas las cosas del espíritu son metafísicas. Las matemáticas, las más exactas y profundas de todas las ciencias, son puramente metafísicas. El menor proceso mental del sabio que razona es una operación metafísica. Usted, sin duda, estará de acuerdo con esto.

—Como usted mismo lo dice —sostuvo Ernesto—, usted no

comprende. El metafísico razona por deducción, tomando como punto de partida su propia subjetividad; el sabio razona por inducción, basándose en los hechos proporcionados por la experiencia. El metafísico procede de la teoría a los hechos; el sabio va de los hechos a la teoría. El metafísico explica el universo según él mismo; el sabio se explica a sí mismo según el universo.

—Alabado sea Dios porque no somos sabios —murmuró el doctor Hammerfield con aire de satisfacción beata.

—¿Qué sois vosotros, entonces?

—Somos filósofos.

—Ya alzasteis el vuelo —dijo Ernesto riendo—. Os salís del terreno real y sólido y os lanzáis a las nubes con una palabra a manera de máquina voladora. Por favor, vuelva a bajar usted y dígame a su vez qué entiende exactamente por filosofía.

—La filosofía es... —el doctor Hammerfield se compuso la garganta— algo que no se puede definir de manera comprensiva sino a los espíritus y a los temperamentos filosóficos. El sabio que se limita a meter la nariz en sus probetas no podría comprender la filosofía.

Ernesto pareció insensible a esta pulla. Pero como tenía la costumbre de derivar hacia el adversario el ataque que le dirigían, lo hizo sin tardanza. Su cara y su voz desbordaban fraternidad benigna.

—En tal caso, usted va a comprender ciertamente la definición que voy a proponerle de la filosofía. Sin embargo, antes de comenzar, lo intimo, sea a hacer notar los errores, sea a observar un silencio metafísico. La filosofía es simplemente la más vasta de todas las ciencias. Su método de razonamiento es el mismo que el de una ciencia particular o el de todas. Es por este método de razonamiento, método inductivo, que la filosofía fusiona todas las

ciencias particulares en una sola y gran ciencia. Como dice Spencer, los datos de toda ciencia particular no son más que conocimientos parcialmente unificados, en tanto que la filosofía sintetiza los conocimientos suministrados por todas las ciencias. La filosofía es la ciencia de las ciencias, la ciencia maestra, si usted prefiere. ¿Qué piensa usted de esta definición?

—Muy honorable... muy digna de crédito —murmuró torpemente el doctor Hammerfield.

Pero Ernesto era implacable.

—¡Cuidado! —le advirtió—. Mire que mi definición es fatal para la metafísica: Si desde ahora usted no puede señalar una grieta en mi definición, usted será inmediatamente descalificado por adelantar argumentos metafísicos. Y tendrá que pasarse toda la vida buscando esa paja y permanecer mudo hasta que la haya encontrado.

Ernesto esperó. El silencio se prolongaba y se volvía penoso. El doctor Hammerfield estaba tan mortificado como embarazado. Este ataque a mazazos de herrero lo desconcertaba completamente. Su mirada implorante recorrió toda la mesa, pero nadie respondió por él. Sorprendí a papá resoplando de risa tras su servilleta.

—Hay otra manera de descalificar a los metafísicos —continuó Ernesto, cuando la derrota del doctor fue probada—, y es juzgarlos por sus obras. ¿Qué hacen ellos por la humanidad sino tejer fantasías etéreas y tomar por dioses a sus propias sombras? Convengo en que han agregado algo a las alegrías del género humano, pero ¿qué bien tangible han inventado para él? Los metafísicos han filosofado, perdóneme esta palabra de mala ley, sobre el corazón como sitio de las emociones, en tanto que los sabios formulaban ya la teoría de la circulación de la sangre. Han

declamado contra el hambre y la peste como azotes de Dios, mientras los sabios construían depósitos de provisiones y saneaban las aglomeraciones urbanas. Describían a la tierra como centro del universo, y para ese tiempo los sabios descubrían América y sondeaban el espacio para encontrar en él estrellas y las leyes de los astros. En resumen, los metafísicos no han hecho nada, absolutamente nada, por la humanidad. Han tenido que retroceder paso a paso ante las conquistas de la ciencia. Y apenas los hechos científicamente comprobados habían destruido sus explicaciones subjetivas, ya fabricaban otras nuevas en una escala más vasta para hacer entrar en ellas la explicación de los últimos hechos comprobados. He aquí, no lo dudo, todo lo que continuarán haciendo hasta la consumación de los siglos. Señores, los metafísicos son hechiceros. Entre vosotros y el esquimal que imaginaba un dios comedor de grasa y vestido de pieles, no hay otra distancia que algunos miles de años de comprobaciones de hechos.

—Sin embargo, el pensamiento de Aristóteles ha gobernado a Europa durante doce siglos —enunció pomposamente el doctor Ballingford—; y Aristóteles era un metafísico.

El doctor Ballingford paseó sus ojos alrededor de la mesa y fue recompensado con signos y sonrisas de aprobación.

—Su ejemplo no es afortunado —respondió Ernesto—. Usted evoca precisamente uno de los períodos más sombríos de la historia humana, lo que llamamos siglos de oscurantismo: una época en que la ciencia era cautiva de la metafísica, en que la física estaba reducida a la búsqueda de la piedra filosofal, en que la química era reemplazada por la alquimia y la astronomía por la astrología. ¡Triste dominio el del pensamiento de Aristóteles!

El doctor Ballingford pareció vejado, pero pronto su cara se

iluminó y replicó:

—Aunque admitamos el negro cuadro que usted acaba de pintarnos, usted no puede por menos que reconocerle a la metafísica un valor intrínseco, puesto que ella ha podido hacer salir a la humanidad de esta fase sombría y hacerla entrar en la claridad de los siglos posteriores.

—La metafísica no tiene nada que ver en todo eso —contestó Ernesto.

—¡Cómo! —exclamó el doctor Hammerfield—. ¿No fue, acaso, el pensamiento especulativo el que condujo a los viajes de los descubridores?

—¡Ah, estimado señor! —dijo Ernesto sonriendo—, lo creía descalificado. Usted no ha encontrado todavía ninguna pajita en mi definición de la filosofía, de modo que usted está colgado en el aire. Sin embargo, como sé que es una costumbre entre los metafísicos, lo perdono. No, vuelvo a decirlo, la metafísica no tiene nada que ver con los viajes y descubrimientos. Problemas de pan y de manteca, de seda y de joyas, de moneda de oro y de vellón e, incidentalmente, el cierre de las vías terrestres comerciales hacia la India, he aquí lo que provocó los viajes de descubrimiento. A la caída de Constantinopla, en mil cuatrocientos cincuenta y tres, los turcos bloquearon el camino de las caravanas de hindúes, obligando a los traficantes de Europa a buscar otro. Tal fue la causa original de esas exploraciones. Colón navegaba para encontrar un nuevo camino a las Indias; se lo dirán a usted todos los manuales de historia. Por mera incidencia se descubrieron nuevos hechos sobre la naturaleza, magnitud y forma de la tierra, con lo que el sistema de Ptolomeo lanzó sus últimos resplandores.

El doctor Hammerfield emitió una especie de gruñido.

—¿No está de acuerdo conmigo? —preguntó Ernesto—. Diga entonces en dónde erré.

—No puedo sino mantener mi punto de vista —replicó ásperamente el doctor Hammerfield—. Es una historia demasiado larga para que la discutamos aquí.

—No hay historia demasiado larga para el sabio —dijo Ernesto con dulzura—. Por eso el sabio llega a cualquier parte; por eso llegó a América.

No tengo intenciones de describir la velada entera, aunque no me faltan deseos, pues siempre me es grato recordar cada detalle de este primer encuentro, de estas primeras horas pasadas con Ernesto Everhard.

La disputa era ardiente y los prelados se volvían escarlata, sobre todo cuando Ernesto les lanzaba los epítetos de filósofos románticos, de manipuladores de linterna mágica y otros del mismo estilo. A cada momento los detenía para traerlos a los hechos: «Al hecho, camarada, al hecho insobornable», proclamaba triunfalmente cada vez que asestaba un golpe decisivo. Estaba erizado de hechos. Les lanzaba hecho contra las piernas para hacerlos tambalear, preparaba hechos en emboscadas, los bombardeaba con hechos al vuelo.

—Toda su devoción se reserva al altar del hecho —dijo el doctor Hammerfield.

—Sólo el hecho es Dios y el señor Everhard su profeta —parafraseó el doctor Ballingford.

Ernesto, sonriendo, hizo una señal de asentimiento.

—Soy como el tejano —dijo; y como lo apremiasen para que lo explicara, agregó—: Sí, el hombre de Missouri dice siempre: «Tiene que mostrarme eso»; pero el hombre de Texas dice: «Tengo que ponerlo en la mano». De donde se desprende que no

es metafísico.

En cierto momento, como Ernesto afirmase que los filósofos metafísicos no podrían soportar la prueba de la verdad, el doctor Hammerfield tronó de repente: —¿Cuál es la prueba de la verdad, joven? ¿Quiere usted tener la bondad de explicarnos lo que durante tanto tiempo ha embarazado a cabezas más sabias que la suya?

—Ciertamente —respondió Ernesto con esa seguridad que los ponía frenéticos—. Las cabezas sabias han estado mucho tiempo y lastimosamente embarazadas por encontrar la verdad, porque iban a buscarla en el aire, allá arriba. Si se hubiesen quedado en tierra firme la habrían encontrado fácilmente. Sí, esos sabios habrían descubierto que ellos mismos experimentaban precisamente la verdad en cada una de las acciones y pensamientos prácticos de su vida.

—¡La prueba! ¡El criterio! —repitió impacientemente el doctor Hammerfield—. Deje a un lado los preámbulos. Démoslos y seremos como dioses.

Había en esas palabras y en la manera en que eran dichas un escepticismo agresivo e irónico que paladeaban en secreto la mayor parte de los convidados, aunque parecía apenas al obispo Morehouse.

—El doctor Jordan^[10] lo ha establecido muy claramente —respondió Ernesto—. He aquí su medio de controlar una verdad: “¿Funciona? ¿Confiaría usted su vida a ella?”.

—¡Bah! En sus cálculos se olvida usted del obispo Berkeley^[11] —ironizó el doctor Hammerfield—. La verdad es que nunca lo refutaron.

—El más noble metafísico de la cofradía —afirmó Ernesto sonriendo—, pero bastante mal elegido como ejemplo. Al mismo

Berkeley se lo puede tomar como ejemplo de que su metafísica no funcionaba.

Al punto el doctor Hammerfield se encendió de cólera, ni más ni menos que si hubiese sorprendido a Ernesto robando o mintiendo.

—Joven —exclamó con voz vibrante—, esta declaración corre pareja con todo lo que ha dicho esta noche. Es una afirmación indigna y desprovista de todo fundamento.

—Heme aquí aplastado —murmuró Ernesto con compunción—. Desgraciadamente, ignoro qué fue lo que me derribó. Hay que «ponérmelo en la mano», doctor.

—Perfectamente, perfectamente —balbuceó el doctor Hammerfield—. Usted no puede afirmar que el obispo Berkeley hubiese testimoniado que su metafísica no fuese práctica. Usted no tiene pruebas, joven, usted no sabe nada de su metafísica. Ésta ha funcionado siempre.

—La mejor prueba a mis ojos de que la metafísica de Berkeley no ha funcionado es que Berkeley mismo —Ernesto tomó aliento tranquilamente— tenía la costumbre de pasar por las puertas y no por las paredes, que confiaba su vida al pan, a la manteca y a los asados sólidos, que se afeitaba con una navaja que funcionaba bien.

—Pero ésas son cosas actuales y la metafísica es algo del espíritu —gritó el doctor.

—¿Y no es en espíritu que funciona? —preguntó suavemente Ernesto.

El otro asintió con la cabeza.

—Pues bien, en espíritu una multitud de ángeles pueden bailar en la punta de una aguja —continuó Ernesto con aire pensativo—. Y puede existir un dios peludo y bebedor de aceite, en espíritu. Y

yo supongo, doctor, que usted vive igualmente en espíritu, ¿no?

—Sí, mi espíritu es mi reino —respondió el interpelado.

—Lo que es una manera de confesar que usted vive en el vacío. Pero usted regresa a la tierra, estoy seguro, a la hora de la comida o cuando sobreviene un terremoto. ¿Sería usted capaz de decirme que no tiene ninguna aprensión durante un cataclismo de esa clase, convencido de que su cuerpo insubstancial no puede ser alcanzado por un ladrillo inmaterial?

Instantáneamente, y de una manera puramente inconsciente, el doctor Hammerfield se llevó la mano a la cabeza en donde tenía una cicatriz oculta bajo sus cabellos. Ernesto había caído por mera casualidad en un ejemplo de circunstancia, pues durante el gran terremoto^[12] el doctor había estado a punto de ser muerto por la caída de una chimenea. Todos soltaron la risa.

—Pues bien —hizo saber Ernesto cuando cesó la risa—, estoy esperando siempre las pruebas en contrario. —Y en medio del silencio general, agregó—: no está del todo mal el último de sus argumentos, pero no es el que le hace falta.

El doctor Hammerfield estaba temporalmente fuera de combate, pero la batalla continuó en otras direcciones. De a uno en uno, Ernesto desafiaba a los prelados. Cuando pretendían conocer a la clase obrera, les exponía a propósito verdades fundamentales que ellos no conocían, desafiándolos a que lo contradijeran. Les ofrecía hechos y más hechos y reprimía sus impulsos hacia la luna trayéndolos al terreno firme.

¡Cómo vive en mi memoria esta escena! Me parece oírlo, con su entonación de guerra: los azotaba con un haz de hechos, cada uno de los cuales era una vara cimbreante.

Era implacable. No pedía ni daba cuartel. Nunca olvidaré la tunda final que les infligió.

—Esta noche habéis reconocido en varias ocasiones, por confesión espontánea o por vuestras declaraciones ignorantes, que desconocéis a la clase obrera. No os censuro, pues ¿cómo podríais conocerla? Vosotros no vivís en las mismas localidades, pastáis en otras praderas con la clase capitalista. ¿Y por qué obraríais en otra forma? Es la clase capitalista la que os paga, la que os alimenta, la que os pone sobre los hombros los hábitos que lleváis esta noche. A cambio de eso, predicáis a vuestros patrones las migajas de metafísica que les son particularmente agradables y que ellos encuentran aceptables porque no amenazan el orden social establecido.

A estas palabras siguió un murmullo de protesta alrededor de la mesa.

—¡Oh!, no pongo en duda vuestra sinceridad —prosiguió Ernesto—. Sois sinceros: creéis lo que predicáis. En eso consiste vuestra fuerza y vuestro valor a los ojos de la clase capitalista. Si pensaseis en modificar el orden establecido, vuestra prédica tornaría inaceptable a vuestros patrones y os echarían a la calle. De tanto en tanto, algunos de vosotros han sido así despedidos. ¿No tengo razón?^[13]

Esta vez no hubo disenso. Todos guardaron un mutismo significativo, a excepción del doctor Hammerfield, que declaró: —Cuando su manera de pensar es errónea, se les pide la renuncia.

—Lo cual es lo mismo que decir cuando su manera de pensar es inaceptable. Así, pues, yo os digo sinceramente: continuad predicando y ganando vuestro dinero, pero, por el amor del cielo, dejad en paz a la clase obrera. No tenéis nada de común con ella, pertenecéis al campo enemigo. Vuestras manos están blancas porque otros trabajan para vosotros. Vuestros estómagos están cebados y vuestros vientres son redondos. —Aquí el doctor

Ballingford hizo una ligera mueca y todos miraron su corpulencia prodigiosa. Se decía que desde hacía muchos años no podía verse los pies—. Y vuestros espíritus están atiborrados de una amalgama de doctrinas que sirve para cimentar los fundamentos del orden establecido. Sois mercenarios, sinceros, os concedo, pero con el mismo título que lo eran los hombres de la Guardia Suiza^[14]. Sed fieles a los que os dan el pan y la sal, y la paga; sostened con vuestras prédicas los intereses de vuestros empleadores. Pero no descendáis hasta la clase obrera para ofreceros en calidad de falsos guías, pues no sabríais vivir honradamente en los dos campos a la vez. La clase obrera ha prescindido de vosotros. Y creédmelo, continuará prescindiendo. Finalmente, se libertará mejor sin vosotros que con vosotros.

CAPÍTULO II

LOS DESAFÍOS

EN cuanto los invitados se fueron, mi padre se dejó caer en un sillón y se entregó a las explosiones de una alegría pantagruélica. Nunca, después de la muerte de mi madre, lo había visto reírse con tantas ganas.

—Apostaría cualquier cosa a que al doctor Hammerfield nunca le había tocado nada semejante en su vida —dijo entre dos accesos de risa—. ¡Oh, la cortesía de las controversias eclesiásticas! ¿No notaste que comenzó como un cordero, me refiero a Everhard, para mudarse de pronto en un león rugiente? Es un espíritu magníficamente disciplinado. Habría podido ser un sabio de primer plano si su energía se hubiese orientado en ese sentido.

¿Necesito confesar que Ernesto Everhard me interesaba profundamente, no sólo por lo que pudiera decir o por su manera de decirlo, sino por sí mismo, como hombre? Nunca había encontrado a alguien parecido, y es por eso, supongo, que a pesar de mis veinticuatro años cumplidos, todavía no me había casado. De todas maneras, debo confesar que me agradaba y que mi simpatía fincaba en algo más que en su inteligencia dialéctica. A pesar de sus bíceps, de su pecho de boxeador, me producía el efecto de un muchacho cándido. Bajo su disfraz de fanfarrón intelectual, adivinaba un espíritu delicado y sensitivo: Estas

impresiones me eran transmitidas por vías que no sé definir sino como mis intuiciones femeninas.

En su llamada de clarín había algo que había penetrado en mi corazón. Me parecía oírlo todavía y deseaba escucharlo de nuevo. Me habría gustado ver otra vez en sus ojos ese relámpago de alegría que desmentía la impasible seriedad de su rostro. Otros sentimientos vagos, pero más profundos, bullían dentro de mí. Ya casi lo amaba. Supongo, empero, que si nunca más lo hubiera vuelto a ver, esos sentimientos imprecisos se habrían esfumado y que lo habría olvidado fácilmente.

Pero no era mi sino no volver a verlo. El interés que mi padre sentía desde hacia poco por la sociología y las comidas que daba regularmente excluían esta eventualidad. Papá no era sociólogo: su especialidad científica era la física y sus investigaciones de esta rama habían sido fructuosas. Su matrimonio lo había hecho perfectamente dichoso; pero después de la muerte de mi madre, sus trabajos no pudieron llenar el vacío. Se ocupó de filosofía con un interés al comienzo indeciso y moderado, luego creciente de día en día; se sintió atraído por la economía política y por las ciencias sociales, y como poseía un sentimiento de justicia muy vivo, no tardó en apasionarse por el enderezamiento de entuertos. Advertí con gratitud estas muestras de un interés remozado por la vida, sin sospechar adónde sería llevada la nuestra. Con el entusiasmo de un adolescente, se entregó con alma y vida a sus nuevas investigaciones, sin preocuparse ni remotamente adónde lo llevarían.

Acostumbrado de tanto tiempo al laboratorio, hizo de su comedor un laboratorio social. Gentes de todas clases y de todas las condiciones se encontraban allí reunidas: sabios, políticos, banqueros, comerciantes, profesores, jefes obreristas, socialistas y

anarquistas. Los incitaba a discutir entre ellos y después analizaba las ideas de los polemistas sobre la vida y sobre la sociedad.

Había trabado conocimiento con Ernesto poco antes de la «noche de los predicantes». Después que se marcharon los convidados, me contó cómo lo había encontrado. Una tarde, en una calle, se había detenido para escuchar a un hombre que, encaramado en un cajón de jabón, hablaba ante un grupo de obreros. Era Ernesto. Perfectamente imbuido de las doctrinas del Partido Socialista, era considerado como uno de sus jefes y reconocido como tal en la filosofía del socialismo. Poseyendo el don de presentar en lenguaje simple y claro las más abstractas cuestiones, este educador de nacimiento no creía descender porque se trepase a un cajón para explicar economía política a los trabajadores.

Mi padre se interesó en el discurso, convino una cita con el orador y, una vez trabado el conocimiento, lo invitó a la cena de los reverendos. Me reveló enseguida algunos informes que había podido recoger sobre él. Ernesto era hijo de obreros, aunque descendía de una vieja familia establecida desde hacía más de doscientos años en América^[15]. A los diez años se había ido a trabajar a una fábrica y más tarde había hecho su aprendizaje como herrero. Era un autodidacto: había estudiado solo francés y alemán, y en esa época ganaba mediocrementemente su vida traduciendo obras científicas y filosóficas para una insegura casa de ediciones socialistas de Chicago. A este salario se agregaban algunos derechos de autor de sus propias obras, cuya venta era restringida. Esto fue lo que pude saber de él antes de ir a la cama; me quedé mucho rato desvelada escuchando de memoria el sonido de su voz. Me asusté de mis propios pensamientos. ¡Se semejaba tan poco a los hombres de mi clase, me parecía tan

extraño, tan fuerte! Su dominio me encantaba y me aterrorizaba a la vez, y mi fantasía se echó a volar tan bien que al cabo me sorprendí considerándolo como enamorado. Y como marido. Siempre había oído decir que en los hombres la fuerza es una irresistible atracción para las mujeres, pero éste era demasiado fuerte. «¡No, no —exclamé—, es imposible, absurdo!». Y a la mañana siguiente, al despertarme, descubrí en mí el deseo de volver a verlo, de asistir a su victoria en una nueva discusión, de vibrar una vez más ante su entonación de combate, de admirarlo en toda su certidumbre y su fuerza, despedazando la suficiencia de los demás y sacudiéndoles sus pensamientos fuera de su rutina. ¿Qué importaba su fanfarronada? Según sus propios términos, ella funcionaba, producía sus efectos. Además, su fanfarronada era bella para verla, excitante como un comienzo de batalla.

Pasaron varios días, empleados en leer los libros de Ernesto que papá me había prestado. Su palabra escrita era como su pensamiento hablado: clara y convincente. Su simplicidad absoluta persuadía aunque uno dudase todavía. Tenía el don de la lucidez. Su exposición del tema era perfecta. Sin embargo, a pesar de su estilo, había un montón de cosas que me desagradaban. Atribuía demasiada importancia a lo que él llamaba la lucha de clases, al antagonismo entre el trabajo y el capital, al conflicto de los intereses.

Papá me refirió, divertido, el juicio del doctor Hammerfield sobre Ernesto: «Un mequetrefe insolente, hinchado de suficiencia por un saber insuficiente. No quería encontrarlo de nuevo». El obispo Morehouse, en cambio, se había interesado por Ernesto y deseaba vivamente una nueva entrevista. «Un muchacho inteligente —sentenció—, y vivaz, demasiado vivaz, pero es

demasiado seguro, demasiado seguro».

Ernesto volvió una tarde con mi padre. El obispo Morehouse había llegado ya, y tomábamos el té en la veranda. Debo aclarar que la presencia prolongada de Ernesto en Berkeley se debía al hecho de que seguía cursos especiales de biología en la Universidad y también porque trabajaba mucho en una nueva obra titulada Filosofía y Revolución^[16]

Cuando Ernesto entró, la veranda pareció súbitamente achicada. No es que fuese extraordinariamente grande —no medía más que 1,75m—, sino que parecía irradiar una atmósfera de grandeza. Al detenerse para saludarme, manifestó una ligera vacilación en extraño desacuerdo con sus ojos intrépidos y su apretón de manos; éste era seguro y firme, lo mismo que sus ojos, que esta vez, empero, parecían contener una pregunta mientras me miraba, como el primer día, demasiado detenidamente.

—He leído su Filosofía de las clases trabajadoras —le dije, y vi brillar sus ojos de alegría.

—Naturalmente —me respondió—, usted habrá tenido en cuenta el auditorio al cual estaba dirigida la conferencia.

—Sí, y es a propósito de esto que quiero discutir con usted.

—Yo también tengo que pedirle algunas aclaraciones —dijo el obispo Morehouse. Ante este doble desafío, Ernesto se alzó de hombros con aire jovial y aceptó una taza de té.

El obispo se inclinó para cederme la precedencia.

—Usted fomenta el odio de clases —le dije a Ernesto—. Me parece que ese llamado a todo lo que hay de estrecho y de brutal en la clase obrera es un error y un crimen. El odio de clases es antisocial y lo considero antisocialista.

—Pido un veredicto de inocencia —respondió—. No hay odio de clases ni en la letra ni en el espíritu de ninguna de mis obras.

—¡Oh! —exclamé con aire de reproche.

Tomé mi libro y lo abrí.

Ernesto bebía su té, tranquilo y sonriente, mientras yo hojeaba.

—Página ciento treinta y dos —leí en alta voz—: «En el estado actual del desarrollo social, la lucha de clases se produce, pues, entre la clase que paga los salarios y las clases que los reciben».

Lo miré con aire triunfal.

—Ahí no hay nada que tenga que ver con el odio de clases —me dijo sonriendo.

—Usted dice «lucha de clases».

—No es lo mismo. Y, créame, nosotros no fomentamos el odio; decimos que la lucha de clases es una ley del desenvolvimiento social. Nosotros no somos responsables de esa ley, puesto que no la hacemos. Nos limitamos a explicarla, de la misma manera que Newton explicaba la gravedad. Simplemente, analizamos la naturaleza del conflicto de intereses que produce la lucha de clases.

—Pero no debería haber conflicto de intereses —exclamé.

—Estoy completamente de acuerdo —respondió—. Y es precisamente la abolición de ese conflicto de intereses el que tratamos de provocar nosotros los socialistas. Dispénseme, déjeme que le lea otro pasaje. —Le alcancé el libro y volvió algunas páginas—. Página ciento veintiséis: «El ciclo de las luchas de clases que comenzó con la disolución del comunismo primitivo de la tribu y el nacimiento de la propiedad individual, terminará con la supresión de la apropiación individual de los medios de existencia social».

—Yo no estoy de acuerdo con usted —atajó el obispo, y su cara pálida se encendió ligeramente por la intensidad de sus

sentimientos—. Sus premisas son falsas. No existen conflictos de intereses entre el trabajo y el capital, o por lo menos, no debieran existir.

—Le agradezco —dijo Ernesto gravemente— que me haya devuelto mis premisas en su última proposición.

—¿Pero por qué tiene que haber conflicto? —preguntó el obispo acaloradamente.

—Supongo que porque estamos hechos así —dijo Ernesto alzándose de hombros.

—¡Es que no estamos hechos así!

—¿Pero usted me está hablando del hombre ideal, despojado de egoísmo? —preguntó Ernesto—. Son tan pocos que tenemos el derecho de considerarlos prácticamente inexistentes. ¿O quiere usted hablarme del hombre común y ordinario?

—Hablo del hombre ordinario.

—¿Débil, falible y sujeto a error?

El obispo hizo un signo de asentimiento.

—¿Y mezquino y egoísta?

El pastor renovó su gesto.

—Preste atención —declaró Ernesto—. He dicho egoísta.

—El hombre ordinario es egoísta —afirmó valientemente el obispo.

—¿Quiere conseguir todo lo que pueda tener?

—Quiere tener lo más posible; es deplorable, pero es cierto.

—Entonces lo atrapé —y la mandíbula de Ernesto chasqueó como el resorte de una trampa—. Tomemos un hombre que trabaje en los tranvías.

—No podría trabajar si no hubiese capital —interrumpió el obispo.

—Es cierto, y usted estará de acuerdo en que el capital

perecería si no contase con la mano de obra para ganar dividendos.

El obispo no contestó.

—¿No es usted de mi opinión? —insistió Ernesto.

El prelado asintió con la cabeza.

—Entonces, nuestras dos proposiciones se anulan recíprocamente y nos volvemos a encontrar en el punto de partida. Empecemos de nuevo: los trabajadores de tranvías proporcionan la mano de obra. Los accionistas proporcionan el capital. Gracias al esfuerzo combinado del trabajo y del capital, el dinero es ganado^[17]. Se dividen esa ganancia. La parte del capital se llama dividendos; la parte del trabajo se llama salarios.

—Muy bien —interrumpió el obispo—. Y no hay ninguna razón para que ese reparto no se produzca amigablemente.

—Ya se olvidó usted de lo convenido —replicó Ernesto—. Nos hemos puesto de acuerdo en que el hombre es egoísta; el hombre común, tal cual es. Y ahora usted se me va a las nubes para establecer una diferencia entre ese hombre y los hombres tales como deberían ser, pero que no existen. Volvamos a la tierra; el trabajador, siendo egoísta, quiere tener lo más posible en el reparto. El capitalista, siendo egoísta, quiere tener todo lo que pueda tomar. Cuando una cosa existe en cantidad limitada y dos hombres quieren tener cada uno el máximo de esa cosa, hay conflicto de intereses. Tal es el que existe entre capital y trabajo, y es un conflicto insoluble. Mientras existan obreros y capitalistas, continuarán disputándose el reparto. Si esta tarde usted estuviera en San Francisco, se vería obligado a andar a pie: no circula ningún tren en sus calles.

—¿Cómo? ¿Otra huelga?^[18] —preguntó el obispo con aire alarmado.

—Sí, pleitean sobre el reparto de los beneficios de los ferrocarriles urbanos.

El obispo se encolerizó.

—No tienen razón —gritó—. Los obreros no ven más allá de sus narices. ¿Cómo pretenden contar luego con nuestra simpatía...?

—¿... cuando se nos obliga a ir a pie? —concluyó maliciosamente Ernesto.

Pero el obispo no paró mientes en esta proposición completiva.

—Su punto de vista es demasiado limitado —continuó—. Los hombres deberían conducirse como hombres y no como bestias. Habrá todavía nuevas violencias y crímenes y viudas y huérfanos afligidos. Capital y trabajo deberían marchar unidos. Deberían ir de la mano en su mutuo beneficio.

—Otra vez se fue a las nubes —hizo notar Ernesto fríamente—. Vamos, apéese, y no pierda de vista nuestra premisa de que el hombre es egoísta.

—¡Pero no debería serlo! —exclamó el obispo.

—En este punto estoy de acuerdo con usted. No debería ser egoísta, pero continuará siéndolo mientras viva dentro de un sistema social basado sobre una moral de cerdos.

El dignatario de la Iglesia quedó azorado y papá se desternillaba de risa.

—Sí, una moral de cerdos —prosiguió Ernesto sin arrepentirse—. He aquí la última palabra de su sistema capitalista. He aquí lo que sostiene su Iglesia, lo que usted predica cada vez que sube al púlpito. Una ética de marranos, no se puede darle otro nombre.

El obispo se volvió como buscando la ayuda de mi padre; pero éste meneó la cabeza riéndose.

—Me parece que nuestro amigo tiene razón —dijo—. Es la política del dejar hacer, del cada uno para su estómago y que el diablo se lleve al último. Como lo decía las otras tardes el señor Everhard, la función que cumplís vosotros, las gentes de la Iglesia, es la de mantener el orden establecido, y la sociedad reposa sobre esa base.

—Ésa no es, sin embargo, la doctrina de Cristo —exclamó el obispo.

—Hoy la Iglesia no enseña la doctrina de Cristo —respondió Ernesto—. Es por eso que los obreros no quieren tener contactos con ella.

La Iglesia aprueba la terrible brutalidad, el salvajismo con que el capital trata a las masas trabajadoras.

—No aprueba —objetó el obispo.

—No protesta —replicó Ernesto—; por consiguiente, aprueba, pues no hay que olvidar que la Iglesia está sostenida por la clase capitalista.

—No había examinado las cosas bajo este aspecto —dijo ingenuamente el obispo—. Usted debe estar equivocado. Sé que hay muchas tristezas y ruindad en este mundo. Sé que la Iglesia ha perdido al... a eso que usted llama el proletariado^[19].

—Vosotros nunca habéis tenido al proletariado —gritó Ernesto—. El proletariado creció fuera de la Iglesia y sin ella.

—No entiendo bien... —confesó débilmente el obispo.

—Se lo voy a explicar. Como consecuencia de la introducción de las máquinas y del sistema fabril, a fines del siglo dieciocho, la gran masa de los trabajadores fue arrancada de la tierra con lo que el mundo antiguo del trabajo quedó dislocado. Arrojados de sus aldeas, los trabajadores se encontraron acorralados en las ciudades manufactureras. Las madres y los niños fueron puestos a

trabajar en las nuevas máquinas. La vida de familia cesó. Las condiciones se tornaron atroces. Es una página de historia escrita con lágrimas y con sangre.

—Lo sé, lo sé —interrumpió el obispo, con angustiada expresión—. Fue terrible, pero eso pasaba en Inglaterra hace un siglo y medio.

—Y fue así como, hace siglo y medio, nació el proletariado moderno —continuó Ernesto—. Y la Iglesia lo ignoró: mientras los capitalistas construían esos mataderos del pueblo, la Iglesia permanecía muda, y hoy observa el mismo mutismo. Como dice Austin Lewis^[20] al hablar de esta época, los que habían recibido la orden de «Apacentad mis ovejas» vieron sin la menor protesta a esas ovejas vendidas y agotadas hasta la muerte...^[21] Antes de ir más adelante, le ruego que me diga redondamente si estamos o no de acuerdo. ¿Protestó la Iglesia en ese momento?

El obispo Morehouse vaciló. Lo mismo que el doctor Hammerfield, no estaba acostumbrado a esta ofensiva a domicilio, según la expresión de Ernesto.

—La historia del siglo dieciocho está escrita —dijo éste—. Si la Iglesia no ha sido rauda, deben encontrarse huellas de su protesta en algunos pasajes de los libros.

—Desgraciadamente —confesó el dignatario de la Iglesia—, creo que ha estado muda.

—Y hoy todavía permanece muda.

—Aquí ya no estamos de acuerdo.

Ernesto hizo una pausa, miró atentamente a su interlocutor y aceptó el desafío.

—Muy bien dijo, lo veremos. Hay en Chicago mujeres que trabajan toda la semana por noventa céntimos. ¿Protesta la Iglesia?

—Es una novedad para mí fue la respuesta. ¡Noventa céntimos! Es espantoso.

—¿Protesta la Iglesia? —insistió Ernesto.

—La Iglesia ignora. —El prelado se debatía con firmeza.

—Sin embargo, la Iglesia ha recibido este mandamiento: «Apacentad mis ovejas» —dijo Ernesto con amarga ironía; luego, recobrándose de súbito, agregó—: Perdóneme este movimiento de acritud; ¿pero puede usted sorprenderse de que perdamos la paciencia con vosotros? ¿Habéis protestado, ante vuestras congregaciones capitalistas contra el empleo de niños en las hilanderías de algodón del Sur?^[22] Niños de seis y siete años que trabajan toda la noche en equipos de doce horas. Nunca ven la santa luz del día. Mueren como moscas. Los dividendos son pagados con su sangre. Y con este dinero se construyen magníficas iglesias en Nueva Inglaterra, en las cuales sus colegas predicán agradables simplezas ante los vientres repletos y lustrosos de las alcancías de dividendos.

—No lo sabía —murmuró el obispo. Su voz desfallecía y su cara había palidecido como si sintiera náuseas.

—¿De modo, pues, que usted no ha protestado?

El pastor hizo un débil movimiento de negación.

—¿La Iglesia está entonces tan muda ahora como en el siglo dieciocho?

El obispo no respondió nada y por esta vez Ernesto se abstuvo de insistir.

—Y no olvide que cada vez que un miembro del clero protesta, lo licencian.

—Me parece que eso no es justo.

—¿Sería usted capaz de protestar? —preguntó Ernesto.

—Muéstreme primero dentro de nuestra comunidad males

como los que acaba de señalar y haré oír mi voz.

—Me pongo a su disposición para mostrárselos —dijo tranquilamente Ernesto—; le haré hacer un viaje a través del infierno.

—¡Y yo reprobaré todo!

El pastor se había erguido en su sillón, y en su suave rostro se extendía una expresión de dureza guerrera.

—¡La Iglesia no permanecerá muda!

—Lo echarán a usted —advirtió Ernesto.

—Le demostraré lo contrario —fue la réplica—. Ya verá usted, si es cierto todo lo que dice, que la Iglesia se ha equivocado por ignorancia. Y creo más aún: que todo lo que hay de horrible en la sociedad industrial es debido a ignorancia de la clase capitalista. Ésta remediará el mal en cuanto reciba el mensaje que la Iglesia está en el deber de comunicarle.

Ernesto se echó a reír. Su risa era brutal, y me sentí inclinada a asumir la defensa del obispo.

—Recuerde —le dije— que usted no ve más que una cara de la medalla; que aunque no crea en la bondad, hay muchos buenos entre nosotros. El obispo Morehouse tiene razón. Los males de la industria, por terribles que sean, son obra de la ignorancia. Hay que tener en cuenta que las divisiones sociales son demasiado acentuadas.

—El indio salvaje es menos cruel y menos implacable que la clase capitalista —respondió; y en ese momento estuve tentada de tomarle tirria.

—Usted no nos conoce. No somos crueles ni implacables.

—Pruébelo —disparó con tono desafiante.

—¿Cómo podría probárselo, tan luego a usted?

Comenzaba a encolerizarse. Él sacudió la cabeza.

—No le pido que me lo pruebe a mí, sino que se lo pruebe usted mismo.

—Yo sé a qué atenerme.

—Usted no sabe nada —respondió brutalmente.

—¡Vamos, vamos, hijos míos! —dijo papá, conciliador.

—Me río yo de... —comencé con indignación; pero Ernesto me interrumpió.

—Tengo entendido que usted tiene invertido su dinero en las hilanderías de la Sierra, o que lo tiene su padre, lo que da lo mismo.

—¿Qué tiene que ver esto con el problema que nos preocupa? —exclamé.

—Muy poco —enunció lentamente—, salvo que el vestido que usted lleva está manchado de sangre. Sus alimentos saben a sangre. De las vigas del techo que la cobija a usted gotea sangre de niños y de hombres válidos. No tengo más que cerrar los ojos para oírla caer gota a gota a mi alrededor.

Uniendo el gesto a la palabra, se recostó en el sillón y cerró los ojos. Estallé en lágrimas de mortificación y de vanidad ultrajada. Nunca en mi vida había sido tratada tan cruelmente. El obispo y mi padre estaban tan embarazados y trastornados el uno como el otro. Trataron de desviar la conversación hacia un terreno menos implacable. Pero Ernesto abrió los ojos, me miró y los apartó con el gesto. Su boca era severa, su mirada también, y no había en sus ojos la menor chispa de alegría. ¿Qué iba a decir? ¿Qué nueva crueldad iba a infligirme? Nunca lo supe, pues en ese momento un hombre que pasaba por la acera se detuvo para mirarnos. Era un mozo fuerte y pobremente vestido, que llevaba a la espalda una pesada carga de caballetes, de sillas y de pantallas de bambú y resina. Miraba la casa como si dudase de entrar para tratar de

vender algunos de esos artículos.

—Ese hombre se llama Jackson —dijo Ernesto.

—Con la constitución que tiene —observé secamente—, podría trabajar en lugar de andar haciendo el mercachifle^[23].

—Fíjese en su manga izquierda —me hizo notar dulcemente Ernesto.

Lancé una mirada y vi que la manga estaba vacía.

—De ese brazo sale un poco de la sangre que yo oía gotear de su techo —continuó Ernesto con el mismo tono dulce y triste—. Perdió su brazo en las hilanderías de la Sierra, y, lo mismo que a un caballo mutilado, vosotros lo arrojasteis a la calle para que se muriera. Cuando digo «vosotros» quiero decir el subdirector y todas las personas empleadas por usted y otros accionistas para hacer marchar las hilanderías en vuestro nombre. El accidente fue causado por el cuidado que ese obrero ponía para ahorrar algunos dólares a la Compañía. El cilindro dentado de la cortadora le enganchó su brazo. Él habría podido dejar pasar la piedrita que había visto entre los dientes de la máquina y que habría roto una doble hilera de engranajes. Cuando quiso sacarla, su brazo fue atrapado y despedazado hasta el hombro. Era de noche. En las hilanderías hacía horas extras. Ese trimestre pagaron un fuerte dividendo. Esa noche, Jackson llevaba muchas horas trabajando y sus músculos habían perdido su resorte y su agilidad. He aquí por qué fue atrapado por la máquina. Tenía mujer y tres hilos.

—¿Y qué hizo la Compañía por él? —pregunté.

—Absolutamente nada. ¡Oh, perdón! Hizo algo. Consiguió hacerle denegar la acción por daños y perjuicios que había intentado el obrero al salir del hospital. La Compañía emplea abogados muy hábiles.

—Usted no cuenta todo —dije con convicción—, o quizás no

conoce toda la historia. Tal vez ese hombre haya sido insolente.

—¡Insolente! ¡Ja, ja! —Su risa era mefistofélica—. ¡Oh, dioses! ¡Insolente, con su brazo triturado! Era, con todo, un servidor dulce y humilde, y nunca dijo nadie que fuera insolente.

—Puede ser que en el tribunal —insistí—. El juicio no le habría sido adverso si no hubiese habido en todo este asunto algo más de lo que usted nos ha dicho.

—El principal abogado consejero de la Compañía es el coronel Ingram, y es un hombre de ley muy capaz. —Ernesto me miró seriamente durante un momento y luego prosiguió—: Voy a darle un consejo, señorita Cunningham: usted puede hacer su investigación privada sobre el caso Jackson.

—Ya había tomado esa resolución —respondí con frialdad.

—Perfectamente —dijo Ernesto, radiante de buen humor—. Le voy a decir dónde puede encontrar al hombre. Pero me estremezco al pensar en todas las que usted va a pasar con el brazo de Jackson.

Y he aquí cómo el obispo y yo aceptamos los desafíos de Ernesto. Mis dos visitantes se fueron juntos, dejándome mortificada por la injusticia infligida a mi casta y a mí misma. Ese muchacho era un bruto. En ese momento lo odiaba, y me consolé al pensar que su conducta era la que podía esperarse de un hombre de la clase obrera.

CAPÍTULO III

EL BRAZO DE JACKSON

ESTABA lejos de imaginar el papel fatal que el brazo de Jackson iba a jugar en mi vida. Ni siquiera el hombre, cuando conseguí encontrarlo, me hizo gran impresión. Al borde mismo de los pantanos vecinos de la bahía ocupaba un cuchitril indescriptible^[24], rodeado de charcos de agua corrompida y vercosa que exhalaban un olor fétido.

Se trataba, efectivamente, del personaje humilde y bonachón que me habían descrito. Estaba ocupado en un trabajo de rutina y laboraba sin descanso mientras conversaba con él. Mas, a pesar de su resignación, sorprendí en su voz una especie de amargura incipiente cuando me dijo: —Bien pudieron haberme dado para el puchero con un puesto de sereno^[25].

No pude sacarle nada importante. Tenía un aire estúpido que desmentía su habilidad en el trabajo. Esto me sugirió una pregunta.

—¿Cómo fue que la máquina le llevó su brazo?

Me miró de un modo ausente, reflexionando. Luego meneó la cabeza.

—Yo qué sé; sucedió así no más.

—¿Un poco de descuido tal vez?

—No, yo no lo llamaría así. Estaba trabajando horas extras, y me parece que estaba algo cansado. Trabajé diecisiete años en esa

fábrica, y he observado que la mayoría de los accidentes ocurren poco antes del silbato^[26]. Apostaría cualquier cosa a que se lastiman más obreros una hora antes de la salida que durante todo el resto de la jornada. Un hombre no se encuentra tan ágil cuando sudó la gota gorda horas y horas sin parar. He visto muchos tipos cepillados, cortados o despanzurrados para saberlo.

—¿Tantos le ha tocado ver?

—Cientos y cientos, y chicos a montones.

Aparte de ciertos detalles horribles, su relato del accidente era conforme a lo que ya había escuchado. Cuando le pregunté si había violado cierto reglamento sobre el manejo de la máquina, meneó la cabeza.

—Con la derecha hice soltar la correa de la máquina y quise sacar la piedra con la zurda. No me fijé si la correa estaba desprendida del todo. Me parecía que la mano derecha había hecho el esfuerzo necesario, estiré vivamente el brazo izquierdo... y no hubo caso, la correa estaba desprendida a medias... y entonces mi brazo fue hecho picadillo.

—Debió sufrir atrocemente —dije con simpatía.

—¡Hombre! La molienda de los huesos no era agradable.

Sus ideas sobre la acción de daños y perjuicios parecían un poco confusas. La única cosa clara para él era que no le habían acordado la menor compensación. De acuerdo con sus impresiones, la decisión adversa del tribunal se debía al testimonio de los capataces y del subdirector, los cuales, según sus palabras, no dijeron lo que debieron haber dicho. Y yo resolví irlos a buscar.

Lo indudable de todo esto era que Jackson se encontraba reducido a una lamentable situación. Su mujer estaba enferma y el oficio de fabricante ambulante no le permitía ganar lo suficiente

para alimentar a su familia. Estaba atrasado en su alquiler y su hijo mayor, un muchacho de once años, trabajaba ya en la hilandería.

—Bien pudieron haberme dado para el puchero el puesto ese de sereno —fueron sus últimas palabras cuando me separé de él.

Después de mi entrevista con el abogado que había asumido la defensa de Jackson, así como las que tuve con el subdirector y los dos capataces oídos como testigos en la causa, comencé a darme cuenta de que las afirmaciones de Ernesto eran bien fundadas.

Al primer vistazo consideré al hombre de ley como un ser débil e incapaz, y no me asombré de que Jackson hubiese perdido su proceso. Mi primer pensamiento fue que éste tenía su merecido por haber elegido semejante defensor. Después, dos afirmaciones de Ernesto acudieron a mi memoria: «La Compañía emplea abogados muy hábiles» y «El coronel Ingram es un hombre de leyes muy capaz». Me puse a pensar que, naturalmente, la Compañía estaba en condiciones de pagar talentos de positivo mérito, cosa que no podía hacer un pobre diablo como Jackson. Pero este detalle me parecía secundario; a mi entender, debían haber seguramente algunas buenas razones para que Jackson hubiese perdido su pleito.

—¿Cómo se explica usted que no haya ganado el proceso? —pregunté.

El abogado pareció un instante cohibido y mortificado y me sentí apiadada por esta pobre criatura. Luego comenzó a gemir. Me parece que era llorón por naturaleza y pertenecía a la raza de los vencidos desde la cuna. Se quejaba de los testigos, cuyas deposiciones habían sido favorables a la parte contraria: no había podido arrancarles una sola palabra favorable para su cliente. Sabían de qué lado calentaba más el sol. En cuanto a Jackson, había sido un necio que se había dejado intimidar por el coronel

Ingram. Éste, que era brillante en los contrainterrogatorios, había envuelto a Jackson con sus preguntas y arrancado respuestas comprometedoras.

—¿Cómo podían ser comprometedoras esas preguntas si tenía a la justicia de su parte? —le pregunté—.

—¿Qué tiene que hacer aquí la justicia? —preguntó a su vez. Y mostrándome los volúmenes acomodados en los estantes de su pobre escritorio, agregó—: Fíjese en esos libros: leyéndolos, he aprendido a distinguir entre el derecho y la ley. Pregúnteselo a cualquier curial; bastará con que haya ido sólo al catecismo para que sepa decirle lo que es justo, pero para saber lo que es legal, hay que dirigirse a estos libros.

—¿Me quiere usted hacer creer que Jackson tenía todo el derecho de su parte y que, sin embargo, fue vencido? —pregunté con cierta vacilación—. ¿Quiere usted insinuar que no hay justicia en la corte del juez Caldwell?

El abogadito abrió tremendos ojos; luego toda huella de combatividad se esfumó de su cara. Volvió a sus quejas.

—La partida no era pareja para mí. Lo mantearon a Jackson, y a mí con él. ¿Qué posibilidades tenía de ganar? El coronel Ingram es un gran abogado. ¿Cree usted que si no fuera un jurista de primera fila tendría entre sus manos los asuntos de las Hilanderías de la Sierra, del Sindicato de Bienes Raíces de Erston, de la Berkeley Consolidada, de la Oakland, de la San Leandro y de la Compañía Eléctrica de Pleasanton? Es un abogado de corporaciones, y a esa gente no se le paga para que sea tonta^[27].

—¿Por qué solamente las Hilanderías de la Sierra le pagan veinte mil dólares por año? Usted comprenderá que es porque eso es lo que vale para los accionistas. Yo no valgo esa suma. Si valiese eso, no sería un fracasado, un muerto de hambre, obligado a

ocuparme de asuntos como el de Jackson. ¿Qué cree usted que habría cobrado si hubiese ganado el proceso?

—Me imagino lo habría esquilado a Jackson.

—¿Y qué hay con eso? —gritó con tono irritado. Yo también tengo que vivir^[28].

—Él tiene mujer e hijos.

—Yo también tengo mujer e hijos. Y no hay en el mundo nadie más que yo para preocuparse de que no se mueran de hambre.

Su rostro se dulcificó de pronto. Abrió la tapa de su reloj y me mostró una fotografía de una mujer y dos niñas.

—Mírelas, ahí las tiene. Las hemos pasado amargas, de veras. Tenía intenciones de mandarlas al campo si hubiese ganado este asunto. Aquí no se encuentran bien, pero carezco de medios para llevarlas a vivir a otra parte.

Cuando me levanté para despedirme, volvió a sus gemidos.

—No tenía ni la más remota posibilidad. El coronel Ingram y el juez Caldwell son dos buenos amigos. No quiero decir con esto que esta amistad hubiera hecho decidir el caso contra nosotros si hubiese logrado una deposición conveniente en la contraprueba de sus testigos, pero debo agregar, sin embargo, que el juez Caldwell y el coronel Ingram frecuentan el mismo club, el mismo teatro. Viven en el mismo barrio, en donde yo no puedo vivir. Sus mujeres están siempre metidas una en casa de la otra. Y entre ellos todo se vuelven partidas de «wihst» y otras rutinas por el estilo.

—¿Y usted cree, sin embargo, que Jackson tenía el derecho de su parte?

—No lo creo, estoy seguro. Al principio, creí que hasta tenía ciertas perspectivas, pero no se lo dije a mi mujer para no ilusionarme en vano. Se había encaprichado con unas vacaciones

en el campo y ya estaba bastante contrariada para agregar nuevas desilusiones.

A Pedro Donnelly, uno de los capataces que habían declarado en el proceso, le hice la siguiente pregunta: —¿Por qué no hizo notar usted que Jackson se había herido cuando trató de evitar un deterioro de la máquina?

Reflexionó largo rato antes de contestarme. Después miró con inquietud a su alrededor y declaró: —Porque tengo una magnífica mujer y los tres chicos más lindos que se puedan ver.

—No comprendo.

—En otras palabras, que hubiera sido peligroso no hablar así.

—Entiendo menos, todavía...

Me interrumpió y dijo con vehemencia:

—Yo sé lo que digo. Hace muchos años que trabajo en las hilanderías. Empecé siendo un mocoso de la lanzadera, y desde entonces no he dejado de sudar la gota gorda. A fuerza de trabajo llegué a mi situación actual, que es un puesto privilegiado. Soy capataz, para servir a usted. Y me pregunto si en toda la fábrica habría un solo hombre que me tendería la mano para que no me ahogase. Antes, estaba afiliado a la Unión, pero permanecí al servicio de la Compañía durante dos huelgas. Me trataban de «amarillo». Mire las cicatrices en la cabeza: me lapidaron a ladrillazos. Hoy no hay un solo hombre que quisiera tomar una copa conmigo si lo invitara y no hay un solo aprendiz en las lanzaderas que no maldiga mi nombre. No tengo más amigos que la Compañía. No es mi deber sostenerla, pero es mi pan y mi manteca y la vida de mis hijos. Es por eso que no dije nada.

—¿Se le podían hacer reproches a Jackson? —le pregunté.

—No, él debió haber obtenido una reparación. Era un buen trabajador, jamás había molestado a nadie.

—¿No era usted libre para declarar toda la verdad, como había jurado hacerlo?

Donnelly sacudió la cabeza.

—La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad —agregué en tono solemne.

Su cara se animó de nuevo. La levantó, no hacia mí, sino hacia el cielo.

—Me dejaría asar cuerpo y alma a fuego lento en el infierno eterno por el amor de mis chicos —respondió.

Enrique Dallas, el subdirector, era un individuo con cara de zorro que me miró de arriba abajo insolentemente y se negó a hablar. No le pude arrancar una sola palabra relativa al proceso y a su propia deposición.

Obtuve más éxito con el otro capataz. James Smith era un hombre de rasgos duros y el corazón se me apretó cuando me le acerqué. Él también me hizo comprender que no era libre; a lo largo de nuestra conversación advertí que aventajaba mentalmente al término medio de los hombres de su clase. Al igual que Pedro Donnelly, creía que Jackson debió haber obtenido indemnización. Fue más lejos, y calificó de crueldad el hecho de haber arrojado a la calle a ese trabajador después de un accidente que lo privaba de toda capacidad. Él también me contó que se producían frecuentes accidentes en la hilandería y que era norma de la Compañía luchar hasta el límite contra las demandas que le entablaban en casos semejantes.

—Eso —agregó— representa para los accionistas algunas centenas de miles de dólares por año.

Entonces me acordé del último dividendo cobrado por papá, que había servido para pagar un lindo vestido para mí y libros para él.

Recordé la acusación de Ernesto diciendo que mi falda estaba manchada de sangre, y sentí mi carne estremecerse bajo mis vestidos.

—¿No hizo usted resaltar en sus declaraciones que se había herido cuando intentaba preservar a la máquina de un deterioro?

—No —respondió, y se mordió los labios amargamente—. Afirmé que Jackson se había herido por negligencia y que la Compañía no podía ser de ninguna manera censurada ni considerada responsable.

—¿Hubo negligencia de parte de Jackson?

—Si uno quiere, puede llamarle negligencia, o puede emplear otra palabra. El hecho es que un hombre está cansado luego de haber trabajado varias horas consecutivas.

El individuo comenzaba a interesarme. Era ciertamente de una especie menos ordinaria.

—Usted es más instruido que la generalidad de los obreros —le dije.

—Es que pasé por la Escuela Secundaria —me respondió—. Pude seguir los cursos mientras hacía las veces de portero. Mi sueño era hacerme inscribir en la Universidad, pero murió mi padre y tuve que venir a trabajar a la hilandería. Me hubiera gustado ser naturalista —agregó con timidez, como si confesara una debilidad—. Adoro a los animales. En lugar de eso, entré en la fábrica. Cuando me hicieron capataz, me casé; luego vino la familia y... ya no era dueño de mí.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero explicarle por qué testimonié como lo hice en el proceso, por qué he seguido las instrucciones dadas.

—¿Dadas por quién?

—Por el coronel Ingram. Fue él quien esbozó para mí la

deposición que debía hacer.

—Y que le hizo perder el pleito a Jackson.

Hizo un gesto afirmativo y los colores se le subieron a la cara.

—Y Jackson tenía una mujer y dos niños que dependían de él.

—Lo sé —dijo tranquilamente, pero su rostro se ensombreció aún más.

—Dígame —continué—. ¿Le fue fácil al hombre que era usted, cuando seguía los cursos de la Escuela Secundaria, transformarse en el hombre capaz de hacer algo semejante?

Lo repentino de su acceso de cólera me sorprendió y me asustó. Escupió^[29] un juramento formidable y apretó el puño como para pegarme.

—Le pido perdón —dijo al cabo de un momento—. No, no fue nada fácil... Y ahora, me parece que lo mejor que puede hacer es marcharse... Usted me sonsacó todo lo que quería. Pero permítame que le advierta una cosa antes de irse: de nada le servirá repetir lo que le dije. Negaré todo, pues no hay testigos. Negaré hasta la última palabra, y si es menester lo negaré bajo juramento ante la mesa de los testigos.

Después de esta entrevista, fui a buscar a papá a su escritorio en el edificio de la Química y allí lo encontré, a Ernesto.

Era una sorpresa inesperada, pero él vino hacia mí con sus ojos audaces, firme apretón de manos y esa curiosa mezcla de seguridad y cordialidad que le era familiar. Parecía haber olvidado nuestra última reunión y su atmósfera un poco tormentosa; pero hoy no estaba de humor para hacerle olvidar aquella noche.

—He profundizado en el caso Jackson —le dije bruscamente.

Al instante su atención y su interés se concentraron en lo que iba a decir, y, sin embargo, yo adivinaba en sus ojos la certeza de que mis anteriores convicciones habían sido alteradas.

—Me parece que he sido tratada muy mal —confesé—, y creo que, efectivamente, un poco de su sangre colorea el piso de mi casa.

—Es natural —respondió—. Si Jackson y todos sus camaradas fuesen tratados con piedad, los dividendos serían menos considerables.

—Nunca más tendré alegría al ponerme un lindo vestido —agregué.

Sentíame humilde y contrita, pero encontraba muy dulce representarme a Ernesto como una especie de defensor.

En ese momento, como siempre, su fuerza me seducía. Parecía irradiar como una prenda de paz y de protección.

—No la tendría mayor si se pusiese un vestido de arpillera —dijo gravemente—. Hay hilanderías de yute, como usted sabe, y allí ocurre la misma cosa. En todas partes es lo mismo. Nuestra tan decantada civilización está fundada en la sangre, empapada en sangre, y ni usted ni yo ni nadie podemos escapar a la mancha escarlata. ¿Con quiénes ha conversado usted?

Le conté todo lo que había pasado.

—Ninguno de ellos es libre en sus actos —dijo—. Todos están encadenados a la implacable máquina industrial, y lo más patético en esta tragedia es que todos están ligados a ella por los lazos del corazón; sus hijos, siempre esta vida joven a los cuales su instinto les ordena proteger. Y ese instinto es más fuerte que toda la moral de que son capaces. Mi propio padre ha mentido, ha robado, ha hecho toda clase de cosas deshonorosas para ponernos el pan en la boca, a mí, a mis hermanos y hermanas. Era un esclavo de la máquina; ésta machacó su vida, la consumió hasta la muerte.

—Pero usted, por lo menos, es un hombre libre —le interrumpí.

—No del todo —replicó—. No estoy atado por lazos del corazón. Doy gracias al cielo por no tener hijos, aunque los quiero con locura. Sin embargo, si me casase, no me atrevería a tenerlos.

—Verdaderamente, ésa es una mala doctrina —exclamé.

—Lo sé muy bien. —Y su cara se entristeció—. Pero es una doctrina oportunista: soy revolucionario, y eso es una vocación peligrosa.

Me eché a reír con aire incrédulo.

—Si yo tratase de entrar por la noche en casa de su padre para robarle los dividendos de la Sierra, ¿qué haría él?

—Duerme con un revólver en su mesa de noche. Es muy probable que disparase contra usted.

—Y si yo y algunos otros condujésemos un millón y medio de hombres^[30] a las casas de todos los ricos, habría muchos tiros cambiados, ¿no es así?

—Sí, pero usted no lo hace.

—Es justamente lo que estamos haciendo. Nuestra intención es tomar no solamente las riquezas que están en las casas, sino todas las fábricas, los Bancos y los almacenes. Eso es la revolución. Es algo eminentemente peligroso. Y temo que la masacre sea todavía mayor que lo que imaginamos. Como decía, pues, nadie es hoy absolutamente libre. Estamos atrapados en los engranajes de la máquina industrial. Usted ha descubierto que usted misma lo estaba y que los hombres con quienes habló también lo estaban. Pregunte a otros: vaya a ver al coronel Ingram; acose a los reporteros que impidieron publicar el caso Jackson en los diarios, y a los mismos directores de esos diarios, y entonces descubrirá que todos son esclavos de la máquina.

Poco después, en el curso de nuestra conversación, le hice una simple pregunta a propósito de los riesgos de trabajo que corren

los obreros y me obsequió con una verdadera conferencia atiborrada de estadísticas.

Eso lo encontrará en todos los libros —dijo—. Se han comparado las cifras y está plenamente comprobado que los accidentes, relativamente raros en las primeras horas de la mañana, se multiplican según una progresión creciente a medida que los trabajadores se cansan y pierden su actividad muscular y mental. Quizá usted ignore que su padre tiene tres veces más probabilidades que un obrero de conservar su vida y sus miembros intactos. Pero lo saben las compañías de seguros^[31]. A su padre le cobrarían cuatro dólares y pico de prima anual por una póliza de mil dólares, pero a un peón le cobrarían quince dólares por la misma prima.

—¿Y a usted? —le pregunté. Y en el momento mismo que hacía la pregunta me di cuenta de que sentía por él una inquietud fuera de lo común.

—¡Oh!, a mí —respondió descuidadamente—, como soy revolucionario, tengo ocho probabilidades, contra una del obrero, de ser muerto o herido. A los químicos expertos que manipulan explosivos, las compañías de seguros les piden ocho veces más que a los obreros. En cuanto a mí, creo que ni siquiera querrían asegurarme. ¿Por qué me lo pregunta?

Mis ojos parpadearon y sentí que los colores me subían a la cara, no porque Ernesto hubiera sorprendido mi inquietud, sino porque ésta me había sorprendido a mí misma.

Justamente en ese momento entró mi padre y se dispuso a salir conmigo. Ernesto le devolvió los libros prestados y salió primero. Desde el umbral se volvió para decirme: —Ah, a propósito; ya que usted se está arruinando su propia tranquilidad de espíritu mientras yo hago lo mismo con el obispo, podría ir a

ver a las señoras Wickson y Pertonwaithe. Usted sabe que sus maridos son los dos principales accionistas de la hilandería. Como todo el resto de la humanidad, esas dos señoras también están atadas a la máquina, pero atadas de tal suerte que ocupan justamente la cúspide.

CAPÍTULO IV

LOS ESCLAVOS DE LA MÁQUINA

CUANTO más pensaba en el brazo de Jackson, más aturdida me sentía. Encontrábame aquí ante algo concreto: veía la vida por primera vez. Quedaban fuera de la vida real mi juventud pasada en la Universidad y la instrucción y educación que allí había recibido. No había aprendido otra cosa que teorías sobre la existencia y la sociedad, cosas que quedan muy bien en los papeles; solamente ahora acababa de ver la vida tal cual es. El brazo de Jackson era un hecho que me había herido en lo vivo, y en mi conciencia resonaba el apóstrofe de Ernesto: «Es un hecho, compañero, un hecho insobornable».

Parecíame monstruoso, imposible, que toda nuestra sociedad estuviese fundada en la sangre. Jackson, sin embargo, erguía allí, y yo no podía sustraerme a él. Mi pensamiento volvía constantemente, como la aguja imantada hacia el polo. Lo habían tratado de una manera abominable: para repartir mejores dividendos, no le habían pagado su carne. Conocía a una veintena de familias prósperas y satisfechas que, habiendo cobrado esos dividendos, aprovechaban su parte alícuota de la sangre de Jackson. Pero si la sociedad podía proseguir su camino sin tener en cuenta este horrible tratamiento sufrido por un solo hombre, ¿no era verosímil que muchos otros hubiesen sido tratados de la misma manera? Recordaba lo que Ernesto había dicho de las

mujeres de Chicago que trabajaban por noventa céntimos por semana y de los niños en esclavitud en las hilanderías de algodón del mediodía. Me parecía ver sus pobres manos, enflaquecidas y exangües, tejiendo la tela de que estaba hecho mi vestido; mi pensamiento, volviendo luego a las hilanderías de la Sierra y a los dividendos repartidos, hacía salir en mi manga la mancha de sangre de Jackson. No podía huir de este personaje; todas mis meditaciones me llevaban hacia él...

En lo más profundo de mi ser tenía la impresión de estar al borde de un precipicio; temía alguna nueva y terrible revelación de la vida. Y no me hallaba sola: todos los que me rodeaban se estaban trastornando. En primer lugar mi padre: el efecto que Ernesto comenzaba a producir en él era visible. Luego; el obispo Morehouse: la última vez que lo había visto me había hecho la impresión de un hombre enfermo; se encontraba en un estado de alta tensión nerviosa y sus ojos demostraban un horror indecible. Sus pocas palabras me hicieron comprender que Ernesto había cumplido su promesa de hacerle hacer un viaje a través del infierno, pero no pude saber qué escenas diabólicas habían desfilado delante de sus ojos, pues estaba demasiado turbado para hablar de ello.

Convencida como me hallaba de esta conmoción de mi pequeño mundo y del universo entero, en cierto momento me di a pensar que Ernesto era la causa. ¡Éramos tan felices y gozábamos de tanta paz antes de su venida! Pero al instante comprendí que esta idea era una traición a la realidad. Ernesto se me apareció transfigurado en un mensajero de la verdad, con los ojos brillantes y la intrépida frente de un arcángel que librase batalla por el triunfo de la luz y de la justicia, por la defensa de los pobres, de los desamparados y de los desheredados. Y delante de mí se irguió

otra figura, la de Cristo. Él también había tomado el partido del humilde y del oprimido frente a todos los poderes establecidos de los sacerdotes y de los fariseos. Recordé su muerte en la cruz, y mi corazón se oprimió de angustia al pensar en Ernesto. ¿Estaría él también, con su entonación de combate y toda su bella virilidad, destinado al suplicio?

Súbitamente, reconocí que lo amaba. Mi ser se consumía en un deseo de consolarlo. Pensé en lo que debía ser su vida sórdida, mezquina y dura. Pensé en su padre, que había mentido y robado para él y que se había deslomado hasta el día de su muerte. ¡Ernesto mismo había entrado en la hilandería a la edad de diez años! Mi corazón se henchía de deseo de tomarlo en mis brazos, de apoyar su cabeza en mi pecho —su cabeza cansada de tantos pensamientos— y procurarle un instante de reposo, un poco de alivio y de olvido, un minuto de ternura.

Encontré al coronel Ingram en una recepción de gentes de iglesia. Lo conocía bien desde hacía años. Me las arreglé para atraerlo detrás de unos macetones de palmas y de caucho, en un rincón en el cual, sin que lo sospechase, se encontraba atrapado como en un lazo. Nuestra conversación comenzó con las bromas y galanterías de estilo. Era un hombre de maneras agradables, lleno de diplomacia, de tacto y de deferencias y, exteriormente el hombre más distinguido de nuestra sociedad. Hasta el venerable decano de la Universidad parecía desmedrado y artificial a su lado.

A pesar de estas ventajas, descubrí que el coronel Ingram se encontraba en la misma situación que los mecánicos incultos con los cuales me las había entendido. No era un hombre libre en sus actos; también él estaba atado a la rueda. Nunca me olvidaré la transformación que se operó en él cuando lo abordé sobre el caso de Jackson.

Su sonrisa de buen humor se desvaneció como un sueño y una expresión espantosa desfiguró instantáneamente sus rasgos de hombre bien educado. Experimenté la misma alarma que delante del acceso de rabia de James Smith. El coronel no juró: fue ésa la única diferencia que hubo entre el obrero y él. Gozaba de una reputación de hombre espiritual, pero en ese momento su espíritu estaba vencido. Sin tener plena conciencia de ello, buscaba a derecha e izquierda una salida para escapar, pero yo lo tenía como en una trampa.

¡Oh! el solo nombre de Jackson lo enfermaba. ¿Por qué había iniciado yo semejante tema? La broma le parecía desprovista de gracia. Era de mi parte una prueba de mal gusto y una falta de consideración. ¿Acaso ignoraba yo que en su profesión los sentimientos personales no cuentan para nada? Cuando iba a su estudio, los dejaba en su casa, y, una vez allí, no admitía más sentimientos que los profesionales.

—¿No debieron pagarle daños y perjuicios a Jackson? —le pregunté.

—¡Es claro!... Mi opinión, por lo menos, es que tenía derecho. Pero eso no tiene nada que ver con el punto de vista legal del asunto.

Comenzaba a retomar en sus manos los hilos dispersos de su espíritu.

—Dígame, coronel, ¿tiene algo que ver la ley con el derecho, con la justicia, con el deber?

—El deber... el deber... No es ésa precisamente la palabra.

—Ya comprendo: usted se las entiende con el poder, ¿no?

Hizo un signo de aprobación.

—¿No dicen, sin embargo, que la ley ha sido hecha para hacernos justicia?

—Lo paradójico de esto es que ella nos hace justicia.

—En este momento ¿expresa usted una opinión profesional?

El coronel Ingram se puso escarlata; positivamente, se ruborizó como un colegial. Y de nuevo buscó con los ojos un medio de evasión; pero yo obstruía la salida practicable y no hacía el menor ademán de moverme.

—Dígame —proseguí—, cuando se abandonan sus sentimientos personales por sus sentimientos profesionales, ¿no podría ser definido este acto como una especie de mutilación espiritual voluntaria?

No recibí respuesta. El coronel había escapado sin gloria, derribando una palmera en su caída.

Ensayé luego los diarios. Sin pasión, con calma y moderación, escribí una simple relación del «affaire» Jackson. Me abstuve de mezclar en el asunto a los personajes con los cuales había conversado y ni siquiera mencioné sus nombres. Relataba los hechos tal como habían ocurrido, recordaba los largos años que Jackson había trabajado en la fábrica, su esfuerzo para evitar un deterioro en la máquina, el accidente que había resultado de ello y su miserable condición actual. Con perfecta armonía, los tres diarios y los dos semanarios de la localidad rechazaron mi artículo.

Me ingenié para encontrarme con Percy Layton, un graduado de la Universidad que quería lanzarse en el periodismo y que actualmente hacía sus primeras armas en el más influyente de los diarios. Se sonrió cuando le pregunté por qué los diarios habían suprimido toda mención de Jackson y de su proceso.

—Política periodística —exclamó—. Nosotros no tenemos nada que ver en ese asunto: es cuestión de los directores.

—¿Pero por qué esa política?

—Porque formamos un bloque con las corporaciones. Aunque

la pagase al precio de los anuncios, aunque la pagase diez veces la tarifa ordinaria, usted no podría hacer publicar semejante información en ningún diario, y el empleado que tratase de pasarla fraudulentamente, perdería su empleo.

—¿Y si hablásemos de su política, de la suya? Me parece que su tarea consiste en deformar la verdad de acuerdo con las órdenes de sus patrones, los que a su vez, obedecen la santísima voluntad de las corporaciones.

—Yo no tengo nada que ver en todo esto...

Pareció incómodo un instante, luego su rostro se iluminó: acababa de encontrar un refugio.

—Personalmente —declaró—, no escribo nada que no sea cierto: estoy en paz con mi propia conciencia. Naturalmente, al cabo de un día de trabajo se presentan un montón de cosas repugnantes, pero, usted comprende, todo eso forma parte del trajín diario —concluyó con lógica infantil—.

—Sin embargo, usted espera sentarse algún día en un sillón directoral y seguir una política, ¿no es así?

—De aquí a entonces, estaré endurecido.

—Bueno, pero ahora que usted no lo está todavía, dígame, ¿qué piensa de la política periodística en general?

—No pienso nada —respondió vivamente—. No hay que dar coces contra el aguijón si se piensa llegar en el periodismo. Esto es lo que siempre me han enseñado, y no sé nada más.

Y meneó con aire de sabiduría su cabeza juvenil.

—¿Y dónde deja usted la rectitud?

—Usted ignora los recursos del oficio. Son recursos naturalmente correctos, puesto que todo concluye siempre bien, ¿no es verdad?

—Todo eso es deliciosamente vago —murmuré.

—Pero mi corazón sangraba por esta juventud y sentía ganas de gritar auxilio o dé echarme a llorar. Comenzaba a penetrar las apariencias superficiales de esta sociedad en la que siempre había vivido y a descubrir las realidades aterradoras y ocultas. Una tácita conspiración parecía armada contra Jackson, y yo sentía estremecerme de simpatía hasta por el abogado llorón que había sostenido en forma tan lamentable su causa. Entretanto, esta organización tácita tornábase singularmente vasta: estaba dirigida contra todos los obreros que habían sido mutilados en la hilandería y, a partir de entonces, ¿por qué no? Contra todos los obreros de todas las fábricas y de las industrias de cualquier clase.

Si ello ocurría así, la sociedad era una mentira. Retrocedía de espanto ante mis propias conclusiones. Era demasiado abominable, demasiado terrible para que fuese cierto. Sin embargo, ahí estaba Jackson, y su brazo, y su sangre que chorreaba de mi techo y manchaba mi vestido. Y había muchos Jackson; los había a centenares en las hilanderías, lo había dicho él mismo. El brazo fantasma no me soltaba.

Fui a ver al señor Wickson y al señor Pertonwaithe, los dos hombres que detentaban la mayor parte de las acciones. Mas no conseguí conmoverlos como a los mecánicos a su servicio. Advertí que profesaban una ética superior a la del resto de los hombres, algo que podríamos llamar la moral aristocrática, la moral de los amos^[32]. Hablaban en términos amplios de su política, de su destreza, que identificaban con la probidad. Se dirigían a mí con tono paternal, con aire protector hacia mi juventud y mi inexperiencia. De cuantos había encontrado en el curso de mi investigación, estos dos eran los más inmorales y los más incurables. Y estaban absolutamente persuadidos de que su conducta era justa: no cabía a este respecto ni duda ni discusión

posible. Se creían los salvadores de la sociedad y estaban convencidos de hacer la felicidad de la mayoría: trazaban un cuadro patético de los sufrimientos que soportaría la clase trabajadora sin los empleos que ellos, y únicamente ellos, podían procurarles.

Al separarme de esos dos señores, me encontré con Ernesto y le conté mi experiencia: Me miró con expresión satisfecha.

—Perfectamente —me dijo—. Usted comienza a desentrañar por sí misma la verdad. Sus conclusiones, deducidas de una generalización de su propia experiencia, son correctas. En el mecanismo industrial, nadie está libre de sus actos, excepto el gran capitalista, y aun ése quién sabe si lo está, si me permite emplear este giro propio de los irlandeses^[33].

Los amos, como usted ve, están perfectamente seguros de tener razón cuando proceden como hacen. Tal es el absurdo que corona todo el edificio. Están de tal manera atados por su naturaleza humana, que no pueden hacer nada a menos que la crean buena. Les es necesario una sanción para sus actos. Cuando quieren emprender algo, en materia de negocios, por supuesto, deben esperar que nazca en sus cerebros una especie de concepción religiosa, moral o filosófica que dé fundamentos correctos a su proyecto. Entonces dan un paso adelante, sin percatarse de que el deseo es padre del pensamiento. A cualquier proyecto terminan por encontrarle una sanción. Son casuístas superficiales, jesuitas. Se sienten inclusive justificados cuando hacen mal porque de éste resulta un bien. Uno de los axiomas ficticios más graciosos es el de proclamarse superiores al resto de la humanidad en sabiduría y en eficacia. Por obra y gracia de esta sanción, se arropan el derecho de repartir el pan y la manteca a todo el género humano. Han llegado a resucitar la teoría del

derecho divino de los reyes, de todos los reyes del comercio^[34]. El punto débil de su posición consiste en que son simplemente hombres de negocios y no filósofos: no son biólogos ni sociólogos. Si lo fueran todo andaría mejor, naturalmente. Un hombre de negocios que al mismo tiempo fuera versado en esas dos ciencias sabría aproximadamente lo que necesita la humanidad.

Pero fuera del terreno comercial, esos individuos son estúpidos. No entienden más que de negocios. No comprenden ni al género humano ni al mundo y no obstante, se constituyen en árbitros de la suerte de millones de hambrientos de todas las multitudes en conjunto. Algún día la histeria se permitirá lanzar a costa de ellos una carcajada homérica.

Ahora estaba preparada para abordar a las señoras Wickson y Pertonwaithe, pues la conversación que tendría con ellas ya no me reservaría sorpresas. Eran damas de la mejor sociedad^[35], que habitaban en verdaderos palacios. Poseían muchas otras residencias desparramadas en el campo, en la montaña, al borde de los lagos o del mar. Un ejército de servidores se movía, solícito, a su alrededor, y su actividad social era aturdidora. Patrocinaban universidades e iglesias, y los pastores particularmente estaban dispuestos a arrodillarse delante de ellas^[36]. Estas dos mujeres constituían verdaderas potencias, con todo el dinero a su disposición. Conservaban en alto grado el poder de subvencionar el pensamiento, como muy pronto debía yo saberlo, gracias a las advertencias y enseñanzas de Ernesto.

Las dos remedaban a sus maridos y discurrían en los mismos términos generales acerca de la política a seguir, de los deberes y responsabilidades que incumbían a los ricos. Ambas se dejaban gobernar por la misma ética que sus esposos y por su misma moral de clase: recitaban frases hechas que sus mismos oídos no

comprendían.

Se irritaron cuando les describí la deplorable condición de la familia Jackson; y como yo me asombrase de que no hubiesen constituido un fondo de reserva en su favor, me hicieron saber que no tenían necesidad de nadie para conocer sus deberes sociales; cuando les pedí redondamente que lo socorriesen, se negaron no menos redondamente. Lo más notable fue que ellas expresaron su negativa en términos casi idénticos, a pesar de que fui a verlas por separado y de que cada una ignoraba que yo había ido o debía ir a ver a la otra.

La respuesta de ambas, en común, fue que estaban contentas de aprovechar esta ocasión para demostrarme de una vez por todas que ellas no acordarían primas a la negligencia y que, payando los accidentes, no querían tentar a los pobres a herirse voluntariamente^[37].

¡Y esas dos mujeres eran sinceras! La doble convicción de su superioridad de clase y de su eminencia personal se les subía a la cabeza y las embriagaba. En su moral de casta encontraban sanciones para cada uno de sus actos. De nuevo en el coche a la puerta de la espléndida mansión de la señora Pertonwaithe, me volví para contemplarla y entonces me vino a la memoria la expresión de Ernesto cuando decía que esas señoras estaban también atadas a la máquina, pero de suerte tal que se encontraban sentadas justamente en la cúspide.

CAPÍTULO V

LOS FILÓMATAS^[38]

ERNESTO venía a menudo a casa, pero no eran solamente mi padre o las comidas polémicas lo que lo atraían. Y para entonces yo me jactaba de ser un poco la causa, y no demoré mucho en ser acariciada con la mirada. Porque nunca hubo en el mundo un pretendiente semejante a éste.

Día a día su mirada y su apretón de mano se hacían más firmes, si era posible, y la pregunta que había visto asomara sus ojos se hacía cada vez más imperiosa.

Mi primera impresión sobre él había sido desfavorable; luego me sentí atraída. Ocurrió después un acceso de repulsión el día en que atacó a mi clase! y a mí misma con tan pocos miramientos; mas pronto advertí que no había calumniado de ninguna manera al mundo en que yo vivía, que cuanto había dicho de duro y de amargo estaba justificado; y más que nunca me acerqué a él. Se convertía en mi oráculo. Arrancaba para mí la máscara a la sociedad y me dejaba entrever, verdades tan incontestables como desagradables.

Verdaderamente, nunca hubo un enamorado igual. Una muchacha no puede vivir hasta los veinticinco años en una ciudad universitaria sin que le hagan la corte. Había sido cortejada por sofomoros^[39] imberbes y por profesores canosos, sin contar los atletas de boxeo y los gigantes del fútbol. Pero ninguno llevó el

asalto como lo hizo Ernesto. Me apretó en sus brazos antes de que me diera cuenta y sus labios se posaron en los míos antes de que tuviera tiempo de protestar o de resistir. Ante la sinceridad de su pasión, la dignidad convencional y la reserva virginal parecían ridículas. Me abandonaba frente a ese ataque soberbio e irresistible. No me hizo ninguna declaración ni pedido de compromiso. Me tomó en sus brazos, me besó y consideró para en adelante como un hecho cierto que yo sería su esposa. No hubo discusión al respecto; la única discusión sobrevino más tarde y estuvo relacionada con la fecha de la boda.

Era inaudito, inverosímil y, sin embargo, eso «funcionaba» como su criterio de la verdad: a eso confié mi vida y no tuve ocasión de arrepentirme. Durante los primeros días de nuestro amor, empero, me alarmaban un poco la violencia y la impetuosidad de sus galanteos. Pero esos temores eran infundados: ninguna esposa tuvo la probabilidad de poseer un marido más dulce y más tierno. La dulzura y la violencia se mezclaban curiosamente en su pasión, como la fluidez y la torpeza en sus modales. ¡Oh, la peculiar cortesía en su actitud! Nunca pudo desprenderse de ella del todo, y eso lo hacía encantador. Su conducta en nuestra sala me sugería el paseo prudente de un toro en una tienda de porcelanas^[40].

Si alguna duda sobre la verdadera profundidad de mis propios sentimientos hacia él me quedaba, era apenas una vacilación subconsciente, y ésta se desvaneció precisamente por esta época. Fue en el club de los Filómatas, y en una noche de batalla magnífica en que Ernesto afrontó a los amos del momento en su propia madriguera, cuando mi amor me fue revelado en toda su plenitud. El club de los Filómatas era el más selecto que existiese en toda la costa del Pacífico. Era una fundación de la señorita

Brentwood, solterona fabulosamente rica, para quien la institución hacía las veces de marido, de familia y de juguete. Sus miembros eran los más ricos de la sociedad y los más despreocupados entre los ricos, habiendo, naturalmente, un pequeño número de hombres de ciencia que daban a la asamblea un barniz intelectual.

El club de los Filómatas no poseía un local propio; era un local de un tipo especial, cuyos socios se reunían una vez por mes en el domicilio privado de uno de ellos para escuchar allí una conferencia. Los oradores eran pagados, pero no siempre. Cuando un químico de Nueva York había hecho un descubrimiento sobre el radio, por ejemplo, le pagaban todos los gastos del viaje a través del continente y le entregaban, además, una suma principesca para indemnizarle la pérdida de su tiempo. Ocurría lo mismo con el explorador que regresaba de las regiones polares y con las nuevas estrellas de la literatura y del arte. Ningún visitante extraño era admitido en esas reuniones, y los filómatas se habían hecho el propósito de no dejar filtrar en la prensa absolutamente nada de sus discusiones, de suerte que ni siquiera los hombres de Estado y algunos habían venido, y de los más importantes podían conocer todo su pensamiento.

Acabo de desdoblar una carta toda arrugada que Ernesto me escribió hace ahora veinte años, y de ella copio el siguiente pasaje:

«Como su padre es socio del Club Filomático, usted puede entrar. Venga a la sesión del martes por la noche. Le prometo que pasará allí uno de los buenos momentos de su vida. En sus recientes encuentros con los peces gordos, usted no consiguió conmoverlos. Para usted los sacudiré, los haré gruñir como a lobos. Usted se limitó a poner sobre el tapete su moralidad; y cuando sólo su moralidad es impugnada, se vuelven más

vanidosos y adoptan una postura satisfecha y superior. En cambio yo amenazaré directamente su bolsa. Eso los sacudirá hasta las raíces de sus naturalezas primitivas. Si usted puede venir, verá al hombre de las cavernas en traje de etiqueta, rugiendo y mostrando los dientes para defender su hueso. Le prometo un espectáculo estupendo y una idea edificante sobre la naturaleza de la bestia».

«Me invitaron para desollarme. Se le ocurrió la idea a la señorita Brentwood, quien ha cometido la torpeza de dejármelo entrever al invitarme. Parece que ofreció a sus amigos este género de entretenimiento. Sienten un gran placer en tener delante de ellos a un reformador de alma dulce y confiada. La solterona cree que reúno la inocencia de un minino y la estupidez de un cornúpeta. Debo confesar que yo la he alentado para que tenga esta impresión. Después de haber tanteado cuidadosamente el terreno, ha terminado por descubrir mi carácter inofensivo. Me pagarán buenos honorarios, doscientos cincuenta dólares, más o menos lo que le habrían dado a algún revolucionario que hubiese presentado su candidatura a gobernador. Además, la etiqueta es de rigor. En vida me he disfrazado de esta manera y será menester que alquile algún "smoking"; pero sería capaz de eso y mucho más con tal de poder enfrentarme con los filómatas».

De todas las casas de los socios, se eligió precisamente la de Pertonwaithe para esta reunión. Trajeron un suplemento de sillas al gran salón y más de doscientos filómatas tomaron asiento para escuchar a Ernesto. Eran realmente los príncipes de la buena sociedad. Me entretuve calculando el total de las fortunas que representaban: sumaban centenares de millones. Y sus propietarios no eran esa clase de ricos, que viven en el ocio, sino hombres de negocios que jugaban un papel muy activo en la vida

individual y política.

Ya estábamos todos sentados cuando la señorita Brentwood introdujo a Ernesto. Se dirigieron de inmediato a un extremo del salón, desde donde Ernesto hablaría. Estaba de etiqueta y tenía una estampa magnífica, con sus anchos hombros y su cabeza real y siempre con ese inimitable matiz de torpeza en sus movimientos. Me parece que sólo por eso hubiera podido quererlo. Nada más que con mirarlo, sentía una gran alegría. Me parecía sentir de nuevo el vigor de su mano apretando la mía, el contacto de sus labios con los míos. Y estaba tan orgullosa de él que tuve un impulso de levantarme y gritar a la asamblea: «Es mío. ¡Me ha tenido en sus brazos y he colmado ese espíritu poblado de pensamientos tan elevados!».

La señorita Brentwood llegó al extremo de la sala y lo presentó al coronel Van Gilbert, a quien le estaba reservada la presidencia de la reunión. Era el coronel un gran abogado de «trusts». Además, era inmensamente rico. Los honorarios más exigüos que se dignaba aceptar no bajaban de cien mil dólares. Era un maestro en asuntos jurídicos, y la ley constituía para él un títere cuyos hilos manejaba: la moldeaba como la arcilla, la torcía y la deformaba como un juego de paciencia chino, de acuerdo con sus intenciones. Sus maneras y su elocución eran juego conocido, pero su imaginación, sus conocimientos y sus recursos estaban a la altura de los más recientes estatutos. Su celebridad databa desde el día que hizo anular el testamento Shadwell^[41]. Solamente por este asunto había recibido quinientos mil dólares de honorarios, y a partir de ese momento su ascensión fue rápida como la de un cohete. Se lo consideraba como al primer abogado del país, abogado de consorcios, es claro, y nadie habría, osado no incluirlo entre los tres primeros grandes hombres de leyes de los Estados

Unidos.

El coronel se levantó y comenzó a presentar a Ernesto en frases rebuscadas que encerraban un ligero tinte de ironía sobrentendida. Realmente había una sátira sutil en la presentación de este reformador social, miembro de la clase obrera. Sorprendí en el auditorio sonrisas que me mortificaron. Miré a Ernesto y sentí crecer mi irritación. Parecía no experimentar ningún encono ante esas finas estocadas, y, lo que es peor, no advertirlas. Estaba sentado, tranquilo, pesado, somnoliento. Tenía verdaderamente un aspecto estúpido. Una idea fugitiva cruzó mi espíritu: ¿Se dejaría intimidar por esta exhibición imponente de potencia monetaria y cerebral? Después sonreí, pues pensé que Ernesto había engañado a la señorita Brentwood. Ésta ocupaba un sillón en la primera fila y varias veces se volvió hacia una u otra de sus amistades para apoyar con una sonrisa las alusiones del orador. Cuando el coronel terminó su presentación, Ernesto se levantó y comenzó a hablar. Empezó en voz baja, con frases modestas y separadas por pausas, con una evidente indecisión. Contó su nacimiento en el mundo obrero, su infancia en un ambiente sórdido y miserable, en donde el espíritu y la carne se encontraban igualmente hambrientos y torturados. Describió las ambiciones y los ideales de su juventud, y su concepción del Paraíso, en donde vivía la gente de las clases superiores.

«Sabía —dijo— que por encima de mí reinaba un espíritu de altruismo, un pensamiento puro y noble, una vida altamente intelectual. Sabía todo eso porque lo había leído en las novelas de la Biblioteca de Baños de Mar^[42], en donde todos los hombres y todas las mujeres, con excepción del traidor y de la aventurera, tenían hermosos pensamientos, hablaban un hermoso lenguaje y

cumplían actos gloriosos. Con tanta fe como la que ponía en la salida del sol, estaba seguro de que por encima de mí existía todo lo que uno podía imaginar de hermoso, de noble y de generoso en el mundo, todo lo que daba a la vida decencia y honor, todo lo que la hacía digna de ser vivida, todo lo que recompensaba a la gente de su trabajo y de sus miserias».

Describió después su vida en la hilandería, su aprendizaje como herrero y su encuentro con los socialistas. En sus filas había descubierto inteligencias vivas y espíritus notables, ministros del Evangelio destruidos porque su cristianismo era demasiado estricto para alguna congregación de adoradores del becerro de oro, profesores aplastados por la rueda de la servidumbre universitaria hacia las clases dominantes.

Ernesto definía a los socialistas como a revolucionarios que luchan para derribar a la sociedad irracional de hoy, a fin de construir con sus materiales la sociedad racional del porvenir. Decía muchas otras cosas que sería largo contar aquí, pero nunca olvidaré cómo narró su vida entre los revolucionarios. Toda vacilación había desaparecido de su elocución, su voz se henchía fuerte y confiada y se afirmaba restallante como él mismo y como los pensamientos que vertía a torrentes.

Entre esos rebeldes encontré también una fe ferviente en la humanidad, un idealismo ardiente, las voluptuosidades del altruismo, del renunciamento y del martirio, espléndidas y conmovedoras realidades todas del espíritu.

Aquí la vida era limpia, noble y viva. Estaba en contacto con grandes almas que exaltaban la carne y el espíritu por encima de los dólares y de los céntimos y para quienes el débil gemido del niño miserable de los tugurios tiene más importancia que toda la pompa y el atuendo de la expansión comercial y del imperio del

mundo. A mi alrededor no veía más que nobleza en los fines y heroísmo en el esfuerzo, con lo que mis días eran luminosos y mis noches estrelladas. Vivía en el fuego y en el rocío, y delante de mí flameaba sin cesar el Santo Graal, la sangre ardiente y humana de Cristo, prenda de auxilio y de salvación después del largo sufrimiento y de los malos tratamientos".

Ya lo había visto transfigurado delante de mí, y así se me apareció de nuevo. En su frente resplandecía su divinidad interior y sus ojos brillaban más en medio de esta irradiación en que parecía envuelto. Los demás no veían esta aureola, y yo atribuía mi visión a las lágrimas de alegría y de amor que empañaban mis ojos. Por lo menos, el señor Wickson, que estaba detrás de mí, no se sentía conmovido, pues lo oí lanzar con tono irónico el epíteto de «¡Utopista!»^[43]

Ernesto, mientras tanto, contaba cómo se había elevado en la sociedad, hasta el punto de entrar en contacto con las clases superiores y codearse con hombres colocados en altas posiciones. Entonces le había llegado la hora de la desilusión, describiéndola en términos poco halagadores para ese auditorio. Le había sorprendido lo grosero de la arcilla con que estaban hechos. Aquí ya la vida dejaba de aparecérselle noble y generosa; le espantaba el egoísmo que, había encontrado. Lo que le había asombrado más aún era la ausencia de vitalidad intelectual. Él, que acababa de dejar a sus amigos revolucionarios, sentíase chocado por la estupidez de la clase dominante. Además, a despecho de sus magníficas iglesias y de sus predicadores suculentamente pagados, había descubierto que esos amos, hombres y mujeres, eran seres groseramente materiales. Charlaban bien sobre sus pequeños ideales, sobre su pequeña moral, pero a pesar de esa cháchara, la tónica de su vida era una nota materialista. Vivían

desnudos de toda moralidad real, como la que Cristo había predicado, pero que hoy yacía olvidada, ya no se enseñaba más.

He encontrado hombres que, en sus diatribas contra la guerra, invocaban el nombre del Dios de la paz y que distribuían fusiles entre los Pinkertons^[44] para abatir a los huelguistas de sus propias fábricas. He conocido gentes a quienes la brutalidad del boxeo la ponía fuera de sí, pero que eran cómplices de fraudes alimenticios que provocaban todos los años la muerte de más inocentes que los que masacró Herodes, el de las manos rojas. He visto sostenedores de iglesias que contribuían con gruesas sumas para las Misiones extranjeras, pero que en sus talleres hacían trabajar a jovencitas diez horas diarias por sueldos de hambre, con lo que de hecho fomentaban directamente la prostitución.

Tal señor respetable, de finos rasgos aristocráticos, no era más que un testaferro que prestaba su nombre a sociedades cuyo secreto fin era despojar a la viuda y al huérfano. Tal otro, que hablaba reposada y sentenciosamente de las bellezas del idealismo y de la bondad de Dios, había hecho una zancadilla y traicionado a sus socios en un buen negocio. Y aquel de más allá, que dotaba de cátedras a las universidades y contribuía a la erección de magníficas capillas, no vacilaba en ser perjuro ante los tribunales por cuestiones de dólares o de céntimos. Tal magnate ferroviario renegaba sin vergüenza de la palabra empeñada como ciudadano, como hombre de honor y como cristiano, al acordar comisiones secretas, y las acordaba a menudo.

Este director de diario que publica anuncios de remedios patentados me trató de asqueroso demagogo porque lo desafiaba a publicar un artículo diciendo la verdad a propósito de esas drogas^[45]. Este coleccionista de hermosas ediciones, qué patrocinaba la literatura, pagaba barriles de vino al patrón brutal e

inculto de una máquina municipal^[46].

Tal senador era el instrumento, el esclavo, el títere de un patrón de máquina política, un individuo de espesas cejas y de mandíbula cuadrada; lo mismo ocurría con el gobernador tal y con el ministro de la Corte Suprema cual. Los tres viajaban gratis en el ferrocarril; y, además, tal capitalista de piel lustrosa era el verdadero propietario de la máquina política, del patrón de la máquina y de los ferrocarriles que entregaban los pases.

«Y fue así cómo, en linar de un paraíso, descubrí el árido desierto del mercantilismo. Allí no encontré otra cosa que estupidez, salvo en lo referente a los negocios. No encontré nada limpio, noble y vivo, como no fuese la vida que bulle en la podredumbre. Todo lo que encontré allí fue un egoísmo monstruoso y sin corazón y un materialismo grosero y glotón, tan practicado como práctico».

Ernesto les cantó muchas otras verdades sobre ellos mismos y sobre sus propias desilusiones. Intelectualmente, lo habían aburrido las clases superiores; moral y espiritualmente, lo habían asqueado; tanto, que volvió alegremente a sus revolucionarios, los cuales se mostraban por lo menos limpios, nobles, llenos de vida, que eran, en una palabra, todo lo que los capitalistas no son.

Debo declarar que esta terrible diatriba los había dejado fríos. Me fue en sus caras y vi que conservaban un aire de superioridad satisfecha. Ya Ernesto me había prevenido que ninguna acusación contra la moralidad podía conmoverlos. Advertí, sin embargo, que el atrevimiento de su lenguaje había afectado a la señorita Brentwood. Daba muestras de aburrimiento y de inquietud.

«Y ahora —declaró Ernesto— voy a hablaros de esta revolución».

Empezó a describir el ejército de esa revolución, y cuando dio

las cifras de sus fuerzas, según los resultados oficiales de los escrutinios de diversos países, la asamblea comenzó a agitarse. Una expresión atenta inmovilizó sus rostros y vi que sus labios se apretaban. Al fin se había arrojado el guante del combate.

Describió la organización internacional que unía al millón y medio de socialistas de los Estados Unidos con los veintitrés millones y medio de socialistas diseminados en el resto del mundo.

«Semejante ejército de la revolución, de más de veinticinco millones de hombres, puede detener y retener la atención de las clases dominantes. El grito de este ejército es ¡Sin cuartel! Necesitamos todo lo que poseéis. No nos conformaremos con nada menos. Queremos tomar en nuestras manos las riendas del poder y el destino del género humano. ¡He aquí nuestras manos, nuestras fuertes manos! Ellas os quitarán vuestro gobierno, vuestros palacios y vuestra dorada comodidad, y llegará el día en que tendréis que trabajar con vuestras manos para ganaros el pan, como lo hace el campesino en el campo o el hortera reblandecido en vuestras metrópolis. He aquí nuestras manos. Miradlas: ¡son puños sólidos!».

Al decir así adelantaba sus hombros poderosos y alargaba sus dos grandes brazos, y sus puños de herrero amasaban el aire como garras de águila. Con sus manos extendidas para aplastar y desbarrar a los explotadores, aparecía como el símbolo del trabajo triunfante. Percibí en el auditorio un movimiento casi imperceptible de retroceso delante de esta figura de la revolución concreta, poderosa, amenazante. Las mujeres, por lo menos se encogieron y el temor asomó a sus caras. No ocurrió lo mismo con los hombres; éstos no pertenecían a la Ovase de los ricos ociosos, sino a la de los activos y batalladores. Un ruido profundo rodó en

sus gargantas, hizo vibrar el aire un instante y luego se apaciguó. Era el pródromo de la jauría, que esa noche debía oír varias veces: la manifestación de la bestia despertando en el hombre o del hambre en toda la sinceridad de sus pasiones primitivas. Ellos no tenían conciencia de haber producido ese ruido: era el rugido de la horda la expresión de su instinto y su demostración refleja. En ese momento, al ver endurecerse sus caras y brillar en sus ojos el relámpago de la lucha, comprendí que esa dente no se dejaría arrancar fácilmente el dominio del mundo.

Ernesto prosiguió su ataque. Explicó la existencia de un millón y medio de revolucionarios en los Estados Unidos, acusando a la clase capitalista de haber gobernado mal a la sociedad. Después de haber esbozado la situación económica del hombre de las cavernas y la de los pueblos salvajes de nuestros días, que carecían de herramientas y de máquinas y no poseían más que sus medios naturales para producir la unidad de fuerza individual, delineó el desarrollo de las herramientas y de la organización hasta el punto actual, en que el poder productor del individuo civilizado es mil veces superior al del salvaje.

Cinco hombres bastan ahora para producir pan para mil personas. Un solo hombre puede producir tela de algodón para doscientas cincuenta personas, tricotas para trescientas y calzado para mil. Uno se sentiría inclinado a concluir que con buena administración de la sociedad el civilizado moderno debería estar mucho más cómodamente que el hombre prehistórico. ¿Ocurre así? Examinemos el problema. En los Estados Unidos hay hoy quince millones de hombres^[47] que viven en la pobreza; por pobreza entiendo aquella condición en que, carente de alimento y de abrigo convenientes, su nivel de capacidad de trabajo no puede ser mantenido. A pesar de nuestra pretendida legislación del

trabajo, hoy existen en los Estados Unidos tres millones de niños empleados como trabajadores^[48]. Su número se ha duplicado en doce años. A propósito, os pregunto por qué vosotros, los rectores de la sociedad, no habéis publicado las cifras del censo de 1910. Y respondo por vosotros: porque os han aterrorizado. Las estadísticas de la miseria habrían podido precipitar la revolución que se prepara.

Pero vuelvo a mi acusación. Si el poder de producción del hombre moderno es mil veces superior al del hombre de las cavernas, ¿por qué, pues, hay actualmente en los Estados Unidos quince millones de habitantes que no están alimentados ni alojados convenientemente y tres millones de niños que trabajan? Es una grave acusación. La clase capitalista se ha hecho posible del delito de mala administración. En presencia de este hecho, de este doble hecho —que el hombre moderno vive más miserablemente que su antepasado salvaje, en tanto que su poder productor es mil veces superior—, no cabe otra conclusión que la de la mala administración de la clase capitalista, que sois malos administradores, malos amos y que vuestra mala gestión es imputable a vuestro egoísmo. Y sobre este punto, aquí esta noche, frente a frente, no podéis responderme, del mismo modo que no puede responder vuestra clase entera al millón y medio de revolucionarios de los Estados Unidos. No podéis responderme; os desafío. Y me atrevo a decir desde ahora que cuando haya terminado, tampoco me responderéis. Sobre este punto vuestra lengua, por muy suelta que sea en otros temas, está trabada.

«Habéis fracasado en vuestra administración. Habéis hecho de la civilización una carnicería. Os habéis mostrado ávidos y ciegos. Habéis tenido, y tenéis todavía, la audacia de levantaron en las asambleas legislativas y declarar que sería imposible obtener

beneficios sin el trabajo de los niños, ¡de los nenes! ¡Oh! no me creáis solamente por mis palabras: todo eso está escrito, registrado por y contra vosotros. Habéis dormido vuestra conciencia con charlatanería sobre vuestro bello ideal y sobre vuestra querida moral. Heos aquí cebados de poderío y de riqueza, borrachos de éxito. Pues bien, tenéis contra nosotros las mismas posibilidades que los zánganos reunidos alrededor de la colmena, cuando las laboriosas abejas se lanzan para poner fin a su existencia ahíta. Habéis fracasado en la dirección de la sociedad, y esa dirección os será arrebatada. Un millón y medio de hombres de la clase obrera se jactan de que ganarán para su causa al resto de la masa trabajadora y de quitaron el señorío del mundo. Ésa es la revolución, señores míos. ¡Detenedla si sois capaces!».

Durante un espacio de tiempo apreciable, el eco de su voz resonó en el salón. Luego se hinchó el profundo gruñido va oído y una docena de hombres se levantaron dando alaridos y gesticulando para atraer la atención del presidente. Noté que los hombros de la señorita Brentwood se agitaban convulsivamente y pasé por un momento de irritación al creer que se reía de Ernesto. Luego reconocí que no se trataba de un acceso de risa, sino de un ataque de nervios. Estaba aterrorizada de lo que había hecho al lanzar esta tea ardiendo en medio de su querido club de los filómatas.

El coronel Van Gilbert no prestaba atención a la docena de hombres que, desfigurados por la ira, querían que se les concediese la palabra. Él mismo se retorció de rabia. Se levantó de un salto agitando los brazos, y durante un momento sólo pudo proferir sonidos inarticulados. Luego se escapó de su boca un flujo verborreico. Pero no era el lenguaje del abogado de cien mil

dólares ni su retórica un poco rancia.

—¡Error tras error! —exclamó—. ¡En mi vida he oído tantos errores proferidos en tan poco tiempo! Además, joven, usted no ha dicho nada nuevo. Todo eso lo aprendí en el colegio antes de que usted naciera. Pronto hará dos siglos que Juan Jacobo Rousseau lanzó su teoría socialista. ¿El retorno a la tierra? ¡Bah!, una reversión, cuyo absurdo demuestra nuestra biología. No sin razón suele decirse que un poco de ciencia es peligrosa, y usted acaba de darnos una prueba palmaria esta noche con sus teorías descabelladas. ¡Un error tras otro! Verdaderamente nunca he estado tan asqueado por un desborde de errores. Tema usted, éste es el caso que hago de sus generalizaciones precipitadas y de sus razonamientos infantiles.

Hizo castañetear su puyar despectivamente y se dispuso a sentarse. La aprobación de las mujeres se dejó sentir por exclamaciones agudas y la de los hombres por sonidos roncós. La mitad de los candidatos a la tribuna se puso a hablar desde sus asientos y todos a la vez. Era una confusión indescriptible, una Torre de Babel. Nunca la vasta mansión de la señora Pertonwaithe había servido de escenario a semejante espectáculo. ¿Cómo? ¿De modo que las frías cabezas del mundo industrial, la flor y nata de la bella sociedad, eran una banda de salvajes rugiendo y gruñendo? En verdad, Ernesto los había sacado de quicio cuando extendió sus manos hacia sus escarcelas, esas manos que representaban para ellos las de un millón y medio de revolucionarios.

Pero él no perdía la cabeza. Antes que el coronel hubiese conseguido sentarse, Ernesto estuvo de pie y dio un paso hacia delante.

—¡Uno solo a la vez! —gritó con todas sus fuerzas.

El rugido de sus inmensos pulmones dominó a la tempestad humana y la fuerza sola de su personalidad les impuso silencio.

—¡Uno solo a la vez! —repitió con tono calmo—. Dejadme contestar al coronel Van Gilbert. Después de eso, los otros podrán atacarme, pero de a uno por vez, recordadlo; que no estamos aquí en una cancha de fútbol. En cuanto a usted continuó, volviéndose hacia el coronel, no contestó a nada de lo que he dicho. Simplemente ha emitido algunas apreciaciones excitadas y dogmáticas sobre mi calibre mental. Esas prácticas pueden serle útiles en sus negocios pero no es a mí a quien hay que hablarle en ese tono. Yo no soy un obrero que ha llegado. Con la gorra en la mano, a pedirle que me aumente el salario o que me proteja de la máquina que manejo. Mientras usted tenga que habérselas conmigo, no podrá servirse de sus maneras dogmáticas con la verdad. Resérvelas para sus relaciones con sus esclavos asalariados, que no se atreven a responderle porque usted tiene en sus manos su pan y su vida.

En cuanto a esa vuelta a la naturaleza que usted pretende haber aprendido en el colegio antes de mi nacimiento, permítame que le observe que usted parece no haber aprendido nada a partir de entonces. El socialismo no tiene nada de común con el estado natural o tiene lo que pueda haber entre el cálculo infinitesimal y el catecismo. Yo había denunciado la falta de inteligencia de su clase para todo lo que no sea negocio: usted señor, acaba de dar un ejemplo edificante en apoyo de mi tesis.

Esta terrible corrección infligida a su querido abogado (de cien mil dólares) fue demasiado para lo que podía soportar la señorita Brentwood. Redobló la violencia de su ataque de histeria y tuvieron que llevarla fuera de la sala, llorando y riendo a la vez. Y era para ella lo mejor, pues lo gordo vendría después.

—No se fíe en mis palabras solamente —prosiguió Ernesto, después de esta interrupción—. Sus propias autoridades, con voto unánime, le probarán su falta de inteligencia; sus propios abastecedores de ciencia le dirán que usted está en un error. Consulte al más humilde de sus sociólogos de segundo orden y pregúntele la diferencia entre la teoría de Rousseau y la del socialismo; interrogue a sus mejores economistas ortodoxos y burgueses; busque en cualquier manual que duerme en los estantes de sus bibliotecas subvencionadas, y por todas partes se le responderá que no hay ninguna concordancia entre la vuelta a la naturaleza y el socialismo, sino que, por el contrario, las dos teorías son diametralmente opuestas. Le repito que no tenga fe en mis palabras. La prueba de su falta de inteligencia está en los libros, en esos libros que usted nunca lee. Por lo que respecta a su falta de inteligencia, usted no es más que una muestra de su clase.

Usted sabe mucho de derecho y de negocios, señor coronel Van Gilbert. Usted se ingenia mejor que nadie para servir a los cartels y aumentar los dividendos torciendo la ley. Es usted un excelente abobado, pero un lamentable historiador. Usted no conoce una palabra de sociología y en cuanto a la biología, usted parece contemporáneo de Plinio el Antiguo.

El coronel se agitaba en su asiento. Reinaba en el salón un silencio absoluto. Todos los asistentes estaban fascinados, pasmados. Ese trato al famoso coronel Van Gilbert era algo inaudito, increíble, inimaginable. ¡El personaje ante el cual temblaban los jueces cuando se levantaba para hablar al tribunal! Pero Ernesto nunca daba cuartel a un enemigo.

—Esto, naturalmente —agregó—, no comporta ninguna censura contra usted. Cada cual a su oficio. Manténgase en el suyo y yo no me saldré del mío. Usted se ha especializado. Cuando se

trata de conocer las leyes o de encontrar el mejor medio para escapar de ellas o de hacer otras nuevas para beneficio de las compañías expoliadoras, yo no llego a la suela de sus zapatos. Pero cuando se trata de sociología, que es mi oficio, usted es a su vez el polvo de mis zapatos. Recuerde eso. Recuerde también que su ley es una materia efímera y que usted no es versado en materias que duren más de un día. En consecuencia, sus afirmaciones dogmáticas y sus generalizaciones imprudentes sobre temas históricos o sociológicos no valen ni el aliento que usted gasta para enunciarlas.

Ernesto hizo una pausa y observó con aire pensativo esa cara ensombrecida y deformada por la cólera, ese pecho jadeante, ese cuerpo que se agitaba, esas manos que se abrían y cerraban convulsivamente. Luego continuó:

—Pero usted parece tener todavía mucho aliento y yo le ofrezco una ocasión para gastarlo. He incriminado a su clase; demuéstreme que mi acusación es falsa. Le he hecho notar la desesperada condición del hombre moderno: tres millones de niños esclavos en los Estados Unidos, sin el trabajo de los cuales todo beneficio sería imposible, y quince millones de personas mal alimentadas, mal vestidas y peor alojadas. Le he hecho notar que, gracias al empleo de las máquinas, el poder productor del civilizado actual es mil veces mayor que el del salvaje habitante de las cavernas. Y afirmé que de este doble hecho no se podía sacar otra conclusión que la de la mala gestión de la clase capitalista. Tal ha sido mi imputación; claramente, y en varias ocasiones, lo he desafiado a que contestase. He ido más lejos: le predije que no me contestaría. Usted hubiera podido emplear su aliento para desmentir mi profecía. Usted calificó de error mi discurso. Muéstreme dónde está la falsedad, coronel Van Gilbert. Responda

a la acusación que yo y mi millón y medio de camaradas hemos lanzado contra usted y su clase.

El coronel olvidó completamente que su papel de presidente lo obligaba a ceder cortésmente la palabra a los que se la habían solicitado. Se levantó de un salto, lanzando a todos los vientos sus brazos, su retórica y su sangre fría; sucesivamente despotricaba contra la juventud y la demagogia de Ernesto y después atacaba salvajemente a la clase obrera, a la que trataba de presentar como falta de toda capacidad y de todo valor. Cuando terminó su parrafada, Ernesto replicó en estos términos: —Jamás he encontrado un hombre de leyes más difícil de hacerlo ceñirse al tema, que usted. Mi juventud no tiene nada que ver con lo que he dicho, ni tampoco la falta de valor de la clase obrera. He acusado a la clase capitalista de haber dirigido mal a la sociedad. Y usted no me contestó. Ni siquiera ha intentado contestar. ¿Es que no tiene respuesta? Usted es el líder de este auditorio: todos, excepto yo, están suspensos de sus labios, esperando de usted esa respuesta que ellos mismos no pueden dar. En cuanto a mí, se lo vuelvo a decir, sé que usted no sólo no puede responder, sino que ni siquiera intentará hacerlo.

—¡Esto es intolerable! —exclamó el coronel—. ¡Es un insulto!

—Lo que es intolerable es que usted no conteste —replicó gravemente Ernesto—. Ningún hombre puede ser insultado intelectualmente. Por su naturaleza, el insulto es una cosa emocional. Serénese. Dé una respuesta intelectual a mi acusación intelectual de que la clase capitalista ha gobernado mal a la sociedad.

El coronel guardó silencio y se recogió con expresión de superioridad ceñuda, como de alguien que no quiere comprometerse a discutir con un bribón.

—No se desaliente —le espetó Ernesto—. Consuélese pensando que ningún miembro de su clase supo nunca contestar a esta imputación.

Se volvió hacia los demás, impacientes de usar de la palabra:

Y ahora, ésta es la ocasión para vosotros. Vamos, pues, y no olvidéis que os he desafiado a todos para que me deis la respuesta que el coronel Van Gilbert no supo darme.

Me sería imposible referir todo lo que se dijo en el curso de la discusión. Nunca imaginé la cantidad de palabras que pueden ser pronunciadas en el breve espacio de tres horas. De todas maneras, fue soberbio. Cuanto más se encendían sus adversarios, más aceite arrojaba Ernesto al fuego. Conocía a fondo un terreno enciclopédico, y con una palabra o una frase, como con un estoque finamente manejado, los punzaba. Señalaba y designaba sus faltas de razonamiento. Tal silogismo era falso, tal conclusión no tenía ninguna relación con las premisas, tal premisa era una impostura porque había sido hábilmente encerrada en la conclusión que se buscaba. Esto era una inexactitud, aquello una presunción y tal otra aserción contraria a la verdad experimental estampada en todos los libros.

A veces trocaba la espada por la maza y machacaba los pensamientos de sus contradictores a derecha e izquierda. Reclamaba siempre hechos y se negaba a discutir teorías. Y los hechos que citaba eran desastrosos para ellos. En cuanto atacaban a la clase obrera, Ernesto replicaba: —Es la sartén reprochando a la olla su tizne, pero eso no os salva de la suciedad imputada a vuestra propia cara.

Y a alguno o a todos les decía:

—¿Por qué no habéis refutado mi acusación de mala administración que he lanzado contra vuestra clase? Habéis

hablado de otras cosas y hasta habéis hecho a propósito de estas digresiones, pero no contestasteis. ¿Acaso no dais con la respuesta?

Hacia el fin de la discusión el señor Wickson tomó la palabra. Era el único que no había perdido la calma, y Ernesto lo trató con una consideración que no había concedido a los demás.

—Ninguna respuesta es necesaria —dijo el señor Wickson con voluntaria lentitud—. He seguido toda esta discusión con asombro y repugnancia. Sí, señores, vosotros, miembros de mi propia clase, me habéis fastidiado. Os habéis conducido como colegiales bobalicones. ¡Vaya idea la de mezclar en semejante discusión todas las pamplinas sobre moral y el trombón fuera de modo del político vulgar! No os habéis conducido ni como hombres de mundo ni como seres humanos: os habéis dejado arrastrar fuera de vuestra clase; es más, fuera de vuestra especie. Habéis sido bulliciosos y prolijos, pero no habéis hecho más que zumbir como los mosquitos alrededor de un oso. Señores, el oso está ahí —mostrando a Ernesto—, erguido delante de nosotros, y vuestro zumbido no ha hecho más que cosquillearle las orejas.

Creedme, la situación es seria. El oso ha sacado sus patas esta noche para aplastarnos. Ha dicho que hay un millón y medio de revolucionarios en los Estados Unidos: es un hecho. Ha dicho que su intención es quitarnos nuestro gobierno, nuestros palacios y toda nuestra dorada comodidad: eso también es un hecho. Y también es cierto, que se prepara un cambio, un gran cambio, en la sociedad; pero, felizmente, podría muy bien no ser el cambio previsto por el oso. El oso dijo que nos aplastaría. Pues bien, señores, ¿y si nosotros aplastásemos al oso?

Un gruñido gutural se agrandó en el vasto salón. Los hombres cambiaban entre sí signos de aprobación y de confianza. Las caras

habían vuelto a tomar una expresión decidida. Eran combatientes, sin duda.

Con su aspecto frío y sin pasiones, el señor Wickson continuó:

—Pero no es con zumbidos con lo que aplastaremos al oso. Al oso hay que darle caza. Al oso no se le contesta con palabras. Le contestaremos con plomo. Estamos en el poder, nadie puede negarlo. Por obra y gracia de ese poder, allí nos quedaremos.

De pronto se enfrentó con Ernesto. El momento era dramático:

—He aquí nuestra respuesta. No vamos a gastar palabras con vosotros. Cuando estiréis esas manos cuyas fuerzas alabáis para llevaros nuestros palacios y nuestra dorada comodidad, os mostraremos lo que es la fuerza. Nuestra respuesta estará modulada en silbidos de obuses, en estallidos de «shrapnells» y en crepitar de ametralladoras^[49]. Despedazaremos a los revolucionarios bajo nuestro talón y caminaremos sobre vuestros rostros. El mundo es nuestro, somos sus dueños y seguirá siendo nuestro. En cuanto al ejército del trabajo, ha estado en el barro desde el comienzo de la historia y yo interpreto la historia como es preciso. En el barro quedará mientras yo y los míos que vendrán después que nosotros permanezcamos en el poder. He aquí la gran palabra, la reina de las palabras, ¡el Poder! Ni Dios ni Mammón, sino el Poder. Dele vueltas a esta palabra en su boca hasta que quiera, que le escueza. ¡El Poder!

—Es usted el único que ha contestado —dijo tranquilamente Ernesto—, y ha dado la única respuesta que podía darse. ¡El Poder! Es lo que predicamos, nosotros los de la clase obrera. Sabemos, y lo sabemos al precio de una amarga experiencia, que ningún llamado al derecho, a la justicia, o a la humanidad podría jamás conmoverlos. Vuestros corazones son tan duros como los

talones con que camináis sobre los rostros de los pobres. Por eso hemos emprendido la realización de la conquista del poder. Y con el poder de nuestros votos es seguro que os quitaremos vuestro gobierno el día de las elecciones.

—Y aunque tuvieseis la mayoría, una mayoría aplastante en las elecciones —interrumpió el señor Wickson—, ¿qué diríais si nos negásemos a entregaros ese poder conquistado en las urnas?

—También eso lo hemos previsto —replicó Ernesto—, y os responderemos con plomo. Usted ha proclamado al poder rey de las palabras. ¡Muy bien! Será, pues, cuestión de fuerza. Y el día que hayamos conquistado la victoria en el escrutinio, si os rehusáis a entregarnos el gobierno, al cual habremos llegado constitucional y pacíficamente, pues bien, entonces replicaremos como se debe, golpe por golpe, y nuestra respuesta estará formulada en silbidos de obuses, en estallidos de «shrapnells» y en crepitar de potentes ametralladoras.

De una u otra manera no os podréis escapar. Es cierto que usted ha interpretado claramente la historia. Es cierto que desde el comienzo de la historia el trabajo ha estado en el fango. Es igualmente cierto que quedará siempre en el fango mientras permanezcan en el poder usted, los suyos y los que vendrán después de vosotros. Suscribo todo lo que usted dijo. Estamos de acuerdo. El poder será el árbitro. Siempre lo fue. La lucha de clases es un problema de fuerza. Pues bien, así como su clase derribó a la vieja nobleza feudal, así también será abatida por una clase, la clase trabajadora. Y si usted quiere leer la biología y la sociología tan correctamente como leyó la historia, se convencerá de que este fin es inevitable. Poco importa que ocurra dentro de un año, de diez o de mil: su clase será derribada. Será derribada por el poder, por la fuerza. Nosotros, los del ejército del trabajo, hemos

rumiado esta palabra hasta el punto de que nos escuece el alma:
¡El Poder Verdaderamente, es la reina de las palabras, la última
palabra.!

Y así terminó la velada de los filómatas.

CAPÍTULO VI

ESBOZOS FUTURISTAS

HACIA esta época comenzaron a llover a nuestro alrededor, apretadas y rápidas, las perspectivas de acontecimientos por venir.

Ernesto había expresado ya sus dudas sobre el grado de prudencia demostrado por mi padre al recibir en casa socialistas y obreristas conocidos o asistiendo abiertamente a sus reuniones; pero papá no había hecho más que sonreírse de sus preocupaciones. En cuanto a mí, me enteraba de muchas cosas al contacto con los jefes y los pensadores de la clase obrera. Veía la otra faz de la medalla. Me seducían el altruismo y el noble idealismo que encontraba en ellos, al mismo tiempo que me espantaba la inmensidad del nuevo campo literario, filosófico, científico y social que se extendía delante de mí. Yo aprendía rápidamente, pero no tanto como para comprender desde entonces el peligro de nuestra situación.

No me faltaron las advertencias, pero no les hice caso. Me enteré así que las señoras Pertonwaithe y Wickson, cuya influencia en nuestra ciudad universitaria era formidable, habían opinado que, para ser tan joven, me mostraba demasiado impaciente y demasiado decidida, con una molesta tendencia a mezclarme en los asuntos ajenos. Encontré bastante natural sus sentimientos, teniendo en cuenta el papel que yo había

desempeñado ante ellas en mi encuesta sobre el asunto Jackson. Pero estaba lejos de comprender la importancia real de un aviso de este género, enunciado por árbitros de tanto poderío social.

Claro que advertí cierta fría reserva en el círculo corriente de mis amistades, pero lo atribuía a la desaprobación que levantaba mi proyecto de casamiento con Ernesto. Fue más tarde cuando Ernesto me demostró cómo esta actitud de mi círculo, lejos de ser espontánea, era convenida y dirigida por ocultos resortes.

—Has dado albergue en tu casa —me dijo— a un enemigo de tu clase. No sólo le has dado asilo, sino que le has dado tu amor y confiado tu persona. Es una traición al clan a que perteneces; no esperes zafarte del castigo.

Antes de eso, una tarde que Ernesto estaba en casa, papá regresó tarde, y advertimos que estaba colérico, o, por lo menos, en un acceso de cólera filosófica. Era raro que se saliera de sus casillas, pero de tanto en tanto se permitía cierto grado de ira mesurada. A eso le llamaba un tónico. Vimos, pues, desde que entró en la habitación que tenía su dosis de cólera tónica.

—¿Qué les parece? —preguntó—. ¡Acabo de tomar el lunch con Wilcox!

Wilcox era el presidente jubilado de la Universidad. Su espíritu marchito era un almacén de lugares comunes que habían tenido circulación hacia 1870 y que jamás había soñado poner al día desde aquella época.

—Me invitó. Me había mandado buscar.

Papá hizo una pausa. Nos quedamos esperando.

—¡Oh! todo pasó muy cortésmente, lo reconozco, pero he recibido una reprimenda. ¡Yo! ¡Y por ese viejo fósil!

—Apuesto a que sé por qué lo reprendieron —dijo Ernesto.

—A que no adivina en tres veces dijo papá sonriendo.

—Se lo voy a decir en la primera —replicó Ernesto—. Y no es una conjetura, sino una deducción. A usted lo reprendieron por su vida privada.

—¡Es cierto! —exclamó papá. ¿Cómo lo adivinó?

Sabía que tenía que suceder. Ya se lo había advertido.

—Hombre, es cierto —dijo papá, reflexionando. Pero no podía creerlo. De todas maneras será un testimonio más, y de los más convincentes, que pondré en mi libro.

—Y esto no es nada comparado con lo que le espera si usted insiste en recibir en su casa a todos esos socialistas y revolucionarios, comenzando por mí.

—Eso fue precisamente lo que me reprochó el viejo Wilcox, haciendo un montón de comentarios absurdos. Me dijo que daba prueba de un gusto dudoso, que iba contra las tradiciones y los usos de la Universidad y que, en cualquier caso, yo gastaba mi tiempo sin ningún provecho. Agregó otras cosas no menos vagas. Yo conseguí acorralarlo para que me dijera algo concreto y lo puse en una postura un poco desairada: no hacía más que repetirse y decirme cuánta consideración tenía para mí y cómo me respetaban como sabio. La misión no era agradable para él: se veía que estaba lejos de agradarle.

—Wilcox no es libre de sus actos, pero no siempre se arrastra con contento la bola^[50].

—Se lo di a entender. Me informó entonces que la Universidad necesita este año mucho dinero más que el que el Estado está dispuesto a darle. El déficit sólo puede ser cubierto por la liberalidad de los ricos, los cuales opondrían ciertamente reparos al ver a la Universidad apartarse de su ideal elevado y la búsqueda impasible de las verdades puramente intelectuales. Cuando quise ponerlo contra la pared para que me dijese cómo mi vida

doméstica podría apartar a la Universidad de ese ideal, me ofreció una licencia de dos años con goce de sueldo para que hiciese un viaje de placer y de estudios a Europa. Naturalmente, no podía aceptar en esas condiciones.

—Sin embargo, eso es lo mejor que usted pudo haber hecho —dijo Ernesto gravemente.

—¡Es que eso era un cebo, una tentativa de corrupción! —protestó papá, y Ernesto aprobó con un gesto—. El muy entremetido me dijo también que se charlaba en las mesas de té, que se criticaba que mi hija estuviera comprometida con un personaje tan notorio como usted y que esta conducta no estaba en armonía con el buen tono y la dignidad de la Universidad. No es que él tuviera la menor cosa que reprochar, pero, en fin, que se conversaba y que yo, seguramente, comprendería.

Esta revelación hizo meditar a Ernesto. Su rostro se llenó de sombras: estaba grave y airado. Al cabo de unos instantes declaró: —Ahí debe haber algo más que el ideal universitario. Alguien debe haber presionado al decano Wilcox.

—¿Lo cree usted? —preguntó papá con una expresión que delataba más curiosidad que temor.

—Quisiera hacerle compartir una impresión que se forma lentamente en mi espíritu —dijo Ernesto—. En la historia del mundo la sociedad no se ha encontrado nunca arrastrada por una ola terrible como en la hora actual. Las rápidas modificaciones de nuestro sistema industrial arrastran consigo otras no menos violentas en toda la estructura religiosa, política y social. Una revolución invisible y formidable se está realizando en las fibras íntimas de nuestra sociedad. Estas cosas sólo pueden sentirse vagamente, pero están en el aire en este mismo instante. Se presiente la aparición de algo vasto, vago, terrorífico. Mi espíritu

se niega a prever bajo que forma va a cristalizarse esta amenaza. Ya lo oyó las otras noches a Wickson: detrás de sus palabras se yerguen esas mismas entidades sin nombre y sin forma; pero era su concepción subconsciente la que inspiraba sus palabras.

—Según usted... —comenzó papá, que se detuvo, vacilando.

—Según yo, una sombra colosal y amenazadora comienza a proyectarse desde ahora sobre el país. Llámeme a eso, si usted quiere, la sombra de una oligarquía: es la definición más aproximada que me atrevo a dar. No quiero imaginar cuál es su naturaleza precisa^[51]. Pero me veo obligado a decirle lo siguiente: usted se encuentra en una situación peligrosa, corre un riesgo que mi temor exagera quizás porque no puedo medirlo. Siga mi consejo y acepte las vacaciones que le ofrecen.

—¡Eso sería una cobardía! —exclamó papá.

—De ninguna manera. Usted es un hombre de edad. Ya realizó su obra, una hermosa obra, en el mundo. Deje la batalla actual a los que son jóvenes y fuertes. Nuestra tarea debemos realizarla nosotros, los de la nueva generación. Mi querida Avis se mantendrá a mi lado y lo representará a usted en el frente de batalla.

—¡Pero si ellos no pueden hacerme ningún daño! —objetó mi padre—. ¡A Dios gracias! Soy independiente. Por favor, le ruego, crea que me doy cuenta de las terribles persecuciones que podrían infligir a un profesor cuya vida dependiese de la Universidad. Pero la mía no depende de ella. Yo no entré en la enseñanza por el sueldo. Puedo vivir cómodamente de mis rentas y lo único que pueden quitarme es mi sueldo.

—Usted no ve las cosas bastante lejos —respondió Ernesto—. Si lo que temo se realiza, le pueden quitar sus rentas privadas y hasta su mismo capital tan fácilmente como su sueldo.

Durante algunos minutos papá guardó silencio. Reflexionaba profundamente y vi que se formaba en su frente una arruga de decisión. Al fin respondió con tono firme: —No aceptaré la licencia. —Hizo una nueva pausa—. Continuaré escribiendo mi libro^[52]. Puede que usted se engañe. Pero tenga o no razón usted, me quedo en mi puesto.

—¡Muy bien! —dijo Ernesto—. Usted toma el mismo camino que el obispo Morehouse y marcha usted hacia una catástrofe análoga. Los dos quedaréis reducidos al estado de proletarios antes de llegar al fin.

La conversación giró sobre el prelado, y le pedimos a Ernesto que nos contase lo que había hecho de él.

—Está enfermo hasta el alma del viaje que le hice hacer a través de las regiones infernales. Le he hecho visitar los tugurios de algunos de nuestros obreros de fábrica. Le he mostrado los desechos humanos que arroja la máquina industrial y les ha oído narrar sus vidas. Lo he llevado a los bajos fondos de San Francisco y ha podido ver que la embriaguez, la prostitución y la criminalidad tienen una causa más profunda que la depravación natural. Ha quedado seriamente resentido de salud y, lo que es peor, se ha exaltado. El choque ha sido demasiado rudo para este fanático de la moral. Y como de costumbre, no tiene el menor sentido práctico: se mueve en el vacío en medio de toda clase de ilusiones humanitarias y de proyectos de misiones que se enviarían a las clases cultas. Siente que su deber irrenunciable es resucitar el antiguo espíritu de la Iglesia y comunicar su mensaje a los amos del momento. Está desbocado: tarde o temprano se estrellará, pero no puede decir qué forma tomará la catástrofe. Es un alma pura y entusiasta, ¡pero tan poco práctica! Me deja atrás: no puede hacer que afirme los pies en el suelo. Vuela hacia su

jardín de los olivos, y luego hacia su calvario. Porque almas tan nobles están hechas para la crucifixión.

—¿Y tú? —le pregunté con una sonrisa que escondía la grave ansiedad de mi corazón.

—Yo no —respondió riéndose también—. Podré ser ejecutado o asesinado, pero nunca seré crucificado. Estoy plantado demasiado sólidamente y demasiado obstinadamente en la tierra.

—Pero ¿por qué preparar esa crucifixión del obispo? Porque no me negarás que tú eres la causa.

—¿Y por qué dejaría a un alma a sus anchas en el lujo cuando hay millones en el trabajo y en la miseria?

—Entonces, ¿por qué le aconsejas a mi padre que acepte la licencia?

—Porque no soy un alma pura y entusiasta. Porque soy sólido, obstinado y egoísta. Porque te quiero, y hablo como en otro tiempo se habló a Ruth: «Tu pueblo es mi pueblo». En cuanto al obispo, él no tiene una hija. Además, por mínimo que sea el resultado, por débil e insuficiente que se produzca su vagido, causará algún bien a la revolución, pues hasta los trozos más pequeños interesan.

Me era imposible ser de este parecer. Conocía bien la noble naturaleza del obispo Morehouse y no podía imaginarme que su voz al levantarse en favor de la justicia no sería más que vagido débil e impotente. Por ese entonces, yo no poseía en la punta de los dedos, como Ernesto, las duras realidades de la existencia. Él veía claramente la sutileza de esta gran alma, y los próximos acontecimientos iban a revelármela con no menos claridad.

Pocos días después, Ernesto me contó, como si fuese una historia cómica, la proposición que había recibido del gobierno: le ofrecían el cargo de secretario de Estado en el Ministerio de

Trabajo. Tuve una inmensa alegría. Esa clase de ocupación convenía ciertamente a Ernesto, y el ansioso orgullo que me inspiraba me hacía considerar esta propuesta como un justo reconocimiento a su capacidad.

Al punto advertí una chispa de alegría en sus ojos: se estaba burlando de mí.

—Supongo que... no la rechazarás —dije temblorosamente.

—¿No ves que se trata simplemente de una tentativa de corrupción? —me dijo—. Ahí está en juego la fina mano de Wickson, y detrás de la suya la de gentes colocadas todavía más arriba. Esto de escamotearles sus capitanes al ejército del trabajo es un truco tan viejo como la lucha de clases. ¡Pobre trabajo eternamente traicionado! ¡Si supieras cuántos de sus jefes en el pasado fueron comprados de manera parecida! Eso viene a salir menos caro, mucho menos caro: sobornar a un general en vez de combatir contra todo un ejército. Hubo... pero no quiero nombrar a nadie; ya tengo bastante con mi indignación. Querida y tierna Avis: soy un capitán del trabajo; no podría venderme. Si no tuviera mil otras razones, la memoria de mi pobre padre viejo, extenuado hasta la muerte, bastaría.

¡Y tenía los ojos llenos de lágrimas este héroe, este gran héroe que era mío! Nunca podría perdonar la manera cómo había sido deformada la conciencia de su padre, las mentiras sórdidas y los robos mezquinos a que se había visto obligado para llevar un poco de pan a la boca de sus hijos.

—Era mi padre un hombre honrado —me decía Ernesto un día—. Era un alma excelente, que fue torcida, mutilada, mellada por el salvajismo de su vida. Sus amos, los archibestias, hicieron de él una bestia postrada. Debería estar todavía vivo, como tu padre, porque era fuerte como un roble. Pero lo atrapó la máquina y lo

desgastó hasta matarlo para producir beneficios. ¡Piensa en esto: para producir beneficios, la sangre de sus venas se transmutó en una comida regada con vinos finos, en perifollos de oropel o en alguna otra orgía sensual para los ricos ociosos y parásitos, sus amos, los archibrutos!

CAPÍTULO VII

LA VISIÓN DEL OBISPO

EL obispo está desbocado —me escribía Ernesto—. Cabalga en el aire. Hoy quiere comenzar a poner en su quicio a nuestro miserable mundo dándole a conocer su mensaje. Así me lo previno, y no logré disuadirlo. Esta noche preside la I. P. H.^[53] y piensa incluir su mensaje en su discurso inaugural.

«¿Puedo pasar a buscarte para oírlo? Su esfuerzo está naturalmente destinado al aborto. Tu corazón se dolerá por eso, el suyo también; pero será para ti una excelente lección de cosas. Tú sabes, querida y tierna amiga, cuán orgulloso estoy de tu amor, cómo quisiera merecer tu estima más alta y redimir a tus ojos, en cierta medida, mi propia indignidad de este honor. Mi orgullo desea disuadirte que mi pensamiento es correcto y justo. Mis puntos de vista son ásperos, mas la futilidad de la nobleza de semejante alma, te demostrará que esta aspereza es necesaria. Ven a esta reunión. Por tristes que puedan ser los incidentes que en ella ocurran, siento que te atraerán más estrechamente a mí».

La I. P. H. realizaba esa noche en San Francisco una asamblea para tratar el desarrollo de la inmoralidad pública y los medios para remediarla. El obispo Morehouse ocupaba en el estrado el sillón de la presidencia, y pude notar enseguida su estado de sobreexcitación nerviosa. A ambos lados estaban sentados el obispo Dickinson, el doctor Jones, jefe de la sección de ética de la

Universidad de California; la señora W. W Hurd, gran organizadora de obras de caridad; el señor Philip Ward, otro filántropo conocido, y varios astros de menor magnitud en el cielo de la moral y de la caridad. El obispo Morehouse se levantó y comenzó por este abrupto exordio: Iba en coche por las calles. Era de noche. De tanto en tanto, miraba por las ventanillas. Súbitamente, mis ojos parecieron abrirse y vi las cosas tal cual son. Mi primer movimiento fue llevarme la mano a la frente para alejar la espantosa realidad y formularme en la oscuridad esta pregunta: ¿Qué hay que hacer? Instantes después la pregunta se presentó bajo esta forma: ¿Qué habría hecho mi Divino Maestro? Entonces una luz pareció llenar el espacio, y se me apareció mi deber con la claridad del sol, como Saúl había visto el suyo en el camino de Damasco.

«Detuve el coche, me apeé y, después de algunos minutos de conversación con dos mujeres públicas, las convencí para que subieran a mi coche conmigo. Si Jesús dijo la verdad, esas dos desgraciadas eran hermanas mías y su única esperanza de purificación fincaba en mi afecto y mi ternura».

«Vivo en uno de los barrios más agradables de San Francisco. La casa en donde vivo costó cien mil dólares; el moblaje, los libros y las obras de arte valen otro tanto. Mi casa es un castillo en donde se agitan muchos servidores. Hasta ahora ignoré para qué pueden servir los palacios: creía que estaban hechos para vivir en ellos. Ahora lo sé. He llevado a las dos mujeres de la calle a mi palacio, y allí se quedarán conmigo. Y con mis hermanas de esta especie espero llenar las habitaciones de mi residencia».

El auditorio se agitaba más y más y las caras de los que estaban sentados en el estrado revelaban un estupor y una consternación crecientes. De repente, el obispo Dickinson se

levantó, y con expresión de repugnancia, salió del estrado y de la sala. Pero el obispo Morehouse, con los ojos llenos de su visión, olvidaba todo lo demás y continuaba: Oh, hermanos y hermanas mías, en esta manera de obrar encuentro la solución a todas mis dificultades. No comprendía para qué podían servir los coches, pero ahora lo sé: están hechos para llevar a los débiles, a los enfermos y a los viejos; están hechos para devolver el honor a los que perdieron hasta el sentido de la vergüenza.

«Ignoraba para qué habían sido construidas las mansiones, pero hoy he descubierto su uso: las residencias eclesiásticas deberían ser convertidas en hospitales y asilos para aquellos que cayeron al borde del camino y van a morir».

Hizo una pausa, dominado evidentemente por la intensidad de su pensamiento y dudando sobre la mejor manera de expresarlo.

Soy indigno, mis queridos hermanos, de deciros la menor cosa con respecto a la moralidad. He vivido demasiado tiempo en su hipocresía vergonzosa para poder ayudar a los demás; pero mi acto hacia esas mujeres, hacia esas hermanas, me señala que es fácil encontrar el mejor camino. Para los que creen en Jesús y en su Evangelio, no puede haber entre los seres humanos otras relaciones que un lazo afectuoso. Solamente el amor es más fuerte que el pecado, más fuerte que la muerte.

Declaro, pues, a los ricos que están entre vosotros, que su deber es hacer lo que hice, lo que hago. Que cada uno de los que están en la opulencia tome a un ladrón en su casa y lo trate como a un hermano; que se lleve una desdichada y la trate como a una hermana; y San Francisco ya no tendrá más necesidad de policía ni de magistrados: las prisiones serán reemplazadas por hospitales y el criminal desaparecerá con su crimen.

«No debemos dar solamente nuestro dinero; tenemos que

darnos a nosotros mismos, como hizo Cristo. Tal es hoy el mensaje de la Iglesia. Nos hemos apartado mucho de las enseñanzas del Maestro. Nos hemos consumido en nuestra propia glotonería. Hemos levantado el becerro de oro en el altar. Tengo una poesía que resume toda esta historia en pocos versos; voy a leérosela. Fue escrita por un alma extraviada que, no obstante, veía las cosas claramente^[54]. No hay que tomarla corzo un ataque contra la Iglesia católica, sino contra todas las Iglesias, contra el esplendor y la pompa de todos los cleros que se apartaron del camino trazado por el Maestro y que se han apriscado fuera sus ovejas». Hela aquí:

Las trompetas de plata resonaron bajo la cúpula; arrodillóse el pueblo con un respeto religioso; y vi transportado en hombros de aquellos hombres, semejante a alguna gran divinidad, el santo dueño de [Roma.

Como un sacerdote, llevaba una vestidura más blanca [que la espuma

como un rey, iba ceñido de púrpura real; tres coronas de oro se alzaban en lo alto de su cabeza; rodeado de luz y de esplendor, el Papa entró en [morada...

Y mi corazón huyó muy lejos al pasado, a través del desierto de los años,

hacia un hombre que vagaba a la orilla de un solitario mar y que buscaba en vano un sitio donde descansar.

Los lobos tienen su madriguera y toda ave su nido, y yo, sólo yo, tengo que errar sin reposo, destrozados los pies, y que beber,

con el vino, la amargura de las lágrimas.

El auditorio estaba agitado, pero no emocionado. El obispo Morehouse no se daba cuenta y proseguía con toda firmeza.

«Es por eso que digo a los ricos que están entre vosotros y a todos los ricos: Habéis oprimido cruelmente a las ovejas del Señor. Habéis endurecido vuestros corazones. Habéis cerrado vuestros oídos a las voces que gritan en la comarca, voces de sufrimiento y de dolor que no queréis escuchar y que, empero, serán acogidas algún día. Es por eso que predico...».

Pero en ese instante los señores Jones y Ward, que desde hacía un momento se habían levantado de sus sillas, tomaron del brazo al obispo y lo arrastraron fuera del estrado, en tanto que el auditorio se quedaba pasmado de escándalo.

En cuanto estuvo en la calle, Ernesto estalló en una carcajada dura y salvaje que me crispó los nervios. Mi corazón parecía reventar bajo el esfuerzo de mis lágrimas contenidas.

—Les ha comunicado su mensaje —exclamó mi compañero—. La fuerza de carácter y la ternura profundamente escondidas en la naturaleza de su obispo se han desbordado a los ojos de sus creyentes cristianos, que lo querían, pero que ahora lo creen con el espíritu trastornado. ¿Te fijaste con qué solicitud le hicieron abandonar el estrado? Verdaderamente, el infierno debe haberse reído de este espectáculo.

—Sin embargo, lo que el obispo les dijo ha de causarles una fuerte impresión esta noche —observé.

—¿Lo crees? —preguntó burlonamente.

—Será una verdadera sensación —afirmé—. Me fijé cómo borroneaban como locos los reporteros cuando hablaba.

—Mañana no se publicará una sola línea de lo que dijo.

—No puedo creerlo —exclamé.

—Espera y verás. ¡Ni una sola línea, ninguno de sus pensamientos! ¿La prensa diaria? ¡Bah!, es el escamoteo diario.

—¿Cómo? ¿Y los reporteros? Yo los he visto.

—Ni una palabra de lo que dijo será publicado. Tú no tienes en cuenta a los directores de diarios, cuyo salario depende de su línea de conducta, y su línea de conducta consiste en no publicar nada que sea una amenaza para el orden establecido. La declaración del obispo constituía un violento asalto contra la moral corriente. Era una herejía. Lo hicieron salir de la tribuna para impedirle que dijese más. Los diarios lo purgarán de su cisma por el silencio del olvido. ¿La prensa de los Estados Unidos? Una excrecencia parásita que crece y engorda con la clase capitalista. Su función es servir al estado de cosas modelando a la opinión pública y ella se desempeña a maravillas.

Déjame que te profetice lo que va a ocurrir. Los diarios de mañana contarán simplemente que la salud del prelado deja que desear, que se había agotado y que esta noche se sentía débil. Dentro de unos días, otra gacetilla anunciará que está en un estado de postración nerviosa y que sus ovejas agradecidas han solicitado que se le acuerde una licencia. Después, ocurrirá una de estas dos cosas: o bien el obispo reconocerá el error que ha cometido al tomar la mala senda y regresará de sus vacaciones como un hombre perfectamente sano, que ya no tiene más visiones, o bien persistirá en su delirio, y en ese caso puedes esperar ver que los diarios nos informan en términos patéticos y simpáticos que se ha vuelto loco. Y en este último caso, le dejarán que cuente sus visiones a las paredes acolchadas.

—¡Oh, vas demasiado lejos! —exclamé.

—Para la sociedad, se tratará realmente de locura —prosiguió Ernesto—. Pues ¿qué hombre honrado, si estuviese en su juicio,

recogería en su casa ladrones y prostitutas para que vivieran en ella como hermanos y hermanas?. Es cierto que Jesús murió entre dos ladrones, pero ésta es otra historia. ¿Locura? Ya sabemos que el razonamiento de un hombre con el cual no se está de acuerdo nos parece siempre falso; desde ese momento, el espíritu de ese hombre está extraviado. ¿En dónde está la línea divisoria entre un espíritu falso y un espíritu loco? Nos resulta inconcebible que un individuo de sentido común pueda estar en desacuerdo radical con nuestras más sanas conclusiones.

En los diarios de esta tarde encontrarás un buen ejemplo. El de Mary M’Kenna, una mujer que vive al sur de la calle Market y que, aunque pobre, es perfectamente honrada. Inclusive, es patriota. Pero ocurre que se ha formado ideas falsas sobre la bandera estadounidense y de la supuesta protección que ella simboliza. Su marido, víctima de un accidente, estuvo internado tres meses en un hospital.

Entonces se metió a lavandera, y a pesar de su trabajo, se ha retrasado en el alquiler. Ayer la pusieron en la calle; pero antes había izado la bandera nacional en su puerta y, cobijándose en sus pliegues, había proclamado que en virtud de esa protección, no tenían derecho para arrojarla a la calle. ¿Qué hicieron entonces? La detuvieron y la hicieron comparecer como insana. Hoy sufrió el examen médico de los peritos oficiales, los cuales la reconocieron loca, y ha sido internada en la Casa de Salud de Napa.

—Tu ejemplo ha sido traído por los cabellos. Imagínate que estuviera en desacuerdo con todos sobre el estilo de una obra literaria: no me iban a encerrar por eso en un asilo.

—¡Por Dios! —exclamó—. Esta diferencia de parecer no constituiría una amenaza para la sociedad. Ahí reside la diferencia. Las opiniones anormales de Mary M’Kenna y del obispo son un

peligro para el orden establecido. ¿Qué sucedería si todos los pobres se negasen a pagar su alquiler abrigándose en el pabellón estadounidense? Que la propiedad caería en pedazos. Las convicciones del obispo no son menos peligrosas para la sociedad actual. De modo, pues, que lo que le espera es el asilo.

Pero yo me negaba a creer.

—Ten paciencia y verás —dijo Ernesto.

Y esperé.

A la mañana siguiente mandé comprar todos los diarios. No había una sola palabra de lo que había dicho el obispo Morehouse. Uno o dos periódicos decían que se había dejado dominar por su emoción. En cambio, las necedades de los oradores que le habían sucedido estaban reproducidas in extenso.

Varios días después una breve gacetilla anunciaba que el prelado había salido con licencia para reponerse de su exceso de trabajo. Hasta aquí, Ernesto tenía razón. No se trataba, sin embargo, de fatiga cerebral ni de postración nerviosa. No sospechaba yo el camino doloroso que el dignatario de la Iglesia estaba destinado a recorrer, ese sendero del huerto de los Olivos al Calvario que Ernesto había previsto para él.

CAPÍTULO VIII

LOS DESTRUCTORES DE MÁQUINAS

POCO antes de que Ernesto se presentase como candidato a diputado por la lista socialista, papá dio lo que llamaba a puertas cerradas la velada de las ganancias y pérdidas, y mi novio, la noche de los destructores de máquinas. En realidad no era otra cosa que una cena de hombres de negocios, no los peces gordos, naturalmente. No creo que entre ellos hubiese ninguno interesado en empresas cuyo capital sobrepasase los doscientos mil dólares. Los invitados representaban perfectamente la clase media del comercio.

Estaba ahí el señor Owen, de la firma Silverberg, Owen y Cía., almaceneros que tenían muchas sucursales y de las que nosotros éramos clientes. Estaban los socios de la gran droguería Kowalt y Washburn, lo mismo que el señor Asmunsen, poseedor de una importante cantera de granito en el condado de Contra Costa, y muchos otros de la misma clase, propietarios y copropietarios de pequeñas manufacturas, _de pequeños comercios, de pequeñas empresas, en una palabra, pequeños capitalistas.

Eran gente bastante interesante, con sus caras astutas y su lenguaje simple y claro. Se quejaban unánimemente de los consorcios, y su consigna era: ¡Aplastemos a los trusts! Éstos representaban para ellos la fuente de toda opresión y todos, sin excepción, recitaban la misma cantinela. Hubieran querido que el

gobierno se apropiase de explotaciones como los ferrocarriles o los correos y telégrafos y preconizaban el establecimiento de impuestos enormes y ferozmente progresivos sobre la renta a fin de destruir las vastas acumulaciones de capital. A modo de remedio para las miserias locales, predicaban también la expropiación municipal de las empresas de utilidad pública, tales como el agua corriente, el gas, los teléfonos y los tranvías.

Particularmente curioso fue el relato del señor Asmunsen en su condición de propietario de una cantera. Confesó que ésta nunca le había dado beneficiosa pesar del enorme volumen de pedidos que le había acarreado la destrucción de San Francisco por el gran terremoto. Seis años había durado la reconstrucción de esta ciudad, y en el transcurso de ese tiempo el monto de sus negocios se había visto cuadruplicado y llevado al óctuple, pero él no estaba ahora más rico.

—La Compañía de Ferrocarriles está un poco mejor que yo al tanto de mis negocios —explicó—. Conoce hasta el céntimo mis gastos de explotación y sabe de memoria las condiciones de mis contratos. ¿Cómo está tan bien enterada? No puedo hacer más que conjeturas. Debe pagar espías entre mis empleados y parece tener franca la puerta de todos los hombres con quienes tengo trato; en cuanto he firmado un contrato importante cuyas condiciones me son favorables y me aseguran una linda ganancia, prestad atención a esto, las tarifas de transporte aumentan como por encanto. No me dan explicaciones. El ferrocarril se queda con mis ganancias. En esos casos, nunca pude decidir a la compañía a reconsiderar sus tarifas. En cambio, si a consecuencia de accidentes aumentan los gastos de explotación, o si he firmado contratos menos ventajosos para mí, siempre obtengo una rebaja de los fletes. En una palabra, el ferrocarril me quita todas mis

ganancias, sean grande o pequeñas.

Ernesto lo interrumpió para preguntarle:

—A fin de cuentas, lo que le queda a usted equivale más o menos al salario que la Compañía le acordaría como director si ella fuese propietaria de su cantera, ¿no es así?

—Eso es —respondió el señor Asmunsen—. No hace mucho ordené hacer un balance de mis cuentas en los últimos diez años y comprobé que mis ganancias correspondían precisamente al sueldo de un director. Hubiera sido la misma cosa que si la Compañía hubiese sido dueña de mi cantera y me hubiese pagado para dirigirla.

—Con la diferencia, sin embargo —dijo Ernesto riendo—, que la empresa habría tenido que cargar con todos los riesgos que usted ha tenido la amabilidad de correr por ella.

—Es la pura verdad —reconoció Asmunsen con melancolía.

—Después de dejar que cada uno dijese lo que tenía que decir Ernesto se puso a hacer preguntas a unos y otros. Se dirigió primero al señor Owen.

—¿De modo que hace seis meses que usted abrió una sucursal aquí, en Berkeley?

—Sí —respondió el señor Owen.

—A partir de entonces; tres pequeños almacenes del barrio han cerrado sus puertas. Seguramente su sucursal ha sido la causa, ¿no?

—No tenían ninguna probabilidad de luchar contra nosotros afirmó el señor Owen con una sonrisa satisfecha.

—¿Por qué no?

—Porque nosotros teníamos más capital. En un gran comercio la pérdida es siempre menor y la eficacia mayor.

—De suerte que su almacén absorbía los beneficios de los tres

colegas menores. Comprendo. Pero, dígame, ¿qué se hicieron los pequeños patrones?

—Hay uno que maneja nuestro camión de reparto. No sé qué se hicieron los demás.

Ernesto se volvió de repente hacia el señor Kowalt.

—Usted suele vender a precio de costo y a veces perdiendo^[55]. ¿Qué se hicieron los propietarios de las pequeñas farmacias que usted colocó entre la espada y la pared?

—Uno de ellos Haasfurther, es actualmente jefe de nuestro servicio de recetas. Y usted absorbió los beneficios que estaba realizando. —¡Es claro! Para eso estamos en el comercio.

—¿Y usted —dijo bruscamente Ernesto al señor Asmunsen—, no se disgusta porque el ferrocarril le birló sus ganancias?

El señor Asmunsen dijo que sí con la cabeza.

—Lo que usted querría sería obtener las ganancias usted mismo, ¿verdad?

Nueva señal de asentimiento.

—¿A expensas de los demás?

No hubo respuesta. Ernesto insistió:

—¿A expensas de los demás?

—Es así cómo se gana dinero —repuso secamente el señor Asmunsen.

—De modo que el juego de los negocios consiste en ganar el dinero en detrimento de los demás y en impedir que los otros ganen a expensas tuyas. Es así, ¿no es cierto?

Ernesto debió repetir la pregunta, y el señor Asmunsen terminó por contestar:

—Sí, es así, sólo que no hacemos objeciones para que los demás realicen sus ganancias, siempre, que no sean exorbitantes.

—Por exorbitantes, usted debe entender excesivas. Sin

embargó, usted no debe ver inconvenientes en que usted realice ganancias excesivas... ¿no?

El señor Asmunsen confesó de buen grado su debilidad sobre este punto. Entonces Ernesto se las entendió con otro, un tal Calvin, en otro tiempo fuerte propietario de lecherías.

—Hace algún tiempo, usted combatía el trust de la leche y ahora milita en la política agrícola^[56], en el Partido de las Granjas. ¿Cómo se explica eso?

—¡Oh! no he abandonado la batalla respondió el personaje, que, en efecto, tenía aspecto bastante agresivo. Yo combato al trust en el único terreno en que es posible combatirlo, en el terreno político. Se lo voy a explicar. Hace algunos años, nosotros los lecheros nos manejábamos como mejor nos parecía.

—Ustedes, sin embarco, se hacían competencia unos a otros —interrumpió Ernesto.

—Sí; eso era lo que mantenía el bajo nivel de las ganancias. Intentamos organizarnos, pero siempre había lecheros independientes que se iban de nuestras líneas. Vino luego el Trust de la Leche.

—Financiado por el capital excedente de la Standard Oil^[57] —dijo Ernesto.

—Justamente —reconoció el señor Calvin—. Pero lo ignorábamos en esa época. Sus agentes nos abordaron con el garrote en la mano y nos plantearon este dilema: o entrar y engordar o quedarnos fuera y morirnos de hambre. La mayor parte de nosotros entramos en el Trust: los demás reventaron de hambre. ¡Ay!, pagaron... al principio. Aumentaron la leche un centavo por litro y de ese centavo nos correspondía un cuarto: los tres cuartos restantes iban a parar al Trust. Después aumentaron la leche otro centavo. Fueron inútiles nuestras quejas. El Trust

estaba ya en amo. Nos dimos cuenta que éramos simples peones en el tablero. Finalmente, nos quitaron hasta aquel cuarto de centavo adicional. Luego el Trust comenzó a apretarnos las clavijas. ¿Qué podíamos hacer? Fuimos exprimidos. Se acabaron los lecheros; no había más que el Trust de la Leche.

—Pero con la leche aumentada en dos centavos, me parece que podríais haber competido —sugirió maliciosamente Ernesto.

—También nosotros lo creíamos. Y lo intentamos el señor Calvin hizo una pausa. Y fue nuestra ruina. El Trust podía poner en el mercado la leche más barata que nosotros. Podía, inclusive, obtener una pequeña ganancia mientras nosotros vendíamos a pura pérdida. Perdí cincuenta mil dólares en esta aventura. La mayor parte de nosotros fue a la quiebra^[58]. Los lecheros fueron barridos.

—¿De manera —dijo Ernesto— que porque el Trust se quedó con vuestras ganancias, os habéis lanzado a la política para lograr una nueva legislación que barra al Trust a su vez y os permita recobraros?

La cara del señor Calvin se iluminó.

—Eso es justamente lo que predico en mis conferencias a los granjeros. Usted ha concentrado todo nuestro programa en una cáscara de nuez.

—El Trust, sin embargo, produce leche más barata que los granjeros independientes.

—¡Hombre! Pueden muy bien hacerlo con la organización espléndida y las maquinarias de último memento que les permiten sus grandes capitales.

—Eso no está en discusión. Puede hacerlo y, lo que es más, lo hace —concluyó Ernesto.

El señor Calvin se lanzó entonces en una verdadera arenga

política para exponer su punto de vista. Varios otros lo siguieron apasionadamente; el grito de todos ellos era que había que acabar con los trusts.

—Pobres simples de espíritu —me susurró Ernesto. Lo que ven, lo ven bien; pero no ven más allá de sus narices.

Poco después, tomó la dirección de la discusión y, de acuerdo con su costumbre característica, la conservó durante todo el resto de la velada.

—Os he escuchado a todos atentamente —comenzó diciendo —, y veo que conducís de manera ortodoxa el juego de los negocios. Para vosotros, la vida se reduce a ganancias. Tenéis la convicción firme y tenaz de haber sido creados y puestos en el mundo con el único fin de ganar dinero. Pero hay un impedimento. En lo mejor de vuestra provechosa actividad surge el trust y os quita vuestras ganancias; he aquí que os encontráis ante un dilema aparentemente contrario a la finalidad de su creación y no tenéis otro medio de libraros de él que aniquilando a esta desastrosa intervención.

He reparado cuidadosamente en vuestras palabras y os voy a aplicar el único epíteto que puede calificaros. Sois destructores de máquinas. ¿Sabéis lo que eso quiere decir? Permitidme que os lo explique. En Inglaterra, durante el siglo XVIII, hombres y mujeres tejían paños en telares de mano en sus propias casitas. Ese sistema de manufactura a domicilio era un procedimiento lento, torpe y costoso. Luego vino la máquina de vapor con su cotejo de astucias para economizar el tiempo. Un millar de telares reunidos en una gran fábrica y movidos por una máquina central tejían el paño a menos costo que lo que podían hacerlo en sus casas los tejedores con los telares de mano. En la fábrica se aseguraba la combinación ante la cual se eclipsa la competencia. Los hombres y

las mujeres que trabajaban para ellos en los telares de mano, venían ahora a las fábricas y trabajaban en los telares de vapor, pero no para ellos, sino para los propietarios capitalistas. Muy pronto fueron niños a penar en los telares mecánicos y reemplazaron en ellos a los hombres. Los tiempos fueron duros para éstos. Rápidamente se redujo su nivel de bienestar. Se morían de hambre. Decían que todos los males provenían de las máquinas. Entonces se les ocurrió destruir las máquinas. No lo consiguieron: eran pobres ingenuos.

Vosotros no habéis comprendido todavía esa lección, y heos aquí, al cabo de siglo y medio, tratando a vuestra vez de romper las máquinas. Según vuestra propia confesión, las máquinas del trust hacen un trabajo más eficaz y más barato que vosotros. Es por eso que no podéis luchar contra ellas, y, sin embargo, queréis destruirlas. Sois más ingenuos aún que los obreros simples de Inglaterra. Y mientras refunfuñáis que hay que restablecer la competencia, los trusts continúan destruyéndolos.

Uno tras otro, contáis la misma historia: la desaparición de la rivalidad y el advenimiento de la combinación. Usted mismo, señor Owen, destruyó la competencia aquí, en Berkeley, cuando su sucursal hizo cerrar las puertas a tres pequeños almaceneros porque su asociación era más poderosa. Pero apenas siente usted sobre sus espaldas la presión de otras combinaciones más fuertes todavía, la de los trusts, pone el grito en el cielo. Eso pasa simplemente porque usted no forma parte de una gran compañía. Si usted perteneciera a un trust de productos alimenticios para toda la Unión, otra sería su canción, y su exclamación sería: ¡Benditos sean los trusts! Hay más todavía: no sólo su pequeña combinación no alcanza a ser un consorcio, sino que usted mismo tiene conciencia de su falta de fuerza. Ya comienza a presentir su

propio fin. Advierte usted que, con todas sus sucursales, usted no es más que un peón en el juego. Ve usted que poderosos intereses se yerguen y crecen día a día. Siente sus guanteletes de hierro abatirse sobre sus ganancias y ve cómo el trust de los ferrocarriles, el trust del petróleo, el trust del acero, el trust del carbón atrapan una pizca aquí, una pizca allí; y usted sabe que al final lo destruirán a usted, le birlarán hasta el último porcentaje de sus mediocres beneficios.

Esto le prueba, señor, que usted es un mal jugador. Cuando usted ahorcó a los tres almaceneros de aquí, usted se pavoneó, se jactó de su eficacia y de su espíritu de empresa y mandó a su esposa a pasear a Europa con las ganancias realizadas al devorar a esos bolicheros. Es la doctrina del perro contra el perro: sus rivales fueron un bocado para usted. Pero he aquí que usted es a su vez mordido por un dogo y ahora grita como un cuzco. Y lo que digo de usted es cierto para todos los que están en esta mesa. Todos chilláis. Estáis jugando una partida perdida y eso os hace gritar.

Sin embargo, al lamentaron no hacéis un juego limpio. No confesáis que a vosotros mismos os gusta exprimir a los demás para sacarles sus utilidades y que si ahora armáis este escándalo es porque hay otros que están viviendo a vuestras expensas. No lo decís: sois demasiado astutos para eso. Habláis de otras cosas. Hacéis discursos políticos de pequeños burgueses, como hace un memento el señor Calvin. ¿Qué nos dijo? He aquí algunas de sus frases que he retenido: Nuestros principios originales son sólidos. Lo que este país necesita es un retorno a los métodos americanos fundamentales y que cada uno sea libre para aprovechar las ocasiones con probabilidades iguales... El espíritu de libertad en el cual ha nacido esta nación... Volvamos a los principios de nuestros mayores...

Cuando hablaba de la igualdad de las probabilidades para todos, quería decir la facultad de mantener los beneficios, esta licencia que ahora le han quitado los grandes trusts. Y lo que hay de absurdo en todo eso es que a fuerza de repetir esas frases habéis terminada por darles fe. Deseáis la ocasión para despojar a vuestros semejantes en pequeñas dosis, y os hipnotizáis a tal punto que creéis que deseáis la libertad. Sois glotones insaciables, pero la magia de vuestras frases os convence de que dais pruebas de patriotismo. A vuestro deseo de lanar dinero, que es pura y simplemente egoísmo, lo metamorfoseáis en solicitud altruista hacia la humanidad doliente. Vamos, siquiera por una vez, entre nosotros, sed honrados. Mirad las cosas de frente y exponedlas en sus justos términos.

Alrededor de la mesa se veían caras congestionadas que expresaban una irritación unida a cierta inquietud. Estaban un poco asustados de este Joven de rostro afeitado, de su manera de ajustar y de asestar las palabras y de su terrible modo de llamar a las cosas por su nombre. El señor Calvin se apresuró a contestar: —¿Y por qué no? ¿Por qué no podríamos regresar a los usos de nuestros padres que fundaron esta república? Ha dicho usted, señor Everhard, muchas cosas ciertas, por penoso que nos haya sido tragarlas. Pero aquí, entre nosotros, podemos hablar, claro. Quitémonos las máscaras y aceptemos la verdad, tal como la planteó rotundamente el señor Everhard. Es cierto que los pequeños capitalistas andamos a la caza de utilidades y que los trusts nos las quitan. Es cierto que queremos destruir los trusts con el objeto de conservar nuestras ganancias. ¿Y por qué no habríamos de hacerlo? ¿Por qué, vamos a ver, por qué?

—¡Ah!, ahora hemos llegado al verdadero motivo del asunto —exclamó Ernesto con muestras de satisfacción—. ¿Por qué no?

Trataré de decírselo, aunque no sea nada fácil. Vosotros, bien lo sabéis, habéis estudiado los negocios en vuestro pequeño círculo, pero no habéis profundizado la evolución social. Estáis en pleno período de transición, pero no comprendéis nada, y de ahí proviene el caos. Me pregunta usted por qué no podéis volver atrás. Simplemente, porque es imposible. No podéis hacer remontar un río hacia sus fuentes. Josué detuvo al sol sobre Gibeón, pero vosotros queréis aventajar a Josué, pues soñáis con volver el sol hacia atrás. Aspiráis a hacer andar el tiempo a reculones, de mediodía a la aurora.

En presencia de las máquinas que ahorran el trabajo, de la producción organizada, de la eficacia creciente de las combinaciones financieras, querríais retrasar el sol económico en una o varias generaciones y hacerlo volver a una época en que no había grandes fortunas, ni buen instrumental, ni vías férreas, en la que una legión de pequeños capitalistas luchaban unos contra otros en medio de la anarquía industrial y en la que la producción era primitiva, derrochadora, costosa y desorganizada. Creedme, la tarea de Josué era mucho más fácil, y lo tenía a Jehová para que lo ayudase. Pero vosotros, pequeños burgueses, estáis abandonados por Dios. Vuestro sol declina: nunca más volverá a levantarse; ni siquiera está en vuestro poder detenerlo en su lugar. Estáis perdidos, condenados a desaparecer completamente de la faz del mundo.

Es el Fiat de la evolución, el mandamiento divino. Es más fuerte la asociación que la rivalidad. Los hombres primitivos eran ruines criaturas que se escondían en lo hueco de las montañas, pero se unieron para luchar contra sus enemigos carnívoros. Las fieras no tenían más instinto que el de la rivalidad, en tanto que el hombre aparecía dotado de un instinto de cooperación que le

permitió establecer su superioridad sobre todos los demás animales. A partir de entonces, ha ido instituyendo combinaciones cada vez más vastas. La lucha de la organización contra la competencia data de un millar de siglos, y siempre fue la organización la que triunfó. Los que se alistan en las filas de la competencia están condenados a perecer.

Los mismos trusts, sin embargo, nacieron de la competencia interrumpió el señor Calvin.

—Perfectamente —respondió Ernesto—. Y son los mismos trusts los que la han destruido. Y es precisamente por eso que, según su propia confesión, usted ya no se queda con lo más jugoso.

Por primera vez en la noche estallaron risas alrededor de la mesa, y el señor Calvin no fue de los últimos en compartir la hilaridad que él había desencadenado.

—Y ahora —continuó Ernesto—, ya que estamos en el capítulo de los trusts, aclaremos algunos puntos. Voy a exponeros ciertos axiomas, y si no son de vuestro agrado, no tenéis más que decirlo. Vuestro silencio implicará consentimiento. ¿Es cierto que un telar mecánico teje paño en mayor cantidad y más barato que un telar de mano?

Hizo una pausa, pero nadie tomó la palabra.

—Por consiguiente, ¿no es profundamente descabellado romper los telares mecánicos para volver al procedimiento grosero y dispendioso del tejido a mano?

Las cabezas se agitaron en señal de asentimiento.

—¿Es cierto que la combinación conocida con el nombre de trust produce de una manera más práctica y más económica que un millar de empresas rivales?

Ninguna objeción se formuló.

—Luego, ¿no es desatinado destruir esta combinación económica y práctica?

Nuevo silencio, que duró un buen rato. Al cabo del cual, el señor Kowalt preguntó: —¿Qué hacer entonces? Destruir los trusts es nuestra única salida para escapar a su dominio.

Al punto pareció Ernesto animarse con una llama ardiente.

—Os voy a indicar otra. En lugar de destruir esas máquinas maravillosas, asumamos su dirección. Aprovechémonos de su buen rendimiento y de su baratura. Desposeyamos a sus propietarios actuales y hayámoslas caminar nosotros mismos. Eso, señores, es el socialismo, una combinación más vasta que los trusts, una organización social más económica que todas las que han existido hasta ahora en nuestro planeta. El socialismo continúa la evolución en línea recta. Nosotros combatimos a las asociaciones por una asociación superior. Los triunfos están en nuestras manos. Venid a nosotros y sed nuestros compañeros en el bando ganador.

Inmediatamente se hicieron presentes signos y murmullos de protesta.

—Vosotros preferís ser anacrónicos —dijo Ernesto riendo—; allá vosotros. Preferís el papel de barbas. Estáis condenados a desaparecer como todas las reliquias del atavismo. ¿Os habéis preguntado lo que os ocurrirá el día que nazcan combinaciones más formidables que las sociedades actuales? ¿Os habéis preocupado jamás por saber lo que será de vosotros cuando los mismos consorcios se fusionen en el trust de los trusts, en una organización a un tiempo social, económica y política?

Se volvió repentinamente hacia el señor Calvin y le espetó:

—Dígame si no tengo razón. Usted está obligado a formar un nuevo partido porque los viejos están en manos de los trusts.

Éstos son el principal obstáculo de su propaganda agrícola, de su Partido de las Granjas. Detrás de cada obstáculo que usted encuentra, de cada golpe que lo hiere, de cada derrota que sufre, está la mano de la Compañía, ¿no es cierto?

El señor Calvin, desasosegado, callaba.

—Si no es cierto, dígamelo —insistió Ernesto como animándolo.

—Es cierto, —confesó el señor Calvin—. Nos habíamos apoderado de la Legislatura de Oregón y habíamos hecho aprobar soberbias leyes de protección; pero el gobernador, que es una criatura de los trusts, les opuso el veto. En cambio, en Colorado habíamos elegido un gobernador, y allí fue el Poder Legislativo el que le impidió entrar en funciones. Dos veces hicimos aprobar un impuesto nacional sobre la renta, y las dos veces lo rechazó la Corte Suprema como contrario a la Constitución. Las cortes están en mano de las asociaciones; nosotros, el pueblo, no pagamos bastante a nuestros jueces. Pero llegará el día...

—En que la combinación de los cartels dirigirá toda la legislación —le interrumpió Ernesto—, en que la asociación de los trusts será el mismo gobierno.

—¡Jamás, jamás! —exclamaron los asistentes—, súbitamente excitados y combativos.

—¿Queréis decirme qué es lo que haréis cuando ese día llegue? —preguntó Ernesto.

—Nos rebelaremos con toda nuestra fuerza gritó el señor Asmunsen, y su decisión fue saludada con nutridas aprobaciones.

—Será la guerra civil —observó Ernesto.

—Guerra civil ¡sea! —respondió el señor Asmunsen, aprobado por nuevas aclamaciones—. No hemos olvidado los altos hechos de nuestros antepasados. ¡Estamos dispuestos a combatir y a

morir por nuestras libertades!

Ernesto dijo sonriendo:

—No olvidéis, señores, que hace un momento estuvimos tácitamente de acuerdo en que la palabra libertad significa para vosotros la autorización para exprimir a los demás y obtener de ellos ganancias.

Todos los convidados estaban ahora coléricos, animados de intenciones belicosas. Pero la voz de Ernesto dominó el tumulto.

—Una pregunta más: decís que os sublevaréis con todas vuestras fuerzas cuando el gobierno esté en manos de los trusts; por consiguiente, el gobierno empleará contra vuestra fuerza el ejército regular, la marina, la milicia, la policía, en una palabra, toda la máquina de guerra organizada de los Estados Unidos. ¿En dónde estará entonces vuestra fuerza?

En las caras de todos se pintó la consternación. Sin darles tiempo a recobrarse, Ernesto los alcanzó con un nuevo golpe directo.

—Hasta no hace mucho, lo recordaréis, nuestro ejército regular no se componía más que de cincuenta mil hombres; pero sus efectivos fueron aumentados de año en año, y ahora se compone de trescientos mil.

Insistió en el ataque.

—Y eso no es todo. Mientras vosotros os entregabais a la caza diligente de vuestro fantasma favorito, el lucro, e improvisabais homilías sobre vuestra querida mascota, la libre concurrencia, realidades aún más poderosas y crueles han sido preparadas por la combinación. Está la milicia.

—¡Es nuestra fuerza! —exclamó el señor Kowalt—. Rechazaremos con ella el ataque del ejército regular.

—Es decir, que vosotros mismos entraréis en la milicia —

replicó Ernesto—, y que seréis enviados a Maine, a Florida o a las Filipinas o a cualquier otro lado para aplastar a vuestros camaradas insurreccionados en nombre de la libertad. Entretanto, vuestros camaradas de Kansas, de Wisconsin o de cualquier otro Estado, entrarán en la milicia y vendrán a California para ahogar en sangre vuestra propia guerra civil.

Esta vez se quedaron realmente escandalizados y mudos. Por fin el señor Owen murmuró: —Es muy simple: no nos enrolaremos en la milicia. No íbamos a ser tan ingenuos.

Ernesto lanzó una franca carcajada.

—No comprendéis absolutamente la combinación que se ha tramado. No podríais defenderos, puesto que seríais incorporados por la fuerza en la milicia.

—Existe una cosa que se llama el derecho civil —insistió el señor Owen.

—Pero no cuando el gobierno decreta el estado de sitio. En cuanto hablaseis de levantaros en masa, vuestra masa se volvería contra vosotros. Estaríais incorporados en la milicia de grado o por fuerza. Acabo de oír a alguien que habló de habeas corpus. En punto a habeas corpus tendréis post mortem y en materia de, garantías, la de la autopsia. Si os negáis a entrar en la milicia, o a obedecer una vez incorporados, os someterán a un consejo de guerra improvisado y seréis fusilados como perros. Ésa es la ley.

—¡No es la ley! —afirmó con autoridad el señor Calvin—. No existe semejante ley. Todo eso usted lo ha soñado, joven. ¿Cómo? ¿Según usted mandarían la milicia a las Filipinas? Eso sería anticonstitucional. La Constitución especifica claramente que la milicia no podrá ser enviada fuera del país.

—¿Qué tiene que ver la Constitución con todo esto? —preguntó Ernesto. La Constitución es interpretada por las Cortes, y

éstas, como lo reconoció el señor Asmunsen, son juguete de los Trusts. Además, he dicho que era la ley. Es ley desde hace años, desde hace nueve años, señores.

—¿La ley dice —preguntó el señor Calvin, incrédulo— que podemos ser llevados por la fuerza a la milicia... y fusilados por un consejo de guerra improvisado si nos negamos a marchar?

—¿Cómo es posible que nunca hayamos oído hablar de esa ley? —preguntó mi padre, y vi también que para él era una novedad.

—Por dos razones —dijo Ernesto—. Primero, porque no se ha presentado la ocasión de aplicarla; si hubiera llegado el momento, habríais oído hablar de ella muy pronto. Segundo, porque esta ley pasó al galope en el Congreso y en secreto en el Senado y, por decirlo así, sin discusión. Nosotros, los socialistas, lo sabíamos y lo hemos publicado en nuestra prensa. Pero vosotros no leéis jamás nuestros diarios.

—Yo sostengo que usted sueña dijo el señor Calvin con testarudez. El país no habría permitido tal cosa.

—Sin embargo, el país lo ha permitido de hecho —replicó Ernesto—. Y por lo que hace a los sueños, dígame si esto es de la tela con que se hacen los sueños.

Sacó de su bolsillo un folleto y se puso a leer:

«Sección I, etcétera... Se decreta, etcétera... que la milicia se compone de todos los ciudadanos varones y válidos de más de dieciocho años y de menos de veinticinco que habiten en los diversos Estados y territorios, así como en el distrito de Columbia»...

«Sección VIII... Que todo oficial o soldado enrolado en la milicia acordaos que, de acuerdo con la sección I, todos vosotros estáis enrolados que se negara o que olvidara presentarse delante del

oficial de reclutamiento después de haber sido llamado como se prescribe más arriba, será llevado ante un Consejo de Guerra y posible de las penas pronunciadas por ese consejo...».

«Sección IX... Que cuando la milicia fuera llamada a servicio actual por los Estados Unidos, quedará sometida a los mismos reglamentos y artículos que las tropas regir lares de los Estados Unidos...».

Ésta es vuestra situación, señores, estimados conciudadanos americanos y camaradas milicianos. Hace nueve años, los socialistas creíamos que esta ley estaba dirigida contra el Trabajo; pero parece más bien que está dirigida contra vosotros. El diputado Wiley declaró en la breve discusión que se permitió que el proyecto de ley «proporcionaría una fuerza de reserva para acogotar al populacho —el populacho sois vosotros—, señores y para proteger a todo trance la vida, la libertad y la propiedad». En el futuro, cuando os alcéis con vuestra fuerza, recordad que os rebeláis contra la propiedad de los trusts y contra la libertad legalmente concedida de exprimiros. Señores, os han arrancado los colmillos, os han cortado las garras. El día en que os irgáis en vuestra virilidad, faltos de uñas y de dientes, seréis tan inofensivos como una legión de moluscos.

—¡No creo una sola palabra! —gritó el señor Kowalt—. No existe semejante ley. Es un infundio inventado por los socialistas.

—El proyecto de ley fue presentado en la Cámara el treinta de julio de mil novecientos dos por el representante de Ohio. Fue discutido al galope. Fue aprobado por el Senado el catorce de enero de mil novecientos tres. Y justamente siete días después era aprobado por el presidente de los Estados Unidos^[59]

CAPÍTULO IX

UN SUEÑO MATEMÁTICO

EN medio de la general consternación causada por su revelación, Ernesto continuó con la palabra: —Hay entre vosotros unas doce personas que aseguraron esta noche la imposibilidad del socialismo. Ya que habéis calificado algo de impracticable, permitidme que os demuestre ahora lo que es inevitable, es decir, la desaparición, no sólo de vosotros, los pequeños capitalistas, sino también de los grandes capitalistas y de los mismos trusts en determinado momento. Acordaos que la ola de la evolución Anca vuelve hacia atrás. Esta progresa sin reflujo de la rivalidad a la asociación, de la pequeña cooperación a la grande, de las vastas combinaciones a las organizaciones colosales, y de aquí al socialismo, la más gigantesca de todas.

Me decís que sueño. Perfectamente, voy a exponeros las matemáticas de mi sueño. Os desafío de antemano a demostrarme la falsedad de mis cálculos. Voy a desarrollar el proceso fatal del desmoronamiento del sistema capitalista y a deducir matemáticamente la causa de su caída. Veamos, y tened paciencia sí me salgo un poco del tema al comienzo.

Examinémos primero los procedimientos de una industria cualquiera, y no vaciléis en interrumpirme si digo algo que no podáis admitir. Tomemos, por ejemplo, una manufactura de calzado. Esta fábrica compra cuero y lo transforma en zapatos.

Tenemos aquí cuero por valor de cien dólares, que pasa por la fábrica y sale de ella en forma de calzado por valor de doscientos, digamos. ¿Qué ha ocurrido? Que un valor de cien dólares ha sido agregado al del cuero. ¿Cómo ha sido eso?

Es que el capital y el trabajo han aumentado este valor. El capital ha conseguido la fábrica y las máquinas y ha pagado los gastos. La mano de obra proporcionó el trabajo. El esfuerzo combinado del capital y del trabajo ha incorporado un valor de cien dólares a la mercadería. ¿Estamos de acuerdo?

Las cabezas se inclinaron afirmativamente.

—Habiendo logrado esos cien dólares, el capital y el trabajo se disponen a proceder al reparto. Las estadísticas de las particiones de ese género contienen muchas fracciones, pero aquí, para mayor comodidad, nos conformaremos con una aproximación poco rigurosa, admitiendo que el capital toma una parte de cincuenta dólares y el trabajo una suma equivalente. No vamos a pelearnos por esta repartija; cualesquiera que sean los regateos, siempre se llega a una u otra cuota. Y no olvidéis que lo que digo de una industria es aplicable a todas. ¿Nos hemos puesto de acuerdo?^[60]

Los invitados manifestaron su conformidad.

—Pues bien, supongamos que el trabajo, habiendo recibido sus cincuenta dólares, quiera volver a comprar zapatos. No podría rescatar más que por valor de cincuenta dólares, ¿no es así?

Pasemos ahora de esta operación particular a la totalidad de las que se cumplen en los Estados Unidos, no solamente con respecto al cuero, sino a las materias primas, a los transportes y al comercio en general. En cifras redondas, la producción anual total de la riqueza en los Estados Unidos es de cuatro mil millones de dólares. Por consiguiente, el trabajo recibe en salarios dos mil

millones al año. De los cuatro mil millones producidos, el trabajo puede rescatar dos. Sobre esto no cabe discusión. Y todavía me he quedado largo, pues, gracias a toda suerte de añagazas capitalistas, el trabajo ni siquiera puede rescatar la mitad del producto total.

Pero pasemos por alto y admitamos que el trabajo rescata dos mil millones. En consecuencia, es evidente que el trabajo no puede consumir más que dos mil millones.

Hay que rendir cuentas de los otros dos que el trabajo no puede rescatar ni consumir.

—El trabajo ni siquiera consume sus dos mil millones —declaró el señor Kowalt—. Si los agotase, no tendría sus depósitos en las cajas de ahorro. Los depósitos en las cajas de ahorro no son más que una especie de fondo de reserva, que se gasta tan pronto como se forma. Son economías puestas a un lado para la vejez, las enfermedades, los accidentes y los gastos de entierro. Es el bocado de pan que se deja en el aparador para la comida de mañana. No, el trabajo absorbe la totalidad del producto que puede rescatar con su salario.

Al capital se le dejan dos mil millones. ¿Consume éste el resto después de haber reembolsado sus gastos?

¿Devora el capital sus dos mil millones?

Ernesto se detuvo y planteó claramente la pregunta a varios individuos que se pusieron a menear la cabeza.

—No sé nada —dijo francamente uno de ellos.

—Sí que lo sabe —replicó Ernesto—. Reflexione un momento. Si el capital agotase su parte, la suma total del capital no podría crecer: permanecería constante. Pues bien, examine la historia económica de los Estados Unidos y verá que el total del capital no ha cesado de crecer.

Luego, el capital no se traga su parte. Recuerde la época en que Inglaterra poseía grandes cantidades de nuestras acciones ferroviarias. Al cabo de los años, se las hemos rescatado. ¿Qué debemos concluir de eso sino que la parte no empleada del capital ha permitido ese rescate? Hoy, los capitalistas de los Estados Unidos poseen centenares y centenares de millones de dólares en obligaciones mejicanas, rusas, italianas o griegas. ¿Qué representan esas obligaciones sino un poco de esa parte que el capital no ha engullido? Desde el comienzo mismo del sistema capitalista, el capital no ha podido tragar su parte.

Y ahora llegamos al nudo de la cuestión. En los Estados Unidos se producen cuatro mil millones de riqueza por año. El trabajo rescata y consume dos mil millones. El capital no consume los dos mil millones restantes: queda un fuerte excedente que no es destruido. ¿Qué puede hacerse? El trabajo no puede distraer nada, puesto que ya gastó todos sus salarios. El capital no puede equilibrar esta balanza, puesto que ya, y de acuerdo con su naturaleza, ha absorbido todo lo que podía. Y el excedente está ahí. ¿Qué se puede hacer? ¿Qué se hace?

—Se lo vende al extranjero —declaró espontáneamente el señor Kowalt.

—Eso es —corroboró Ernesto—. De este remanente nace la necesidad de una salida al exterior. Se lo vende en el extranjero. Estamos obligados a venderlo en el extranjero. No hay otro medio de desprenderse de él. Este excedente vendido al extranjero constituye lo que llamamos balanza comercial favorable. ¿Seguimos de acuerdo?

—Seguramente, estamos perdiendo el tiempo con esta elaboración del abecé del comercio —dijo el señor Calvin de mal humor. Todos lo sabemos de memoria.

—Si puse tanto cuidado en exponer este alfabeto —replicó Ernesto—, es porque gracias a él voy a confundiros. Ahí está lo picaresco del asunto. Voy a confundiros en menos que canta un gallo.

Los Estados Unidos es un país capitalista que ha desarrollado sus recursos. En virtud de su sistema industrial, posee un remanente del que debe deshacerse en el extranjero^[61]. Lo que es cierto en los Estados Unidos, lo es igualmente para todos los países capitalistas cuyos recursos están desarrollados. Cada uno de esos países dispone de un excedente todavía intacto. No olvidéis que va uno y otros han comerciado y que, no obstante, esos excedentes continúan disponibles. En todos esos países el trabajo ha gastado sus jornales y no puede comprar nada; en todos ellos también el capital consumió ya todo lo que se lo permite su naturaleza. Y tienen en sus brazos esa sobrecarga, sin poder trocarla entre sí. ¿Cómo van a desembarazarse de ella?

—Vendiéndola a los países cuyos recursos no están desarrollados —sugirió Kowalt.

—Perfectamente; como veis, mi razonamiento es tan claro y tan simple que se desenvuelve solo en vuestro espíritu. Demos ahora un paso adelante. Supongamos que los Estados Unidos colocan su excedente en un país cuyos recursos no están desarrollados, en el Brasil, por ejemplo. Acordaos que esta balanza está fuera y por encima del comercio, pues los artículos comerciales ya han sido consumidos. ¿Qué dará en cambio el Brasil a los Estados Unidos?

—Oro —dijo el señor Kowalt.

—Pero en el mundo sólo hay una cantidad limitada de oro —objetó Ernesto.

—Oro bajo forma de fianzas, obligaciones y otras prendas por

el estilo —rectificó el señor Kowalt.

—Ahora lo tengo. Los Estados Unidos recibirán del Brasil, a cambio de su excedente, obligaciones y garantías. ¿Qué significa eso sino que los Estados Unidos entrarán en posesión de los ferrocarriles, de las fábricas, de las minas y de las tierras del Brasil? ¿Y qué resultará de eso?

El señor Kowalt reflexionó y sacudió la cabeza.

—Os lo voy a decir —continuó Ernesto—. Resultará esto: que los recursos del Brasil van a desarrollarse. Bien, demos un paso más. Cuando, bajo el impulso del sistema capitalista, el Brasil haya desarrollado sus propios recursos, poseerá él también un excedente no consumido. ¿Podrá colocarlo en los Estados Unidos? No, porque éstos tienen ya su propio excedente. ¿Y los Estados Unidos podrán hacer como antes y colocar su excedente en el Brasil? No, puesto que este país tiene ahora el suyo propio.

¿Qué sucede? En adelante, los Estados Unidos y el Brasil deben buscar sus salidas en comarcas cuyas fuentes de riqueza no estén todavía explotadas. Pero por el hecho mismo de descargar allí su remanente, esas nuevas regiones verán crecer sus recursos y no tardarán en poseer, a su vez, excedentes: entonces se ponen a buscar nuevos países para aliviarse. Bien, señores, seguidme: nuestro planeta no es tan grande; no hay más que un número limitado de regiones en la tierra. Cuando todos los países de la tierra, hasta el último y más insignificante, tengan una sobrecarga en sus brazos y estén ahí mirando a los demás igualmente sobrecargados, ¿qué va a pasar?

Hizo una pausa y observó a sus oyentes. Era divertido ver sus caras perplejas. En medio de abstracciones, Ernesto había evocado una visión clara. En esos momentos ellos la veían muy precisamente y tenían miedo.

—Hemos comenzado por el abecé, señor Calvin —dijo Ernesto con malicia—, pero ahora le di el resto del alfabeto. Es completamente sencillo: en eso reside su belleza. Seguramente, usted tiene lista la respuesta. Pues bien, ¿qué ocurrirá cuando todos los países del mundo teman su excedente no consumido? ¿Adónde irá a parar entonces vuestro sistema capitalista?

El señor Calvin bamboleaba preocupado su cabeza. Evidentemente buscaba una falla en el razonamiento que Ernesto acababa de exponer.

—Hagamos juntos un rápido repaso al terreno ya andado —resumió Ernesto—. Hemos comenzado por una operación industrial cualquiera, la de una fábrica de calzado, y hemos establecido que la división del producto elaborado conjuntamente que allí se practicaba era similar a la división que se cumplía en la suma total de todas las operaciones industriales. Hemos descubierto que el trabajo no puede volver a comprar con su salario más que una parte del producto y que el capital no consume todo el resto. Hemos hallado que una vez que el trabajo había consumido todo lo que le permitían sus salarios y el capital todo lo que necesitaba, quedaba un excedente disponible. Hemos reconocido que no se podía disponer de esa balanza sino en el extranjero. Hemos convenido que el fluir de ese excedente a un país nuevo provocaba allí el desarrollo de los recursos, de suerte que en poco tiempo ese país, a su vez, se encontraba sobrecargado con un remanente. Hemos extendido este proceso a todas las regiones del planeta, hasta que cada una de ellas se atiborra, de año en año y de día en día, de un exceso del que no puede desembarazarse en ningún otro país. Y ahora os pregunto una vez más, ¿qué vamos a hacer con esos excedentes?

Tampoco esta vez nadie respondió.

—¿Y, señor Calvin? —lo provocó Ernesto.

—Eso está fuera de mi alcance —confesó el interpelado.

—Nunca había pensado en semejantes cosas —declaró el señor Asmunsen—. Y, sin embargo, está tan claro como si estuviera escrito.

Era la primera vez que escuchaba una exposición de la doctrina de Karl Marx^[62] sobre la plusvalía. Ernesto lo había hecho tan simplemente que yo también me sentía pasmada e incapaz de responder.

Voy a proponeros un medio para desprenderos del excedente dijo Ernesto. Arrojadlo al mar. Tirad cada año los centenares de millones de dólares que valen los calzados, los vestidos, el trigo y todas las riquezas comerciales. ¿No se arreglaría así el asunto?

—Claro que lo sería —respondió el señor Calvin—. Pero es absurdo de su parte hablar de esa manera.

Ernesto repuso con la velocidad del rayo:

—¿Es usted menos absurdo, señor destructor de máquinas, cuándo aconseja la vuelta a los procedimientos antediluvianos de sus abuelos? ¿qué propone usted para librarse de la plusvalía? Esquivar el problema cesando de producir, pues no otra cosa importa una vuelta a un método de producción tan primitivo e impreciso, tan desordenado y desatinado, que hace imposible producir el menor excedente.

El señor Calvin tragó saliva. La estocada había llegado al blanco. Tuvo un movimiento de deglución y luego tosió para aclararse la garganta.

—Tiene usted razón —dijo—. Estoy convencido. Es absurdo; pero tenemos que hacer algo. Para nosotros, los de la clase media, es una cuestión de vida o muerte. Nos negamos a morir. Preferimos ser absurdos y volver a los métodos de nuestros

padres, por groseros y dispendiosos que sean. Romperemos las máquinas. ¿Y vosotros qué pensáis hacer?

—No podéis romper las máquinas —replicó Ernesto—. No podéis hacer refluir la ola de la evolución. Se os oponen dos grandes fuerzas, cada una de las cuales es más poderosa que la clase media. Los grandes capitalistas, los trusts, en una palabra, no os dejarán emprender la retirada. Ellos no quieren que las máquinas sean destruidas. Y, más fuerte aún que el poder de los trusts, está el del trabajo, que no os permitirá romper las máquinas. La propiedad del mundo (comprendiendo en él las máquinas) se encuentra en el campo de batalla, entre las líneas enemigas de los trusts y del trabajo. Ninguno de los dos ejércitos desea la destrucción de las máquinas, pero cada uno quiere su posesión. En esta lucha no hay lugar para la clase media, pigmea entre dos titanes. ¿No sentís vosotros, pobre clase media, que estáis entre dos muelas que ya han comenzado a moler?

Os he demostrado matemáticamente la inevitable ruptura del sistema capitalista. Cuando cada país se encuentre excedido de una sobrecarga inconsumible e invendible, el andamiaje plutocrático cederá bajo el espantoso amontonamiento de beneficios levantado por él mismo. Pero ese día no habrá máquinas rotas. Su posesión será la postura que estará en juego en el combate. Si el trabajo sale victorioso, el camino estará expedito para vosotros. Los Estados Unidos, y sin duda el mundo entero, entrarán en una era nueva y prodigiosa. Las máquinas, en lugar de aplastar a la vida, la tornarán más bella, más feliz y más noble. Como miembros de la clase media abolida y de concierto con la clase trabajadora —la única que subsistirá—, participaréis en el equitativo reparto de los productos de esas máquinas prodigiosas. Y nosotros, unidos todos, construiremos otras más

maravillosas aún. Y habrán desaparecido los excedentes no consumidos porque no existirán más los lucros.

—¿Y si los trusts ganan esta batalla por la posesión de las máquinas y del mundo? —preguntó el señor Kowalt.

—En ese caso —respondió Ernesto—, vosotros, el trabajo y todos nosotros quedaremos aplastados bajo el talón de hierro de un despotismo más implacable y terrible que ninguno de los que mancharon las páginas de la historia humana. ¡El Talón de Hierro!

[63] Tal es el nombre que convendrá a esta horrible tiranía.

Hubo un silencio prolongado. Las meditaciones de cada cual se perdían en senderos profundos y poco frecuentados.

—Pero su socialismo es un sueño —dijo finalmente el señor Calvin; y repitió: ¡Un sueño!

—Voy a mostraron entonces algo que no es un sueño —respondió Ernesto—. A ese algo lo llamaré Oligarquía. Vosotros lo llamáis la Plutocracia. Entendemos por ella los grandes capitalistas y los trusts. Examinemos dónde está hoy el poder.

La sociedad tiene tres clases. Viene primero la plutocracia, compuesta por los banqueros ricos, los magnates de los ferrocarriles, los directores de grandes compañías y los reyes de los trusts. Luego viene la clase media, la vuestra, señores, que comprende a granjeros, comerciantes, pequeños industriales y profesiones liberales. Por fin, tercera y última, el proletariado, formado por los trabajadores asalariados [64].

No podéis negar que lo que actualmente constituye el poder esencial en los Estados Unidos es la posesión de la riqueza. ¿En qué proporción es poseída esta riqueza por las tres clases? He aquí las cifras: la plutocracia es propietaria de sesenta y siete mil millones. Sobre el número total de personas que ejercen una profesión en los Estados Unidos, solamente el 0,9 % pertenece a la

plutocracia, y no obstante, la plutocracia posee el 70 % de la riqueza total. La clase media posee veinticuatro mil millones. El 29 % de las personas que ejercen una profesión pertenece a la clase media y gozan del 25 % de la riqueza total. Queda el proletariado; dispone de cuatro mil millones. De las personas que ejercen una profesión, el 70 % vienen del proletariado; y el proletariado posee el 4 % de la riqueza total. ¿De qué lado está el poder, señores?

—De acuerdo con sus cifras, nosotros, los de la clase media, somos más poderosos que el trabajo —observó el señor Asmunsen.

—No es recordándonos nuestra inferioridad como mejoraréis la vuestra ante la fuerza de la plutocracia —replicó Ernesto—. Tengo algo más que decir sobre vosotros. Hay una fuerza más grande que la riqueza, mayor en el sentido de que no puede sernos arrebatada. Nuestra fuerza, la fuerza del proletariado, reside en nuestros músculos para trabajar, en nuestras manos para votar, en nuestros dedos para apretar un gatillo. De esta fuerza no pueden despojarnos. Es la fuerza primitiva, aliada a la vida, superior a la riqueza e inasible por ésta.

Vuestra fuerza, en cambio es amovible. Os la pueden retirar. En este mismo momento la plutocracia está arrebatándosela. Acabará por quitárosela por completo, y entonces dejaréis de ser de la clase media. Descenderéis a nuestro nivel. Os convertiréis en proletarios. Y lo formidable será que os incorporaréis a nuestra fuerza. Os acogemos como hermanos y combatiremos codo con codo por la causa de la humanidad.

En cuanto al trabajo, no tiene nada concreto que le puedan quitar. Su parte en la riqueza nacional consiste en ropas y en muebles y, de tanto en tanto, en muy raros casos, una casa muy mal amueblada. Pero vosotros tenéis riquezas por valor de

veinticuatro mil millones, y la plutocracia los tomará. Desde luego, es mucho más verosímil que el proletariado os los tome antes. ¿Comprendéis, señores, vuestra situación? La clase media es el corderito temblando entre el león y el tigre. Ha de ser de uno o de otro. Y si la plutocracia os toma primero, el proletariado tomará a la plutocracia enseguida. No es más que una cuestión de tiempo.

Además, vuestra riqueza actual no da la verdadera medida de vuestro poder. En este momento, la fuerza de vuestra riqueza no es más que una nuez vacía. Es por eso que lanzáis vuestro lastimero grito de guerra: «¡Volvamos a los métodos de nuestros padres!». Sentís vuestra impotencia y el vacío de vuestra nuez. Voy a demostraros su vacuidad.

¿Qué poder poseen los granjeros? Más del cincuenta por ciento están en servidumbre por su mera condición de arrendatarios o porque están hipotecados; y todos están bajo tutela por el hecho de que ya los trusts poseen o gobiernan (lo que es la misma cosa, en el mejor de los casos) todos los medios para colocar los productos en el mercado, tales como los aparatos frigoríficos o elevadores, ferrocarriles y líneas de vapores. Además, los trusts gobiernan los mercados. En cuanto al poder político y gubernamental de los granjeros, me ocuparé de él en seguida, cuando hable del de toda la clase media.

Día a día los trusts exprimen a los granjeros, como exprimieron y estrangularon al señor Calvin y a todos los lecheros. Y día a día los comerciantes son aplastados de la misma manera. ¿Os acordáis cómo en seis meses el trust del tabaco barrió más de cuatrocientos estancos nada más que en la ciudad de Nueva York? ¿En dónde están los antiguos propietarios de minas de carbón? Vosotros sabéis, sin que necesite decíroslo, que el trust de los ferrocarriles detenta o gobierna la totalidad de los terrenos

mineros de antracita y bituminosos. ¿No posee la Standard Oil Trust^[65] unas veinte líneas marítimas? ¿No controla también el cobre, sin contar con el trust de los altos hornos que ha montado como una pequeña empresa secundaria? Esta noche hay en los Estados Unidos diez mil ciudades que están iluminadas por compañías dependientes de la Standard Oil y hay además tantas cuyos transportes eléctricos, urbanos, suburbanos o interurbanos están en sus manos. Los pequeños capitalistas que en otro tiempo estaban interesados en esos miles de empresas han desaparecido. Vosotros lo sabéis. Es el mismo camino que estáis siguiendo.

Ocurre con los pequeños fabricantes lo que con los granjeros, en resumen, unos y otros están reducidos a la dependencia feudal. Y se puede decir otro tanto de los profesionales y de los artistas: en la época actual son en todo, menos de, nombre; villanos, como los políticos son mucamos. ¿Por qué usted, señor Calvin, se pasa sus días y sus noches organizando a los granjeros, lo mismo que al resto de la clase media, en un nuevo partido político? Porque los políticos de los viejos partidos no quieren tener nada que ver con sus ideas atávicas; y no lo quieren porque son lo que he dicho: los, mucamos, los sirvientes de la plutocracia.

He dicho también que los profesionales y los artistas eran los plebeyos del régimen actual. ¿Acaso son otra cosa? Del primero al último, profesores, predicadores, editores, se mantienen en sus empleos sirviendo a la plutocracia, y su servicio consiste en no propagar otras ideas que las inofensivas o elogiosas para los ricos. Cuantas veces se ponen a divulgar ideas amenazantes para éstos, pierden sus puestos; en este caso, si no guardaron algunos ahorros para los malos tiempos, descienden al proletariado y vegetan en la miseria o se hacen agitadores populares. Y no olvidéis que la prensa, el púlpito o la Universidad modelan a la

opinión pública y marcan el paso a la marcha mental de la nación. En cuanto a los artistas, sirven simplemente de agentes para los gustos más o menos innobles de la plutocracia.

Pero, después de todo, la riqueza no constituye por sí misma el verdadero poder, que es gubernamental por excelencia. ¿Quién rige hoy al gobierno? ¿Acaso el proletariado con sus veinte millones de seres alistados en múltiples ocupaciones? Vosotros mismos os reís a la sola idea. ¿Acaso la clase media con sus ocho millones de hombres ejerciendo diversas profesiones? Tampoco. ¿Quién dirige entonces al gobierno? Es la plutocracia con su mezquino cuarto de millón de personas ocupadas. Sin embargo, ni siquiera es ese cuarto de millón de hombres quien lo dirige realmente, aunque le preste servicios de guardia voluntaria. El cerebro de la plutocracia que dirige al gobierno se compone de siete pequeños y poderosos grupos. Y no olvidéis que esos grupos obran más o menos al unísono^[66].

Permitidme que os esboce el poder de uno solo de esos grupos, el de los ferrocarriles. Emplea cuarenta mil abogados para rechazar las demandas del público ante los tribunales. Distribuye innumerables pases gratuitos de circulación entre jueces, banqueros, directores de diarios, ministros del culto, miembros de las universidades, de las legislaturas estatales y del Congreso. Sostiene lujosos salones de intriga, lobbies^[67], en las cabeceras de cada Estado y en la capital; y en todas las ciudades grandes y pequeñas del país emplea un inmenso ejército de curiales y politicastos cuya misión es asistir a los comités electorales y asambleas de partidos, de enredar a los jurados, de corromper a los jueces y de trabajar de cualquier manera por sus intereses^[68].

Señores, no he hecho más que esbozar el poderío de uno de los siete grupos que forman el cerebro de la plutocracia^[69].

Vuestros veinticinco mil millones de riqueza no os dan derecho más que a veinticinco centavos de poder gubernamental. Es una nuez vacía y pronto hasta ésta os la van a quitar. Hoy la plutocracia tiene todo el poder en sus manos. Ella es la que fabrica las leyes, pues posee el Senado, el Congreso de los Diputados, las Cortes y las Legislaturas de los Estados. Pero no es eso todo. Detrás de la ley es menester una fuerza para ejecutarla. Hoy la plutocracia hace la ley y, para imponerla, tiene a su disposición la policía, el ejército, la marina y por fin la milicia, es decir, vosotros y yo, todos nosotros.

Después de estas palabras, la discusión se apagó, y pronto los convidados se levantaron de la mesa. Aquietados y domados, bajaban la voz para despedirse. Se los hubiera creído todavía espantados de la visión del futuro que habían contemplado.

—Indudablemente, la situación es seria —dijo el señor Calvin a Ernesto—. Tal como usted la ha pintado, yo no veo que se la pueda rectificar. No estoy en desacuerdo con usted sino con respecto a su condena a la clase media. Nosotros sobreviviremos y derribaremos a los trusts...

—Y usted volverá a los métodos de sus padres concluyó Ernesto.

—Perfectamente. Sé que en cierto modo somos destructores de máquinas y que eso es un absurdo. Pero hoy toda la vida parece absurda a consecuencia de las maquinaciones de la plutocracia. De cualquier modo, nuestra manera de destrozar las máquinas es práctica y posible, en tanto que su sueño no lo es. Su sueño socialista no es más que una quimera. Nosotros no podremos seguirlo a usted.

—Me gustaría mucho ver en usted, en usted y en los suyos, algunas nociones sobre la evolución sociológica —respondió

Ernesto con tono preocupado cuando le dio la mano—. Eso nos ahorraría muchas dificultades.

CAPÍTULO X

EL TORBELLINO

DESPUÉS de la cena de los hombres de negocios, se sucedieron como el rayo acontecimientos terriblemente importantes; y mi pobre pequeña vida, que había pasado por completo en la quietud de nuestra ciudad universitaria, fue arrastrada con todas mis aventuras personales al vasto torbellino de las aventuras mundiales. ¿Fue mi amor por Ernesto lo que hizo de mí una revolucionaria o lo fue su claro punto de vista desde el cual me había hecho contemplar la sociedad en que vivía? No lo sé a punto fijo. Pero me hice revolucionaria y me encontré hundida en un caos de incidentes que me hubiesen parecido inconcebibles tres meses antes. Las turbulencias de mi destino coincidieron con grandes crisis sociales.

Para comenzar, mi padre fue expulsado de la Universidad. ¡Oh!, tal vez exagero en la expresión: simplemente le pidieron su renuncia, eso fue todo. La cosa no tenía una importancia esencial. A decir verdad, mi padre se quedó encantado. Según él, su despido, precipitado por la publicación de su libro «Economía y Educación», no hacía más que confirmar su tesis. ¿Podía darse una prueba más concluyente de que la instrucción pública estaba dominada por la clase capitalista?

Esta confirmación, empero, no vio la luz pública, pues nadie se enteró de que había sido obligado a retirarse de la Universidad.

Era un sabio tan eminente, que semejante noticia, publicada con motivo de su renuncia forzosa, hubiera conmovido al mundo entero. Los diarios destilaron alabanzas y honores sobre él, felicitándolo por haber renunciado a la pesada tarea de las clases para consagrar todo su tiempo a las investigaciones científicas.

Papá comenzó por reírse; luego se enojó (en dosis tónica). Ocurrió entonces que su libro fue suprimido. Esta supresión se produjo en un secreto tal, que al principio nos quedamos en ayunas. Inmediatamente de publicada, la obra había causado cierta emoción en el país. La prensa capitalista lo había zamarreado cortésmente a papá: en general, lamentaba que un sabio tan grande hubiese salido de su dominio para aventurarse en el de la sociología, que le era perfectamente desconocido y en donde no había tardado en extraviarse. Todo eso duró una semana, durante la cual papá bromeaba, diciendo que había tocado en la llaga al capitalismo. Luego, repentinamente, se hizo el silencio en los diarios y en las revistas críticas y el libro desapareció de la circulación en una forma no menos repentina. Era imposible encontrar un solo ejemplar en ninguna librería. Papá escribió a los editores, y le respondieron que las planchas habían sido deterioradas accidentalmente. Se sucedió una correspondencia confusa. Puestos entre la espada y la pared, los editores terminaron por confesar que no veían la posibilidad de reimprimir su obra, pero que estaban dispuestos a cederle sus derechos de autor.

—En todo el país —le dijo Ernesto— no encontrará usted otra casa editora que consienta negociar. En su lugar, me pondría de inmediato a cubierto, pues esto no es más que un pregusto de lo que le reserva el Talón de Hierro.

Papá era ante todo un sabio y nunca se creía autorizado a

saltar enseguida a las conclusiones. Para él, un experimento de laboratorio no merecía ese nombre si no se lo había seguido hasta en sus menores detalles. Así, pues, emprendió pacientemente una gira entre los editores. Todos le dieron una multitud de pretextos, pero ninguno quiso encargarse del libro.

Cuando se enteró de que su obra había sido secuestrada, papá intentó informarle al público, pero sus comunicados a la prensa no recibieron respuesta. En una reunión socialista a la que asistían muchos reporteros, creyó haber encontrado la ocasión para romper el silencio: se levantó y contó la historia de este escamoteo. Al día siguiente, al leer los diarios, se puso a reír al principio; después entró en un estado de ira en que toda calidad tónica estaba suprimida. Las crónicas no decían una sola palabra de su libro, pero disfrazaban su conducta de una manera deliciosa: Habían deformado sus palabras y sus frases y transformado sus observaciones sobrias y mesuradas en un discurso de anarquista de barricada. Estaba hecho con mucha habilidad. Recuerdo particularmente un ejemplo: papá había empleado el término «revolución social» y el cronista había omitido simplemente el término «social». La información había sido transmitida a todo el país por la Associated Press, y en todos lados provocó gritos de reprobación. Papá fue conocido entonces como anarquista o nihilista; una caricatura vastamente difundida lo representó blandiendo una bandera roja a la cabeza de una banda grosera y salvaje armada de antorchas, de cuchillos y de bombas de dinamita.

Su pretendido anarquismo fue puesto en la picota con una terrible campaña de prensa, en largos editoriales sembrados de insultos y de alusiones a su decadencia mental. Ernesto nos informó que esta táctica de la prensa capitalista no era una

novedad: los diarios tenían costumbre de enviar reporteros a todas las reuniones socialistas con la consigna de alterar a la clase media y apartarla de toda posible afiliación al proletariado. Ernesto insistió con todas sus fuerzas para que papá abandonase la lucha y se pusiese a cubierto.

Entretanto, la prensa socialista recogió el guante y toda la fracción de la clase obrera que leía los diarios supo que el libro había sido suprimido; pero esta información no trascendió del mundo del trabajo. Enseguida, una gran casa de ediciones socialista. El Llamado a la Razón, convine con mi padre la publicación de su obra. A papá le entusiasmó la solución, pero Ernesto se mostraba alarmado.

—Le repito que estamos en el umbral de lo desconocido — insistía—. Ocurren a nuestro alrededor cosas enormes y secretas. Podemos percibirlas. Su naturaleza nos es desconocida, pero su presencia es certera. Se estremece toda la estructura de la sociedad. No me pregunte usted de qué se trata con precisión, porque yo mismo no sabría decirlo. Pero en esta licuefacción hay algo que tomará forma, ya que se está cristalizando. La supresión de su libro es un precipitado. ¿Cuántos otros han sido suprimidos? Lo ignoramos y no podemos enterarnos. Estamos en tinieblas. Ahora puede esperar hasta la supresión de la prensa y de las editoriales socialistas. Me temo que sea inminente. Seremos estrangulados.

Ernesto sentía mejor que el resto de los socialistas el pulso de los acontecimientos, pues apenas dos días después se desencadenaba el primer asalto. El Llamado a la Razón era un periódico semanal difundido en el proletariado y que tiraba regularmente setecientos cincuenta mil ejemplares. Además, publicaba a menudo ediciones especiales de dos a cinco millones

de ejemplares, pagados y distribuidos por el pequeño ejército de trabajadores voluntarios que se agrupaban alrededor del Llamado. El primer golpe estuvo dirigido contra esas ediciones, y fue un mazazo: por un decreto arbitrario, la administración de Correos decidió que tales ediciones no formaban parte de la circulación ordinaria del diario, y, con ese pretexto, se negó a admitirlas en los trenes correos.

Una semana después el ministro de Correos decidió que el diario mismo era sedicioso y lo radio definitivamente de sus transportes. Era un ataque terrible para la propaganda socialista. El Llamado se encontraba en una situación desesperada; ideó un plan para llegar a sus abogados por las compañías de trenes expresos, pero éstas se negaron a darles una mano. Era el golpe de gracia; pero no era definitivo, sin embargo, pues el Llamado esperaba continuar su empresa de ediciones. Veinte mil ejemplares del libro de papá estaban en la encuadernación y otros tantos en prensa. Sin que nada permitiera preverlo, una noche surgió no se sabe de dónde una banda de canallas; agitando una bandera estadounidense y entonando canciones patrióticas, prendieron fuego a los vastos talleres del Llamado, que fueron destruidos totalmente.

Ahora bien, la pequeña ciudad de Girard, Kansas, era una localidad absolutamente tranquila, en donde nunca había habido conflictos obreros. El Llamado pagaba sus salarios a tarifa de sindicato. De hecho, constituía el esqueleto de la ciudad, pues empleaba cientos de hombres y mujeres. La morralla no estaba compuesta por ciudadanos de Girard. Los amotinados parecían haber salido de debajo de la tierra y vuelto a ella una vez cumplida su misión. Ernesto veía todo este lío bajo las luces más siniestras.

—Los Cien Negros^[70] están en camino de organizarse en los

Estados Unidos —decía—. Esto no es más que el comienzo. Cosas grandes veremos. El Talón de Hierro se envalentona.

De esta manera fue destruido el libro de papá. En los días que siguieron debíamos oír hablar mucho de los Cien Negros. De una a otra semana, otras hojas socialistas fueron privadas de sus medios de transporte y, en varios casos, los Cien Negros destruyeron sus talleres. Naturalmente, los diarios del país sostenían la política de las clases dominantes, y la prensa asesinada fue calumniada y vilipendiada, en tanto que los Cien Negros eran presentados como verdaderos patriotas y salvadores de la sociedad. Estos relatos falsos eran tan convincentes, que ciertos ministros del culto, aun sinceros, hicieron desde el púlpito el elogio de los Cien Negros, deplorando al mismo tiempo la necesidad de la violencia.

La Historia se escribía rápidamente. Aproximábanse las elecciones de otoño, y Ernesto fue proclamado candidato al Congreso por el Partido Socialista. La huelga de los tranviarios de San Francisco había sido rota, lo mismo que otra huelga subsiguiente de carreros. Estas dos derrotas habían sido desastrosas para el trabajo organizado. La Federación del Frente de Mar y sus aliados del Astillero habían apoyado a los carreros y todo el andamiaje así levantado se había derrumbado sin pena ni gloria. La huelga fue sangrienta. A cachiporrazos la policía derribó a un gran número de trabajadores, y la lista de los muertos se hizo más larga a raíz del empleo de una ametralladora.

Por consiguiente, los ánimos estaban sombríos, sedientos de sangre y de revancha. Derrotados en el terreno elegido por ellos mismos, estaban dispuestos a buscar un desquite en el terreno político. Mantenían su organización sindical, lo que les daba fuerzas para la lucha así comprometida. Las probabilidades de Ernesto eran cada vez más serias. Día a día, nuevas Uniones

decidían apoyar a los socialistas, y hasta el mismo Ernesto no pudo menos de sonreír cuando se enteró de la afiliación de los auxiliares de Pompas Fúnebres y de los desplumadores de Aves. Los trabajadores se volvían reacios; mientras se precipitaban con entusiasmo loco en las reuniones socialistas, permanecían impermeables a las tretas de los políticos de los viejos partidos; los oradores de éstos hablaban habitualmente en salas vacías, pero de vez en cuando debían afrontar salas colmadas en donde eran maltratados a tal punto que en más de una ocasión fue menester la intervención de las reservas de la policía.

La Historia se escribía cada vez más aceleradamente. El aire estaba vibrante de acontecimientos. El país entraba en un período de crisis^[71], ocasionado por una serie de años prósperos, durante los cuales se había hecho de día en día más difícil colocar en el extranjero el excedente no consumido. Las industrias trabajaban a horario reducido: muchas grandes fábricas estaban paradas esperando la salida de sus reservas; en todas partes se procedía a la reducción de salarios.

Otra gran huelga acababa de ser destruida. Doscientos mil mecánicos, con su medio millón de aliados de la metalurgia, habían sido vencidos en el conflicto más sangriento que hasta entonces hubiese estallado en los Estados Unidos. A raíz de batallas sostenidas contra los contingentes de rompe huelgas^[72] armados por las asociaciones patronales, los Cien Negros, surgiendo en las localidades más alejadas unas de otras, se entregaban a una intensa destrucción de propiedades; y con ese pretexto, cien mil hombres del ejército regular de los Estados Unidos fueron enviados para acabar por la fuerza. Un gran número de jefes obreristas fueron ejecutados, muchos otros condenados a prisión y millares de huelguistas corrientes

concentrados en campos de pastoreo^[73] y abominablemente tratados por la soldadesca.

Había que pagar ahora los años de prosperidad. Todos los mercados, abarrotados, se desmoronaban, y en la caída general de los precios, el del trabajo caía más vertiginosamente que todos los demás. El país estaba convulsionado por las discordias industriales. Aquí y allí, por todas partes, los obreros se declaraban en huelga; y cuando no se hallaban en huelga, los patronos los echaban a la calle.

Los diarios estaban llenos de relatos de violencia y de sangre. Y en todo eso andaba la mano de los Cien Negros. La asonada, el incendio, la destrucción a tontas y a locas eran su función específica, que ellos cumplían con el corazón alegre. Llamado por los actos de los Cien Negros^[74], todo el ejército regular se había puesto en campaña. Todas las villas y ciudades semejabán campos militares y los trabajadores eran fusilados como perros. Los rompe huelgas se reclutaban en la muchedumbre de desocupados, y cuando llevaban las de perder en sus grescas con los hombres de los sindicatos, siempre aparecían a punto las tropas regulares para aplastar a estos últimos. Estaba, además, la milicia. Hasta entonces no había sido necesario recurrir a la ley secreta sobre la milicia: sólo su parte regularmente organizada entraba en acción, pero operaba en todos lados. Por fin el gobierno aumentó en este período de terror, en cien mil hombres los efectivos del ejército.

Jamás el mundo del trabajo había sufrido un castigo tan severo. Esta vez, los grandes capitanes industriales, los oligarcas, habían arrojado todas sus fuerzas en la brecha abierta por las asociaciones de patronos batalladores, que, en realidad, pertenecían a la clase media. Estimulados por la dureza de los tiempos y el derrumbamiento de los mercados, y sostenidos por

los jefes de la Alta Finanza, infligieron una terrible y decisiva derrota a la organización del trabajo. Esta liga era poderosa, pero era la alianza del león y del cordero, y la clase media no debería tardaren percatarse de ello.

La clase trabajadora daba muestras de una disposición ruda y sanguinaria, pero estaba abatida. Su ruina, sin embargo, no puso fin a la crisis. Los Bancos, que por si mismos constituían una de las importantes fuerzas de la oligarquía, continuaban cobrando sus anticipos. El grupo de Wall Street^[75] transformó el mercado de las existencias en un torbellino en el que todos los valores del país se redujeron casi a cero. Y sobre los desastres y las ruinas se irguió la forma de la Oligarquía naciente, imperturbable, indiferente y segura de sí misma. Esta serenidad y esta seguridad eran una cosa aterradora. Para alcanzar sus fines, empleaba no solamente su propio y vasto poderío, sino también todo el del Tesoro de los Estados Unidos.

Los capitanes de industria se habían vuelto contra la clase intermedia. Las asociaciones de patronos, que los habían ayudado a romper la organización del trabajo, eran a su vez despedazadas por sus antiguos aliados. En medio de este derrumbamiento de los pequeños financieros e industriales, los trusts se mantenían firmemente: mostrábanse sólidos y muy activos. Sembraban vientos sin temor ni intervalo, pues ellos solos sabían cómo recoger las tempestades y sacar de ello provecho. ¡Y qué provechos, qué enormes beneficios! Suficientemente fuertes para hacer frente al huracán que habían contribuido en gran parte a desencadenar, se lanzaban entre sí los unos contra los otros y pillaban las migajas que flotaban a su alrededor.

Los valores eran lamentable e increíblemente empequeñecidos y los trusts ampliaban sus posesiones en

proporciones no menos inverosímiles; sus empresas se extendían a muchísimos campos nuevos, y siempre a expensas de la clase media.

Así, el verano de 1912 vio el virtual asesinato de la pequeña burguesía. Hasta el mismo Ernesto se asombró de la rapidez con que le habían dado el golpe de gracia.

Meneó la cabeza con aire de mal augurio y vio venir sin ilusiones los comicios de otoño.

—Es inútil —decía—; estamos derrotados por anticipado. El Talón de Hierro está ahí. Había puesto mis esperanzas en una victoria pacífica, lograda gracias a las urnas. Seremos despojados de las escasas libertades que nos quedan; el Talón de Hierro pisoteará nuestras caras: ya no cabe esperar otra cosa que una sangrienta revolución de la clase trabajadora. Naturalmente, lograremos la victoria, pero me estremezco al pensar en lo que nos costará.

Desde entonces, Ernesto puso su fe en la bandera de la revolución. En este terreno iba más allá de su partido. Sus camaradas socialistas no podían seguirlo: continuaban creyendo que podían lograr la victoria en las elecciones. No es que hubiesen quedado aturridos por los golpes ya recibidos: no les faltaba ni sangre fría ni coraje. Eran incrédulos; eso era todo. Ernesto no conseguía inspirarles un temor serio al advenimiento de la Oligarquía. Lograba conmoverlos, pero ellos estaban demasiado seguros de su propia fuerza. En su teoría de la evolución social, la Oligarquía no tenía cabida; por consiguiente, la Oligarquía no podía existir.

—Lo mandaremos al Congreso y todo andará sobre rieles —le dijeron en una de nuestras reuniones secretas.

—Y cuando me rapten del Congreso, me pongan contra la

pared y me hagan saltar los sesos —preguntó fríamente Ernesto, ¿qué haréis vosotros?

—Entonces nos levantaremos con todo nuestro poder —respondieron en el acto una docena de voces—. Entonces chapotearéis en vuestra propia sangre —fue la respuesta—. Conozco esta cantilena: se la oí cantar a la clase media; y ahora ¿en dónde se halla ésta con su poderío?

CAPÍTULO XI

LA GRAN AVENTURA

EL señor Wickson no había intentado ver a mi padre. Se encontraron por casualidad en la barca que hace el viaje a San Francisco, de modo, pues, que el aviso que le dio no era premeditado; si el azar no los hubiese reunido, no, habría habido advertencia. Por otra parte, de esto no se desprende necesariamente que el resultado hubiese sido diferente. Papá descendía de la sólida y vieja cepa del Mayflower^[76], y la buena sangre no se desmiente.

—Ernesto tenía razón —me dijo al volver—. Ernesto es un muchacho notable y me gustaría más saberte mujer de él que del rey de Inglaterra o del mismo Rockefeller.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con aprensión.

—Que la Oligarquía va a pisotearnos la cara. Me lo dio a entender claramente Wickson. Me ofreció reponerme en la Universidad. ¿Qué te parece? Wickson, el muy tacaño, tiene poder suficiente para decidir si he de enseñar o no en la Universidad. Pero me ha ofrecido algo más: me propuso hacerme nombrar presidente de un gran colegio de ciencias físicas que están proyectando (de un modo u otro la Oligarquía tiene que desembarazarse de su excedente, ¿no es cierto?), y agregó: «¿Recuerda usted lo que le dije a ese socialista enamorado de su hija? Le dije que pisotearíamos a la clase obrera. Pues bien, lo

haremos. Por lo que toca a usted, siento por usted, como sabio, un profundo respeto, pero si une su destino al de la clase obrera, bueno, entonces cuídese el rostro. Es todo lo que puedo decirle». Luego me volvió la espalda y se marchó.

—Eso quiere decir que tendremos que casarnos antes de lo que usted había proyectado.

Tal fue el comentario de Ernesto cuando le referimos el incidente.

Al principio no pude captar la lógica de este razonamiento, pero no tardaría en comprenderlo. Fue para esta época cuando el dividendo de las Hilanderías de la Sierra fue pagado... o, por lo menos, habría debido serlo, pues papá no recibió el suyo. Después de varios días de espera, escribió al secretario. La respuesta vino inmediatamente, diciendo que ningún asiento en los libros de la Compañía indicaba que papá poseyese fondos allí, y requiriendo informes más explícitos.

—¡Ya le voy a enseñar yo informes explícitos a ese bandolero! —amenazó papá, saliendo fiara el Banco a fin de retirar sus títulos de su caja de seguridad.

—Ernesto es un hombre muy notable —dijo en cuanto llegó, y mientras yo lo ayudaba a quitarse el sobretodo—. Te lo vuelvo a repetir, hija mía, tu joven enamorado es un muchacho muy notable.

Al oírlo hablar así de Ernesto, yo sabía que debía esperar algún desastre.

—Ya me pisotearon la cara. No había títulos: mi caja de seguridad estaba vacía. Ernesto y tú os tendréis que casar cuanto antes.

Siempre fiel al método científico, papá inició la querella y consiguió hacer comparecer a la Compañía ante los tribunales,

pero no consiguió que comparecieran allí sus libros. La Sierra gobernaba a los tribunales y él no: eso explicaba todo. Su demanda fue no sólo denegada, sino que la ley sancionó esta impúdica estafa.

Ahora que todo eso está tan lejos, me dan ganas de reírme al recordar de qué manera papá fue derrotado. Encontró por casualidad a Wickson en una calle de San Francisco y lo trató de grandísimo pillo. Por este hecho lo detuvieron por provocaciones, lo condenaron a una multa ante el tribunal policial y debió comprometerse bajo caución a quedarse tranquilo. Era todo tan ridículo que él mismo no pudo menos de reírse. ¡Pero qué escándalo en la prensa local! En ella se hablaba gravemente del bacilo de la violencia que infestaba a todos los que abrazan el socialismo, y papá era citado como ejemplo patente de la virulencia de ese microbio. Más de un periódico insinuaba que su espíritu estaba debilitado por el cansancio de sus estudios científicos y daba a entender que deberían encerrarlo en un asilo. Y no eran palabras al viento: denunciaban un peligro inminente. Por suerte, papá era bastante sensato como para no advertirlo. La experiencia del obispo Morehouse era una buena lección, y él la había aprendido. No dio un traspié ante ese diluvio de injurias, y creo que su paciencia sorprendió hasta a sus mismos enemigos.

Vino luego el asunto de nuestra casa, la que habitábamos. Nos declararon una hipoteca prescrita y tuvimos que abandonar la posesión de ella. Como es natural, no había tal hipoteca ni nunca la había habido: el terreno había sido completamente pagado y la casa también en cuanto estuvo construida; casa y terreno habían estado siempre libres de toda carga. A pesar de ello, se produjo una hipoteca, redactada y firmada legal y regularmente, con los recibos de los intereses pagados durante cierto número de años.

Papá no protestó: como le robaran su renta, así le robaban su casa sin que hubiera recurso posible. El mecanismo de la sociedad estaba entre las manos de los que se habían juramentado para perderlo. Como en el fondo era un filósofo, ya no se encolerizaba más.

—Estoy condenado a que me rompan —me decía—; pero no hay razón para que no intente ser vapuleado lo menos posible. Mis viejos huesos están frágiles y la lección no ha caído en saco roto. Sabe Dios que no deseo pasar mis últimos días en un asilo de alienados. Esto me recuerda que todavía no he contado la aventura del obispo. Pero antes tengo que hablar de mi casamiento. Como su importancia se amengua ante una serie de acontecimientos semejantes, no diré más que algunas palabras acerca de mi boda.

—Ahora vamos a convertirnos en verdaderos proletarios —dijo papá cuando fuimos arrojados de nuestra casa—. Muchas veces envidié a tu futuro marido su perfecto conocimiento del proletariado. Voy a poder observar y darme cuenta por mí mismo.

Papá debería llevar en sus venas el gusto por la aventura, pues era bajo esa faz que consideraba nuestra catástrofe. Ni la ira ni la amargura hacían presa de él. Era demasiado filósofo y demasiado simple para ser vindicativo, y vivía demasiado en el mundo del espíritu para lamentar las comodidades materiales que dejábamos. Cuando fuimos a San Francisco a establecernos en cuatro miserables cuartos del barrio bajo al sur de Market Street, se embarcó en esta nueva vida con la alegría y el entusiasmo de un niño, armonizados por la visión clara y la amplia comprensión de un cerebro privilegiado. Mi padre estaba al abrigo de toda cristalización mental y de toda falsa apreciación de los valores: las convencionales o las de las costumbres carecían de sentido para

él; no reconocía otras que los hechos matemáticos y científicos. Era un ser excepcional: tenía un espíritu y un alma como sólo los tienen los grandes hombres. En ciertos aspectos era superior aun a Ernesto, el más grande, sin embargo, que yo hubiese encontrado jamás.

Yo misma sentí cierto alivio por este cambio de existencia, aunque no fuese más que por escapar al ostracismo metódico y progresivo a que nos sometía la oligarquía pujante en nuestra ciudad universitaria. A mí también esta nueva vida se me presentó como una aventura, y la más grande de todas, puesto que era una aventura de amor. Nuestra crisis de fortuna había precipitado mi boda, y fue en calidad de esposa que vine a ocupar el pequeño departamento de la calle Pell, en el barrio bajo de San Francisco.

De todo aquello esto subsiste: que lo hice feliz a Ernesto. Entré en su vida borrascosa, no como un elemento de violencia, sino como una potencialidad de paz y de reposo. Le traje la calma: fue mi don de amor para él, y para mí, el signo infalible de que no había errado mi misión. Provocar el olvido de las miserias o la luz de la alegría en esos pobres ojos fatigados... ¿Qué mayor alegría podía serme reservada?

¡Esos queridos ojos cansados! Se prodigó como pocos lo han hecho y toda su vida fue para los demás. Tal fue la medida de su virilidad. Era un humanista, un ser de amor. Con su espíritu batallador, su cuerpo de gladiador y su genio de águila, fue para mí dulce y tierno como un poeta. Y lo era: ponía sus cantos en acción. Hasta el día de su muerte cantó la canción humanó; la cantó por puro amor hacia esa humanidad por la cual dio su vida y fue crucificado.

Y todo eso, sin la menor esperanza de una recompensa futura, pues en su concepción de las cosas no había vida por venir. Él, en

quien resplandecía la inmortalidad, se la negaba a sí mismo: ésa era la paradoja de su naturaleza. Este espíritu ardiente estaba dominado por la helada y sombría filosofía del monismo materialista. Yo trataba de refutarle diciéndole que podía medir su inmortalidad por el tamaño de las alas de su alma y que me serían necesarios siglos sin fin para apreciar exactamente su envergadura.

En tales momentos, Ernesto se reía y sus brazos se lanzaban hacia mí y me llamaba su dulce metafísica; el cansancio se esfumaba de sus ojos y yo veía asomar en ellos ése feliz resplandor de amor que, en sí mismo, era una nueva y suficiente afirmación de su inmortalidad.

Otras veces me llamaba su querida dualista y me explicaba cómo Kant, por medio de la razón pura, había abolido la razón para adorar a Dios. Establecía un paralelo y me acusaba de una actitud semejante. Y cuando, abogando por mi defensa, yo defendía esta manera de pensar como profundamente racional, no hacía otra cosa que apretarme más fuertemente y reír como únicamente podría hacerlo un amante elegido por Dios.

Me negaba a admitir que su originalidad y su genio fuesen explicables por la herencia y el medio, o que los fríos tanteos de la ciencia lograsen jamás aprehender, analizar y clasificar la fugitiva esencia que se esconde en la constitución misma de la vida.

Yo sostenía que el espacio es una apariencia objetiva de Dios y el alma una proyección de su naturaleza subjetiva: Y cuando Ernesto me llamaba su dulce metafísica, yo lo llamaba mi mortal materialista. Y nos queríamos y éramos perfectamente dichosos; le perdonaba su materialismo en mérito de esta inmensa obra realizada en el mundo sin preocuparse por el medio personal y en mérito también de esa excesiva modestia espiritual que le impedía

enorgullecerse y hasta tener conciencia de su alma magnífica.

Sin embargo, él tenía su orgullo. ¿Cómo no habría de tenerlo un águila? Sentirse divino —razonaba Ernesto— sería sin dudó hermoso en un dios; pero ¿no sería todavía más soberbio en un hombre, molécula ínfima y perecedera de la vida? Así se exaltaba a sí mismo proclamando su propia mortalidad. Le gustaba recitar cierto fragmento de un poema que nunca había podido leer completo y cuyo autor nunca había podido conocer. Transcribo este fragmento, no sólo porque a él le gustaba, sino porque es un resumen de la paradoja que había en él y en su concepción de su propia espiritualidad. El hombre capaz de recitar estos versos, estremecido de ardiente entusiasmo, ¿podía, acaso, no ser más que un poco de limo inconsistente, de energía fugitiva y de forma efímera?

*Alegrías y alegrías, bienes y bienes me están destinados por el
hecho de nacer; por eso quiero clamar a plena
el himno elogioso de mis muchos días.*

*Hasta la edad extrema que alcanzan los dioses —aunque tenga
que morir de muerte humana—, he de beber hasta quedar sin
aliento*

*y habré apurado mi copa llena
con el vino de mis dichas, en todos los días y en todos los
lugares.*

*Todo lo habré gustado: la dulzura femenina, y la sal del poder,
y el orgullo y su espuma.*

*De hinojos beberé en la fuente;
pues es buena la emoción de la bebida
y me da deseos de beber la muerte, de beber la vida.*

*Cuando un día me sea arrebatada la vida, pasaré mi copa a las
manos de otro yo.*

*El ser que arrojaste del jardín del Edén jera yo, Señor! Allí
estaba yo, desterrado.*

*Cuando se desplomen los vastos edificios de la tierra y del cielo,
allí estaré, purificado, en un mundo mío de profunda belleza,
en un mundo en que yacen nuestros queridos dolores, desde
nuestros primeros vagidos de niño
hasta nuestras noches de amor y nuestras noches de deseos.*

*Mi sangre generosa y tibia es una ola en la que alienta un
pueblo increado, pero real: siempre anhelante de un mundo,
mi sangre apagará las llamas de tu infierno cruel.*

*¡Soy hombre! Humano soy por mi carne toda y por el fulgor de
mi alma desnuda y orgullosa; lo soy desde mi noche tibia en el
seno materno hasta el retorno fecundo de mi cuerpo en polvo.*

*Este mundo, hueso de nuestros huesos y carne de [nuestra
carne,*

*salta al ritmo con que decimos nuestra canción: por eso, la sed
insaciada del maldito Edén arrasa las raíces profundas de la vida.*

*Cuando en mi copa de miel haya apurado
todos los rayos de su arco iris,
el eterno reposo de una noche sin fin
no alcanzará para agotar mi sueño.*

*El hombre que arrojaste del jardín del Edén jera yo, Señor! Allí
estaba yo, desterrado.*

*Y cuando se desplomen los vastos edificios de la tierra y del
cielo, allí estaré, purificado, en un mundo mío, de forma ideal,*

un mundo en que se hallan nuestros placeres más [queridos, desde nuestras más puras salidas de la aurora boreal hasta nuestras noches de amor y nuestras noches de deseos^[77].

Ernesto trabajó hasta el agotamiento toda su vida. Lo sostenía solamente su robusta constitución, la que, sin embargo, no suprimía la lasitud de su mirada. ¡Sus queridos ojos cansados! No dormía más de cuatro horas y media por noche, y a pesar de eso nunca encontraba tiempo para realizar todo lo que tenía que hacer. En ningún instante interrumpió su obra de propaganda, no obstante el tiempo que le llevaba preparar sus conferencias a las organizaciones obreras. Luego vino la campaña electoral, en la que trabajó todo lo humanamente posible. La supresión de las editoriales socialistas lo privó de sus magros derechos de autor, y pasó bastantes penurias para encontrar de qué vivir; pues, además de todos sus otros trabajos, tenía que ganarse la vida. Hacía muchas traducciones para revistas científicas y filosóficas. Volvía tarde por la noche, ya agotado por sus esfuerzos en la lucha electoral, y se absorbía en ese trabajo que casi no abandonaba hasta la madrugada. Y por sobre todas estas cosas, estaban sus estudios. Los prosiguió hasta su muerte, estudiando prodigiosamente.

A pesar de todo eso, encontraba tiempo para amarme y para hacerme dichosa. Yo me acomodé a ello, fundiendo por completo mi vida en la suya. Aprendí taquigrafía y dactilografía y me convertí en su secretaria. Me decía a menudo que yo había logrado aliviarlo de la mitad de su tarea; volví voluntariamente a los estudios escolares para llegar a entender bien sus trabajos. Nos interesábamos el uno en el otro, trabajábamos de concierto y gozábamos juntos.

Y luego teníamos los instantes de ternura robados al trabajo:

una simple palabra, una rápida caricia, una mirada de amor; esos instantes eran tanto más dulce cuanto más furtivos. Vivíamos sobre cimas en donde el aire es vivo y centelleante, en donde la tarea se realiza para la humanidad, en donde no tiene cabida el sórdido egoísmo. Amábamos al amor, que se engalanaba para nosotros con los más bellos colores. Y el hecho cierto, en definitiva, fue que yo no fracasé en mi misión. Le llevé cierto reposo a este ser que se afanaba tanto por los demás, le di alguna alegría a mi querido mortal de los ojos cansados...

CAPÍTULO XII

EL OBISPO

POCO tiempo después de mi boda tuve la sorpresa de encontrarme con el obispo Morehouse. Pero voy a contar los acontecimientos por su orden. Después de su estallido en la Convención del I. P. H., el venerable y dulce prelado, a instancias de sus amigos, había salido de licencia. De ésta había vuelto más decidido que nunca a predicar el mensaje de la Iglesia. Con gran consternación de los fieles, su primer sermón fue idéntico, punto por punto, al discurso que había pronunciado en la Convención. Con más amplia exposición e inquietantes detalles, repitió que la Iglesia se había apartado de las enseñanzas del Maestro y que el becerro de oro se había levantado en el sitio de Cristo.

De ello resultó que, quieras que no, fue llevado a un sanatorio psiquiátrico, en tanto que los diarios publicaban notas patéticas sobre su crisis mental y sobre la santidad de su carácter. Una vez internado en el sanatorio, lo retuvieron como prisionero. Varias veces intenté verlo, pero siempre me negaron llegar hasta él. Me impresionó trágicamente el destino de este santo varón, absolutamente sano de cuerpo y de espíritu, aplastado bajo la brutal voluntad de la sociedad. Pues el obispo era un ser normal, tanto como lo era puro y noble. Como decía Ernesto, su única debilidad consistía en sus nociones equivocadas sobre biología y sociología, lo cual lo había llevado a no ingeniarse bien para volver

las cosas a su quicio.

Lo que más me aterraba era la impotencia de ese dignatario de la Iglesia. Si insistía en proclamar la verdad tal como la concebía, estaba condenado a internación perpetua. Y eso sin remedio. Ni su fortuna, ni su situación, ni su cultura podían salvarlo. Sus puntos de vista constituían un peligro para la sociedad, y ésta no podía concebir que tan peligrosas conclusiones pudiesen surgir de un cerebro sano.

Así, por lo menos, veía yo la actitud general.

Mas a despecho de su mansedumbre y de su pureza de espíritu, el obispo no carecía de sutileza. Percibió claramente los peligros de la situación. Se vio atrapado por una telaraña y trató de librarse de ella. No pudiendo contar con la ayuda de sus amigos, como la que papá, Ernesto o yo misma le habríamos prestado de buena gana, estaba obligado a llevar la lucha con sus propios recursos. En la forzada soledad del asilo, recobró sus propios recursos. Recuperó la salud. Sus ojos dejaron de ver visiones. Su cerebro se expurgó de la fantástica idea de que el deber de la sociedad era alimentar las ovejas del Maestro.

Ya lo dije: se curó, quedó completamente sano, y los diarios y las gentes de iglesia saludaron alegremente su regreso. Asistí a uno de sus oficios. Su sermón era de la misma especie que los pronunciados por él antes de su acceso visionario. A mí me descorazonó y me chocó. ¿Lo había reducido a la sumisión el castigo infligido? ¿Era entonces un cobarde? ¿Había abjurado por intimidación? ¿O es que la prisión había sido demasiado fuerte y se había dejado aplastar humildemente por el carro de Yaggernat del orden establecido?

Fui a verlo a su magnífica residencia. Lo encontré tristemente cambiado, flaco, con su cara surcada por arrugas que nunca le

había visto. Mi visita le desconcertó a ojos vistas.

Mientras hablaba, se tiraba nerviosamente de las mangas. Sus ojos inquietos se dirigían a todos lados para evitar los míos. Su espíritu parecía preocupado: cortada por extrañas pausas e intempestivos cambios de tema, su conversación carecía de ilación, al punto que se tornaba embarazosa. ¿Era éste el varón firme y tranquilo que antes había yo comparado al Cristo, con sus ojos puros y límpidos, su mirada de frente y exenta de desfallecimientos como su alma? Los hombres lo habían zarandeado y domado: su espíritu era demasiado suave; no había sido bastante fuerte como para hacer frente a la jauría organizada.

Me sentía invadida por una indecible tristeza. Sus explicaciones eran equívocas, y temía tan visiblemente lo que yo pudiera decirle, que me faltó valor para hacerle el menor reproche. Me habló con desapego de su enfermedad; conversamos deshilvanadamente de la iglesia, de las reparaciones del órgano y de las mezquinas obras de caridad. Por fin me vio partir con tal alivio que me hubiera reído si mi corazón no estuviese preñado de lágrimas.

¡Pobre fútil héroe! ¡Ah, si por lo menos yo hubiera sabido! Luchaba como un gigante y yo ni siquiera lo sospechaba. Solo, completamente solo entre sus millones de semejantes, hacía la guerra a su manera. Tironeado entre su horror al manicomio y su fidelidad hacia la verdad y la justicia, se aferraba a éstas desesperadamente; pero estaba tan aislado, que ni siquiera se atrevía a confiarse a mí. Había aprendido bien, demasiado bien, la lección.

Pronto habría de conocer yo la verdad. Un buen día el obispo desapareció. No había prevenido a nadie de su partida. Pasaban las semanas sin que regresase: hubo habladurías y corrió el rumor

de que se había suicidado en un acceso de desarreglo mental. Pero tales rumores se disiparon cuando se supo que había vendido todo cuanto poseía, su residencia en la ciudad, su casa de campo en Menlo Park, sus cuadros y colecciones artísticas y hasta sus queridos libros. Evidentemente, había vendido en secreto todos sus bienes antes de desaparecer.

Ocurrió todo esto justo cuando el infortunio había caído sobre nosotros, de modo que solamente cuando nos vimos instalados en nuestra nueva vivienda tuvimos tiempo para preguntarnos qué habría sido de él. Después, de súbito, todo se aclaró.

Una tarde, al anochecer, cuando todavía reinaba un poco de claridad, había salido de casa para comprar unas cosillas para la cena de Ernesto. En nuestro nuevo medio llamábamos «cena» a la última comida del día.

Justamente cuando abandonaba la carnicería, un hombre cruzaba la puerta del almacén de la esquina. Un extraño sentimiento de familiaridad me llevó a mirarlo mejor. Pero el hombre volvía ya la esquina y caminaba rápidamente. En la caída de sus hombros y en la franja de cabellos plateados que asomaban entre el cuello y el sombrero de alas gachas había un no sé qué que despertaba en mí vagos recuerdos. En lugar de cruzar la calzada, seguí a ese hombre. Apreté el paso, tratando de reprimir las ideas que se formaban a pesar de mí en mi cerebro. No... era imposible. No podía ser él, vestido así, con un «overall» de brin gastado, demasiado largo de perneras y gastado en los fundillos. Me detuve, riéndome de mí y a punto de abandonar esta loca persecución. Pero la familiaridad de esa espalda y de esas mechas de plata me obsesionaba de verdad. Lo alcancé, y cuando me adelantaba lancé una mirada de costado a su cara; luego di bruscamente media vuelta y me encontré, asombrada, cara a cara

con... el obispo.

Él se detuvo bruscamente también y se quedó boquiabierto. Una gran bolsa de papel que llevaba en una mano se le cayó en la acera, reventó y una lluvia de papas rodó a sus pies y a los míos. Me miró con sorpresa y con miedo, después pareció agobiarse; cayeron sus hombros y lanzó un profundo suspiro.

Le tendí la mano. Me la tomó, pero la suya estaba muerta. Carraspeaba nerviosamente, turbado, y veía en su frente formarse gotas de sudor. Se hallaba evidentemente muy alarmado.

—¡Las papas! —murmuró con apagada voz—. Son preciosas.

Las juntamos entre los dos y las volvimos a poner en el bolso rasgado, que tenía ahora con todo cuidado en sus brazos. Traté de hacerle comprender qué dichosa me sentía de volver a verlo y lo invité a venir directamente a casa.

—Papá se alegrará mucho de verlo —le dije—. Vivimos a un paso de aquí.

—Imposible —me respondió—. Tengo que irme. Hasta la vista.

Miró a su alrededor con inquietud, como si temiese ser reconocido, y esbozó un movimiento de partida.

Luego, como me viese dispuesta a continuar a su lado, agregó:

—Deme su dirección y más tarde pasaré a verlos.

—No —respondí con firmeza—. Tiene que venir ahora.

Miró sus papas, que se escapaban de sus brazos, y los paquetitos que llevaba en su otra mano.

—No puedo, sinceramente —dijo—. Perdóneme la descortesía. ¡Si usted supiese!

Creí que iba a ceder a su emoción, pero un segundo después volvía a ser dueño de sí.

—Además, están estas vituallas —continuó—. Es un caso conmovedor, terrible. Es una anciana. Tengo que llevárselas

enseguida. La pobre tiene hambre. Tengo que correr hasta ella. ¿Comprende? Volveré después, se lo prometo.

—Déjeme ir con usted —le ofrecí—. ¿Es lejos?

El obispo lanzó un suspiro y capituló.

—Sólo dos esquinas de aquí. Apresurémonos.

Guiada por el obispo, trabé conocimiento con el barrio en que yo vivía. Nunca hubiese sospechado que contuviera miserias tan lamentables. Mi ignorancia provenía, desde luego, de que yo no me ocupaba de hacer caridad. Estaba convencida de que Ernesto tenía razón cuando comparaba la beneficencia a un cauterio sobre una pierna de palo y la miseria a una úlcera que había que extirpar, en lugar de pegarle un emplasto. Su remedio era simple: entregar al obrero el producto de su trabajo y dar una pensión a los que han envejecido honradamente trabajando, y se acababan las limosnas. Persuadida de la exactitud de este razonamiento, trabajaba con él en la revolución y no desperdiciaba mis energías en aliviar miserias sociales que renacen constantemente de la injusticia del sistema.

Seguí al obispo a un cuartito interior, de unos doce pies de largo por diez de ancho. Encontramos en él a una viejecita alemana, de sesenta y cuatro años, según me informó el obispo. Quedóse sorprendida al verme, pero hizo una señal de cordial bienvenida, sin dejar de coser un pan. Talón que sostenía en sus rodillas. En el suelo, a su lado, había una pila de pantalones iguales. El obispo descubrió que no había leña ni carbón, y salió a buscarlos.

Recogí un pantalón y examiné el trabajo. Seis céntimos, señora dijo ella sacudiendo suavemente la cabeza, mientras continuaba cosiendo. Cosía con lentitud, pero sin detenerse un segundo. Su consigna parecía ser: «coser, seguir cosiendo y coser siempre».

—¿Es todo lo que pagan por este trabajo? —pregunté con asombro—. ¿Cuánto tiempo le lleva?

—Sí, es todo lo que dan —me contestó—. Seis céntimos por pieza para terminarlo, y cada pantalón representa dos horas de trabajo... Pero el patrón no lo sabe agregó vivamente como temerosa de acarrearle disgusto. Yo no soy muy ligera. Tengo reumatismo en las manos. Las muchachas son mucho más hábiles que yo: echan la mitad del tiempo que yo. El capataz es un buen tipo. Me deja traer el trabajo a casa, ahora que estoy vieja y que me aturde el ruido de la máquina. Si no fuese tan bueno, me moriría de hambre...

Sí, las que trabajan en el taller reciben ocho céntimos. Pero ¿qué quiere usted? No hay bastante trabajo para las jóvenes, y no se van a poner a buscar a las viejas. A veces no tengo más que un solo pantalón para terminar; pero otras, como hoy tengo ocho para entregar antes de la noche.

Le pregunté cuántas horas trabajaba, y me respondió que eso dependía de la estación.

—En verano, cuando los pedidos aumentan, trabajo desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche. Pero en invierno hace demasiado frío: no consigo desentumecer mis manos. Entonces tengo que trabajar hasta más tarde, a veces hasta la medianoche. Sí la estación de verano fue mala. Los tiempos son duros. El buen Dios debe estar enojado. Éste es el primer trabajo que el patrón me ha dado en toda la semana... Es cierto que una no puede comer mucho cuando falta el trabajo. Pero ya estoy acostumbrada a eso. Toda mi vida me la he pasado cosiendo, en mi patria antes luego aquí, en San Francisco, desde hace treinta y cinco años...

Cuando una saca para el alquiler, todo va bien. El propietario

es muy bueno pero quiere que le paguen. Es justo, ¿verdad? No me cobra más que tres dólares por esta pieza. No es cara. Sin embargo, a veces una pasa angustias para juntar esos tres dólares todos los meses.

Dejó de hablar, sin dejar de coser meneando la cabeza.

—Con lo que usted gana tendrá que tener un cuidado tremendo con sus gastos.

Hizo un signo de aprobación.

—Una vez pagado el alquiler, la cosa no va mal. Naturalmente, no puede comprarse carne ni leche para el café. Pero una hace siempre una comida por día, y a veces dos.

La vieja había pronunciado estas últimas palabras con cierto orgullo, con un vago sentimiento de éxito. Pero, mientras continuaba cosiendo en silencio, vi que sus buenos ojos se cargaban de tristeza y que las comisuras de sus labios se pronunciaban aún más. Su mirada se había vuelto lejana. Se restregó la nube que le impedía coser.

—No —explicó—, no es el hambre lo que a una le destroza el corazón. Una se acostumbra. Es por mi criatura que lloro. Fue la máquina la que la mató. Es cierto que trabajaba mucho, pero no alcanzo a comprender. Era una muchacha fuerte. Joven: no tenía más que cuarenta años, y no hacía más que treinta que trabajaba. Había comenzado joven, es cierto, pero mi marido había muerto. La caldera de su fábrica estalló. ¿Y qué podíamos hacer nosotras? Ella tenía diez años, pero era fuerte para su edad. Fue la máquina de coser la que la mató. Sí, ella me la mató. Era la que trabajaba más ligero en todo el taller. Muchas veces he pensado en eso, y lo sé. Es por eso que no puedo ir más al taller. La máquina de coser me da vueltas en la cabeza, y la oigo decir siempre: «¡Yo la maté, yo la maté!». Eso es lo que canta todo el santo día. Entonces

pienso en mi hija y soy incapaz de trabajar.

Sus ojos envejecidos se habían velado de nuevo y tuvo que enjugarlos antes de proseguir con su costura.

Oí al obispo tropezar en la escalera y abrí la puerta. ¡En qué estado apareció! Traía a la espalda un saco de carbón, coronado con astillas. Su rostro estaba cubierto de polvo, y el sudor provocado por su esfuerzo trazaba en él arroyos. Dejó caer su carga en un rincón, cerca de la estufa, y se secó la cara con un grosero pañuelo de fibras.

Apenas podía dar crédito a mis sentidos. ¡El obispo negro como un carbonero, con una camisa barata de algodón a la que le faltaba el primer botón, y un traje enterizo como el que llevan los mozos de cordel! Lo más incongruente que había en su indumentaria era ese traje enterizo, esos pantalones gastados en los fundillos y ajustados a las caderas por un angosto cinturón de cuero.

Sin embargo, si el obispo tenía calor, las manos hinchadas de la pobre vieja estaban ya entumecidas de frío. Antes de abandonarla, el obispo encendió el fuego, en tanto que yo pelaba unas papas y las ponía a hervir. Con el tiempo debía enterarme que había muchos casos semejantes al suyo, y muchos peores, escondidos en las horribles profundidades de los cuartos del barrio.

Cuando regresamos a casa encontré a Ernesto alarmado por mi ausencia. Cuando se hubo apaciguado la primera sorpresa del encuentro, el obispo se dejó caer en la silla, estiró sus piernas enfundadas en brin azul y lanzó positivamente un suspiro de bienestar. Nos dijo que éramos los primeros amigos suyos que había vuelto a ver desde su desaparición; y durante estas últimas semanas la soledad le pesaba terriblemente. Nos contó una

multitud de cosas, pero expresó, sobre todo, la alegría que experimentaba al cumplir con los mandamientos de su Divino Maestro.

Pues ahora —dijo— alimento de verdad a mis ovejas. Uno no puede cuidarse el alma mientras el cuerpo no está satisfecho. A las ovejas hay que alimentarlas con pan y mantequilla, con papas y con carne; solamente después de eso sus espíritus están en condiciones de recibir un alimento más refinado.

Comió con alegría la comida que yo había preparado. Nunca había dado muestras de semejante apetito en nuestra casa. Hablamos de los tiempos idos, y nos declaró que en su vida había estado tan sano como en la hora actual.

Ahora siempre ando a pie —dijo—, y enrojeció al recuerdo de los días en que andaba en carruaje, como si eso fuera pecado muy difícil de hacerse perdonar. Mi salud es cada día mejor —agregó con presteza—. Y me siento verdaderamente muy feliz, completamente feliz. Ahora, por fin, tengo conciencia de ser uno de los ungidos del Señor.

Su cara, sin embargo, conservaba una huella permanente de tristeza, porque ahora se encargaba del dolor del mundo. Veía la vida bajo una luz violenta, muy distinta a la que había entrevisto en los libros de su biblioteca.

—Y usted, joven, es el responsable de todo esto —dijo, dirigiéndose a Ernesto.

Éste pareció turbado e incómodo.

—Yo... yo se lo había advertido —balbuceó.

—No, usted no cae —respondió el obispo—. No le dirijo un reproche, sino un agradecimiento. Le debo las gracias por haberme señalado el camino. De las teorías sobre la vida, usted me trajo a la vida misma. Usted apartó los velos y arrancó las

máscaras. Usted trajo resplandores en mi noche, y ahora yo también veo la luz del día. Y me encuentro muy feliz, salvo... — vaciló dolorosamente— y una viva aprensión ensombreció su mirada salvo esta persecución. No hago mal a nadie. ¿Por qué, entonces, no me dejan tranquilo? Pero no es eso solo, es la naturaleza de esta persecución. Me daría lo mismo ser desollado a latigazos, quemado en la hoguera o crucificado con la cabeza para abajo. Pero el manicomio me espanta. Imaginaos ¡una casa de alienados! Es escandaloso. En el sanatorio he visto algunos casos de locos furiosos. Se me hiel la sangre nada más que de pensarlo. ¡Quedar prisionero por el resto de mis días entre alaridos y escenas de violencia! ¡No, no! ¡Cualquier cosa menos eso! ¡Es demasiado!

Daba lástima. Sus manos temblaban; todo su cuerpo se estremecía y se contraía ante la visión evocada. Pero en un momento recobró su calma.

—Perdonadme —dijo simplemente—. Son mis desdichados nervios. Y si es allí adonde debe llevarme el servicio del Maestro, que se haga su voluntad. ¿Quién soy para quejarme?

Yo estaba a punto de gritar al contemplarlo: ¡Oh grande y buen pastor! ¡Héroe! ¡Héroe de Dios!

En el transcurso de la velada nos dio nuevos informes sobre sus hechos y hazañas.

—Vendí mi casa, o mejor, mis casas y todas mis posesiones. Sabía que tenía que hacerlo en secreto porque si no se habrían incautado de todo. Hubiese sido terrible. Frecuentemente me maravillo de la inmensa cantidad de papas, de pan, de carne, de carbón que se puede comprar con doscientos o trescientos mil dólares —se volvió hacia Ernesto—. Usted tiene razón, joven: el trabajo está pagado terriblemente por debajo de su valor. Yo

nunca había realizado la menor tarea en mi vida, como no fuese la de dirigir exhortaciones estéticas a los fariseos. Creía predicarles el mensaje, y eso me valía medio millón de dólares. No sabía lo que significaba esta suma hasta no haber visto cuántas vituallas pueden comprarse con ella. Y entonces comprendí algo más. Comprendí que todas esas provisiones me pertenecían y que yo no había hecho nada para producirlas: Desde entonces vi claramente que otros habían trabajado para producirlas y que se las habían arrebatado. Y cuando descendí entre los pobres, descubrí a los que habían sido robados, a los que estaban hambrientos y miserables a raíz de ese robo.

Lo volvimos a su historia.

—¿El dinero? Lo deposité en muchos Bancos distintos y bajo diferentes nombres. No me lo podrán quitar nunca, pues nunca lo descubrirán. ¡Y es tan lindo el dinero! ¡Sirve para comprar tantos alimentos! Antes ignoraba completamente para qué servía el dinero.

—Me gustaría tener un poco para la propaganda —dijo Ernesto con aire preocupado—. Eso haría un bien inmenso.

—¿Lo cree? —preguntó el obispo—. No le tengo mucha fe a la política Me temo que no comprendo nada.

En esta materia Ernesto era muy delicado. No reiteró la sugestión, aunque él tenía plena conciencia de la difícil situación en que se debatía el Partido Socialista como consecuencia de la falta de fondos.

Vivo en posadas baratas continuó el obispo, pero tengo miedo y no me quedo mucho tiempo en el mismo sitio. He alquilado también dos cuartos en casas obreras en distintos barrios de la ciudad. Ya sé que es una tremenda extravagancia, pero es necesaria. La compenso cocinándome yo mismo, pero a veces

encuentro de comer muy barato en los cafés populares. Y he hecho un descubrimiento: que los tamales^[78] son excelentes cuando refresca por la noche. Sólo que cuestan caro; he descubierto una casa en donde dan tres por cincuenta céntimos; no son tan buenos como en otros lados, pero calientan.

Y he aquí cómo por fin encontré mi misión en este mundo, gracias a usted joven. Esta misión es la de mi Divino Maestro —me miró con ojos brillantes—. Usted me sorprendió alimentando a sus ovejas. Y, naturalmente, me guardaréis los dos el secreto.

Lo decía con tono despreocupado, pero detrás de sus palabras se adivinaba un temor real. Prometió volver a vernos.

¡Ay! A la semana siguiente los diarios nos informaron del triste caso del obispo Morehouse, que acababa de ser internado en el asilo de Napa, aunque su estado permitía todavía algunas esperanzas. Fue en vano que intentásemos verlo, que hiciésemos gestiones para que lo sometieran a un nuevo examen o que su caso fuese objeto de una nueva investigación. No pudimos enterarnos de nada con respecto a él, fuera de las reiteradas declaraciones de que no había que desesperar completamente de su cura.

—Cristo había ordenado al joven rico que vendiese cuanto poseía —dijo Ernesto amargamente—. El obispo obedeció al mandato... y ha sido encerrado en una casa de orates. Los tiempos han cambiado desde la época de Cristo. Hoy el rico que da todo al pobre es un insensato. No hay nada que discutir sobre eso. Es el veredicto de la sociedad.

CAPÍTULO XIII

LA HUELGA GENERAL

ERNESTO fue elegido a fines de 1912. Era infalible, como consecuencia de la enorme derivación hacia el socialismo que acababa de ocasionar en gran parte la supresión de Hearst^[79]. La eliminación de este coloso de pies de barro no fue más que un juego de niños para la plutocracia. Hearst gastaba anualmente dieciocho millones de dólares para sostener sus numerosos diarios, pero esta suma la reembolsaba, y con creces, bajo forma de anuncios de la clase media. Toda su fuerza financiera se nutría en esta fuente única, pues los trusts no tenían para qué hacer reclame^[80]. Para demoler a Hearst les bastaba, pues, con quitarle su publicidad.

Todavía no estaba totalmente exterminada la clase media: conservaba un esqueleto macizo pero inerte. Los pequeños industriales y los hombres de negocios, privados de poder y desprovistos de alma económica o política, se hallaban a merced de las plutocracias. En cuanto la alta finanza les dio la orden, retiraron su publicidad a la prensa de Hearst.

Éste se debatió valientemente. Hizo aparecer sus diarios con pérdida, cubriendo de su bolsillo un déficit mensual de millón y medio de dólares. Continuó publicando avisos que ya no le pagaban. Entonces, ante una nueva palabra de orden de la plutocracia, su mezquina clientela lo acribilló a advertencias,

ordenándole que acabase con su publicidad gratuita. Hearst se encaprichó. Le notificaron diversas intimaciones, y como persistiese en su actitud negativa, fue castigado con seis meses de prisión por ofensa a la Corte, al mismo tiempo que era llevado a la quiebra por un diluvio de acciones por daños y perjuicios. No tenía la menor posibilidad de librarse del asedio: la alta banca lo había condenado y tenía en sus manos a los tribunales para hacer ejecutar la sentencia. Con él se desmoronó el Partido Demócrata que había acaparado hacía poco.

Esta doble ejecución no dejaba a sus simpatizantes más que dos caminos: uno desembocaba en el Partido Socialista, el otro en el Partido Republicano: De esta manera recogimos los frutos de la pretendida propaganda socialista de Hearst, pues la gran mayoría de los fieles vinieron a engrosar nuestras filas.

La expropiación de los granjeros, que se produjo hacia esta época, nos habría procurado un importante refuerzo de no haber sido por la breve y fútil aparición del Partido de las Granjas. Ernesto y los jefes socialistas hicieron desesperados esfuerzos para llegar a un acuerdo con los granjeros; pero la destrucción de los diarios y editoriales socialistas significaba para ellos una barrera formidable, pues la propaganda de boca en boca no estaba entonces suficientemente organizada. Sucedió así que políticos del estilo del señor Calvin, que desde hacía mucho tiempo no eran más que granjeros expropiados, se acapararon a los campesinos y dilapidaron su fuerza política en una campaña absolutamente vana.

—¡Pobres granjeros! —exclamaba Ernesto con risa sardónica—. Están agarrados por los trusts a la entrada y a la salida.

Esta frase pintaba exactamente la situación. Los siete consorcios, obrando de acuerdo, habían fusionado sus enormes

excedentes y constituido un cartel de las granjas. Los ferrocarriles, que gobernaban las tarifas de transporte, y los banqueros, y especuladores de Bolsa, que gobernaban los precios, habían sangrado a los granjeros desde hacía mucho tiempo y llevado a endeudarse hasta el cuello. Por otra parte, banqueros y trusts habían prestado fuertes sumas a los campesinos y los tenían en sus redes: sólo faltaba izarlos a bordo, y allí se precipitó la absorción de las granjas.

La crisis de 1912 había producido ya un espantoso tembladeral en el que se hundía el mercado de los productos agrícolas. Deliberadamente quedaron reducidos a precios de bancarrota, en tanto que los ferrocarriles, mediante fletes prohibitivos, le rompían el espinazo al camello del campesino. Así se obligaba a los granjeros a tomar de prestado cada vez más, mientras se les impedía reembolsar sus viejos créditos. Sobrevino entonces una prescripción general de hipotecas y una recaudación obligatoria de las obligaciones suscritas. A los granjeros se los obligó simplemente a abandonar sus tierras a los trusts, después de lo cual fueron reducidos a trabajar por cuenta de éstos en calidad de gerentes, mayordomos, capataces o simples peones, empleados todos a sueldo. En una palabra, se convirtieron en villanos, en siervos, atados al suelo por un salario de simple subsistencia. No podían abandonar a sus amos, que pertenecían todos a la plutocracia, ni ir a establecerse en las ciudades, en donde ella era igualmente soberana. Si abandonaban la tierra, no tenían otra alternativa que hacerse vagabundos, es decir, morir de hambre. Y aun este expediente les fue prohibido por leyes draconianas dictadas contra la vagancia y aplicadas con todo rigor.

Como es natural, hubo aquí y allí algunos granjeros y hasta comunidades enteras que se libraron de la expropiación por

causas excepcionales. Pero eran, después de todo, casos aislados que no había que tener en cuenta y que, a partir del año siguiente, fueron incorporados a la masa de una u otra manera^[81].

Esto explica el estado de espíritu de la plana mayor del socialismo en el otoño de 1912. Con excepción de Ernesto, todos estaban convencidos de que el régimen capitalista llegaba a su fin. La intensidad de la crisis y la muchedumbre de gente sin empleo, la desaparición de los granjeros y de la clase media y la derrota decisiva infligida en toda la línea: a los sindicatos, justificaban ampliamente su creencia en la ruina inminente de la plutocracia y su actitud de desafío hacia ella.

¡Ay, qué mal estimábamos la fuerza de nuestros enemigos! En todas partes, después de una exposición exacta de la situación, los socialistas proclamaban su próxima victoria en las urnas. La plutocracia recogió el guante, y fue ella la que, vistas y examinadas todas las cosas, nos infligió una derrota al dividir nuestras fuerzas. Fue ella la que, por medio de sus agentes secretos, desparramó por todas partes la noticia de que el socialismo era una doctrina sacrílega y atea: sacando de quicio a diversos cleros, y especialmente a la Iglesia católica, nos restó los votos de cierto número de trabajadores. Fue la plutocracia, siempre por intermedio de sus agentes secretos, la que, alentó al Partido de las Granjas y los propagó hasta en las ciudades y en las filas de la clase media que naufragaba.

No obstante, se produjo la desviación hacia el socialismo. Pero en lugar del triunfo que nos habría dado puestos oficiales y mayorías en todos los cuerpos legislativos, sólo obtuvimos una minoría. Cincuenta candidatos nuestros fueron llevados al Congreso, pero cuando estuvieron en posesión de sus asientos, en la primavera de 1913, se encontraron sin ninguna especie de

poder. Con todo, fueron más afortunados que los granjeros, que habían conquistado una docena de gobiernos estatales, pero a los cuales ni siquiera les permitieron tomar posesión de sus funciones: los titulares en esos cargos se negaron a cederles el mando, y las Cortes estaban en manos de la Oligarquía. Mas no debo anticiparme a los hechos y tengo que relatar las revueltas del invierno de 1912.

La crisis nacional había provocado una enorme reducción en el consumo. Sin empleo, sin dinero, los trabajadores no efectuaban compras. Constantemente, la plutocracia se encontraba más que nunca atiborrada de mercaderías; estaba obligada a desembarazarse de ellas en el extranjero, y tenía necesidad de fondos para realizar sus planes gigantescos. Sus ahincados esfuerzos para disponer de ese excedente en el mercado mundial la colocaron en situación de competencia de intereses con Alemania. Los conflictos económicos degeneraban habitualmente en conflictos armados, y éste de ahora no fue una excepción a la regla. El gran Señor de la Guerra alemán estuvo listo; y los Estados Unidos por su parte, se prepararon.

Esta amenaza bélica estaba en el aire como una nube sombría toda la escena dispuesta para la catástrofe mundial, pues el mundo entero era teatro de crisis, de conflictos obreristas, de rivalidades de intereses; en todas partes aparecía la clase media, en todas, partes desfilaban ejércitos, en todas partes rugían rumores de revolución social^[82].

La Oligarquía quería la guerra con Alemania por una docena de razones. Tendría mucho que ganar de la prestidigitación de acontecimientos que suscitaría una refriega semejante, de este barajar de cartas internacionales y de la conclusión de nuevos tratados y alianzas. Además, el período de hostilidades debía

consumir un volumen de excedentes nacionales, reducir los ejércitos de parados que amenazaban en todos los países y dar a la Oligarquía tiempo para respirar, para madurar sus planes y realizarlos. Un conflicto de esta naturaleza la pondría virtualmente en posesión de un mercado mundial y le proporcionaría un vasto ejército permanente, que ya no sería necesario licenciar en adelante. Finalmente, en el espíritu del pueblo la divisa «América contra Alemania» reemplazaría la de «Socialismo contra Oligarquía».

Y, en verdad, la guerra habría producido todos esos resultados si no hubiera habido socialistas. Se convocó a una reunión secreta de dirigentes del Oeste en nuestras cuatro pequeñas habitaciones de Pell Street. Se consideró primeramente cuál debía ser la actitud que debería tomar el Partido. No era la primera vez que pisoteaba una mecha belicosa^[83], pero era la primera vez que lo hacíamos en los Estados Unidos. Después de nuestra reunión secreta, nos pusimos en contacto con la organización nacional, y pronto nuestros cablegramas cifrados iban y venían a través del Atlántico, entre nosotros y la Oficina Internacional.

Los socialistas alemanes estaban dispuestos a obrar de acuerdo con nosotros. Eran más de cinco millones, de los cuales muchos pertenecían al ejército permanente y estaban en términos amistosos con los sindicatos. Los socialistas de ambos países lanzaron una audaz protesta contra la guerra y una amenaza de huelga general y, al mismo tiempo, se preparaban para esta última eventualidad. Por otra parte, los partidos revolucionarios de todos los países proclamaban muy alto el principio socialista de que la paz internacional debía ser mantenida por cualquier medio, así fuese al precio de rebeliones locales y revoluciones nacionales.

La huelga general fue la grande y única victoria de nosotros los

norteamericanos. El 4 de diciembre nuestro embajador fue llamado de Berlín. Esa misma noche una flota alemana atacó a Honolulu, hundió tres cruceros norteamericanos y un guardacostas y bombardeó la capital. Al día siguiente se declaraba la guerra entre Alemania y los Estados Unidos, y a menos de una hora después los socialistas habían declarado la huelga general en los dos países.

Por primera vez el Señor de la Guerra, alemán afrontó a los hombres de su nación, a los que hacían andar su imperio y sin los cuales él mismo no podía hacerlo marchar. Lo nuevo de la situación residía en la pasividad de su rebelión. No peleaban, no hacían nada, y su inercia ataba las manos de su Káiser. Ni buscado habría podido tener un pretexto mejor para soltar sus perros de guerra contra el proletariado rebelde; pero le negaron esta ocasión: no pudo ni movilizar su ejército para la guerra extranjera ni desencadenar la guerra civil para castigar a sus súbditos recalcitrantes. Ningún engranaje funcionaba ya en su imperio: ningún tren andaba, ningún mensaje corría por los hilos, pues telegrafistas y ferroviarios habían abandonado su trabajo como todo el resto de la población.

En los Estados Unidos las cosas se sucedieron como en Alemania. Al fin había entendido su lección el trabajo organizado. Vencidos definitivamente en el terreno elegido por ellos mismos, los obreros abandonaron el trabajo y pasaron al terreno político de los socialistas; porque la huelga general era una huelga política. Pero los obreros habían sido tan cruelmente tratados, que en adelante ya no les importaba la etiqueta. De puro desesperados se plegaron a la huelga; arrojaron sus herramientas y abandonaron el trabajo por millones. Los mecánicos se distinguieron particularmente. Sus cabezas estaban todavía ensangrentadas y su

organización, aparentemente destruida y, sin embargo, marcharon en bloque, con sus aliados de la metalurgia.

Hasta los simples peones y todos los trabajadores libres Interrumpieron sus tareas. Todo estaba combinado en la huelga general de manera que nadie pudiese trabajar. Las mujeres, por su parte, se mostraron como las más activas propagandistas del movimiento: formaron un frente contra la guerra. No querían dejar partir sus hombres para la matanza. Muy pronto la idea de la huelga general hizo presa en el alma popular y despertó en ella la vena humorística: a partir de entonces se propagó con una contagiosa rapidez. Los niños se declararon en huelga en todas las escuelas y los profesores que habían venido a dictar sus clases encontraron las aulas desiertas. El paro universal tomó el aspecto de un gran «picnic» nacional. La idea de solidaridad del trabajo, puesta de relieve en esta forma, hirió la imaginación de todos. En definitiva, no se corría ningún peligro en esta colosal aventura. ¿A quién podrían castigar cuando todos eran culpables?

Los Estados Unidos estaban paralizados. Nadie sabía lo que ocurría fuera. No había más diarios, ni cartas, ni telegramas. Cada comunidad se hallaba tan completamente aislada como si millones de leguas desiertas la separasen del resto del mundo. Prácticamente, el mundo había dejado de existir, y permaneció una semana en esta extraña suspensión.

En San Francisco ignorábamos lo que ocurría al otro lado de la bahía, en Oakland o en Berkeley. El efecto que producía en las naturalezas sensibles era fantástico, opresivo. Parecía que algo grande había muerto, que una fuerza cósmica acababa de desaparecer; el pulso del país había cesado de latir, la nación yacía inanimada. Ya no se escuchaba más el rodar de los tranvías y de los camiones en las calles, ni los silbatos de las fábricas, ni los

murmullos eléctricos en el aire, ni los gritos de los vendedores de diarios: nada más que pasos furtivos de gentes aisladas que, por momentos, se deslizaban como fantasmas y cuyo mismo andar el silencio tornaba indeciso e irreal.

Pues bien, durante esta gran semana silenciosa, la Oligarquía aprendió su lección y la aprendió bien. La huelga era una advertencia. Jamás debería volver a producirse. La Oligarquía se encargaría de ello.

Tal como se había convenido de antemano, los telegrafistas de Alemania y de los Estados Unidos volvieron a sus puestos. Valiéndose de sus intermediarios, los jefes socialistas presentaron su ultimátum a los dirigentes: o la guerra se declaraba nula y no ocurrida o la huelga continuaría. No se tardó mucho en llegar a un arreglo. La declaración de guerra fue revocada y la población de ambos países volvió al trabajo.

Este restablecimiento del estado de paz determinó la firma de una alianza entre Alemania y los Estados Unidos. En realidad, este último tratado fue concluido entre el emperador y la Oligarquía con vistas a mantener a raya a su enemigo común, el proletariado revolucionario de los dos países. Fue esta alianza la que la Oligarquía rompió tan traidoramente más adelante, cuando los socialistas alemanes se levantaron para arrojar a su emperador del trono. Pues bien, precisamente el fin que se había propuesto la Oligarquía al hacer este papel era destruir a su gran rival en el mercado mundial. Una vez que el emperador fue dejado de lado, Alemania no tendría ya excedente que vender en el extranjero. Por la naturaleza misma de un Estado socialista, la población alemana consumiría toda lo que fabricase. Naturalmente, cambiaría en el extranjero algunos productos cuyos con otras nao no fabricase; pero esta reserva no tenía ninguna relación con los

excedentes no consumidos.

—Apuesto a que la Oligarquía encontrará una justificación —dijo Ernesto al enterarse de su traición hacia el emperador de Alemania—. Como de costumbre, se convencerá de que procedió honradamente.

Y así ocurrió. La Oligarquía sostuvo que había obrado en el interés del pueblo norteamericano al arriar del mercado mundial a un rival aborrecido para permitirnos disponer en él de nuestro excedente nacional.

Y el colmo del absurdo decía a propósito de esto Ernesto, es que nos vemos reducidos a tal impotencia que esos idiotas toman en sus manos nuestros intereses. Nos han colocado en el trance de vender más en el extranjero, lo que viene a ser lo mismo que decir que estaremos obligados a consumir menos en casa.

CAPÍTULO XIV

EL COMIENZO DEL FIN

EN el mes de enero de 1913 Ernesto se daba perfecta cuenta del giro que tomaban las cosas; pero le fue imposible hacer compartir a los demás jefes socialistas su propio punto de vista sobre el advenimiento inminente del Talón de Hierro. Eran demasiado confiados y no veían que los acontecimientos se precipitaban demasiado rápidamente hacia el paroxismo. Había sonado la hora de la crisis universal. Dueña virtual del mercado mundial, la Oligarquía norteamericana cerraba las puertas de aquél a una veintena de países abarrotados de un excedente de mercaderías que y no podían consumir ni vender: no les quedaba otra alternativa que una radical reorganización. Habiéndose tornado impracticable para ellas el método de producción excesiva, el sistema capitalista estaba, con respecto a ellas, irremediablemente roto.

La reorganización de esos países adquirió forma revolucionaria. Fue una época de confusión y de violencia. Instituciones y gobiernos crujían en todas partes. Doquiera, salvo en dos o tres países, los otrora amos, los capitalistas, lucharon encarnizadamente para conservar sus bienes, pero el proletariado militante les quitó el gobierno. Se cumplía al fin la clásica profecía de Karl Marx: «He aquí que las campanas tocan a muerto para la propiedad privada capitalista, y los expropiadores son a su vez

expropiados». No bien los gobiernos capitalistas se desplomaban, ya surgían en su lugar repúblicas cooperativas.

—«¿Por qué quedan rezagados los Estados Unidos?».

—«¡Despertad, revolucionarios americanos!». «¿Qué es lo que ocurre en América?». Tales eran los mensajes que nos enviaban los camaradas victoriosos de los otros países. Mas nosotros no podíamos seguir este movimiento. La Oligarquía, con su maza monstruosa, nos cerraba el paso.

—Esperad que entremos en funciones en primavera —respondíamos—. ¡Entonces veréis!

Nuestra respuesta encerraba un secreto. Habíamos terminado por ganar a las Granjas para nuestra causa, y contábamos con que para la primavera una docena de Estados caerían en sus manos en virtud de las elecciones del otoño anterior. Inmediatamente después, esos Estados debían erigirse en repúblicas cooperativas. Lo demás sería sencillo.

—Pero ¿y si a los granjeros les impiden tomar posesión de sus cargos? —preguntaba Ernesto.

Y sus camaradas lo llamaban profeta de la desgracia.

Ahora bien, esta imposibilidad de entrar en funciones no era el mayor de los peligros que embargaban su espíritu. Lo que sobre todo preveía y temía era la defección de ciertos grandes sindicatos obreros y el establecimiento de nuevas castas.

—Ghent señaló a los oligarcas la manera de componérselas —decía—. Me jugaría cualquier cosa a que hicieron de su «Feudalismo Benévolo» su libro de cabecera^[84].

Nunca olvidaré la velada en que, después de una acalorada discusión con una media docena de jefes obreristas, Ernesto se volvió hacia mí y me dijo tranquilamente: —¡Todo está consumado! El Talón de Hierro ganó la partida. Ya se ve el fin.

Esta pequeña conferencia, celebrada en casa, no tenía carácter oficial; pero Ernesto, de común acuerdo con sus demás camaradas, trataba de obtener de los dirigentes obreros la seguridad de que harían salir a sus hombres en la próxima huelga general. De los seis jefes presentes, O'Connor, presidente de la Asociación de Mecánicos, se había mostrado el más terco en negar esta promesa.

—Usted sabe, sin embargo, qué tunda formidable le costó su viejo método de huelga y de boicot —decía Ernesto.

O'Connor y los otros meneaban la cabeza.

—Y sabe usted también lo que podía hacerse con una huelga general —continuaba Ernesto—. Hemos parado la guerra con Alemania. Nunca se había visto una manifestación tan hermosa de la solidaridad y del poderío del trabajo. El trabajo puede y debe regir al mundo. Si continuáis estando de nuestra parte, pondremos fin al reinado del capitalismo. Es vuestra única esperanza; y, lo que es más, bien lo sabéis, no hay otra salida. Todo lo que podáis hacer con vuestra vieja táctica está condenado a la derrota, aunque más no sea que por la simple razón de que los tribunales están regidos por vuestros amos^[85].

—Usted se exalta demasiado pronto —respondió O'Connor—. Usted no conoce todas las salidas. Hay otra.

Nosotros sabemos lo que hacemos. Ya estamos hartos de huelgas. Así fue cómo nos molieron a palos. Yo no creo que tengamos necesidad nunca de hacer salir a nuestros hombres.

—¿De qué manera, entonces, pensáis salir del apuro? —preguntó Ernesto bruscamente.

O'Connor se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Todo lo que puedo decirle es esto: que no nos hemos dormido, y que ahora no somos soñadores.

—Espero que no se trate de nada de que tengamos que temer o que avergonzarnos —dijo Ernesto con gesto desafiante.

—Supongo que conocemos nuestro asunto mejor que nadie —fue la respuesta.

—Debe ser un asunto que teme a la luz, a juzgar por sus tapujos —le espetó Ernesto, cuya cólera se encendía.

—Hemos pagado nuestra experiencia con sudor y con sangre y merecemos todo lo que nos suceda —respondió el otro. La caridad bien entendida empieza por casa.

—Si usted tiene miedo de decirme su manera de salir del paso, yo mismo se lo voy a decir. —La cólera de Ernesto había estallado—. Usted piensa tomar parte en la cacería. Usted se ha entendido con el enemigo, eso es lo que ha hecho. Usted vendió la causa del trabajo, de todo el trabajo. Usted deserta el campo de batalla, como los cobardes.

—Yo no digo nada —respondió O'Connor ásperamente. Creo sólo que sabemos un poco mejor que usted lo que nos hace falta.

—Pero se burla completamente de lo que le hace falta al resto de los trabajadores. Con una patada manda la solidaridad a la fosa.

—No tengo nada que decir —replicó O'Connor—, sino que soy el presidente de la Asociación de Mecánicos y que mi misión es considerar los intereses de los hombres que represento, eso es todo.

Cuando se marcharon los jefes obreros, como en la calma que sucede a las tormentas, Ernesto esbozó para mí la ferie de acontecimientos que iban a sucederse.

—Los socialistas predecían con alegría el advenimiento del día en que el trabajo organizado, vencido en el terreno industrial, se uniría a ellos en el terreno político. Pues bien, el Talón de Hierro

ha aplastado a los sindicatos en su terreno y los ha impulsado hacia el nuestro; pero para nosotros, en lugar de una alegría, será una fuente de desazones. El Talón de Hierro aprendió su lección. Le mostramos nuestro poderío en la huelga general, y ahora ha tomado sus medidas para impedir que haya una segunda.

—¿Pero cómo podría impedirla? —pregunté.

—Simplemente, subvencionando a los grandes sindicatos. Éstos no se unirán a nosotros en la próxima huelga general y, por consiguiente, la huelga no tendrá lugar.

—Pero el Talón de Hierro no podrá sostener indefinidamente una política tan costosa.

—¡Oh!, no ha sobornado a todos los sindicatos. No era necesario. Mira lo que va a suceder: aumentarán los salarios y disminuirán las jornadas de trabajo en los sindicatos de los ferrocarriles, de los trabajadores del hierro y del acero, de los maquinistas y de los constructores mecánicos. Estos sindicatos continuarán prosperando y la afiliación a ellos será buscada como si se tratara de reservar asientos en el paraíso.

—Todavía no lo entiendo. ¿Y qué pasará con los otros sindicatos? Hay muchos más fuera de la combinación que dentro de ella.

—A todos los demás sindicatos los roerán y los harán desaparecer poco a poco, pues, nóvalo bien, los ferroviarios, los mecánicos y los metalúrgicos hacen todo el trabajo absolutamente esencial en nuestra civilización. Una vez seguro de su fidelidad, el Talón de Hierro puede hacer capirotazos ante las narices de todos los demás trabajadores. El hierro, el acero, el carbón, las máquinas y los transportes constituyen el esqueleto del organismo industrial.

—Pero ¿y el carbón? —le pregunté. Hay cerca de un millón de

mineros.

Son trabajadores más o menos sin habilidad profesional. No los tendrán en cuenta. Reducirán sus salarios y aumentarán sus horas de trabajo. Serán esclavos, como el recto, como todos nosotros, y quizás serán los más embrutecidos. Estarán obligados a trabajar del mismo modo que lo hacen ahora los granjeros para los amos que les robaron sus tierras. Y lo mismo ocurrirá con los demás sindicatos que estén fuera de la combinación. Debemos verlos vacilar y desperdigarse. Sus miembros estarán condenados al trabajo forzado por sus vientres vacíos y por la ley nacional.

¿Sabes lo que ocurrirá con Farley^[86] y sus rompe huelgas? Te lo voy a decir. Su oficio, como tal, desaparecerá, pues no habrá más huelgas. No habrá más que rebeliones de esclavos. Farley y su banda serán ascendidos a cómitres. Bueno, no van a emplear esa palabra; dirán que están encargados de hacer ejecutar la ley que prescribe el trabajo obligatorio... Esta traición de los sindicatos no hará más que prolongar la lucha, pero sólo Dios sabe cuándo triunfará la revolución.

—Con una alianza tan poderosa como la de la Oligarquía con los grandes sindicatos, ¿cómo esperar que la revolución pueda llegar a triunfar nunca? —pregunté. Una alianza así puede durar eternamente.

Ernesto sacudió la cabeza, negando.

—Una de nuestras conclusiones generales dice que todo sistema basado en clases y castas lleva en sí los gérmenes de su propia decadencia. Cuando una sociedad está fundada en las clases, ¿cómo puede impedirse el desarrollo de las castas? El Talón de Hierro no podrá oponerse y finalmente será destruido por ellas. Ya los oligarcas han formado entre ellos mismos una casta; pero espera que los sindicatos favorecidos desarrollen la

suya... No tardará mucho. El Talón de Hierro hará todo lo posible para impedírselo, pero no lo logrará.

Los sindicatos favorecidos tienen la flor de los trabajadores norteamericanos. Son hombres fuertes y capaces; entraron en esos sindicatos para obtener empleos. Todos los buenos obreros de los Estados Unidos ambicionan llegar a ser miembros de las Uniones privilegiadas. La Oligarquía alentará esas ambiciones y las rivalidades resultantes. Así, esos hombres fuertes, que sin ello habrían podido volverse revolucionarios, serán ganados por la Oligarquía y emplearán su fuerza en sostenerla.

Por otra parte, los miembros de esas castas obreras, de esos sindicatos privilegiados, se esforzarán por transformar sus organizaciones en corporaciones cerradas; y lo conseguirán. La calidad de miembros se convertirá allí en hereditaria. En las corporaciones, los hijos sucederán a sus padres, y la sangre nueva cesará de afluir allí desde ese manantial de fuerza inagotable, que es el común del pueblo. De donde resultará una degradación de las castas obreras, que se tornarán cada vez más débiles. Al mismo tiempo, las castas adquirirán, como institución, una omnipotencia temporaria, análoga a la de los guardias del palacio en la Roma antigua; habrá revoluciones palaciegas, de suerte que el dominio pasará alternativamente de las manos de unos a las de los otros. Estos conflictos acelerarán el inevitable debilitamiento de las castas, de modo que en resumidas cuentas, sobrevendrá el día del pueblo.

No hay que olvidar que este esbozo de una lenta evolución social, era trazado por Ernesto en su primer movimiento de abatimiento provocado por la defección de los grandes sindicatos. Es un punto de vista que nunca pude compartir y del cual, ahora más que nunca, al escribir estas líneas difiero; pues en este

momento, aunque Ernesto haya desaparecido, estamos en vísperas de una rebelión que barrerá todas las oligarquías. He referido aquí la profecía de Ernesto porque fue él quien la formuló. A pesar de que la expresó con fe, eso no le impidió luchar como un gigante contra su cumplimiento; y más que ningún otro hombre en el mundo fue él quien ha hecho posible la sublevación cuya señal aguardamos^[87].

—Pero si subsiste la Oligarquía le pregunté, ¿qué será de los enormes excedentes con que se enriquecerán año tras año?

—Tendrá que gastarlos de una manera u otra, y puedes estar segura de que encontrará los medios. Se construirán magníficas carreteras; la ciencia, y sobre todo el arte, alcanzarán un prodigioso desarrollo. Cuando los oligarcas hayan apabullado completamente al pueblo, entonces podrán perder el tiempo en otras cosas: se convertirán en adoradores de la Belleza, en amantes de las artes. Bajo su dirección, y generosamente pagados, los artistas se pondrán a la tarea; de donde resultará una apoteosis del genio, pues los hombres de talento ya no estarán obligados, como hasta ahora, a sacrificarse al mal gusto burgués de las clases medias. Será una época de gran arte, lo profetizo, y surgirán ciudades de ensueño, al lado de las cuales las antiguas ciudades parecerán mezquinas y vulgares. Y en esas ciudades maravillosas morarán los oligarcas y adorarán a la Belleza^[88]

Así, el exceso de renta será gastado constantemente, a medida que el trabajo cumpla su misión. La construcción de esas obras de arte y de esas grandes ciudades proporcionará una ración de hambre a los millones de trabajadores corrientes, pues la enormidad del excedente traerá aparejada la enormidad de los gastos. Los oligarcas construirán durante mil años, durante diez mil años quizá. Harán edificios como jamás soñaron hacerlos los

egipcios y los babilonios. Y cuando hayan pasado, sus ciudades prodigiosas permanecerán y la Fraternidad del Trabajo recorrerá las carreteras y habitará los monumentos por ellos construidos.

Estas obras serán hechas por los oligarcas, porque no tendrán más remedio: deberán gastar su exceso de riqueza bajo la forma de trabajos públicos, como las clases dominantes del antiguo Egipto erigían templos y pirámides con la acumulación de lo que habían robado al pueblo. Bajo el reino de los oligarcas florecerá, no una casta sacerdotal, sino una casta de artistas, en tanto que las castas obreras pasarán a ocupar el lugar de nuestra burguesía mercantil. Y, abajo habrá el abismo, en donde se pudrirá y reproducirá constantemente, en medio del hambre y de la miseria, el pueblo ordinario, la masa gigante de la población. Y algún día, pero nadie sabe cuándo, el pueblo terminará por salir del abismo; las castas obreras y la oligarquía caerán en ruinas, y entonces, por fin, después de un trabajo de siglos, advendrá el día del hombre común. Yo había esperado ver ese día; pero ahora sé que jamás lo veré.

Hizo una pausa y me miró largamente; luego agregó:

—La evolución social es desesperadamente lenta, ¿no es cierto, querida mía?

Mis brazos se cerraron a su alrededor y su cabeza reposó en mi pecho.

—Canta para dormirme —murmuró, como un niño mimoso—; tuve una visión, y quisiera olvidarla.

CAPÍTULO XV

LOS ÚLTIMOS DÍAS

FUE a fines de enero de 1913 cuando se manifestó públicamente el cambio de actitud de la Oligarquía hacia los sindicatos privilegiados. Los diarios anunciaron un aumento de salarios sin precedentes, al mismo tiempo que una reducción de las jornadas de trabajo para los empleados de los ferrocarriles, los trabajadores del hierro y del acero, los mecánicos y los maquinistas. Pero los oligarcas no se atrevieron a permitir que toda la verdad fuese divulgada enseguida. En realidad, el aumento de salarios era mucho más alto y los privilegios concedidos mucho mayores que los que se decía. Sin embargo, los secretos terminan siempre por traslucirse. Los obreros favorecidos hicieron confidencias a sus mujeres, éstas charlaron y pronto todo el mundo del trabajo supo lo que había sucedido.

Era el desarrollo lógico y simple de lo que en el siglo XIX se llamaba «sobrante». En la disputa industrial de esta época se había ensayado la participación obrera; es decir, que ciertos capitalistas intentaron apaciguar a los trabajadores interesándolos financieramente en su tarea. Pero la participación en los beneficios, considerado como sistema, era absurda e imposible: sólo podía prosperar en ciertos casos aislados dentro del conflicto general, pues si todo el trabajo y todo el capital se repartiesen los beneficios, las cosas volverían al punto de partida.

De esta manera, de la idea impracticable de la participación en los beneficios, nació la idea de la participación en la explotación. «Pagadnos más y compensaos con el público» fue el grito de guerra de los sindicatos prósperos.

Y esta política egoísta triunfó ampliamente. Al hacer pagar al cliente, se le hacía pagar a la gran masa del trabajo no organizado o débilmente organizado. Estos trabajadores eran, en realidad, los que proveían el aumento de salario de sus camaradas más fuertes, miembros de los sindicatos transformados en monopolios. Esta idea, vuelvo a decirlo, fue llevada a su conclusión lógica en una vasta escala gracias a la alianza de los oligarcas con las Uniones privilegiadas^[89]

En cuanto se conoció el secreto de la defección de los sindicatos favorecidos, hubo murmullos y gruñidos en el mundo del trabajo. Después, las Uniones privilegiados se retiraron de las organizaciones internacionales y rompieron toda afiliación. Sobrevinieron entonces disturbios y violencias. Sus miembros fueron puestos en el índice como traidores; en los bares y casas públicas, en todas partes, fueron asaltados por los camaradas de quienes se habían separado tan pérfidamente.

Muchas cabezas fueron averiadas y hubo muchos muertos. Ninguno de los privilegiados estaba seguro. Se reunían en bandas para ir y volver del trabajo. En las aceras se hallaban expuestos a tener el cráneo hundido por los ladrillos o los adoquines que les, arrojaban desde las ventanas y los techos. Les dieron permiso para armarse, y las autoridades los ayudaron en todas formas. Sus perseguidores fueron condenados a largos años de prisión, en donde eran tratados con toda crueldad. Entretanto, ningún hombre ajeno a los sindicatos privilegiados tenía derecho a llevar armas, y cualquier inobservancia de esta ley era considerada como

delito grave y reprimida en consecuencia.

Ultrajado, el mundo del trabajo continuó tomándose venganza de los renegados. Las castas surgieron automáticamente: los hijos de los traidores eran perseguidos por los de los traicionados, al punto de que no podían corretear en las calles ni asistir a las escuelas. Sus mujeres y sus familias padecían un verdadero ostracismo, y hasta el almacenero de la esquina era boicoteado si les vendía provisiones.

El resultado fue que, repudiados por todos y refugiados en sí mismos, los traidores y sus familias formaron clanes. Viendo que era imposible estar seguros en medio de un proletariado hostil, se establecieron en nuevas localidades habitadas exclusivamente por sus semejantes. Los oligarcas favorecieron este movimiento. Para uso de los obreros y privilegiados se construyeron casas higiénicas y modernas, rodeadas de espacios amplios, de jardines y de campos de juego. Sus niños concurrieron a escuelas creadas para ellos con cursos especiales de aprendizaje manual y de ciencias aplicadas. Así, desde el comienzo, y de manera fatal, de este aislamiento nació una casta. Los miembros de los sindicatos privilegiados se convirtieron en la aristocracia del trabajo y quedaron separados de los demás obreros. Mejor alojados, mejor vestidos, mejor alimentados, mejor tratados, participaban del queso con frenesí.

En tanto, el resto de la clase obrera era tratado más duramente que, nunca. Les quitaron muchos de sus magros privilegios; sus salarios y su nivel económico bajaron rápidamente. Sus escuelas públicas no tardaron en caer en decadencia y poco a poco la instrucción pública dejó de ser obligatoria en ellas. En la nueva generación creció peligrosamente el número de analfabetos.

El apoderamiento del mercado mundial por los Estados Unidos había sacudido al mundo entero. En todas partes las instituciones y los gobiernos se desmoronaban o se transformaban. Alemania, Italia, Francia, Austria y Nueva Zelandia se estaban organizando en repúblicas cooperativas. El Imperio británico se resquebrajaba. A Inglaterra no le cabían más mercancías en sus brazos. La India estaba en plena rebelión. El grito de todo el Oriente era: «Asia para los asiáticos». Y desde el fondo del Extremo Oriente, Japón azuzaba y sostenía a las razas amarillas contra la raza blanca: mientras soñaba con un imperio continental y se esforzaba por realizar su sueño, aniquilaba su propia revolución proletaria. Fue una simple guerra de castas, coolíes contra samuráis, y los obreros socialistas fueron ejecutados en masa. Mataron a cuarenta mil en las calles de Tokio y en el inútil asalto contra el palacio del Mikado. En Kobe hubo una carnicería: la masacre con ametralladoras de los hilanderos de algodón se ha convertido en el ejemplo clásico de exterminio más terrible que hayan realizado las modernas máquinas de guerra. Y la oligarquía que surgió de allí fue la más salvaje de todas. Japón dominó al Oriente y se apoderó de toda la porción asiática en el mercado mundial, con excepción de la India.

Inglaterra consiguió aplastar la revolución de sus propios proletarios y retener la India, pero a costa de un esfuerzo que casi la agotó. Se vio obligada a soltar sus grandes colonias. Fue así cómo los socialistas lograron instaurar repúblicas cooperativas en Australia y Nueva Zelandia. Y fue así también cómo se perdió Canadá para su madre patria. Pero Canadá ahogó su propia revolución socialista con la ayuda del Talón de Hierro. Al mismo tiempo, éste ayudaba a México y a Cuba a reprimir sus rebeliones. El Talón de Hierro se encontró, pues, sólidamente establecido en el Nuevo Mundo, desde el canal de Panamá hasta el Océano

Ártico.

Al sacrificar sus grandes colonias, Inglaterra había conseguido a duras penas mantener a la India, aunque este éxito era sólo temporal, pues su lucha por la India con Japón y el resto del Asia quedaba simplemente diferida. Ella estaba destinada a perder dentro de poco aquella península, y este acontecimiento debía presagiar a su vez una guerra entre el Asia unificada y el resto del mundo.

Mientras la tierra entera se despedazaba con sus conflictos, la paz estaba lejos de reinar en los Estados Unidos. La defección de las grandes sindicatos había impedido la rebelión de nuestros proletarios, pero la violencia estaba desencadenada en todas partes. Además de los tumultos de los obreristas, además del descontento de los granjeros y de lo que subsistía de las clases medias, se encendía y propagaba un renacimiento religioso. Una rama de los Adventistas del Séptimo Día acababa de surgir y tornaba un notable desenvolvimiento. Sus fieles proclamaban el fin del mundo.

—Sólo faltaba esto en la confusión universal —exclamaba Ernesto—. ¿Cómo esperar que ninguna solidaridad se asiente en medio de estas tendencias divergentes y contrarias? Realmente, este movimiento religioso adquiriría proporciones formidables. Como consecuencia de su desilusión sobre todas las cosas terrenales, el pueblo estaba maduro e inflamado de un anhelo por un cielo en el que sus tiranos industriales entrarían más difícilmente que un camello por el ojo de una aguja. Predicadores de torva mirada vagabundeaban por todo el país; a pesar de todas las prohibiciones de las autoridades civiles y de las persecuciones decretadas contra los delincuentes, en incontables reuniones de campamentos se atizaban las llamas de ese fanatismo religioso.

«Han llegado los últimos días —gritaban—; ya comenzó el fin del mundo». Habían sido desencadenados los cuatro Vientos y Dios había agitado a las naciones para la lucha. Fue una época de apariciones y de milagros. Eran legión los profetas y los videntes. Por centenas de millares, las gentes abandonaban el trabajo y huían alas montañas para aguardar allí el inminente descenso de Dios y la ascensión de ciento cuarenta y cuatro mil elegidos. Pero Dios no aparecía y morían de hambre millares. En su desesperación, devastaban las granjas para encontrar provisiones; el tumulto y la anarquía invadían los distritos rurales y no hacían más que exasperar la desdicha de los pobres granjeros desposeídos.

Pero las granjas y los graneros eran propiedad del Talón de Hierro. Se enviaron muchas tropas a la campaña, y los fanáticos fueron llevados a punta de bayoneta a sus tareas en las ciudades. En éstas se entregaron a motines y sublevaciones sin cesar renovadas. Sus jefes fueron ejecutados por sedición o encerrado en manicomios. Los condenados marchaban al suplicio con toda la alegría de los mártires. El país cruzaba por un período de locura mental. Hasta en los desiertos, en los bosques y los pantanos, desde Florida a Alaska, pequeños grupos de indios sobrevivientes bailaban a paso de fantasmas y esperaban el advenimiento de un Mesías de su cosecha.

Y en medio de este caos, con serenidad y seguridad que tenían algo de formidable, continuaba surgiendo la forma de ese monstruo de los tiempos: la Oligarquía. Con su mano de hierro y su talón de hierro presionando sobre este hormigueo de millones de seres, hacía surgir el orden de la confusión y cavaba sus cimientos y elevaba sus murallas sobre la misma podredumbre.

—Esperad que estemos instalados repetían los granjeros —así

nos lo decía el señor Calvin en nuestro departamento de la calle Pell—. Ya habéis visto los Estados que hemos conquistado. En cuanto entremos en funciones, y con vosotros los socialistas para sostenernos, les haremos cantar otra canción.

Y los socialistas decían:

—Tenemos con nosotros a millones de descontentos y de pobres. Se han incorporado a nuestras filas los granjeros, los chacareros, la clase media y los jornaleros. El sistema capitalista va a saltar en pedazos. Dentro de un mes enviaremos cincuenta diputados al Congreso. Dentro de dos años, todos los puestos oficiales serán nuestros, desde la presidencia de la Nación hasta el empleo municipal en la perrera.

A lo que Ernesto replicaba, meneando la cabeza:

—¿Cuántos fusiles tenéis? ¿Sabéis dónde encontrar plomo en cantidad suficiente? ¡Ah!, y por lo que se refiere a la pólvora, creedme, las combinaciones químicas son más poderosas que las mezclas mecánicas.

CAPÍTULO XVI

EL FIN

CUANDO para Ernesto y para mí llegó el momento de marcharnos a Washington, papá no quiso acompañarnos. Se había enamorado de la vida proletaria. En nuestro barrio miserable veía un amplio laboratorio sociológico y se había lanzado a una interminable orgía de investigaciones. Fraternizaba con los jornaleros, muchas de cuyas familias lo admitían en su seno y le entregaban su intimidad. Además, hacía changas, y el trabajo era para él una distracción y una fuente de observaciones científicas; en ello encontraba placer, y cuando volvía traía sus bolsillos llenos de notas, siempre dispuesto a contar alguna nueva aventura. Era el tipo perfecto del sabio.

Nada lo obligaba a trabajar, puesto que Ernesto ganaba, con sus traducciones bastante como para mantenernos los tres. Pero papá se obstinaba en la persecución de su fantasma, que debería ser un Proteo, a juzgar por la variedad de sus disfraces profesionales. Nunca olvidaré la noche en que se presentó en casa con un cesto de mercachifle lleno de cordones y elásticos, ni del día en que habiendo ido a comprar algo a la despensa de la esquina, él me atendió. Después de eso, me enteré sin mayor sorpresa que había sido camarero durante una semana en el café de enfrente. Fue sucesivamente sereno, vendedor ambulante de papas, pegador de etiquetas en un almacén de embalaje, peón de

una fábrica de cajas de cartón, aguatero en una cuadrilla que construía una línea de tranvías y llegó a inscribirse como lava copas en un sindicato, poco antes de que lo disolvieran.

Me parece que lo había fascinado el ejemplo del obispo o, por lo menos, su indumentaria de trabajo, pues él también adoptó la camisa barata de algodón y el traje enterizo de brin con el angosto cinturón. Pero conservó un hábito de su vida anterior: el de vestirse para la comida o, mejor dicho, para la cena.

En cuanto a mí, yo podía ser dichosa en cualquier parte; la dicha de mi padre en esas nuevas condiciones, llevaba al colmo la mía.

—Cuando era chico —decía—, era muy curioso; quería saber todos los porqués y los cómo; fue así, por lo demás, cómo me hice físico. Hoy, la vida me parece tan curiosa como en mi infancia; y después de todo, nuestra curiosidad es lo que la hace digna de ser vivida.

A veces se aventuraba al norte de Market Street, en el barrio de los almacenes y de los teatros; vendía diarios, hacía algunas comisiones, abría portezuelas. Un día, al cerrar la de un coche, se encontró de manos a boca con el señor Wickson. Esa misma noche nos refirió alegremente el episodio.

—Wickson me miró atentamente cuando cerraba la puerta y murmuró: «¡Oh, que el diablo me lleve!». Sí, fue así como dijo: «¡Qué el diablo me lleve!». Se ruborizó y estaba tan aturdido que se olvidó de darme la propina. Pero pronto debió volverle el alma al cuerpo, pues apenas el coche había andado un trecho, cuando lo llevó de nuevo junto a la acera. Se asomó a la portezuela y se dirigió hacia mí: —¡Cómo, profesor, usted! ¡Esto es demasiado! ¿Qué podría hacer por usted?

—Le cerré la portezuela —le respondí. De acuerdo con la

costumbre, bien podía usted darme la propina.

—¡Vaya con lo que sale! —rezongó. Me refiero a algo que valga la pena.

Se había puesto realmente serio; quizá experimentaba algo así como un arrebató de su conciencia empedernida. También yo estuve un buen rato antes de contestarle. Cuando abrí la boca, él parecía profundamente atento. ¡Pero había que verlo cuando terminé de hablar!

—Pues bien —le contesté—, podría usted devolverme mi casa y mis acciones en las Hilanderías de la Sierra.

Papá hizo una pausa.

—¿Y qué contestó? —pregunté, impaciente.

—Nada. ¿Qué podía contestar? Fui yo quien volvió a hablar: «Espero que usted será muy feliz». Me miraba con cara curiosa y sorprendida. Insistí: «Dígame, ¿es usted feliz?». De pronto, le dio orden de partir al cochero, y lo oí jurar a borbollones. El muy sinvergüenza no me dio propina, ni mucho menos me devolvió la casa ni mis bienes. Ya ves, querida, que la carrera de tu padre, como callejero, está sembrada de desilusión. Y fue así como mí padre se quedó en nuestro barrio de Pell Street mientras Ernesto y yo íbamos a Washington. El antiguo orden de cosas estaba virtualmente muerto, y el golpe de gracia iba a venir mucho antes de lo que me imaginaba. Contrariamente a lo que esperábamos, los electos socialistas no encontraron ningún obstáculo que les impidiera tomar posesión de sus asientos en el Congreso. Todo parecía marchar como sobre carriles, y me reía de Ernesto, que hasta en esta misma facilidad veía un siniestro presagio.

Encontramos a nuestros camaradas socialistas llenos de confianza en sus fuerzas y de optimismo en sus proyectos. Algunos Granjeros elegidos al Congreso habían acrecentado nuestro

poderío, y en su unión preparamos un programa detallado de lo que había que hacer. Ernesto participaba leal y enérgicamente en todos esos trabajos, aunque no podía evitar repetir de vez en cuando y, aparentemente, fuera de propósito: «Y ya lo saben, en materia de pólvora, las combinaciones químicas valen mucho más que las mezclas mecánicas, créanmelo».

Las cosas comenzaron a echarse a perder para los Granjeros en la docena de Estados de que se habían apoderado en las elecciones. A los nuevos elegidos no se les permitió asumir sus funciones. Los titulares se negaron a cederles el cargo y, bajo el pretexto de no sé qué irregularidades en las elecciones, embrollaron toda la situación con los inexplicables procedimientos de los chupatintas. Los Granjeros se vieron reducidos a la impotencia. Los tribunales, que eran su último recurso, se hallaban en manos de los enemigos.

El minuto era especialmente peligroso. Si los campesinos así burlados recurrían a la violencia, todo estaba perdido. Los socialistas empleábamos todos nuestros esfuerzos para contenerlos; Ernesto pasó noches y días sin pegar los ojos. Los grandes jefes Granjeros también veían el peligro y se movían de perfecto acuerdo con nosotros. Mas todo eso fue inútil. La Oligarquía quería la violencia y puso en movimiento a sus agentes provocadores. Fueron ellos, el hecho es indiscutible, los que provocaron la rebelión de los campesinos.

Estalló en los doce Estados. Los Granjeros expropiados se apoderaron de viva fuerza de sus gobiernos. Como este procedimiento era, naturalmente, anticonstitucional, los Estados Unidos echaron mano de su ejército. Disfrazados de artesanos, de chacareros o de trabajadores rurales, los emisarios del Talón de Hierro excitaban en todas partes a la población. En Sacramento,

capital de California, los granjeros habían logrado mantener el orden. Una turba de policías secretas se precipitó sobre la ciudad condenada. Grupos formados exclusivamente por soplones incendiaron y pillaron diversas casas y fábricas e inflamaron el espíritu del pueblo, hasta que lo llevaron a unirse a ellos en el pillaje. Para alimentar esta conflagración, se distribuyó a torrentes alcohol en las barriadas pobres. Luego, cuando todo estuvo maduro, entraron en escena las tropas de los Estados Unidos, que eran, en realidad, soldados del Talón de Hierro. Once mil hombres, mujeres y niños, fueron fusilados en las calles de Sacramento o asesinados a domicilio. El gobierno nacional se hizo cargo del Estado, y todo concluyó para California.

En los demás lugares las cosas pasaron de manera parecida. Cada uno de los Estados Granjeros fue limpiado por la violencia y lavado en sangre; al comienzo, los agentes secretos y los Cien Negros precipitaban el desorden, luego las tropas regulares eran llamadas inmediatamente en su ayuda. La asonada y el terror reinaban en todos los distritos rurales. Día y noche humeaban los incendios de granjas y almacenes, de aldeas y ciudades. Hizo su aparición la dinamita. Se hicieron saltar puentes y túneles y descarrilar trenes. Los pobres granjeros fueron fusilados y ahorcados a montones. Las represalias fueron crueles: gran cantidad de plutócratas y de oficiales eran masacrados. Los corazones estaban sedientos de sangre y de venganza. El ejército regular combatía a los granjeros con tanto salvajismo como si se tratara de pieles rojas. Y no le faltaban excusas: dos mil ochocientos soldados acababan de ser aniquilados en Oregón, en una espantosa serie de explosiones de dinamita, y muchos trenes militares habían sido volados de la misma manera, de modo que las tropas defendían su pellejo exactamente como los granjeros.

Por lo que respecta a la milicia, la ley de 1903 fue puesta en ejecución, y los trabajadores de cada Estado se vieron obligados, bajo pena de muerte, a fusilar a sus camaradas de los demás Estados. Desde luego, las cosas no anduvieron sin tropiezos al comienzo. Mataron a muchos oficiales y muchos hombres fueron ejecutados por los consejos de guerra. La profecía de Ernesto se cumplió con aterradora precisión en el caso de los señores Asmunsen y Kowalt. Ambos eran aptos para la milicia y fueron enrolados en California para la expedición punitiva contra los granjeros de Misuri. Los dos se negaron a prestar servicio. No se les dio tiempo para confesarse. Fueron llevados a un tribunal de guerra, y el asunto no se demoró: ambos fueron fusilados por la espalda.

Para evitar el servicio en la milicia, muchos jóvenes se refugiaron en las montañas, con lo cual se colocaron al margen de la ley, mas no fueron castigados sino más tarde, en tiempos más apacibles. Pero no perdieron nada con esperar, pues el gobierno lanzó una proclama invitando a todos los ciudadanos posibles de pena a abandonar las montañas dentro de los tres meses. Cumplido el plazo, un ejército de medio millón de soldados fue enviado a las sierras. No hubo sumarios ni juicios: a cualquiera que encontraban lo mataban allí mismo. Las tropas procedían de acuerdo con la idea de que nadie más que los proscritos permanecían en las montañas. Algunas bandas, atrincheradas en lo más fragoso de las alturas, resistieron valientemente, pero, tarde o temprano, todos los desertores de la milicia fueron exterminados.

Mientras tanto, el espíritu del pueblo se había impregnado de una lección más inmediata por el castigo infligido a la milicia sediciosa de Kansas. Esta importante rebelión se produjo al

comienzo de las operaciones militares contra los granjeros. Se insurreccionaron seis mil hombres de la milicia. Desde hacía varias semanas daban muestras de fastidio y de turbulencia, y por esta razón se los retenía en el campo. Pero lo que está fuera de duda es que la insurrección abierta fue precipitada por los agentes provocadores.

En la noche del 22 de abril, los hombres se amotinaron y dieron muerte a sus oficiales, de los que sólo un número reducido escapó a la masacre. Esto sobrepasaba el programa del Talón de Hierro: sus agentes habían trabajado demasiado bien. Pero de todo sacaba partido esa gente; estaban preparados para la explosión, y el asesinato de tantos oficiales proporcionaba una justificación a lo que seguiría. Como por arte de magia, cuarenta mil hombres del ejército regular rodearon el campo o, mejor dicho, la trampa. Los desdichados milicianos advirtieron que los cartuchos tomados en los depósitos no eran del mismo calibre de sus fusiles. Izaaron la bandera blanca para rendirse, pero no se tuvo en cuenta esa señal. No sobrevivió ningún amotinado; aniquilaron a los seis mil, sin dejar uno solo con vida. Al principio fueron aniquilados de lejos con obuses y *shrapnells*, luego, cuando intentaron una carga desesperada contra las líneas envolventes, segados con las ametralladoras. Conversé con un testigo ocular, que me contó que ninguno de los milicianos pudo aproximarse a menos de ciento cincuenta metros de esas máquinas mortíferas. El suelo estaba sembrado de cadáveres. En una carga final de caballería, los heridos fueron rematados a sablazos y a tiros y aplastados bajo los cascos de los caballos.

Al mismo tiempo que la destrucción de los Granjeros, tuvo lugar la rebelión de los mineros, último espasmo de la agonía del trabajo organizado. Se declararon en huelga en número de

setecientos cincuenta mil; pero estaban demasiado diseminados por todo el país para sacar partido de esta fuerza numérica. Aislados en sus respectivos distritos, fueron vencidos en montón y obligados a someterse. Pocock^[90] ganó allí sus espuelas de cómitre en jefe al mismo tiempo que el odio imperecedero del proletariado. Se perpetraron muchos atentados contra su vida, pero parecía tener un dios aparte. A él le deben los mineros la introducción de un sistema de pasaporte a la rusa, que les quitó la libertad de ir de un sitio a otro del país.

Los socialistas, empero, se mantenían firmes. Mientras los campesinos morían en el fuego y la sangre, mientras el sindicalismo era desmantelado, nos quedábamos callados y perfeccionábamos nuestra organización secreta. En vano los Granjeros ríos hacían reproches: les respondíamos con razón que toda rebelión de nuestra parte equivaldría a un suicidio definitivo de la Revolución. Vacilante al comienzo sobre la manera de entendérselas con el conjunto del proletariado, el Talón de Hierro había encontrado la tarea más simple de lo que esperaba, y no habría podido encontrar nada mejor que un levantamiento de parte nuestra para terminar de una buena vez. Pero supimos zafarnos de este proyecto, a pesar de los agentes provocadores que pululaban en nuestras filas. En aquellos primeros tiempos, sus métodos eran groseros; todavía tenían mucho que aprender, y nuestros Grupos de Combate los excluyeron poco a poco. Fue una tarea ruda y sangrienta, pero luchábamos por nuestra vida y por la Revolución, y estábamos obligados a combatir al enemigo con sus propias armas. Y aun allí poníamos lealtad: no ejecutamos a ningún agente del Talón de Hierro sin juzgarlo. Puede ser que hayamos cometido errores, pero si los hubo, fueron muy raros. Nuestros Grupos de Combate se reclutaban entre nuestros

camaradas más bravos, entre los más combativos y los más dispuestos al sacrificio de sí mismos. Un día, al cabo de diez años, y de acuerdo con las cifras dadas por los jefes de esos grupos, Ernesto calculó que la actuación media por los hombres y las mujeres que se habían hecho inscribir no pasaba de los cinco años. Todos los camaradas de los Grupos de Combate eran héroes, y, lo extraordinario del caso, es que a ellos les repugnaba atentar contra la vida. Esos amantes de la libertad violentaban su propia naturaleza, considerando que ningún sacrificio es demasiado grande para una causa tan noble^[91].

La tarea que nos habíamos impuesto era triple. En primer lugar, queríamos escardar nuestras propias filas de agentes provocadores; luego, organizar los Grupos de Combate fuera de la organización secreta y general de la Revolución; y en tercer término, introducir nuestros propios agentes ocultos en todas las ramas de la Oligarquía, en las castas obreras, especialmente los telegrafistas, empleados de comercio, en el ejército, entre los soplones y los cómitres. Era una obra lenta y peligrosa. A menudo nuestros esfuerzos nos costaban dolorosos fracasos.

El Talón de Hierro había triunfado en la guerra franca, pero conservábamos nuestras posiciones en esta otra guerra subterránea, desconcertante y terrible que habíamos instituido.

Allí todo era invisible, casi todo imprevisto; sin embargo, en esta lucha entre ciegos había orden, un fin, una dirección. Nuestros agentes penetraban a través de toda la organización del Talón de Hierro, en tanto que la nuestra era penetrada por los suyos. Táctica sombría y tortuosa, llena de intrigas y de conspiraciones, de minas y de contraminas. Y detrás de todo eso, la muerte siempre amenazante, la muerte violenta y terrible. Desaparecían hombres y mujeres, nuestros más queridos

camaradas. Se los veía hoy: mañana se habían desvanecido; nunca más volvíamos a verlos y sabíamos que estaban muertos.

En ninguna parte había seguridad ni confianza. El hombre que complotaba junto con nosotros podía ser un agente del Talón de Hierro. Pero lo mismo ocurría en el otro frente; y, sin embargo, estábamos obligados a concertar nuestros esfuerzos sobre la base de la confianza y de la certeza. A menudo fuimos traicionados: la naturaleza humana es débil. El Talón de Hierro podía ofrecer dinero y ocios para emplearlos en sus maravillosas ciudades de placeres y de descanso. En cambio, nosotros no teníamos otros atractivos que la satisfacción de ser fieles a un noble ideal, pero esta lealtad no tenía otro premio que el perpetuo peligro, la tortura y la muerte.

La muerte constituía así el único medio de que disponíamos para castigar esta debilidad humana: para nosotros era una necesidad castigar a los traidores. Cada vez que alguno de los nuestros nos traicionaba, uno o varios fieles vengadores se lanzaban tras él y no le perdían pisada. Podía ocurrirnos que fracasásemos en la ejecución de nuestras sentencias contra nuestros enemigos, como fue en el caso de los Pocock, pero todo fracaso se tornaba inadmisibile cuando se trataba de castigar a los falsos hermanos. Algunos camaradas se dejaban comprar con nuestro permiso para tener acceso a las ciudades maravillosas y ejecutar allí nuestras sentencias contra los verdaderos vendidos. Lo cierto es que ejercíamos tal terror, que era más peligroso traicionarnos que permanecer fieles.

La Revolución tomaba un carácter profundamente religioso. Nos postrábamos ante su altar, que era el de la Libertad. Su espíritu divino nos iluminaba. Hombres y mujeres se consagraban a la Causa y ofrecían allí sus recién nacidos, como en otro tiempo

los dedicaban al servicio de Dios. Eramos los servidores de la Humanidad.

CAPÍTULO XVII

LA LIBREA ESCARLATA

DURANTE la devastación de los Estados arrebatados a los Granjeros, los elegidos por este partido desaparecieron del Congreso. Se les instruyó proceso por alta traición, y sus vacantes fueron ocupadas por criaturas del Talón de Hierro. Los socialistas formaban una miserable minoría y sentían aproximarse su fin. Congreso y Senado no eran más que vanos fantasmas. Allí se debatían gravemente y se votaban los problemas públicos de acuerdo con las fórmulas tradicionales, pero en realidad lo único que se hacía era darle un sello de constitucionalidad y de legalidad a los mandatos de la oligarquía.

Ernesto estaba en lo más rudo de la disputa cuando llegó el fin. Fue durante la discusión de un proyecto de asistencia a los desocupados. La crisis del año anterior había hundido a grandes masas del proletariado por debajo del nivel del hambre, y la extensión y propagación de los desórdenes las hundió más todavía. La gente moría de hambre a millones, en tanto que los oligarcas y sus valedores se saciaban en el excedente de riquezas^[92].

A esos desdichados les llamábamos el pueblo del abismo^[93]. Era para aliviar sus terribles sufrimientos que los socialistas habían presentado ese proyecto de ley. Pero el Talón de Hierro no lo encontraba a su paladar y preparaba, de acuerdo con su propia

manera, un proyecto para procurar trabajo a millones de seres; y como sus puntos de vista no eran absolutamente los nuestros, había dado órdenes para qué se rechazara nuestro proyecto. Ernesto y sus camaradas sabían que su proyecto no cuajaría, pero, hartos de que los tuvieran esperando, deseaban una solución cualquiera. No pudiendo llevar nada a la práctica, no aguardaban nada más que poner fin a esta farsa legislativa en la que les hacían desempeñar un papel involuntario. Ignorábamos qué rumbo tomaría esta escena final, pero no podíamos prever una más dramática que la que se produjo.

Ese día me encontraba en la barra popular. Sabíamos que iba a ocurrir algo terrible. Cerníase en el aire un peligro cuya presencia hacían visible las tropas alineadas en los corredores y los oficiales agrupados a las puertas mismas del recinto. Era evidente que la Oligarquía estaba a punto de dar un gran golpe. Ernesto estaba en el uso de la palabra. Describía los sufrimientos de la gente sin empleo, como si hubiese acariciado la loca esperanza de conmover a esos corazones y a esas conciencias; pero los diputados republicanos y demócratas se reían irónicamente y se mofaban de él, interrumpiéndolo con exclamaciones y ruidos. Bruscamente, Ernesto cambió la táctica.

—Sé muy bien que nada de lo que diga podría influir sobre vosotros —declaró—. No tenéis un alma que pueda sacudir. Sois invertebrados, seres flácidos. Os llamáis pomposamente Republicanos o Demócratas. No hay partidos con ese nombre, no existen republicanos ni demócratas en esta Cámara. No sois más que aduladores y alcahuetes, criaturas de la plutocracia. Discurrís a la manera antigua de vuestro amor a la libertad, ¡vosotros, que lleváis en el lomo la librea escarlata del Talón de Hierro!

Gritos de ¡al orden, al orden! ahogaron su voz. Con gesto

desdeñoso, Ernesto esperó que el alboroto cesara un poco. Entonces, extendiendo los brazos como para juntarlos a todos, gritó, volviéndose hacia sus camaradas: —Escuchad esos mugidos de bestias ahitas.

La batahola recomenzó con más fuerza. El presidente golpeaba el pupitre para lograr silencio y lanzaba miradas expectantes hacia los oficiales que se amontonaban en las puertas. Hubo gritos de ¡sedición! y un diputado por Nueva York, notable por lo rechoncho, soltó el epíteto de ¡anarquista! La expresión de Ernesto no era de las más tranquilizadoras. Todas sus fibras combativas parecían vibrar y su rostro era el de un animal agresivo. Sin embargo, se mantenía frío y dueño de sí.

—Acordaos —gritó con voz que dominó el tumulto—, vosotros, que no mostráis ninguna piedad para el proletariado, que éste, un día, no la tendrá para nosotros.

Redoblaron los gritos de ¡sedicioso!, ¡anarquista!

—Ya sé que no votaréis este proyecto —continuó Ernesto—. Habéis recibido de vuestros amos la orden de votar en contra. ¡Y osáis tratarme de anarquista, vosotros, que habéis destruido el gobierno del pueblo; vosotros, que os pavoneáis en público con vuestra librea de vergüenza escarlata! No creo en el infierno, pero a veces lo lamento, y en este momento estoy tentado de creer en él, pues el azufre y la pez hirviendo no serían suficientes para castigar vuestros crímenes como se merecen. Mientras haya seres semejantes a vosotros, el infierno es una necesidad cósmica.

Se produjo un movimiento en las puertas. Ernesto, el presidente y todos los diputados miraron en esa dirección.

—¿Por qué no ordena a sus soldados, señor presidente, que entren y cumplan su faena? —preguntó Ernesto—. ¡Ejecutarían su plan con toda celeridad!

—Hay otros planes preparados —fue la réplica. Es por eso que los soldados están aquí.

—Supongo que planes nuestros —ironizó Ernesto. El asesinato o algo por el estilo.

Con la palabra asesinato, el tumulto recommenzó. Ernesto no podía hacerse oír, pero permanecía de pie, aguardando que amainara. Fue entonces cuando ocurrió aquello. Desde mi asiento en la galería no vi nada más que un relámpago. Su estrépito me ensordeció, y vi a Ernesto trastabillar y caer en un remolino de humo, mientras los soldados corrían en todas direcciones. Sus camaradas estaban de pie, locos de rabia, dispuestos a todas las violencias; pero Ernesto se afirmó un momento y agitó los brazos para imponerles silencio.

—¡Es un complot, cuidado! —les gritó con ansiedad. No os mováis, pues seréis aniquilados.

Entonces se desplomó lentamente, justo cuando los soldados se le acercaban.

Un instante después hicieron despejar las galerías y ya no vi nada más.

A pesar de que era mi marido, no me dejaron acercarme a él.

En cuanto me di a conocer, me arrestaron. Al mismo tiempo eran detenidos todos los diputados socialistas que se encontraban en Washington, incluso el pobre Simpson, a quien una fiebre tifoidea lo tenía inmovilizado en el lecho.

El proceso fue rápido y breve. Ya todos estaban condenados de antemano. Lo milagroso fue que no lo ejecutaran a Ernesto. Fue un yerro de la Oligarquía, y bien caro que le costó. En esta época se sentía muy segura de sí misma.

Embriagada por el éxito, la Oligarquía no podía creer que este puñado de héroes tuviese poder suficiente como para zamarrearla

desde la base. Mañana, cuando la gran rebelión estalle y en el mundo entero resuenen los pasos de las multitudes en marcha, comprenderá, pero demasiado tarde, hasta qué punto pudo agrandarse esta banda heroica^[94].

En mi calidad de revolucionaria y confidente íntima de las esperanzas, de los temores y de los planes secretos de los revolucionarios, estoy en mejores condiciones que nadie para responder a la acusación lanzada contra ellos de haber hecho estallar esa bomba en el Congreso. Y puedo afirmar redondamente, sin ninguna especie de reservas ni de dudas, que los socialistas eran completamente ajenos a este asunto, tanto los del Congreso como los de fuera. Ignoramos quién arrojó el artefacto, pero estamos absolutamente seguros de que no fue nadie de los nuestros.

Por lo demás, diversos indicios demuestran que el Talón de Hierro fue responsable de este hecho. Naturalmente, no podemos probarlo, y nuestra conclusión sólo se basa en presunciones. He aquí algunos de los hechos que conocemos. Los agentes del servicio secreto del gobierno le habían enviado al presidente de la Cámara un informe previniéndole que los miembros socialistas del Congreso estaban a punto de recurrir a una táctica terrorista y que ya habían decidido sobre el día en que sería llevada a cabo. Ese día fue precisamente aquél en que tuvo lugar la explosión. En previsión, el Capitolio había sido abarrotado de tropas. Siendo, pues, cierto que nada sabíamos de esta bomba, que, en efecto, estalló y que las autoridades habían adoptado medidas teniendo en vista su explosión, es lógico deducir que el Talón de Hierro sabía algo acerca de todo ello. Afirmamos, además, que el Talón de Hierro fue culpable de este atentado, que preparó y ejecutó con la intención de endilgarnos la responsabilidad y de provocar

nuestra ruina.

El presidente divulgó la advertencia a todos los miembros del Congreso que vestían la librea escarlata. Durante el discurso de Ernesto, todos sabían que se iba a cometer un acto de violencia. Y hay que hacerles esta justicia, creían sinceramente que sería cometido por los socialistas. En el proceso, y siempre de buena fe, algunos atestiguaron que habían visto a Ernesto disponerse a lanzar la bomba y que ésta había estallado prematuramente. Desde luego, no habían visto nada de todo esto, pero en su imaginación afiebrada por el miedo así lo creían.

En el tribunal, Ernesto hizo la siguiente declaración:

Si yo hubiese tenido intención de arrojar una bomba, ¿es razonable admitir que habría elegido una inofensiva pieza de fuego artificial como ésta? Ni siquiera había suficiente pólvora adentro. Hizo mucho humo, pero no hirió a nadie más que a mí: estalló justamente a mis pies y no me mató. Creedme que si me decidiese a colocar máquinas infernales, haría estragos. En mis petardos habrá algo más que humo.

El ministerio público declaró que la escasa potencia del artefacto lo mismo que su estallido prematuro, eran otros tantos yerros de los socialistas, y que Ernesto lo había dejado caer por nerviosidad. Esta afirmación estaba confirmada por el testimonio de los que pretendían haber visto a Ernesto manear la bomba y dejarla caer.

En nuestras filas nadie sabía cómo lanzaron la bomba; Ernesto me contó que una fracción de segundo antes de la explosión había oído y visto golpear el suelo a sus pies. Así también lo dijo en el proceso, pero nadie lo creyó. El «merengue ya estaba en el horno», según la expresión popular. El Talón de Hierro había determinado destruirnos, y ahora no iba a desdecirse.

Según el dicho popular, la verdad siempre se abre camino^[95]. Pero ahora estoy dudando, pues han pasado diecinueve años, y a pesar de nuestros incesantes esfuerzos no hemos llegado a descubrir al hombre que arrojó la bomba. Era evidentemente un emisario del Talón de Hierro, pero nunca hemos obtenido el menor indicio sobre su identidad; hoy sólo resta, clasificar este asunto entre los enigmas históricos.

CAPÍTULO XVIII

A LA SOMBRA DEL SONOMA

NO es mucho lo que tengo que decir sobre lo que me sucedió personalmente en este período. Me encerraron seis meses en la prisión, sin que se me acusara de ningún crimen. Simplemente, estaba clasificada entre los sospechosos, palabra terrible que muy pronto debería ser conocida por todos los revolucionarios.

Entretanto, nuestro propio servicio secreto, aunque en vías de formación, comenzaba a funcionar. A fines de mi segundo mes de encierro, uno de mis carceleros se me reveló como revolucionario. Varias semanas después, Joseph Pankhurst, que acababa de ser nombrado médico de la prisión, se dio a conocer como miembro de uno de nuestros grupos de combate.

Así, a través de toda la organización de la Oligarquía, la nuestra tejía insidiosamente su telaraña. Me tenían al corriente de todo lo que ocurría en el mundo exterior, y cada uno de nuestros jefes prisioneros se hallaba en contacto con nuestros bravos camaradas disfrazados con la librea del Talón de Hierro. A pesar de que Ernesto estaba encerrado a mil millas de ahí, en la costa del Pacífico, no cesé un solo instante de estar en comunicación con él y hasta pudimos escribirnos con toda regularidad.

Libres o prisioneros, nuestros jefes estaban, pues, en condiciones de dirigir la campaña. Hubiese sido fácil, después de

algunos meses, haber hecho evadir a varios; pero puesto que nuestro encierro no entorpecía nuestra actividad, resolvimos evitar toda empresa prematura. Había en las prisiones cincuenta y dos diputados y más de trescientos dirigentes revolucionarios. Decidimos librarlos simultáneamente, pues la evasión de un número pequeño de detenidos habría despertado la vigilancia de los oligarcas e impedido tal vez la liberación de los demás. Estimábamos, además, que la evasión realizada a la vez en todo el país, tendría una enorme repercusión psicológica sobre el proletariado y que esta demostración de nuestra fuerza inspiraría confianza a todos.

En consecuencia, se convino —cuando al cabo de seis meses me soltaron— que yo tenía que desaparecer y buscar un refugio seguro para Ernesto.

Mi desaparición no era empresa fácil.

En cuanto me vi en libertad, los espías del Talón de Hierro no me perdían pisada. Había que hacerles perder la pista y llegar a California. Lo conseguimos de una manera bastante cómica.

Ya estaba muy difundido el sistema de pasaportes a la rusa.

No me atrevía a cruzar el continente con mi propio nombre. Si quería volver a ver a Ernesto, me era forzoso hacer perder completamente mis huellas, pues si me seguían, volverían a prenderlo. No podía tampoco viajar con un vestido proletario; no tenía más remedio que disfrazarme de miembro de la Oligarquía. Los Oligarcas supremos no eran más que un puñado, pero había millares de personajes de menor magnificencia, por el estilo del señor Wickson, por ejemplo, que poseían algunos millones y que formaban como los satélites de esos astros mayores. Las mujeres y las hijas de esos oligarcas menores formaban legión, y se decidió que yo me haría pasar por una de ellas. Algunos años después la

cosa habría resultado imposible, pues el sistema de pasaportes debía perfeccionarse a tal punto que cualquier hombre, mujer o niño, en toda la extensión del territorio, estaría inscripto y sus menores mudanzas registradas.

Cuando llegó el momento, mis espías fueron desviados por una pista falsa. Una hora después, Avis Everhard había dejado de existir, y una tal señora Felisa Van Verdighan, acompañada por dos doncellas y un perrito faldero que también tenía su sirviente^[96], entró en el salón de un coche Pullman^[97] que pocos minutos después rodaba hacia el oeste.

Las tres muchachas que me acompañaban eran revolucionarias, dos de las cuales integraban los Grupos de Combate; la tercera entró en un grupo al año siguiente y fue ejecutada seis meses después por el Talón de Hierro; ésta era la que servía al perro. De las dos doncellas, una, Berta Stole, desapareció doce años más tarde, en tanto que la otra, Anna Royston, vive todavía y desempeña un papel cada vez más importante en la Revolución^[98]

Atravesamos los Estados Unidos y llegamos a California sin ningún contratiempo. Cuando el tren se detuvo en Oakland, en la estación de la Calle 18, nos apeamos, y Felisa Van Verdighan desapareció para siempre con sus dos doncellas, su perro y la sirvienta de su perro. Camaradas de confianza llevaron a las muchachas. Otros se encargaron de mí. Media hora después de haber abandonado el tren, estaba yo a bordo de un barquito pesquero en aguas de la bahía de San Francisco.

El viento soplaba por rachas, y erramos a la deriva la mayor parte de la noche.

Veía las luces de Alcatraz, en donde estaba encerrado Ernesto, y esta vecindad me reconfortaba. Al alba llegamos, a fuerza de

remos, a las islas Marín. Permanecimos ocultos allí todo el día; a la noche siguiente, llevados por la marea e impulsados por un viento fresco, cruzábamos en dos horas la bahía de San Pablo y remontábamos el Petaluma Creek.

Otro camarada me aguardaba allí con caballos, y sin dilación nos pusimos en camino a la luz de las estrellas. Al norte podía ver la masa clara del Sonoma, hacia el cual nos dirigíamos. Dejamos a nuestra derecha la vieja ciudad del mismo nombre y remontamos un cañón que se hundía en los primeros contrafuertes de la montaña. El camino carretero se convirtió en un camino forestal, que se estrechó en una vereda de animales y terminó por borrarse en los pastos de la región alta. Cruzamos a caballo la cima del Sonoma, por ser el camino más seguro; no había nadie allí para reparar en nuestro pasaje.

Nos sorprendió la aurora en la cresta de la vertiente norte y el alba gris nos vio cuesta abajo a través de los chaparrales^[99] en las gargantas profundas, todavía entibiadas por las vaharadas de este fin de verano, en donde se yerguen las majestuosas secuoias. Era para mí una comarca familiar y querida, y ahora era yo quien servía de baquiano. Allí estaba mi escondrijo, elegido por mí. Abrimos un portón y cruzamos una alta pradera; luego, después de haber franqueado una loma cubierta de encinas, bajamos a una pradera más pequeña. Volvimos a trepar a otra cima, esta vez al abrigo de madroños y manzanitas^[100] encarnadas. Los primeros rayos del sol calentaron nuestras espaldas mientras subíamos. Una bandada de codornices se elevó con gran alboroto del soto. Un enorme conejo atravesó nuestro camino en saltos rápidos y silenciosos. Luego, un gamo de gran cornamenta, con el cuello y la paleta teñidos de rojo por el sol, trepó la cuesta delante de nosotros y desapareció detrás de la cima.

Después de un rato de galope en su persecución, descendimos a pique por una pista en zigzag que el cérvido había desdeñado, hacia un magnífico grupo de secuoyas que rodeaban un estanque de aguas ennegrecidas por los minerales que arrastraban las laderas de la montaña. Conocía el camino hasta en sus menores detalles. En otro tiempo, uno de mis amigos, escritor, había sido dueño de la finca; él también se había hecho revolucionario, pero con menos suerte que yo, pues ya había desaparecido y nunca nadie supo cuándo ni cómo lo habían matado. Sólo él conocía el secreto del escondrijo a donde me dirigía. Había comprado el «rancho» por su belleza pintoresca y pagado caro, con gran escándalo de los granjeros de la zona. Le gustaba contarme cómo, cuando mencionaba el precio, los granjeros meneaban la cabeza consternados, y luego de una seria operación aritmética mental, acababan por declarar: —Usted no podrá sacar ni siquiera el seis por ciento.

Pero había muerto, y sus hijos no habían heredado la finca. Cosa curiosa: pertenecía al señor Wickson, que actualmente poseía todas las laderas orientales y septentrionales del Sonoma, desde el campo de los Spreckels hasta la línea divisoria de aguas del valle Bennett. Tenía allí un magnífico parque de gamos, que se extendía por miles de acres de praderas en suave declive, de sotos y cañones, en donde los animales triscaban en una libertad casi semejante a la del estado salvaje. Los antiguos dueños del campo habían sido expulsados y un asilo del Estado para débiles mentales había sido demolido, a fin de dejar sitio a los gamos.

Para coronar el todo, el pabellón de caza del señor Wickson estaba a un cuarto de milla de mi refugio. Pero lejos de ser un peligro, era una garantía de seguridad. Nos cobijábamos bajo la misma égida de uno de los oligarcas secundarios. Esta situación

alejaba toda sospecha. El último rincón del mundo a donde los espías del Talón de Hierro imaginarían buscarnos, a Ernesto y a mí, era el parque de gamos de Wickson.

Maneamos nuestros caballos bajo las secuoias. De un escondrijo practicado en el hueco de un árbol podrido, mi compañero sacó un montón de pertrechos: un saco de harina de cincuenta libras, cajas de conservas de todas clases, batería de cocina, mantas, brin engomado, libros y útiles para escribir, un gran paquete de cartas, un bidón de cinco galones de petróleo y un rollo de una cuerda fuerte. Este aprovisionamiento era tan considerable, que hubieran sido necesarios varios viajes para transportarlo a nuestro asilo.

Felizmente, el refugio no estaba lejos. Cargué con el paquete de cuerdas y, tomando la delantera, me metí en un soto de arbustos y de viñas entrelazadas que penetraba como una avenida de verdor entre dos montículos poblados de árboles y terminaba bruscamente en la orilla escarpada de un curso de agua. Era un arroyito alimentado por fuentes que no secaban ni los más fuertes calores del verano. Por todos lados se elevaban montículos arbolados: había un nutrido grupo; parecían arrojados allí por el gesto negligente de algún titán. Desprovistos de esqueleto rocoso, esos montículos se erguían a algunas centenas de pies de su base, pero estaban formados por tierra volcánica, el famoso suelo de viñas de Sonoma. Entre esos montículos el arroyuelo se había cavado un lecho de mucho declive y profundamente encajonado.

Fue menester emplear pies y manos para descender hasta el lecho del arroyo y, una vez allí, para seguir su curso durante unos cien metros. Entonces llegamos hasta el gran agujero en el sentido corriente de la palabra. Había que arrastrarse en un enmarañado matorral de malezas y de arbustos y al final uno se encontraba al

borde de un abismo verde. A través de esa pantalla, se podía calcular que tenía cien pies de largo, otro tanto de ancho y aproximadamente la mitad de profundidad. Tal vez a causa de alguna fisura que se había producido cuando los montículos, fueron arrojados allí y seguramente por efecto de una caprichosa erosión, la excavación se había producido en el curso de los siglos por el desagüe del arroyo. En ninguna parte aparecía la tierra desnuda. No se veía más que un tapiz vegetal, desde los pequeños musgos llamados cabellos de virgen y helechos de hojas doradas por debajo hasta las imponentes secuoias y los abetos de Douglas. Esos grandes árboles crecían aún en el muro de la sima. Algunos tenían una inclinación de cuarenta y cinco grados, pero la mayor parte se alzaban casi verticales sobre el suelo blando.

Era un escondrijo ideal. Nadie iba jamás por allí, ni siquiera los chicos de la aldea de Glen Ellen. Si el agujero hubiese estado situado en el lecho del cañón de una o varias millas de largo, habría sido muy conocido. Pero eso no era un cañón. De uno a otro extremo, el curso de agua no tenía más de quinientos metros de largo. A trescientos metros más arriba del agujero, nacía de una fuente, al pie de una pradera baja; a cien metros río abajo desembocaba en país descubierto y volvía a reunirse con el río a través de un terreno herboso y ondulado.

Mi compañero dio con la cuerda una vuelta alrededor de un tronco y, luego de atarme, me hizo bajar. En un instante estuve en el fondo y en un tiempo relativamente corto me envió por el mismo camino todas las provisiones del escondite. Izó la cuerda, la escondió, y antes de partir, me lanzó un afectuoso y cordial ¡hasta la vista!

Antes de proseguir, tengo que decir algunas palabras de ese camarada, John Carlson, humilde militante de la Revolución, uno

de los innumerables fieles que se agrupaban en nuestras filas. Trabajaba en casa de Wickson, en las caballerizas del pabellón de caza. Efectivamente, fue en los caballos de Wickson que cruzamos el Sonoma. Desde casi veinte años ya —en el momento en que escribo esto—, John Carlson ha sido el guardián del refugio, y durante todo ese tiempo, estoy segura de que ningún pensamiento desleal ha rozado su espíritu, ni siquiera en sueños. Era un carácter flemático y pesado, a tal punto que uno no podía menos de preguntarse qué es lo que la Revolución representaba para él. Y, sin embargo, el amor a la libertad proyectaba un fulgor sereno en esta alma oscura. En ciertos aspectos, era mejor que no estuviese dotado de una imaginación inquieta. Nunca perdía la cabeza. Sabía obedecer las órdenes y no era curioso ni charlatán. Un día le pregunté cómo se explicaba que fuese revolucionario.

—Fui soldado en mi juventud —me respondió—. Era en Alemania. Allá todos los jóvenes deben formar parte del ejército. En mi regimiento tenía un camarada de mi edad. Su padre era lo que usted llama un agitador y había sido encarcelado por crimen de lesa majestad, es decir, por haber dicho la verdad respecto del emperador. El muchacho, su hijo, me hablaba a menudo del pueblo, del trabajo y la manera cómo es robado por los capitalistas. Me hizo ver las cosas bajo una nueva luz y me hice socialista. Lo que decía era justo y bueno y nunca lo he olvidado. Cuando vine a los Estados Unidos, me puse en contacto con los socialistas y me hice aceptar como miembro de una sección; era en los tiempos del Partido Socialista Laborista. Más tarde, cuando ocurrió el cisma, entré en el partido Socialista local. Trabajaba entonces con un alquilador de caballos en San Francisco. Era antes del terremoto. Pagué mis cuotas durante veintidós años. Siempre sigo siendo miembro y pago mi parte, aunque todo eso se haga

hoy en gran secreto. Continuaré cumpliendo con este deber, y cuando advenga la República cooperativa, estaré contento.

Librada a mí misma, hice cocer mi almuerzo en un hornillo de petróleo y puse en orden mi nueva vivienda. En lo sucesivo varias veces, muy de mañana y después de la caída de la tarde; Carlson se deslizaba hacia mi refugio y venía a trabajar durante una o dos horas. Al principio me abrigaba con el brin engomado; luego levantamos una pequeña tienda; más tarde, cuando estuvimos tranquilos sobre la perfecta seguridad de nuestro refugio, se edificó una casita que estaba completamente escondida a cualquier mirada que pudiera escudriñar desde el borde de la sima; la lujuriente vegetación de ese rincón abrigado formaba una pantalla natural. Por lo demás, la casa se levantó sobre la pared vertical de la gruta y en ese mismo muro cavamos dos pequeñas habitaciones, secas y bien aireadas, que apuntalamos con fuertes maderos. Os ruego que me creáis si os digo que teníamos nuestras comodidades. Cuando, más adelante, el terrorista alemán Biedenbach vino a ocultarse con nosotros, instaló un aparato fumívoro que nos permitió sentarnos durante las veladas de invierno ante un fuego de leños crepitantes.

Aquí todavía, debo decir una palabra en favor de este terrorista de alma tierna, que fue ciertamente el peor conocido de todos nuestros camaradas revolucionarios. Biedenbach nunca traicionó a la Causa. No fue ejecutado por sus compañeros, como generalmente se cree. Es un infundio lanzado por las criaturas de la Oligarquía. El camarada Biedenbach era muy distraído y de mala memoria. Fue muerto de un tiro por uno de nuestros centinelas en el refugio subterráneo del Carmel, porque olvidó nuestro santo y seña. Fue un error lamentable y nada más. Es absolutamente falso que haya traicionado a su Grupo de Combate. Jamás trabajó por la

Causa un hombre más sincero y leal^[101].

Van para diecinueve años que el refugio elegido por mí ha estado casi constantemente ocupado y en todo este tiempo, dejando de lado una sola excepción, nunca fue descubierto por un extraño^[102].

Sin embargo, no estaba más que a un cuarto de milla del pabellón de caza de Wickson y a una milla apenas de la aldea de Glen Ellen. Todas las mañanas y todas las noches oía llegar y partir el tren. Y yo regulaba mi reloj por el silbato de un horno de ladrillos.

CAPÍTULO XIX

TRANSFORMACIÓN

TIENES que transformarte totalmente», me escribía Ernesto. «Es menester que dejes de existir y te conviertas en otra mujer, no sólo cambiando la manera de vestirte, sino trocando hasta tu propia personalidad. Tienes que rehacerte completamente de modo que ni yo mismo pueda reconocerte, modificando tu voz, tus gestos, tus maneras, tus modales, tu estampa y toda tu persona».

Obedecí esta orden. Horas y horas por día me ejercitaba para enterrar definitivamente a la Avis Everhard de otrora bajo la piel de una nueva mujer que podría llamar mi otro yo. Sólo a fuerza de trabajos pueden lograrse semejantes resultados. Nada más que para los detalles de mi entonación ensayaba casi sin descanso, hasta que logré fijar la voz de mi nuevo personaje y convertirla en automática. Este automatismo adquirido era condición esencial para que pudiera desempeñar bien mi papel. Tenía que llegar hasta hacerme yo misma la ilusión del cambio. Algo parecido a cuando se aprende un nuevo idioma, el francés, por ejemplo. Al comienzo, uno lo habla de una manera consciente, por un esfuerzo de voluntad. Se piensa en inglés y se traduce al francés, o bien se lee en francés, pero hay que traducir al inglés antes de comprender. Más tarde, el esfuerzo se vuelve automático: el estudiante se siente en terreno sólido, lee, escribe y «piensa» en

francés, sin recurrir para nada al inglés.

Del mismo modo, nos era necesario ejercitarnos con nuestros disfraces hasta que nuestros papeles artificiales se hubiesen convertido a tal punto reales, que necesitásemos un esfuerzo de atención y de voluntad para volver a ser nosotros mismos. Al comienzo, desde luego, andábamos un poco a ciegas y nos extraviábamos a menudo. Estábamos creando un arte nuevo y era mucho lo que teníamos que descubrir. Este trabajo progresaba en todas partes: surgían nuevos maestros en este arte, y todo un surtido de trucos y de expedientes se iban acumulando poco a poco. Este surtido se convirtió en una especie de manual que pasaba de mano en mano y que, por así decirlo, formaba parte del programa de estudios de la escuela de la Revolución^[103].

Fue por entonces cuando desapareció mi padre. Sus cartas, que me llegaban regularmente, un día dejaron de venir. No se le vio más en nuestro cuartel general de Pell Street. Le buscaron nuestros camaradas por todas partes. Todas las prisiones del país fueron registradas por nuestro servicio secreto. Pero estaba tan absolutamente perdido como si se lo hubiese tragado la tierra, y hasta el día de hoy no se ha podido descubrir el menor indicio sobre cómo lo mataron^[104].

Pasé seis meses de soledad en el refugio, pero no fueron perdidos. Nuestra organización progresaba a grandes pasos y todos los días se amontonaban montañas de trabajo ante nosotros. Ernesto y los demás jefes decidían desde sus prisiones lo que había que hacer y nos tocaba a los de fuera cumplirlo. El programa incluía, por ejemplo, la propaganda de boca en boca, la organización de nuestro sistema de espionaje con todas sus ramificaciones, el establecimiento de nuestras imprentas clandestinas y lo que llamábamos nuestro ferrocarril subterráneo,

es decir, el poner en comunicación a nuestros millares de refugios nuevos cuando faltaban eslabones en la cadena establecida a través de todo el país.

Por eso, como decía, nunca se acababa el trabajo. Al cabo de seis meses mi aislamiento quedó interrumpido por la llegada de dos camaradas. Eran dos muchachas, almas animosas, amantes apasionadas de la libertad: Laura Petersen, que desapareció en 1922, y Kate Bierce, que más tarde casó con Du Bois^[105] y que todavía está con nosotros, aguardando la próxima aurora de la era nueva.

Llegaron en un estado afiebrado, como cuadra a dos muchachas que se escaparon arañando a un peligro de muerte súbita. Entre los tripulantes del pesquero en que cruzaban la bahía de San Pablo había un espía, una criatura del Talón de Hierro, que había logrado hacerse pasar por revolucionario y penetrar profundamente en los secretos de nuestra organización. Probablemente estaba sobre mi pista, pues desde hacía tiempo sabíamos que mi desaparición había preocupado en serio al servicio secreto de la Oligarquía. Felizmente, como lo probaron los acontecimientos posteriores, no había revelado a nadie sus descubrimientos. Era evidente que había dejado para más adelante su informe, con la esperanza de llevar su plan a feliz término, encontrando mi asilo y apoderándose de mí. Sus averiguaciones murieron con él. Cuando las muchachas desembarcaron en Petaluma Creek y subieron a caballo, el espía dio un pretexto cualquiera y se las compuso para abandonar su pesquero.

Mientras iba hacia el Sonoma, John Carlson dejó que las muchachas se le adelantaran con su caballo y volvió sobre sus pasos a pie. Sus sospechas se habían despertado. Se apoderó del

espía y, de acuerdo con su relato, y por escasa que fuera la imaginación del narrador, pudimos representarnos lo que había pasado.

—Le hice la papeleta —dijo simplemente—. Le hice la papeleta —repitió, y un sombrío resplandor brillaba en sus ojos; sus manos deformadas por el trabajo se abrían y se cerraban con elocuencia—. No hizo ningún ruido. Lo escondí, y esta noche volveré para enterrarlo profundamente.

Durante este período me asombraba de mi propia metamorfosis. Alternativamente me parecía inverosímil, ya que hubiese vivido alguna vez en la tranquilidad de una ciudad universitaria, ya que me hubiese vuelto una revolucionaria aguerrida y habituada a las escenas de violencia y de muerte: una u otra de las dos cosas parecía imposible. Si una era una realidad, la otra debió haber sido un sueño, ¿pero cuál de ellas? ¿Representaba una pesadilla mi actual vida de revolucionaria escondida en una madriguera? ¿O, por el contrario, podía creermé una rebelde soñando con una existencia anterior en la que no había conocido cosas más excitantes que el té y el baile, las reuniones polémicas y las salas de conferencia? Pero, después de todo, me imagino que ésa era una experiencia común a todos los camaradas agrupados alrededor del rojo estandarte de la sociedad humana.

A menudo me acordaba de los personajes de esta otra existencia; de manera muy curiosa aparecían y reaparecían de tanto en tanto en mi nueva vida. Tal era el caso del obispo Morehouse. Después del perfeccionamiento de nuestra organización, lo habíamos buscado en vano. Lo habían cambiado de asilo en asilo. Habíamos seguido sus huellas desde el sanatorio de Napa al de Stockton, luego al hospital de Agnews, en el valle de

Santa Clara. Pero ahí se terminaba la pista. No existía su partida de defunción. Seguramente debió escaparse de una u otra manera. Estaba lejos de sospechar las terribles circunstancias en que habría de volver a verlo, o, mejor, a entreverlo, en el torbellino de muerte de la Comuna de Chicago.

Nunca volví a ver a Jackson, el hombre que había perdido su brazo en las Hilanderías de la Sierra y determinado mi conversión a la Revolución; pero sabíamos todo lo que había hecho antes de morir. No se unió en ningún momento a los revolucionarios. Exasperado por su destino, incubando en su espíritu el recuerdo del mal que se le había hecho, se hizo anarquista, no en el sentido filosófico, sino como un simple animal, enloquecido por el odio y el deseo de venganza. Y se vengó bien. Una noche, cuando todos dormían en el palacio de Pertonwaithe, burlando la vigilancia de los guardianes, lo hizo saltar en pedazos. No se escapó ni un alma, ni siquiera la de los guardianes. Y en la prisión, en donde aguardaba su enjuiciamiento, el autor del desastre se ahogó debajo de las mantas.

Muy diferentes de éste fueron los destinos del doctor Hammerfield y del doctor Ballingford. Los dos permanecieron fieles a su pesebre y por ello fueron recompensados con palacios episcopales en donde viven en paz con el mundo. Los dos se han vuelto apologistas de la Oligarquía. Los dos han engordado.

—El doctor Hammerfield —explicaba un día Ernesto— ha llegado a modificar su metafísica de modo tal que le asegure la sanción divina al Talón de Hierro, luego a incluir en esa sanción a la adoración de la Belleza y, finalmente, a reducir al estado de espectro invisible al vertebrado gaseoso de que habla Haeckel. La diferencia entre el doctor Hammerfield y el doctor Ballingford reside en qué este último concibe al dios de los oligarcas un poco

menos gaseoso, un poco menos verdadero.

Peter Donelly el capataz amarillo de las Hilanderías de la Sierra, a quien había encontrado en el curso de mi encuesta sobre el caso Jackson, nos deparaba a todos una sorpresa. En 1918 yo asistía a una reunión de los Rojos de San Francisco. De todos nuestros Grupos de Combate, era el más formidable, el más feroz y sin piedad. No formaba precisamente parte de nuestra organización. Sus miembros eran fanáticos, locos. No nos atrevíamos a fomentar y favorecer semejante estado de espíritu. Sin embargo, aunque no fuesen de los nuestros, estábamos en términos amistosos con ellos. Lo que esa noche me había llevado hasta ellos era un asunto de importancia capital. Era yo, entre unas veinte personas, la única no disfrazada. Una vez terminado mi asunto, me acompañó uno de ellos. Al pasar por un corredor sombrío, mi guía encontró un fósforo, lo acercó a su cara y se desenmascaró. Entreví los rasgos apasionados de Peter Donelly; luego el fósforo se extinguió.

—Quería simplemente mostrarle que era yo —dijo en la obscuridad—. ¿Se acuerda de Dallas, el capataz?

Recordé enseguida la cara de zorro de ese personaje.

—Pues bien, le hice la papeleta —dijo Donelly orgullosamente—. Después me hice admitir por los Rojos.

—¿Pero qué ocurrió para que usted esté aquí? ¿Y su mujer? ¿Y sus hijos?

—Muertos —respondió—. Es por eso... No —continuó con viveza—, no es para vengarlos. Todos murieron tranquilamente en sus camas... Las enfermedades, usted sabe, un día u otro. Mientras los tenía, ellos me ataban los brazos; ahora que se han ido, lo que busco es la venganza de mi virilidad infamada. Antes yo era Peter Donelly, el capataz amarillo, pero actualmente, es decir, hoy, soy

el número treinta y siete de los Rojos de San Francisco.

Ahora venga, voy a hacerla salir.

Más tarde oí hablar nuevamente de él. Me había dicho la verdad a su manera cuando me declaró que todos los suyos habían muerto. Le quedaba uno de sus hijos, Timoteo, pero el padre lo consideraba como muerto porque se había enrolado con los Mercenarios^[106] de la Oligarquía. Cada miembro de los Rojos de San Francisco se comprometía bajo juramento a cumplir doce ejecuciones por año y a suicidarse si no lograba llegar a ese número. Las ejecuciones no se realizaban al azar. Ese grupo de exaltados se reunía, frecuentemente y pronunciaba sentencias en serie contra los miembros y servidores de la Oligarquía que se habían hecho acreedores a la vindicta. Las ejecuciones se distribuían de inmediato por sorteo.

El asunto que me había llevado esa noche era precisamente un juicio de ese género. Uno de nuestros camaradas, que desde hacía varios años conseguía mantenerse como empleado en la oficina secreta del Talón de Hierro, había sido vigilado como sospechoso por los Rojos de San Francisco y lo iban a juzgar ese mismo día. Ese camarada, naturalmente, no estaba en la sala y sus jueces ignoraban que fuese uno de los nuestros. Yo tenía que ir a esa reunión a dar testimonio de su identidad y de su lealtad. Se me preguntará cómo podía estar yo al corriente de este asunto. Es muy sencillo. Uno de nuestros agentes pertenecía a los Rojos de San Francisco. Nos veíamos en la necesidad de estar muy atentos tanto sobre nuestros enemigos como sobre nuestros amigos, y ese grupo de fanáticos era demasiado importante para que escapase a nuestra vigilancia.

Pero volvamos a Peter Donelly y a su hijo. Todo fue bien para el padre hasta el día en que en el lote de ejecuciones que le había

tocado en suerte encontró el nombre de su propio hijo. Fue entonces cuando se le despertó el sentimiento de la familia que antes poseía en tal alto grado. Para salvar a su hijo, traicionó a sus camaradas. Sus planes fueron parcialmente contrarrestados, pero, a pesar de ello, ejecutaron a una docena de Rojos de San Francisco y el Grupo resultó casi aniquilado. En represalia, los sobrevivientes dieron a Donelly el fin que merecía su traición.

Su hijo no sobre vivió mucho. Los Rojos de San Francisco se comprometieron bajo juramento a ejecutarlo. La Oligarquía hizo esfuerzos inimaginables para salvarlo. Fue trasladado de una parte del país a otra. Tres de los Rojos perdieron la vida en sus vanos esfuerzos para atraparlo. Al fin, tuvieron que recurrir a una mujer, a una de nuestras camaradas, que no era otra que Anna Royston. Nuestro círculo íntimo le prohibió aceptar esta misión, pero ella siempre tuvo una voluntad un poco rebelde y desdeñosa de toda disciplina. Además, como tenía carácter y se hacía querer, no había manera de llegar a arreglos con ella. Formaba por sí misma una clase y no respondía a ningún tipo revolucionario.

A pesar de nuestra negativa a permitirle ese acto, ella persistió en quererlo cumplir. Anna Royston era una criatura muy seductora, a quien le bastaba una seña para fascinar a un hombre. Había herido a docenas de corazones de nuestros camaradas jóvenes y por veintenas había conquistado a otros para atraerlos a nuestra organización. Sin embargo, se negaba testarudamente a casarse. Quería con locura a los niños, pero pensaba que un nene suyo la apartaría de la Causa, y era a la Causa a la que había consagrado su vida.

Para Anna Royston fue un juego de niños ganar el corazón de Timoteo Donelly. No sintió ningún remordimiento, pues precisamente en esos momentos tuvo lugar la matanza de

Nashville, en donde los Mercenarios, a las órdenes de Donelly, asesinaron literalmente a ochocientos tejedores de esa ciudad. No obstante, ella no lo mató a Donelly con sus propias manos, sino que lo entregó prisionero a los Rojos de San Francisco. Esto ocurrió hace sólo un año. Ahora la han rebautizado, y los revolucionarios de todos lados la llaman «la Virgen Roja»^[107].

Dos conocidos personajes, que yo habría de volver a encontrar más tarde, fueron el coronel Ingram y el coronel Van Gilbert. El primero subió muy alto en la Oligarquía y fue nombrado embajador en Alemania. El proletariado de los dos países lo detestó cordialmente. Lo volví a encontrar en Berlín cuando, en calidad de espía internacional acreditada por el Talón de Hierro, me recibió en su casa y me prestó una ayuda preciosa. Puedo declarar aquí que mi doble papel me permitió realizar ciertas cosas de importancia capital para la Revolución. El coronel Van Gilbert se hizo famoso bajo el nombre de «Van Gilbert el cascarrabias». Su papel más importante lo desempeñó en la redacción del nuevo código, después de la Comuna de Chicago. Pero antes de eso se había hecho acreedor a una condena de muerte por su maldad demoníaca. Fui una de las personas que lo juzgaron y condenaron. De poner la sentencia en ejecución se encargó Anna Royston.

Y otro aparecido de mi antigua vida: el abogado de Jackson. Era en verdad al último personaje que me hubiera imaginado volver a ver, este José Hurd. Encuentro extraño el nuestro. Una noche, muy tarde, dos años después de la Comuna de Chicago, Ernesto y yo llegamos juntos al refugio de Benton Harbour^[108], en el lago Michigan, en la costa de enfrente de Chicago, justamente cuando acababa de terminarse el juicio de un espía. Se había pronunciado sentencia de muerte y se llevaban al condenado. En

cuanto nos vio, el desdichado se desprendió de las manos de sus guardianes y se precipitó a mis pies, abrazando mis rodillas como una tenaza e implorando mi piedad en un acceso de delirio. Cuando levantó hacia mí su cara espantada, reconocí a José Hurd. De cuantas cosas terribles había visto, ninguna me conmovió como el espectáculo de esa criatura enloquecida pidiendo gracia. Locamente aferrado a la vida, se aferraba a mí, a pesar de los esfuerzos de una docena de camaradas. Cuando al fin se lo llevaron a la rastra después de haberlo hecho soltar, me caí al suelo desvanecida. Es menos penoso ver morir a hombres valientes que escuchar a un cobarde implorar la vida.

CAPÍTULO XX

UN OLIGARCA PERDIDO

LOS recuerdos de mi antigua vida me han traído demasiado adelante en la historia de mi vida nueva. La liberación en masa de nuestros amigos prisioneros no se efectuó sino muy tarde, en el transcurso del año 1915. Por complicada que fuese la empresa, ella se realizó sin impedimentos y su éxito fue para nosotros un honor y un estímulo. De una multitud de cárceles, de prisiones militares y de fortalezas diseminadas desde Cuba hasta California, libertamos en una sola noche a cincuenta y uno de nuestros cincuenta y dos diputados y a más de trescientos otros dirigentes. No tuvimos el menor fracaso. No sólo se escaparon todos, sino que todos llegaron a los refugios preparados. Al único de nuestros representantes que no conseguimos hacer evadir fue a Arturo Simpson, muerto ya en Cabanyas después de crueles torturas.

Los dieciocho meses que siguieron marcan tal vez la época más feliz de mi vida con Ernesto; durante todo ese tiempo no nos separamos un solo instante, en tanto que más tarde, cuando volvimos al mundo, muchas veces tuvimos que vivir aparte.

La impaciencia con que aquella noche aguardaba la llegada de Ernesto era tan grande como la que experimento hoy ante la inminente rebelión. Había estado tanto tiempo sin verlo que me enloquecía la idea de que el tropiezo más insignificante de

nuestros planes pudiera retenerlo prisionero en su isla. Las horas parecían siglos. Estaba sola. Biedenbach y tres jóvenes escondidos en nuestro asilo habían ido a apostarse al otro lado de la montaña, armados y dispuestos a todo. Creo que esa noche todos los camaradas, de uno a otro extremo del país, estaban fuera de sus refugios.

Cuando ya el cielo se aclaraba con la llegada de la aurora, oí la señal dada desde arriba y me apresuré a contestarla. En la obscuridad estuve a punto de besar a Biedenbach, que bajaba delante; un segundo después estaba en los brazos de Ernesto. Tan completa era mi transformación, que en ese momento me di cuenta de que tenía que hacer un esfuerzo de voluntad para volver a ser la Avis Everhard de otrora, con sus mismas maneras, sus sonrisas, sus frases y sus entonaciones. Fue sólo a fuerza de atención que conseguí mantener mi antigua identidad. No podía estar un solo instante olvidada de mí, tan imperativo se había vuelto el automatismo de mi personalidad adquirida.

Una vez de regreso en nuestra cabaña, la luz me permitió examinar la cara de Ernesto. Aparte de la palidez resultante de su encierro en la prisión, no había cambiado nada, o, por lo menos, no se le notaba. Era el mismo de siempre, mi amante, mi marido, mi héroe. Una línea de ascetismo, sin embargo, alargaba un poco las líneas de su cara. Esta expresión de nobleza, por otro lado, no hacía más que afinar el exceso de vitalidad tumultuosa que siempre había acentuado sus rasgos. Estaba tal vez un poco más grave que antes, pero un fulgor alegre brillaba siempre en sus pupilas. A pesar de haber adelgazado unas veinte libras, estaba magníficamente en forma: había continuado ejercitando sus músculos durante su detención y los tenía de hierro. En realidad, se hallaba mejor que al entrar en cautividad. Pasaron horas antes

de que su cabeza se posase en la almohada y que se durmiese bajo mis caricias. En cuanto a mí, no pegué los ojos. Era demasiado dichosa y, además, no había compartido las fatigas de su evasión ni su carrera a caballo.

Mientras Ernesto dormía, cambié de vestidos, me peiné en otra forma y recobré mi nueva y auténtica personalidad. Cuando Biedenbach y los demás compañeros se despertaron, me ayudaron a organizar un pequeño complot. Todo estaba preparado. Nos encontrábamos en la piecita subterránea que servía de cocina y de comedor, cuando Ernesto abrió la puerta y entró. En ese momento Biedenbach me llamó con el nombre de María y yo me volví para contestarle. Miré a Ernesto con el curioso interés que una joven camarada manifestaría al ver por primera vez a un héroe tan conocido de la Revolución. Pero la mirada de Ernesto se posó apenas en mí, buscando a alguien más y dando impacientemente una vuelta alrededor de la habitación. Fui entonces presentada a él bajo el nombre de María Holmes.

Para completar la decepción, habíamos puesto un cubierto más y, al sentarnos a la mesa, dejamos una silla vacía. Tenía deseos de gritar al ver la creciente ansiedad de Ernesto. No pudo contenerse mucho tiempo.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó bruscamente.

—Todavía está durmiendo —respondí.

Era el momento crítico. Pero mi voz le resultó extraña y no reconoció en ella nada familiar. La comida continuó. Hablé mucho y exaltadamente, como habría podido hacerlo la admiradora de un héroe, y estaba claro que mi héroe era él. Mi entusiasta admiración me arrebató y lleva rápidamente al paroxismo, y, antes de que pueda adivinar mi intención, le echo los brazos al cuello y lo beso en los labios. Me aparta violentamente y pasea por todos

los rincones miradas contrariadas y perplejas... Los cuatro hombres se echan a reír a carcajadas y luego vienen las explicaciones. Al principio Ernesto se mostró escéptico. Me examinaba minuciosamente y parecía convencido a medias; luego meneaba la cabeza y no quería creer. Fue solamente cuando, volviendo a ser la Avis Everhard de antes, le murmuré al oído secretos conocidos exclusivamente por ella y él, que concluyó por aceptarme como a su verdadera mujer.

Más tarde, ese mismo día, me tomó en sus brazos, afectando un gran embarazo y acusándose de emociones polígamas.

Eres mi querida Avis dijo, pero eres también otra mujer. Siendo dos mujeres en una, constituyes mi harén. Por el momento, nada tengo que temer; mas si alguna vez los Estados Unidos se vuelven inhabitables para nosotros, tengo derechos adquiridos para convertirme en ciudadano de Turquía^[109].

Conocí entonces la dicha perfecta de nuestro refugio. Consagrábamos largas horas a trabajos serios, pero trabajábamos juntos. Nos pertenecíamos el uno al otro largas horas y el tiempo nos parecía precioso. No nos sentíamos aislados, pues había camaradas que venían y se iban, trayendo los ecos subterráneos de un mundo de intrigas revolucionarias y el relato de las luchas entabladas en todo el frente de batalla. No nos faltaban alearías en medio de esas sombrías conspiraciones. Llevábamos con paciencia muchos trabajos y sufrimientos, pero los claros en nuestras filas se llenaban de inmediato y marchábamos siempre adelante; en medio de los golpes y los contragolpes de la vida y de la muerte, encontrábamos tiempo para reír y para amar. Había entre nosotros artistas, sabios, estudiantes, músicos y poetas: en aquella madriguera florecía una cultura más noble y más refinada que en los palacios o las ciudades maravillosas de los oligarcas. Por

otra parte, muchos de nuestros camaradas se ocupaban precisamente de embellecer esos palacios y ciudades de ensueño^[110].

Tampoco estábamos confinados en nuestro refugio. Muchas veces, por la noche, para hacer ejercicio, recorriamos a caballo la montaña, sirviéndonos para eso de las cabalgaduras de Wickson. ¡Si supiera cuántos revolucionarios transportaron sus bestias! Llegamos a organizar «picnics» a sitios solitarios que conocíamos, a los que llegábamos antes de la aurora y en los cuales nos quedábamos todo el día, para no regresar sino a la caída de la tarde. Nos servíamos también de la crema y de la manteca de Wickson^[111]; y Ernesto no tenía empacho en matar sus codornices y sus conejos y hasta, de tanto en tanto, algún gamo.

En verdad, era un refugio de descanso. Me parece haber dicho, sin embargo, que una vez lo descubrieron, y esto me lleva a aclarar el misterio de la desaparición del joven Wickson. Ahora que ya ha muerto, puedo hablar con toda libertad. En el fondo de nuestro agujero había un lugar, invisible desde arriba, adonde el sol daba durante varias horas. Habíamos extendido allí algunos sacos de arena que acarrearíamos desde el río, de suerte que siempre estaba seco y tibio y era agradable dejarse tostar allí por el sol. Fue ahí donde una siesta me hallaba amodorrada a medias, con un libro de Mendenhall^[112] en la mano. Me encontraba tan cómoda y tan segura me sentía que ni siquiera conseguía conmoverme su inflamado lirismo.

Un terrón cayendo a mis Mies me hizo volver a la realidad. Luego escuché allá arriba el ruido de una rodada, y un segundo después un joven, luego de un último resbalón por la pared desmoronada, aterrizó delante de mí. Era Felipe Wickson, a quien yo no conocía entonces. Me miró sereno y silbó suavemente de

sorpresa.

—¡Caray! —exclamó; y casi en seguida, descubriéndose, agregó—. Perdone usted. No esperaba encontrar a nadie aquí.

Tuve menos tranquilidad que él. Todavía era novata en cuanto a la conducta que había que observar en las circunstancias graves. Más tarde, cuando me convertí en una espía internacional, me habría mostrado menos turbada, estoy segura. En esa circunstancia, me levanté de un salto y lancé el llamado de peligro.

—¿Qué le pasa? —preguntó, mirándome con aire curioso. ¿Por qué grita?

Era evidente que no había tenido ninguna sospecha de nuestra presencia cuando resbaló hasta allí; lo comprobé con alivio.

—¿Por qué cree usted que grité? —repliqué. Decidamente era muy torpe en aquel entonces.

—No lo sé —respondió, meneando la cabeza—; a menos que usted tenga amigos por aquí. En todo caso, esto exige explicaciones. Hay aquí algo ambiguo: usted está usurpando una propiedad privada. Estas tierras pertenecen a mi padre y...

Pero en ese momento, siempre cortés y suave, le dicen detrás, en voz baja: —¡Arriba las manos, señorito! —El joven Wickson levantó primero las manos y luego se volvió para ver de frente a Biedenbach, que le apuntaba con una pistola automática de 30.30. Wickson era imperturbable.

—¡Ajá! —dijo—, un nido de revolucionarios, un verdadero avispero, por lo que veo... Pues bien, no os quedaréis mucho tiempo aquí, os lo aseguro.

—Quizá se quede usted aquí un tiempo suficiente como para que cambie de parecer —respondió tranquilamente Biedenbach—. Mientras tanto, voy a rogarle que venga conmigo adentro.

—¿Adentro? —el joven estaba turulato—. ¿Tenéis catacumbas

por aquí? He oído hablar de estas cosas.

—Entre y verá —respondió Biedenbach— con su más exquisito tono.

—Esto es ilegal —protestó el otro.

—Sí, según su ley —respondió el terrorista de una manera significativa—. Pero según nuestra ley, la nuestra, créame que esto está perfectamente permitido. Tiene que entrarle a usted en la mollera la idea de que se ha metido en un mundo muy diferente del mundo de opresión y de brutalidad en que ha vivido.

—Es cuestión de discutirlo —murmuró Wickson.

—¡Muy bien! Quédese con nosotros a discutir la cosa.

—El joven se echó a reír y siguió a su raptor a la casa. Fue conducido al cuarto más profundo bajo tierra. Uno de los camaradas se encargó de vigilarlo, mientras nosotros debatíamos el asunto en la cocina.

Con lágrimas en los ojos, Biedenbach expuso su opinión de que debíamos matarlo, y pareció aliviado cuando la mayoría votó contra su horrible proposición. Pero, por otra parte, no podíamos pensar en dejar salir al joven oligarca.

—Tengámoslo y eduquémoslo.

—Todo puede arreglarse —declaró Ernesto.

—En tal caso —gritó Biedenbach—, solicito el privilegio de que se me permita ilustrarlo sobre la jurisprudencia.

—Todos nos adherimos riendo a esta proposición. Tendríamos, pues, prisionero a Felipe Wickson y le enseñaríamos nuestra moral y nuestra sociología. Pero antes que nada había algo que hacer: era necesario borrar todas las huellas del joven oligarca, comenzando por las que había dejado en la pendiente del pozo. Recayó esta tarea en Biedenbach, que, suspendido desde arriba por una cuerda, trabajó hábilmente todo el resto del día e hizo

desaparecer hasta la seña más insignificante. Se borraron también todas las huellas a partir del borde del agujero y siguió el curso del cañón. Luego, al ocaso, llegó John Carlson, que pidió los zapatos del joven Wickson.

Éste no quería entrenar su calzado y estaba dispuesto a defenderlo en combate singular... Pero Ernesto le hizo sentir el peso de una mano de herrero. Carlson se quejaría más tarde de las muchas ampollas y desolladuras que le habían sacado los zapatos estrechos, utilizados en una hábil tarea. Partiendo del punto en donde se había dejado de borrar las huellas del joven, Carlson después de calzarse los zapatos en cuestión, se dirigió hacia la izquierda. Caminó durante varias millas, rodeó montículos, cruzó cimas, siguió cañones y, finalmente, ahogó la pista en el agua corriente de un río. Allí se descalzó, recorrió todavía el lecho del río cierta distancia y luego se puso sus zapatos. Una semana después, el joven Wickson entraba otra vez en posesión de los suyos.

Esa noche soltaron la jauría de caza y en el refugio casi no se pudo dormir. Varias veces en el curso del día siguiente los perros bajaron el cañón ladrando, pero se lanzaron hacia la izquierda sobre la pista falsa que Carlson había preparado, para ellos. Durante todo ese tiempo nuestros hombres esperaban en el refugio con las armas en la mano: tenían revólveres automáticos y fusiles, sin contar con una media docena de máquinas infernales fabricadas por Biedenbach. Es de imaginar la sorpresa de los investigadores si se hubiesen aventurado en nuestro escondite.

He revelado ahora la verdad sobre la desaparición de Felipe Wickson, oligarca antes y más tarde fiel servidor de la Revolución. Pues concluimos por convertirlo. Su espíritu era nuevo y plástico y la naturaleza lo había dotado de una moral sana. Varios meses

después lo hicimos cruzar el Sonoma en uno de los caballos de su padre, hasta Petaluma Creek, en donde se embarcó en una pequeña chalupa de pesca. En fáciles etapas, gracias a nuestro ferrocarril oculto, lo enviamos al refugio de Carmel.

Permaneció allí ocho meses, al cabo de los cuales no quería abandonarnos, por dos razones: primero, que se había enamorado de Anna Royston, y segundo, que se había vuelto uno de los nuestros. Sólo después que se convenció de la inutilidad de su amor se sometió a nuestros deseos y consintió en volver a casa de su padre. Aunque hasta su muerte desempeñó el papel de oligarca, fue en realidad uno de nuestros más preciados agentes. Más de una vez el Talón de Hierro quedó confundido por el fracaso de sus planes y de sus operaciones contra nosotros. Si hubiese sabido cuántos de sus miembros trabajaban por nuestra cuenta, se habría explicado esos descabros. Jamás cedió la lealtad a la Causa del joven Wickson^[113]. Hasta su muerte misma estuvo determinada por esta fidelidad al deber.

Fue al asistir a una de nuestras reuniones durante la gran sedición de 1927, cuando contrajo la neumonía que lo mató.

CAPÍTULO XXI

EL RUGIDO DE LA BESTIA

DURANTE nuestra prolongada estadía en el refugio estuvimos perfectamente al tanto de cuanto ocurría en el mundo exterior, lo cual nos permitió apreciar con exactitud la fuerza de la Oligarquía contra la cual luchábamos. De las indecisiones de esta época de transición se desprendieron instituciones de formas más claras, con todos los caracteres y atributos de la permanencia. Los oligarcas habían conseguido inventar una máquina gubernamental tan complicada como vasta, pero que funcionaba, a pesar de nuestros esfuerzos por tramarla y sabotearla.

Para muchos revolucionarios fue una sorpresa: ellos no concebían semejante posibilidad. El caso es que la actividad del país continuaba. Había hombres que se afanaban en los campos y en las minas; naturalmente, no eran más que esclavos. En cuanto a las industrias esenciales, prosperaban en toda la línea. Los miembros de las grandes castas obreras estaban contentos y trabajaban de buena gana. Por primera vez en su vida conocían la paz industrial. Ya no vivían preocupados con horas reducidas, huelgas, cierre de talleres o sellos de sindicatos. Vivían en casas más confortables, en lindas ciudades para ellos, deliciosas si se las comparaba con los tugurios y los «ghettos» de otrora: Tenían mejor aliento, menos trabajo diario, más vacaciones, una elección

más variada de placeres y de distracciones intelectuales. En cuanto a sus hermanos y hermanas menos afortunados, los trabajadores no favorecidos, ese pueblo deslomado del Abismo, no se preocupaban en lo más mínimo. Se anunciaba en la humanidad una era de egoísmo. Esto, sin embargo, no es del todo exacto, pues en las castas obreras pululaban agentes nuestros, hombres que, por sobre las necesidades de su estómago, advertían las radiantes figuras de la Libertad y de la Fraternidad.

Otra institución que había adquirido forma y que funcionaba perfectamente era la de los Mercenarios. Esos cuerpos armados habían salido del antiguo ejército regular y sus efectivos llevados a un millón de hombres sin contar las fuerzas coloniales. Los Mercenarios constituían una raza aparte: habitaban ciudades para ellos, administradas por un gobierno virtualmente autónomo, y gozaban de muchísimos privilegios. Eran ellos los que consumían una gran parte del molesto excedente de riqueza. Perdieron todo contacto de simpatía con el resto del pueblo y desarrollaron una conciencia y una moral de clase aparte. Y no obstante, teníamos millares de agentes entre sus filas^[114].

La misma Oligarquía se desarrolló de una manera notable y, hay que confesarlo, inesperada. Como clase, se disciplinó. Cada uno de sus miembros tuvo su misión asignada en el mundo y estaba obligado a cumplirla. No hubo más jóvenes ociosos y ricos. Su fuerza era empleada para consolidar la de la Oligarquía. Servían ya como oficiales superiores en el ejército, ya como capitanes o lugartenientes en la industria. Seguían carreras en las ciencias aplicadas y muchos de ellos llegaron a ser ingenieros de renombre. Entraban en las numerosas administraciones del gobierno, ocupaban empleos en las administraciones coloniales y eran recibidos a millares en los diversos servicios secretos. Hacían

aprendizaje si se me permite la expresión en la enseñanza, las artes, la Iglesia, la ciencia y la literatura, y en esas diferentes ramas desempeñaban una importante función al modelar la mentalidad nacional de modo que asegurase la perpetuidad de la Oligarquía.

Les enseñaban, y más tarde ellos enseñaban a su vez, que su manera de proceder era la buena. Asimilaban el ideario aristocrático desde el momento en que, niños aún, comenzaban a recibir las primeras impresiones del mundo exterior: este ideario se lo habían impreso en sus propias fibras, al punto de que formaba parte de su carne y de sus huesos. Se veían a sí mismos como domadores de animales, como pastores de venados. Bajo sus pies se elevaban siempre los gruñidos subterráneos de la rebelión. En medio de ellos, con paso furtivo, rondaba sin cesar la muerte violenta: las bombas, las balas y los puñales representaban los colmillos de esa fiera rugiente del Abismo a la que tenían que dominar para que la humanidad subsistiese.

Porque los oligarcas se creían los salvadores del género humano y se consideraban como trabajadores heroicos sacrificándose por su mayor bien.

Estaban convencidos de que su clase era el único sostén de la civilización, y persuadidos de que si aflojaban un minuto, el monstruo los engulliría en su panza cavernosa y viscosa, con todo lo que hay de bueno y de maravilloso en el mundo. Sin ellos, reinaría la anarquía y la humanidad volvería a caer en la noche de donde había salido a costa de tantos trabajos. La horrible imagen de la anarquía era constantemente puesta ante los ojos de sus hijos, hasta que, obsesionados por este temor fomentado, éstos estuviesen dispuestos a obsesionar también a sus propios descendientes. Tal era la bestia que había que pisotear; su aplastamiento constituía el supremo deber de la aristocracia. En

resumen, ellos solos, con sus esfuerzos y sacrificios incesantes, se mantenían entre la débil humanidad y el monstruo voraz. Lo creían a pie juntillas, estaban seguros de ello.

No podría insistir bastante sobre esta convicción de rectitud moral común a toda la clase de los oligarcas. Este convencimiento era la fuerza del Talón de Hierro, y muchos camaradas tardaron demasiado en comprenderlo o lo comprendieron a regañadientes. La mayoría atribuía la fuerza del Talón de Hierro a su sistema de recompensas y de castigos. Es un error. El cielo y el infierno pueden entrar como factores primordiales en el celo religioso de un fanático, pero para la mayoría son accesorios con respecto al bien y al mal. El amor al bien, el deseo del bien, el descontento de lo que no sea absolutamente bien, en una palabra, la buena conducta, he aquí el factor principal de la religión. Y puede decirse otro tanto de la Oligarquía. La prisión, el destierro, la degradación, por una parte, y por otra, los honores, los palacios, las ciudades de maravilla, no son más que contingencias. La gran fuerza motriz de los oligarcas es su convicción de hacer bien. No nos detengamos en las excepciones; no tengamos en cuenta la opresión y la injusticia en medio de las cuales nació el Talón de Hierro. Todo eso es conocido, admitido, comprendido. De lo que se trata es de que la fuerza de la Oligarquía reside actualmente en su concepción satisfecha de su propia rectitud^[115].

Y a la inversa, también la fuerza de la revolución, durante estos últimos y terribles veinte años, residió en su conciencia de ser honrada. De otra manera no se explican nuestros sacrificios ni el heroísmo de nuestros mártires. Es por esta sola razón que el alma de un Mendenhall se inflamó por la Causa y escribió su admirable «Canto del Cisne» en la noche que precedió a su suplicio. Es por esta razón que Huberto murió en medio de las torturas,

negándose hasta el fin a traicionar a sus camaradas. Es por este motivo que Anna Royston rechazó la dicha de la maternidad y que John Carlson se quedó, sin sueldo, como fiel guardián del refugio de Glen Ellen. Que se les pregunte a todos los camaradas revolucionarios, hombres o mujeres, jóvenes o viejos, eminentes o humildes, geniales o simples, y se comprobará siempre que fueron movidos poderosa y persistentemente por su sed de justicia.

Pero volvamos a nuestra historia. Antes de salir de nuestro refugio, Ernesto y yo comprendíamos perfectamente hasta qué punto se había desarrollado el poderío del Talón de Hierro. Las castas obreras, los Mercenarios, los innumerables agentes y policías de toda clase habían sido ganados completamente por la Oligarquía. Vista la situación, y haciendo abstracción de la pérdida de su libertad, vivían con más comodidad que antes. Por otra parte, la gran masa desesperada del pueblo del Abismo se hundía en un embrutecimiento apático y satisfecho de su miseria. Cada vez que algunos proletarios de fuerza excepcional se distinguían en el rebaño, los oligarcas se apoderaban de ellos y los admitían en las castas obreras o en las filas de los Mercenarios. De este modo, todo descontento se aplacaba: y el proletariado se encontraba privado de sus jefes naturales.

La condición del pueblo del Abismo era lamentable. Para ellos había muerto la escuela comunal. Vivían como bestias en «ghettos» hormigueantes y sórdidos; se pudrían en la miseria y en la degradación. Habían sido suprimidas todas sus antiguas libertades. A esos esclavos del trabajo les era negada hasta la misma elección de ese trabajo. Se les negaba igualmente el derecho de mudar de residencia y el de llevar armas. Eran siervos, no de la tierra, como los granjeros, sino de las máquinas y del trabajo. Cuando la necesidad de ellos se hacía sentir para una

tarea extraordinaria, como la construcción de grandes carreteras, líneas aéreas, canales, túneles, pasajes subterráneos o fortificaciones, se procedía a la leva en los «ghettos» de trabajadores y los llevaban de a decenas de millares, de grado o por fuerza, hasta el sitio de las obras. Verdaderos ejércitos de siervos trabajaban actualmente en la construcción de Ardis, amontonados en miserables barracas en donde es imposible la vida de familia y donde la decencia está proscrita por una promiscuidad bestial. En verdad, esa bestia rugiente del Abismo, tan temida por los oligarcas, está muy bien donde está, pero no hay que olvidar que son éstos los que la crearon y la mantienen, son éstos los que impiden la desaparición del mono y del tigre en el hombre.

En este momento precisamente corre el rumor de que se han proyectado nuevas levas para la construcción de Asgard, la ciudad maravillosa que debe sobrepasar todo el esplendor de Ardis cuando ésta esté terminada^[116]. Seremos nosotros, los revolucionarios quienes nos encargaremos de continuar esta gran obra, pero ella no será realizada por miserables siervos. Los muros, las torres y las flechas de esta ciudad feérica se elevarán al ritmo de canciones, y en su belleza incomparable no se amalgamarán suspiros y gemidos, sino armonías y alegrías.

Ernesto estaba impaciente por volver a entrar en el mundo y en plena actividad, pues los tiempos parecían maduros para nuestro primer levantamiento, el que fracasó tan lamentablemente en la Comuna de Chicago. Sin embargo, él sabía disciplinar su alma para la paciencia; mientras duró su tormento, mientras Hadly, a quien se había mandado venir expresamente desde Illinois, lo transformaba en otro hombre^[117], daba vueltas en su cabeza a proyectos de organización del proletariado

instruido y preparaba planes para mantener por lo menos un rudimento de educación en el pueblo del Abismo, para el caso, sin duda, de que fracasase la primera rebelión.

Hasta enero de 1917 no salimos del refugio. Todo estaba previsto. Inmediatamente sentamos plaza como agentes provocadores del Talón de Hierro. Yo pasaba por hermana de Ernesto. Este puesto nos había sido proporcionado por oligarcas y por camaradas que gozaban de autoridad en su círculo íntimo; estábamos en posesión de todos los papeles necesarios y hasta nuestro pasado se encontraba en regla. Con la ayuda del círculo íntimo, eso no era tan difícil como podría parecer a primera vista, pues en ese mundo de sombras que era el servicio secreto, la identidad era siempre una cosa más o menos nebulosa. Semejantes a fantasmas, los agentes iban y venían, obedecían órdenes, cumplían deberes, seguían pistas, presentaban informes a oficiales a menudo desconocidos, o cooperaban con otros agentes a los cuales nunca habían visto y a los que nunca más volverían a ver.

CAPÍTULO XXII

LA COMUNA DE CHICAGO

NUESTRA condición de agentes provocadores nos permitía no sólo viajar libremente, sino que nos ponía en contacto con el proletariado y con nuestros camaradas revolucionarios. Hacíamos pie en los dos campos a la vez, sirviendo en forma ostensible al Talón de Hierro, pero trabajando en secreto y con todo nuestro corazón por la Causa. Los nuestros eran muchos en los diversos servicios secretos de la Oligarquía, y a pesar de las expurgaciones y modificaciones incesantes, nunca pudieron eliminarnos del todo. Ernesto había contribuido en gran parte a preparar el plan de la primera rebelión, cuya fecha había sido fijada para el comienzo de la primavera de 1918. En el otoño de 1917 todavía no estábamos listos; ni muchísimo menos; si la rebelión estallaba prematuramente, se hallaba condenada al fracaso. Como es natural, en una confabulación a tal punto compleja, toda precipitación se vuelve fatal. El Talón de Hierro la había previsto muy bien y había preparado los consiguientes planes.

Habíamos proyectado dirigir nuestro primer golpe contra el sistema nervioso de la Oligarquía. Ésta no había olvidado la lección de la huelga general y estaba precavida contra la defección de los telegrafistas, instalando estaciones de telegrafía sin hilos bajo el control de los Mercenarios. Por nuestra parte, habíamos tomado

nuestras medidas para parar este contragolpe. A una señal dada, de todos los refugios del país, de las ciudades, de las aglomeraciones y de las barracas debían salir camaradas abnegados que harían volar las estaciones radio telegráficas. Así, desde el primer choque, el Talón de Hierro se sentiría derribado y virtualmente privado del uso de sus miembros.

Al mismo tiempo, otros camaradas debían dinamitar puentes y túneles y dislocar toda la red de vías férreas. Ciertos grupos habían sido designados para apoderarse del Estado Mayor de los Mercenarios y de la policía, así como también de algunos oligarcas particularmente hábiles o que llenaban importantes funciones ejecutivas. De esta manera, los jefes del enemigo serían separados de los campos de batalla que necesariamente habían de formarse en todas partes.

Muchas cosas se cumplieron en forma simultánea en cuanto se dio la voz de orden. Los patriotas canadiense y mejicanos, cuya fuerza real el Talón de Hierro estaba lejos de suponer, se habían comprometido a secundar nuestra táctica. Además, había camaradas (mujeres, pues los hombres tenían otra cosa que hacer) encargadas de pegar en los muros las proclamas que irían saliendo de nuestras prensas clandestinas. Aquellos que ocupábamos altos cargos en el Talón de Hierro nos apañaríamos para sembrar el desorden y la anarquía en los servicios. Contábamos con millares de camaradas entre los Mercenarios. Su misión consistiría en hacer volar los depósitos y en sabotear los mecanismos delicados de todas las máquinas de guerra. En las ciudades especiales de los Mercenarios y en las de las castas obreras debían perpetrarse análogas operaciones.

En una palabra, queríamos asestar un golpe súbito, magistral y aturdidor. Antes que la Oligarquía pudiera recobrarse, sería

destruida. La operación suponía horas terribles y el sacrificio de numerosas existencias, pero ningún revolucionario se deja amedrentar por semejantes consideraciones. En nuestro plan aun, muchas cosas dependían del pueblo inorganizado del Abismo, que debía ser soltado en los palacios y las ciudades de sus amos. ¿Qué importaba la pérdida de vidas o la destrucción de propiedades? La bestia del Abismo rugiría; la policía y los Mercenarios matarían, era de esperar. Pero la bestia del Abismo rugía a cada instante, de modo que los asesinos patentados matarían de cualquier manera. Esto supone que los diversos peligros que nos amenazaban se neutralizarían recíprocamente. Entretanto, nosotros cumpliríamos nuestra tarea con una relativa seguridad y tomaríamos la dirección de todo el mecanismo social.

Tal era nuestro plan. Cada detalle había sido elaborado primero en secreto, y luego, a medida que el momento se aproximaba, comunicado a un número creciente de camaradas. Esta ampliación progresiva del complot era el punto peligroso del mismo; pero ese punto no llegó a alcanzarse, pues gracias a su sistema de espionaje, el Talón de Hierro barruntó la rebelión proyectada y se preparó para infligirnos una nueva y sangrienta lección. Eligieron a Chicago para la demostración, y ésta fue ejemplar.

De todas las ciudades, Chicago era la más madura para la revolución^[118]; la ciudad fue llamada antes Chicago la sangrienta, y ahora iba a merecer de nuevo el mote. Demasiadas huelgas habían sido allí aplastadas en la época del capitalismo, y demasiadas cabezas segadas en la última, para que los trabajadores estuviesen dispuestos a olvidar o perdonar. Hasta en el seno mismo de las castas obreras incubaba la rebelión. A pesar de su cambio de condición y de todos los favores acordados, su

odio hacia la clase dominante no se había extinguido. Este estado de espíritu había llegado a contaminar a los Mercenarios, tres de cuyos regimientos estaban inclusive dispuestos a unirse en masa a nosotros.

Chicago había sido siempre el centro de las tormentas que estallaban entre el capital y el trabajo: ciudad de combates callejeros y de muertes violentas, en donde la conciencia de clase y la organización se hallaban tan desarrolladas entre los trabajadores como entre los capitalistas, en donde antaño los mismos maestros de escuela formaban sindicatos afiliados a la Confederación Americana del Trabajo con los de los peones de albañil y de los yeseros. Chicago pues, tenía que convertirse en el centro de depresión de esta tempestad prematura que fue la primera rebelión.

El Talón de Hierro apresuró el desencadenamiento del ciclón. Lo hicieron con habilidad. Toda la población, inclusive las castas de trabajadores privilegiados, fue sometida a una serie de tratos afrentosos. Se violaron compromisos y acuerdos y se prodigaron los castigos más injuriosos por faltas insignificantes. El pueblo del Abismo fue sacado de su apatía a latigazos. El Talón de Hierro se impuso la tarea de hacer rugir a la fiera. Al mismo tiempo, daba muestras de un increíble descuido en lo que respecta a las más elementales medidas de precaución. La disciplina se había relajado entre los Mercenarios que quedaban en la guarnición, mientras que varios regimientos habían sido retirados de la ciudad y enviados a diversas regiones del país.

Para llegar a ese punto buscado no necesitaron de mucho tiempo: fue cuestión de pocas semanas. Los revolucionarios captamos ciertos rumores sobre el estado de los espíritus, pero eran demasiado vagos para hacernos comprender la realidad.

Pensábamos que esas disposiciones a la rebelión eran espontáneas y nos ciarían que hacer, pero no sospechábamos que el movimiento había sido deliberado y tan discretamente preparado en el círculo del Talón de Hierro, que nada se había filtrado hasta nosotros. La organización de ese complot por partida doble fue una maravilla, y su ejecución, otra.

Me hallaba en Nueva York cuando recibí orden pie dirigirme de inmediato a Chicago. El hombre que me la dio era unto de los oligarcas: me convencí cuando lo oí hablar, a pesar de que no conocía su nombre y de que nunca le había visto la cara. Sus instrucciones no podían ser más claras: entre líneas pude comprender que nuestra conspiración estaba descubierta y que sólo faltaba la chispa para que la contramina estallase. Innumerables agentes del Talón de Hierro, yo entre ellos, íbamos a hacer brotar esa chispa desde lejos o yendo al lugar. Me jacto de haber conservado mi sangre fría bajo la mirada penetrante del oligarca, pero mi corazón latía locamente. Antes de que terminara de darme sus órdenes implacables, me sentía dispuesta a aullar y a apretarle su garganta con mis diez dedos.

Apenas estuve fuera de su presencia, me puse a calcular el empleo de mi tiempo. Si la suerte me favorecía, podría disponer de breves minutos para entrar en contacto con algún jefe local antes de tomar el tren. Tomando mis precauciones para no ser seguida, corrí como una loca al Hospital de Urgencia y tuve la suerte de que me recibiera inmediatamente el médico jefe, el camarada Galvin. Comencé sin aliento a comunicarle la noticia, pero me detuvo: —Estoy al corriente —me dijo con calma, en contraste con el centelleo de sus ojos de irlandés—. Adivinaba el objeto de su visita. Recibí la comunicación hace un cuarto de hora, ya la he transmitido. Se hará aquí todo lo posible para que los

camaradas se mantengan tranquilos. Chicago, pero sólo Chicago, debe ser sacrificada.

—¿No intentó usted ponerse en contacto con Chicago? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No hay comunicaciones telegráficas. Chicago está aislada del mundo y el infierno va a desatarse allí.

Se detuvo un instante y le vi apretar el puño. Después estalló:

—¡Por Dios! ¡Me gustaría ir allá!

—Hay todavía la posibilidad de detener muchas cosas —dije—, siempre que mi tren no tenga un accidente y yo pueda llegar a tiempo. Tal vez otros camaradas del servicio secreto, sabedores de la verdad, hayan podido llegar allí más pronto.

—Vosotros, los del círculo íntimo, os habéis dejado sorprender esta vez —dijo—. Yo meneé la cabeza con humildad.

—Se tenían muy guardado el secreto —respondí—. Sólo los jefes han debido conocerlo antes del día de hoy. No habiendo podido llegar hasta ellos, necesariamente hemos permanecido en la ignorancia. ¡Ah, si Ernesto estuviera aquí! Tal vez ahora esté en Chicago, y en, ese caso todo va bien.

El doctor Galvin hizo un gesto negativo.

—Según las últimas noticias, acaba de ser enviado a Boston o a Nee-Haven. Este servicio secreto para el enemigo debe entorpecerlo bastante, pero es preferible a estar enterrado en un refugio.

Me levanté para irme, y Galvin me apretó vigorosamente la mano.

—No se desanime —me recomendó a manera de adiós—. Si la primera rebelión se pierde, haremos una segunda, y esta vez seremos más juiciosos. Hasta la vista y buena suerte. No sé si

volveré a verla. Debe ser terrible allá, pero daría diez años de mi vida por tener la suerte de estar en Chicago.

El Siglo XX^[119] salía de Nueva York a la seis de la tarde y se calculaba que llegaría a Chicago a las siete de la mañana. Pero esa noche se demoró. Ibamos detrás de otro convoy. Entre los viajeros de mi coche Pullman se encontraba el camarada Hartman, que, como yo, pertenecía al servicio secreto del Talón de Hierro. Fue él quien me habló de ese tren que nos precedía: era una reproducción perfecta del nuestro, pero no había viajeros en él. Estaba destinado a volar en lugar del Siglo XX para el caso de que atentasen contra éste. Aun en nuestro tren era escaso el número de viajeros: no conté más que doce o trece pasajeros en nuestro coche.

—Deben viajar personajes muy importantes en este tren —dijo Hartman—. He visto un vagón privado a la cola.

Era noche cerrada cuando se efectuó el primer cambio de locomotora; bajé al andén para respirar un poco de aire puro y tratar de observar lo que pudiese. Por las ventanillas del vagón reservado alcancé a ver a tres hombres que conocía. Hartman tenía razón. Uno de ellos era el general Altendorff; los otros dos, Masson y Vanderbold, representaban el cerebro del servicio de la Oligarquía.

Era una hermosa noche de lucha, pero yo estaba agitada y no podía dormir. A la cinco de la mañana me vestí y me levanté.

Pregunté a la sirvienta del gabinete de señoras cuánto retraso llevábamos, y me respondió que dos horas. Era una mulata; tenía rasgos salvajes y grandes ojeras sombreaban sus ojos, que parecían dilatados por una persistente angustia.

—¿Qué tiene? —le pregunté.

—Nada, señorita —respondió—; pasa que no he dormido bien.

La miré más atentamente y arriesgué uno de nuestros signos. Ella respondió, y me confirmó que era una de las nuestras.

—En Chicago va a ocurrir algo terrible —dijo—. Hay un tren falso delante de nosotros. Ese tren y los convoyes de tropas nos están demorando.

—¿Trenes militares? —pregunté.

Hizo una seña afirmativa.

—La línea está abarrotada —me explicó—. Toda la noche hemos estado pasando trenes, y todos se dirigen a Chicago. Algunos están en combinación con la línea aérea. Eso quiere decir mucho —y agregó, a manera de excusa—: Tengo un buen amigo en Chicago. Es de los nuestros. Está con los Mercenarios y tengo miedo por él.

¡Pobre muchacha! Su amante pertenecía a uno de los tres regimientos infieles.

Hartman y yo almorzamos juntos en el coche comedor; hice lo posible por comer. El cielo estaba encapotado y el tren corría como un trueno monótono a través de los tules grisáceos del día que avanzaba. Hasta los negros que nos servían sabían que se preparaba algún acontecimiento trágico. Habían perdido su habitual ligereza de carácter y parecían oprimidos. Se mostraban lentos en el servicio, porque su espíritu estaba en otra parte y cuchicheaban entristecidos en el extremo del vagón, cerca de la cocina. Hartman veía la situación bajo un aspecto desesperado.

—¡Qué podemos hacer! —exclamó por vigésima vez, alzándose de hombros. Luego, señalando la ventana, agregó—: Fíjese. Todo está listo. Puede usted estar segura que están preparados así hasta una distancia de treinta o cuarenta millas fuera de la ciudad en todas las vías férreas.

Señalaba al hablar los trenes militares alineados en los

apartaderos y vías muertas. Los soldados preparaban su rancho en las fogatas, cerca de los rieles, y miraban con curiosidad nuestro tren que corría, sin aminorar su marcha, como el rayo.

Cuando entramos en Chicago, todo estaba tranquilo. Era evidente que allí no ocurría todavía nada anormal. En los suburbios nos alcanzaron los diarios de la mañana. Nada anunciaban, y, sin embargo, los habituados a leer entre líneas podían encontrar en ellos muchas cosas que escapaban al lector corriente. La mano astuta del Talón de Hierro aparecía en cada columna: se dejaban entrever ciertos puntos débiles en la armadura de la Oligarquía, pero, desde luego, no se hablaba de nada definitivo; buscábase que el lector encontrase su camino a través de esas alusiones. Estaba hecho con mucha habilidad. Como novelas de intriga, esos diarios de la mañana del 27 de octubre eran una obra maestra.

Faltaba la información local, y sólo esta ausencia era un golpe maestro, pues envolvía a Chicago en el misterio y sugería al lector común de esta ciudad la idea de que la Oligarquía no se atrevía a dar noticias locales. Una firma se refería a los rumores, naturalmente falsos, de actos de insubordinación cometidos en todos lados, mentiras groseramente disfrazadas bajo alusiones complacientes a las medidas de represión que habría que tomar. Otra enumeraba toda una serie de atentados con dinamita contra las estaciones de la telegrafía sin hilos, y las fuertes recompensas prometidas a los que denunciasen a sus autores. Se anunciaban muchas otras fechorías parecidas y no menos imaginarias, pero conformes con los planes de los revolucionarios. Todo eso estaba encaminado a crear en el espíritu de los camaradas de Chicago la impresión de que comenzaba una rebelión general, mientras se sembraba confusión sobre la misma al dar cuenta de fracasos

parciales. Para quien no estuviese al corriente, era imposible escapar a la sensación vaga, pero cierta, de que todo el país se hallaba maduro para un levantamiento que ya había comenzado a estallar.

Un telegrama decía que la defección de los Mercenarios de California se había hecho tan grave, que media docena de regimientos habían sido desbandados o destruidos, y los soldados con sus familias expulsados de sus ciudades especiales y arrojados en los «ghettos» de los trabajadores. Pues bien, los Mercenarios de California eran, en realidad, los más fieles de todos a sus empleadores. Pero ¿cómo podían saberlo en Chicago, aislada del resto del mundo? Había también un despacho, mutilado en la transmisión, que describía un levantamiento del populacho en Nueva York, con el cual habrían hecho causa común las castas obreras, y que terminaba con la afirmación (destinada a ser tomada como «bluff») de que las tropas eran dueñas de la situación.

Pero no sólo por medio de la prensa los oligarcas habían intentado sembrar engañosas informaciones. Más tarde nos enteramos de que en varias ocasiones, en las primeras horas de la noche anterior, habían llegado despachos telegráficos destinados únicamente a ser sorprendidos por los revolucionarios.

—Me parece que el Talón de Hierro no tendrá necesidad de nuestros servicios —observó Hartman, doblando el diario que acababa de leer, cuando el tren entró en la estación central—. Han perdido el tiempo enviándonos aquí. Evidentemente, sus planes les han salido mucho mejor de lo que esperaban. De un momento a otro va a desatarse el infierno.

Se volvió para contemplar el tren que acabábamos de abandonar.

—No me equivoqué —dijo—. Desengancharon el vagón reservado cuando trajeron los diarios al tren.

Hartman estaba completamente abatido. Intenté reconfortarlo, pero parecía ignorar mis esfuerzos. De pronto se puso a conversar muy rápido y en voz baja, mientras cruzábamos la estación. Al principio no comprendí.

—No tenía seguridad —me decía—, y a nadie le hablé. Hace semanas que intento lo imposible y no he podido llegar a la evidencia. Tenga cuidado con Knowlton. Sospecho de él. Conoce el secreto de muchos de nuestros refugios. Tiene en sus manos la vida de centenares de los nuestros; y me parece que es un traidor. Más que nada, es una impresión mía. Me ha parecido observar en él cierto cambio desde hace un tiempo. Es posible que nos haya vendido o, en todo caso, va a vendernos. Estoy casi seguro. Yo no quería decir una sola palabra a nadie, pero, no sé por qué, me imagino que no saldré con vida de Chicago. No le quite la vista de encima. Trate de atraerlo a un lazo. Desenmáscárelo. No sé nada más. No es más que una intuición de la que hasta ahora no he logrado dar con el hilo conductor.

En ese momento salíamos a la acera.

—Acuérdese —concluyó Hartman con tono apremiante—: no le quite los ojos de encima.

Y tenía razón. No había pasado un mes, que va Knowlton pagaba la traición con su vida. Fue ejecutado con todas las formalidades por los camaradas de Milwaukee.

Todo estaba tranquilo en las calles, demasiado tranquilo. Chicago parecía muerta. No se oía el tráfago de los negocios y ni siquiera habían salido los coches. Los tranvías a nivel y los aéreos no circulaban. Sólo a intervalos se encontraban en las aceras algunos raros transeúntes que no se demoraban. Andaban muy

deprisa y con un fin evidentemente definido y, sin embargo, se adivinaba en su marcha una curiosa indecisión: parecían temer que las casas se les cayesen encima, o que la acera se hundiese bajo sus plantas. Algunos chicuelos, empero, correteaban, y en sus ojos se leía una atención contenida, como si aguardasen sucesos maravillosos y conmovedores.

De algún sitio, a una gran distancia hacia el sur, nos llegó el ruido sordo de una explosión. Eso fue todo. Renació la calma, aunque los chicos, puestos sobre aviso, prestasen oídos, como los jóvenes gamos, en dirección al ruido. Las puertas de todos los edificios estaban cerradas, las persianas de los comercios bajas. En cambio, aparecían muy visibles muchos policías y guardas; de vez en cuando pasaba rápidamente una patrulla de Mercenarios en automóvil.

De común acuerdo, Hartman y yo decidimos que era inútil presentarse a los jefes locales del servicio secreto. Esta omisión, lo sabíamos, sería excusada en favor de los sucesos siguientes. Nos dirigimos, pues, hacia el «ghetto» de los trabajadores del barrio sur con la esperanza de entrar en contacto con algunos de nuestros camaradas. Era demasiado tarde, como lo sospechábamos; pero no podíamos quedarnos de brazos cruzados en esas calles horriblemente silenciosas. ¿Dónde estaba Ernesto?, me preguntaba. ¿Qué pasaba en la ciudad de las castas obreras y en la de los Mercenarios? ¿Y en la fortaleza?

Como respondiendo a esta pregunta, se elevó en el aire un rugido prolongado, un fragor un poco apagado por la distancia, pero entrecortado por una serie de detonaciones precipitadas.

—¡Es la fortaleza! —exclamó Hartman—. ¡Qué el cielo tenga piedad de esos tres regimientos!

Desde una encrucijada de calles notamos una gigantesca

humareda que se elevaba por el barrio de los almacenes de abastecimiento. En la esquina siguiente advertimos varias otras que subían al cielo en el barrio del oeste. Encima de la ciudad de los Mercenarios se mecía un globo cautivo, que estalló en el momento en que lo mirábamos, y sus partes encendidas se desparramaron en una gran área. Esta tragedia aérea no nos decía nada, pues ignorábamos si el globo estaba tripulado por amigos o por enemigos. En nuestros oídos zumbaba un ruido vago, algo así como el hervor lejano de una caldera gigantesca. Hartman me dijo que era el crepitar de las ametralladoras y de los fusiles automáticos.

Entretanto, avanzábamos siempre en una vecindad tranquila, en la que no ocurría nada extraordinario. Pasaron agentes de policía y patrullas en automóvil, y luego una media docena de autobombas, que indudablemente volvían de un incendio cualquiera. Un oficial en automóvil llamó a los bomberos, uno de los cuales le respondió gritando: «¡No hay agua! Hicieron volar las cañerías principales».

—Destruimos el aprovisionamiento de agua —exclamó Hartman, entusiasmado—. Si podemos hacer semejante cosa, en una tentativa prematura, aislada y abortada de antemano, ¿qué no haríamos si el esfuerzo se hubiese madurado y concertado en todo el país?

El automóvil del oficial que había formulado la pregunta partió velozmente. De pronto, algo estalló con estrépito ensordecedor: el automóvil, con su cargamento humano, fue levantado en un torbellino de humo y luego cayó hecho un montón de desechos y de cadáveres.

Hartman esta exultante.

—¡Bravo, bravo! —repetía en voz baja—. Hoy el proletariado

recibirá una lección, pero también las da.

La policía acudía hacia el lugar del siniestro. Otro automóvil patrullero se había detenido. En cuanto a mí, estaba como atontada por lo súbito del suceso. No comprendía lo que acababa de pasar delante de mis ojos, y apenas si me daba cuenta de que habíamos sido detenidos por la policía. De repente vi a un agente que se disponía a derribar a Hartman; pero éste, siempre de sangre fría, le dio el santo y seña: vi el revólver que apuntaba vacilar, luego bajar y escuché al policía refunfuñar su disculpa, decepcionado. Estaba encolerizado y maldecía a todo el servicio secreto. Declaraba que uno andaba siempre a los tropezones con esa gente. Hartman le respondía con la suficiencia propia de los agentes del servicio de informaciones y le denunciaba por lo menudo los errores de la policía.

Como quien sale de un sueño, me percaté de lo ocurrido. Se había formado alrededor de los restos un gran corro, y dos hombres estaban levantando al oficial herido para transportarlo en otro coche. Un pánico súbito se apoderó de ellos, y el grupo, enloquecido, se dispersó en todas direcciones. Los dos hombres habían dejado caer rudamente al herido y corrían como los demás. El agente gruñón se echó a correr también, y Hartman y yo hicimos otro tanto, sin saber por qué, impulsados por un terror ciego de alejarnos cuanto antes de ese sitio fatal.

En ese momento no pasaba nada, y, sin embargo, me lo expliqué todo. Los fugitivos volvían tímidamente, pero a cada instante levantaban la mirada con aprensión hacia las ventanas altas de las grandes casas que dominaban la calle de ambos lados, cómo los acantilados de una abrupta garganta. De una de esas innumerables ventanas se había lanzado la bomba, pero ¿de cual? No había habido segunda bomba, pero se la había temido.

En adelante, también nosotros mirábamos hacia las ventanas con ojos alertas. Detrás de cualquiera de ellas la muerte podía estar agazapada. Todo edificio era una posible emboscada. Era la guerra en esta jungla moderna que es la gran ciudad. Cada calle representaba un cañón, cada construcción una montaña. Nada había cambiado desde los tiempos del hombre primitivo, a pesar de los automóviles de guerra que corrían a nuestro alrededor.

A la vuelta de una esquina encontramos a una mujer que yacía en el suelo, en medio de un charco de sangre. Hartman se inclinó hacia ella. En cuanto a mí, me sentía desfallecer. Ese día debería ver muchos muertos, pero la matanza en masa iba a afectarme menos que ese primer cadáver abandonado allí, a mis pies, en el pavimento.

—Recibió un balazo en el pecho —declaró Hartman.

La mujer apretaba en sus brazos, como a un niño, a un paquete de impresos. Aun muriendo, no había querido separarse de lo que había causado su muerte. Cuando Hartman logró quitarle el paquete, vimos que se componía de grandes hojas impresas con las proclamas de los revolucionarios.

—¡Una camarada! —exclamé.

Hartman se limitó a maldecir al Talón de Hierro, y proseguimos nuestro camino. Varias veces fuimos detenidos por agentes o patrullas, pero las palabras de clave nos permitieron continuar. Ya no llovían bombas de las ventanas; los últimos transeúntes parecían haberse evaporado y la tranquilidad de nuestra inmediata vecindad se había vuelto más profunda que nunca. Sin embargo, la gigantesca caldera continuaba en ebullición allá lejos, el ruido de sordas explosiones llegaba desde todos lados y columnas de humo cada vez más numerosas erguían más arriba sus penachos siniestros.

CAPÍTULO XXIII

LA HECATOMBE DEL ABISMO

DE pronto, las cosas cambiaron de aspecto: un estremecimiento de animación pareció vibrar en el aire. En rauda carrera pasaron dos, tres, una docena de automóviles, cuyos ocupantes nos gritaban advertencias. En la próxima esquina, uno de los coches dio un terrible viraje sin aminorar la marcha, y un segundo después, en el mismo sitio por el que acababa de pasar y del cual ya estaba lejos, la explosión de una bomba abrió un tremendo boquete en la calzada. Vimos a la policía desaparecer corriendo por las calles transversales, y sabíamos que se acercaba algo horroroso, cuyo fragor ya oíamos.

—Son nuestros bravos camaradas que llegan —me dijo Hartman. Podíamos ver ya la cabeza de la columna que cerraba la calle de una a otra acera, cuando huyó el último automóvil de guerra. Éste se detuvo frente a nosotros y de él se apeó precipitadamente un soldado que llevaba un bulto, que depositó con cuidado en la cuneta; después volvió a su sitio de un salto. Hartman corrió al borde de la acera y se inclinó sobre el objeto.

—No se acerque —me gritó.

Lo vi trabajar febrilmente con sus manos. Cuando volvió junto a mí, el sudor bañaba su frente.

—Le quité la ceba —dijo al cabo de un rato—. Ese soldado es muy torpe. La destinaba a nuestros camaradas, pero no le había

dado bastante tiempo. Hubiera estallado prematuramente. Ahora no explotará.

Los acontecimientos se precipitaban. Pasando la esquina, una media manzana más allá, alcancé a ver a algunos que miraban desde las ventanas superiores de un edificio. Acababa apenas de señalárselos a Hartman, cuando una cortina de llamas y de humo se desprendió de esta parte de la fachada, y una fuerte explosión sacudió el aire. El muro de piedra, demolido en parte, dejaba ver la armazón de hierro del interior. Momentos después, la fachada de la casa de enfrente era desgarrada por explosiones análogas. En el intervalo se escuchaba el crepitar de las pistolas y fusiles automáticos. Este duelo aéreo duró varios minutos y terminó por cesar. Era evidente que nuestros camaradas ocupaban uno de los edificios, los Mercenarios el de enfrente, y que se peleaban a través de la calle; pero nos era imposible saber de qué lado estaban los nuestros.

En ese momento, la columna que avanzaba por la calle llegaba casi hasta nosotros. En cuanto las primeras filas pasaron bajo las ventanas de los edificios rivales, la acción se reprodujo con nuevos bríos. De un lado arrojaban bombas a la calle, del otro las lanzaban contra la casa de enfrente, que replicaba. Esta vez, por lo menos, sabíamos cuál era la casa ocupada por nuestros amigos. Hacían un buen trabajo defendiendo a la gente de la calle contra las bombas del enemigo.

Hartman me asió del brazo y me arrastró a un callejón bastante ancho.

—¡No son camaradas nuestros! —me gritó al oído.

Las puertas que daban a ese callejón sin salida estaban cerradas y atrancadas. No teníamos salida, pues en ese momento la cabeza de la columna ya había pasado frente a la boca del

callejón. No era precisamente una columna, sino una masa informe, un torrente desencadenado que llenaba la calle: era el pueblo del Abismo, enloquecido por la bebida y los dolores, rugiendo y lanzándose impetuosamente para beber la sangre de sus amos. Ya había visto yo lo que era ese pueblo del Abismo: había cruzado sus «ghettos» y me parecía conocerlo; pero hoy se me antojaba que lo veía por primera vez. Su muda apatía se había desvanecido: en esa hora representaba una fuerza fascinadora y temible, una ola que se henchía en ondas de cólera visible, en oleadas rugientes y aullantes, una manada de carnívoros humanos borrachos con el alcohol saqueado en los almacenes, borrachos de odio, borrachos de sed de sangre; hombres en andrajos, mujeres en guiñapos, niños en pingajos; seres de inteligencia oscura y feroz, en cuyos rasgos se había borrado todo lo que hay de divino e impreso todo lo que hay de demoníaco en el hombre; monos y tigres; tísicos, demacrados y enormes bestias velludas; caras anémicas cuyos jugos vitales habían sido chupados por una sociedad vampira, y caras abotagadas por la bestialidad y el vicio; arpías ajadas y patriarcas barbudos con cabezas de muertos; una juventud corrompida y una vejez podrida; rostros de demonios, asimétricos y torvos, cuerpos deformes por los estragos de la enfermedad y las ansias de una eterna hambre; desechos y escorias de la vida, hordas vociferantes, epilépticas, rabiosas, diabólicas.

¿Podía haber sido de otra manera? El pueblo del Abismo no tenía nada que perder como no fuese su miseria y su dolor de vivir. ¿Y qué tenía que ganar? Nada, como no fuese una orgía final y terrible de venganza. A mi mente acudió la idea de que en ese torrente de lava humana había camaradas, héroes cuya misión había consistido en levantar a la bestia del Abismo para que el

enemigo estuviese ocupado en abatirla.

Entonces me ocurrió una cosa sorprendente; en mí se operó una transformación. Se me fue el miedo a la muerte para mí o para los demás. En una extraña exaltación, me sentía como un ser nuevo en una nueva vida. Nada tenía importancia. Por esta vez, la Causa estaba perdida, pero reviviría mañana, siempre la misma, siempre joven y ardiente. Y así, pude interesarme tranquilamente en los horrores desatados durante las horas que siguieron. La muerte no significaba nada; la vida, no mucho más. Ora observaba como espectadora los acontecimientos, ora, arrastrada por su remolino, participaba en ellos con igual curiosidad. Mi espíritu había saltado a la fría altura de las estrellas y comprendido, impasible, una nueva escala de apreciación de los valores. Creo que si no me hubiese aferrado a esta tabla de salvación, me habría muerto.

La ola humana había avanzado casi media milla cuando fuimos descubiertos. Una mujer vestida con andrajos inverosímiles, con las mejillas hundidas y los negros ojos hundidos en sus órbitas, nos vio a Hartman y a mí. Lanzó un aullido y se precipitó contra nosotros, arrastrando parte de la columna, con sus cabellos grises ondeando desgredados y en finas trenzas; le corría sangre por la frente, de una herida que tenía en el cuero cabelludo. Blandía una hacheta; su otra mano, seca y sarmentosa, estrujaba convulsivamente el vacío, como la garra de un ave de rapiña. Hartman se lanzó delante de mí. El momento no estaba para explicaciones. Nos hallábamos decentemente vestidos y eso bastaba. Su puñetazo alcanzó a la mujer entre los ojos; la fuerza del golpe la arrojó hacia atrás, pero encontró el muro movable y volvió a saltar hacia delante, aturdida y desamparada, en tanto que su hacheta caía sin fuerza en el hombro de Hartman.

Al punto perdí la noción de lo que sucedía. Estaba tapada por la muchedumbre. El reducido espacio en que nos encontrábamos se pobló de gritos, de aullidos y de blasfemias. Llovían los golpes sobre mí. Las manos desgarraban y arrancaban mis vestidos y mi carne. Tuve la sensación de que me despedazaban. Estaba a punto de ser derribada y ahogada, cuando en lo más intenso del tropel una mano férrea me asió por el hombro y me arrancó violentamente. Vencida por el sufrimiento y el aplastamiento, me desvanecí.

Hartman no debía salir vivo de ese pasadizo. Para defenderme, había afrontado el primer choque. Fue lo que me salvó, pues inmediatamente después el amontonamiento se había vuelto demasiado denso para permitir otra cosa que ciegos manotones o tirones.

Volví en mí en medio de una desenfrenada agitación; todo a mi alrededor era arrastrado por el mismo movimiento. Me sentía barrida por una monstruosa inundación que me llevaba no sabía adónde. El aire fresco me acariciaba las mejillas y llenaba mis pulmones. Desfalleciente y aturdida, sentía vagamente que un brazo fuerte rodeaba mi talle, me levantaba casi y me impulsaba hacia delante.

Me ayudaba débilmente con mis propias piernas. Delante de mí veía agitarse la espalda de una chaqueta de hombre. Rasgada de arriba abajo, a todo lo largo de la costura del medio, la hendidura latía como un pulso regular, abriéndose y cerrándose al ritmo del paso de su dueño. Este fenómeno me fascinó un buen rato, mientras recobraba mis sentidos. Después sentí mil alfilerazos en las mejillas y en la nariz y advertí que me corría sangre por la cara. Mi sombrero había desaparecido y mi cabellera, deshecha, flotaba al viento. Un dolor agudo en la cabeza

me recordó la mano que había arrancado los cabellos en el tumulto. Mi pecho y mis brazos estaban cubiertos de magulladuras y completamente doloridos.

Mi cerebro se iluminaba; sin detenerme en mi marcha, me volví para mirar al hombre que me sostenía, al que me había arrancado de la turba y salvado. Él se percató de mi movimiento.

—Vamos bien —gritó con voz ronca—. La reconocí enseguida.

Pero yo no terminaba de volver en mí. Antes de haber podido decir una palabra, pisé encima de una cosa viva que se contrajo bajo mis plantas. Empujada por los que venían detrás, no pude bajarme para mirar, pero sabía que era una mujer caída a la que millares de pies aplastaban sin descanso contra el pavimento.

—Vamos bien —repitió el hombre—. Yo soy Garthwaite.

Estaba barbudo, descarnado y sucio, pero pude reconocer en él al robusto mocetón que, unos tres años atrás, había pasado algunos meses en nuestro refugio de Glen Ellen. Me dio el santo y seña del servicio secreto del Talón de Hierro, para hacerme comprender que él también trabajaba allí.

—Voy a sacarla de aquí en cuanto se presente la ocasión —me dijo—, pero, por lo que más quiera, camine con precaución y ¡líbrese de dar un paso en falso y caer!

En aquel día todo había de ocurrir bruscamente. También de una manera brusca se detuvo la muchedumbre. Tropecé con violencia contra una gorda que marchaba delante (el hombre de la americana rasgada había desaparecido), y los que venían detrás fueron lanzados contra mí. Se había desencadenado el infierno en una cacofonía de alaridos, de maldiciones y de gritos de agonía que dominaban el tableteo de las ametralladoras y el crepitar de la fusilería. Al principio no comprendía nada. La gente caía a derecha e izquierda, a mi alrededor. La mujer que estaba delante

de mí se dobló en dos y cayó, tomándose el vientre en un loco abrazo. Junto a mis piernas, un hombre se debatía en los estertores de la agonía.

Me di cuenta de que estábamos a la cabeza de la columna. Nunca supe cómo había desaparecido la media milla de masa humana que nos precedía, y todavía me pregunto si fue aniquilada por algún aterrador artefacto de guerra, dislocada y destruida en pedazos, o si pudo escapar dispersándose. Pero el hecho cierto es que nos encontrábamos allí a la cabeza de la columna y no en el medio, y que en ese momento éramos barridos por una estridente lluvia de plomo.

En cuanto la muerte comenzó a sembrar claros en esa masa, Garthwaite, que no había soltado mi brazo, corrió a la cabeza de un puñado de sobrevivientes hacia el amplio soportal de una casa de comercio. Allí fuimos aplastados contra las puertas por una masa de criaturas ansiosas, jadeantes, y permanecemos cierto tiempo en esta horrible situación.

—¡Sí que la hice bien! —se lamentaba Garthwaite—. La traje a una buena ratonera. En la calle conservábamos cierta posibilidad de movimiento; aquí no tenemos ninguna. Sólo nos queda gritar ¡Vive ta Révolution!

Comenzó entonces lo que aguardábamos. Los Mercenarios mataban sin dar, cuartel. La espantosa presión que sentíamos al comienzo empezó a aflojara medida que progresaba la matanza. Al caer, los muertos y los agonizantes dejaban un poco más de sitio. Garthwaite colocó su boca junto a mi oído y me gritó palabras que no pude captar en medio de la horrorosa baraúnda. Sin aguardar más, me arrojó al suelo y me cubrió con el cuerpo de una mujer agonizante. Luego, a fuerza de forcejear y de empujar, se deslizó hasta mí, tapándome en parte con su propio cuerpo.

Una montaña de muertos y de moribundos comenzó a apilarse sobre nosotros, y encima de ese montón, los heridos se arrastraban gimiendo. Pero esos movimientos cesaron pronto y reinó un silencio a medias, entrecortado por las quejas, los suspiros y los estertores.

De no haber sido por la ayuda de Garthwaite, me habrían aplastado. Y aún hoy me parece inconcebible que haya podido sobrevivir después de semejante compresión. Sin embargo, y dejando los dolores aparte, el único sentimiento que me dominaba era el de la curiosidad. ¿Cómo terminaría eso? ¿Qué sentiría yo al morir? Fue así como recibí mi bautismo de sangre, mi bautismo rojo, en la carnicería de Chicago. Hasta ese momento, yo consideraba a la muerte como una teoría, pero a partir de entonces, aquélla representa para mí un hecho sin importancia, a tal punto es fácil.

Los Mercenarios, en tanto, no estaban aún satisfechos. Invadieron el porche para terminar con los heridos y buscar a los ilesos que, como nosotros, se hacían los muertos. Escuché a un hombre, arrancado de un montón, implorarles de una manera abyecta, hasta que un tiro le cortó la palabra. Una mujer se arrancó de otro montón, gruñendo y disparando tiros. Antes de morir, martilló seis veces su arma, pero no pude saber con qué resultado, pues sólo seguíamos esas tragedias por los sonidos. A cada instante nos llegaban a retazos escenas de esta clase, todas las cuales se resolvían con un tiro de revólver. En los intervalos oíamos a los soldados hablar y jurar entre los cadáveres, mientras sus oficiales los apremiaban.

Finalmente, la emprendieron con nuestro montón. Sentíamos que la presión disminuía a medida que retiraban los muertos y heridos. Garthwaite se puso a decir el santo y seña. Al comienzo

no lo oían. Alzó la voz.

—Oye eso —dijo un soldado.

Y enseguida se escuchó la orden breve de un oficial:

—¡Atención ahí! Anden con cuidado.

¡Oh, esta primera bocanada de aire, mientras nos quitaban el peso de encima! Garthwaite dijo lo necesario inmediatamente, pero a mí me hicieron sufrir un breve Interrogatorio para probar que era del servicio del Talón de Hierro.

—No hay duda: son agentes provocadores —dedujo el oficial.

Era un joven imberbe, el hijo menor de alguna gran familia de oligarcas.

—¡Oficio de porquería! —gruñó Garthwaite—. Voy a renunciar y trataré de entrar en el ejército. Ustedes sí la pasan bien.

—Se ha ganado el pase —respondió el joven oficial—; puedo darle una mano y tratar de arreglar eso. Me bastará con decir cómo lo encontré a usted.

Anotó el nombre y el número de Garthwaite y se volvió hacia mí.

—¿Y usted?

—¡Oh! Yo voy a casarme y mandaré todo esto a paseo —respondí con desenfado.

Y así nos pusimos a conversar tranquilamente, en tanto que a nuestro alrededor remataban a los heridos. Todo eso me produce ahora el efecto de un sueño pero en aquel instante me parecía la cosa más natural del mundo. Garthwaite y el joven oficial se enfrascaron en una conversación animada sobre la diferencia entre los métodos de guerra modernos y esta batalla de calles y de rascacielos empeñada en toda una ciudad. Los escuchaba atentamente mientras me peinaba y prendía alfileres en los desgarrones de mis vestidos; y, sin embargo, en todo ese tiempo

continuaba la matanza de los heridos. A veces los estampidos de los revólveres cubrían las voces de Garthwaite y del oficial, que tenían que repetirlas.

Pasé tres días de mi vida en esta carnicería de la Comuna de Chicago, y puedo dar una idea de su inmensidad diciendo que, durante ese lapso, no alcancé a ver otra cosa que la matanza del pueblo del Abismo y las batallas en las alturas entre un rascacielos y otro. En realidad, no pude ver nada de la obra heroica realizada por los nuestros, porque me vi obligada a estar del otro bando. Escuché las explosiones de sus minas y de sus bombas, y he visto el humo de los incendios provocados por ellos, y eso fue todo. Sin embargo, seguí los episodios de una gran acción aérea: el ataque en globo que nuestros camaradas llevaron contra las fortalezas. La acción tuvo lugar el segundo día. Los tres regimientos rebeldes habían sido destruidos hasta el último hombre. Las fortalezas estaban atestadas de Mercenarios, el viento soplaba en la buena dirección y nuestros aerostatos partían de un edificio de oficinas del centro.

Después de su partida de Glen Ellen, nuestro amigo Biedenbach había inventado un explosivo muy poderoso que había bautizado con el nombre de «expedita». A los globos se los había provisto con este explosivo; eran simples montgolfieras, infladas con aire caliente, grosera y precipitadamente construidas, pero que bastaron para cumplir con su misión. Vi toda la escena desde un techo vecino. El primer globo le erró completamente a las fortalezas y desapareció en el campo, pero ya sabríamos de él posteriormente. Eran sus pilotos Burton y O'Sullivan, y descendieron a la deriva encima de una línea férrea, justo cuando pasaba un tren militar a toda velocidad hacia Chicago. Los dos camaradas dejaron caer toda su carpa de expedita sobre la

locomotora. Los restos obstruyeron el tránsito durante varios días. Lo más lindo fue que, deslastrado de su carga de explosivos, el globo dio un salto en el aire y no cavó sino unas doce millas más lejos de suerte que nuestros dos héroes escaparon sanos y salvos.

La segunda aeronave fracasó desastrosamente. Volando mal y demasiado bajo, fue atravesada a balazos como una espumadera antes de alcanzar las fortalezas. Estaba tripulada por Hertfor y Guinness, que fueron despedazados al mismo tiempo en el campo en que cayeron. Presa de desesperación, Biedenbach —nos contaron después— se embarcó también, solo, en el tercer globo. Él también volaba mal, pero tuvo la fortuna de que los soldados no lograsen agujereárselo seriamente. Me parece volver a ver la escena tal como la presencié desde el techo del rascacielos: el esférico volando a la deriva y, debajo, un hombre suspendido como un punto negro. No alcanzaba a ver la fortaleza, pero los que estaban en el techo decían que ahora se encontraba justamente encima. No vi caer la carga de expedita, pero vi que el globo daba un salto en el aire. Al cabo de un instante apreciable, una gran columna de humo se levantó en el aire y fue sólo después que oí el trueno de la explosión. El tierno Biedenbach acababa de destruir una fortaleza. Después de eso, otros dos esféricos se elevaron al mismo tiempo. La explosión prematura de la expedita despedazó a uno; el otro, desgarrado por el contragolpe, vino a caer justo en la fortaleza que quedaba y la hizo saltar. Si la cosa hubiese sido calculada no habría resultado mejor, aunque dos compañeros perdieron la vida.

Vuelvo ahora a la gente del Abismo, puesto que en verdad fue con ésta sola con quien tuve que entendérmelas. Los hombres del Abismo devastaron y destruyeron todo en la ciudad propiamente dicha, pero no consiguieron ni por un segundo llegar en el oeste a

la ciudad de los oligarcas. Éstos habían tomado muy bien sus medidas protectoras.

Por espantosa que pudiese ser la devastación en el corazón de la ciudad, los oligarcas con sus mujeres y sus niños, pudieron retirarse sin sufrir el menor daño. Se dice que durante esas terribles jornadas, sus niños se divertían en los parques y que el tema favorito de sus juegos era una imitación de sus mayores pisoteando al proletariado.

Los Mercenarios, sin embargo, no encontraron fácil su tarea, no sólo cuando tuvieron que ajustar cuentas con el pueblo del Abismo, sino cuando tuvieron que pelear con los nuestros. Chicago permaneció fiel a sus tradiciones, y si bien es cierto que toda una generación de revolucionarios fue barrida, también lo es que ella se despachó asimismo a una generación de enemigos. Está de más decir que el Talón de Hierro guardó secreto sobre la cifra de sus pérdidas, pero, quedándose por debajo de la verdad, puede calcularse en ciento treinta mil el número de Mercenarios muertos.

Desgraciadamente, los camaradas no tenían ninguna probabilidad de éxito: en lugar de estar sostenidos por una rebelión de todo el país, estaban solos, de modo que la Oligarquía podía disponer contra ellos de la totalidad de sus fuerzas. En esta ocasión, hora tras hora, día tras día, trenes sobre trenes, cientos de miles de soldados de línea fueron volcados sobre Chicago.

Pero también el pueblo del Abismo era innumerable. Cansados de matar, los militares emprendieron un vasto movimiento envolvente, dirigido a rechazar al populacho, como si fuese ganado, hacia el lago Michigan. Fue al comienzo de este movimiento cuando encontramos Garthwaite y yo al joven oficial. Si esta táctica fracasó, se debió al esfuerzo espléndido de los

camaradas. Los Mercenarios, que esperaban reunir a toda la masa humana en una sola tropa, no consiguieron arrojar al lago más de cuarenta mil de esos miserables. En varias ocasiones, cuando algún grupo bien embretado era arreado hacia los muelles, nuestros amigos creaban una diversión, y la muchedumbre se escapaba por alguna abertura practicada en la red.

Poco después de nuestro encuentro con el joven oficial, vimos un ejemplo. El grupo tumultuoso en el que habíamos formado parte y que había sido rechazado, encontró su retirada cortada hacia el sur y el este, por fuertes contingentes. Las tropas que habíamos encontrado lo contenían del lado oeste. Sólo el norte estaba libre, y hacia el norte se dirigió, es decir, hacia el lago, hostigado desde tres lados por el tiro de las ametralladoras y de los fusiles automáticos. Ignoro si presintió su destino o si fue un sobresalto ciego del monstruo; lo cierto es que la muchedumbre se precipitó súbitamente por una calle transversal hacia el oeste, dio luego vuelta en la primera esquina y, volviendo sobre sus pasos, se dirigió al sur, hacia el gran «ghetto».

En ese preciso instante, Garthwaite y yo tratábamos de marchar hacia el oeste, para salir de la región de los combates callejeros: de nuevo volvimos, pues, a caer en plena refriega. Al llegar a una esquina, vimos a la multitud rugiente que se lanzaba contra nosotros. Garthwaite me asió del brazo y ya íbamos a echar a correr cuando me retuvo justo a tiempo para impedir que me cayera debajo de las ruedas de una media docena de automóviles blindados y armados con ametralladoras que acudían a toda velocidad; detrás se encontraban los soldados armados con fusiles automáticos. Mientras tomaban posición, la muchedumbre llegaba sobre ellos. Parecía inevitable que los soldados serían arrasados antes de que tuvieran tiempo de entrar en acción.

Aquí y allí los soldados descargaban sus fusiles, pero esos fuegos aislados carecían de efecto sobre la turba, que continuaba avanzando mugiendo de rabia. Era evidente que había dificultades para maniobrar con las ametralladoras. Los automóviles sobre los cuales estaban emplazadas obstruían la calle, de suerte que los tiradores tenían que tomar posición encima de los coches, o entre éstos o en las aceras. Cada vez llegaban más soldados, y nosotros no podíamos salir de semejante amontonamiento. Garthwaite me tomaba del brazo y ambos nos aplastábamos contra la pared de una casa.

La turba no había llegado a diez metros cuando entraron en acción las ametralladoras. Ante esa cortina mortal de fuego, nada podía sobrevivir. Las oleadas continuaban llegando, pero ya no avanzaban: se apilaban en un enorme montón de muertos y de heridos que se agrandaba: Los que estaban detrás empujaban a los demás hacia delante, y columnas, de una a otra cuneta, se enchufaban a sí mismas, como el árbol de un telescopio. Algunos heridos, hombres y mujeres, lanzados por encima de la empalizada de esta horrible barrera, descendían, resistiéndose, hasta bajo las ruedas de los automóviles y a los pies de los soldados, que los ensartaban en sus bayonetas. Sin embargo, vi a uno de esos desdichados incorporarse y saltar sobre un soldado, al que mordió en la garganta. Ambos, el militar y el esclavo, rodaron estrechamente abrazados en el fango.

El fuego cesó. La tarea había terminado. El populacho, detenido en su loca tentativa de abrirse paso. Dieron orden de despejar de muertos las ruedas de los automóviles blindados, que no podían avanzar sobre ese montón de cadáveres, para conducirlos hasta una de las calles transversales. Los soldados estaban retirando los cuerpos de entre las ruedas cuando ocurrió

aquello. Más tarde supimos cómo se había producido. La esquina opuesta de la misma manzana había sido ocupada por un centenar de camaradas. Se habían abierto camino entre las azoteas y los muros y conseguido llegar hasta el techo de la casa, a cuyo pie estaban los Mercenarios amontonados en la calle. Entonces tuvo lugar la contramatanza.

Sin la menor señal de advertencia, una lluvia de bombas cayó desde la cima del edificio. Los automóviles quedaron reducidos a polvo, lo mismo que un crecido número de soldados. Nos lanzamos en una carrera loca con los sobrevivientes. En la esquina de los fondos de la misma manzana, desde otro edificio, abrieron fuego sobre nosotros. Los soldados habían alfombrado la calle de cadáveres, y ahora les llegaba el turno de servir de alfombra. En cuanto a Garthwaite y a mí, nuestras vidas parecían protegidas por un hado. Como hacía un rato, volvimos a protegernos bajo un porche. Mi camarada no estaba dispuesto a dejarse atrapar otra vez. Cuando el estallido de las bombas amainó, arriesgó una mirada a izquierda y derecha.

—El populacho vuelve —me gritó. Tenemos que salir de aquí.

Corrimos tomados de la mano por la calzada ensangrentada, resbalando y chapaleando mientras nos dirigíamos a la esquina más próxima. En la calle transversal vimos a algunos soldados que huían todavía. Nada les ocurría: la vía estaba libre. Nos detuvimos para mirar hacia atrás. La turba se desbordaba lentamente, ocupada en armarse con los fusiles de los muertos y en rematar a los heridos. Vimos el fin del joven oficial que nos había socorrido. Se incorporó penosamente sobre un codo y comenzó a descargar al azar su pistola automática.

—¡Caramba, se me fueron al agua mis perspectivas de promoción! —dijo Garthwaite riendo—, en el momento en que

una mujer se arrojaba contra él blandiendo una cuchilla de carnicero. ¡Vámonos! No llevamos buen rumbo, pero de una manera u otra, saldremos del paso.

Huíamos hacia el este a través de calles tranquilas, y en cada encrucijada estábamos listos para cualquier eventualidad. Hacia el sur, un incendio inmenso oscurecía el cielo: era el gran «ghetto» que se quemaba. Al fin, me dejé caer en el cordón de la acera, agotada, incapaz de dar un paso más. Estaba magullada, deshecha, con todos mis miembros doloridos; sin embargo, no pude menos de sonreírme cuando Garthwaite, liando un cigarrillo, me dijo: —Ya sé que la metí en las brasas cuando quise sacarla del fuego, pero es que esta situación no tiene ni pies ni cabeza. Esto es un lío que no lo entiende nadie. Cada vez que intentamos salir, algo ocurre que vuelve a meternos dentro. No estamos más que a una o dos manzanas de aquel callejón de donde la saqué. Amigos y enemigos, todo está confuso. Es el caos. No se puede decir por quiénes están ocupado estos malditos edificios. En cuanto uno quiere saberlo, le cae una bombita en el cráneo. Y si uno sigue su camino tranquilamente, se lleva por delante a la turba y lo tronchan las ametralladoras, o si no se da de narices con los Mercenarios, y entonces a uno lo «paquean» los propios camaradas parapetados en las azoteas. Y como si eso no bastara, llega la turbamulta y a uno lo liquida también.

Sacudió melancólicamente la cabeza, encendió su cigarrillo y se sentó junto a mí.

—Y, como si fuera poco, ¡tengo un hambre que no es para contarla! —agregó. Me comería adoquines.

Al ratito se había puesto de pie para buscar, efectivamente, un adoquín en medio de la calle. Lo trajo y lo utilizó para romper la ventana de un comercio.

—Es una planta baja, y no sirve para gran cosa —explicó al ayudarme a cruzar la abertura que había practicado—. Pero no podemos encontrar nada mejor. Usted podrá echarse un sueñito, y yo iré a hacer una recorrida. Terminaré por sacarla de aquí, pero hace falta tiempo, tiempo, un tiempo infinito... y algo de comer.

Nos encontrábamos en una talabartería, y me improvisó una cama con cojinitos en el fondo de la tienda. Para colmo de males, sentía que se acercaba una espantosa jaqueca; por eso me consideré dichosa de poder cerrar los ojos para tratar de dormir.

—Volveré —me dijo cuando me dejó. No le prometo regresar con un automóvil, pero seguramente traeré alguna longaniza.

¡Pasarían tres años antes de que pudiese volver a ver a Garthwaite! En lugar de regresar, fue llevado a un hospital con una bala en los pulmones y otra en el cuello.

CAPÍTULO XXIV

PESADILLA

ESTABA molida, pues en la noche anterior, en el tren, no había pegado los ojos. Me dormí profundamente. La primera vez que me desperté, era de noche. Garthwaite no había vuelto. Había perdido mi reloj y no tenía la menor idea de la hora que sería. Me quedé un rato acostada, con los ojos cerrados y escuché todavía ese mismo ruido sordo de explosiones lejanas: era el infierno que seguía desatado. Me llegué hasta el frente del comercio; en el cielo se reflejaban inmensos incendios y en la calle se veía casi tan claro como en pleno día: se habrían podido leer hasta los caracteres más pequeños. De algunos grupos de manzanas más allá llegaba el crepitar de las granadas y de las ametralladoras, y de una gran distancia vino el eco de una serie de fuertes explosiones. Me volví a mi lecho de cojinillos y no tardé en dormirme.

Cuando me desperté de nuevo, se filtraba hasta mí una luz amarilla y enfermiza. Era la aurora del segundo día. Vine otra vez hasta la fachada del almacén. Cubría el cielo una nube de humo rasgada de relámpagos lívidos. En la acera de enfrente vacilaba un miserable esclavo. Con una mano se apretaba fuertemente el costado y dejaba tras sí un reguero de sangre. Sus ojos cargados de espanto miraban a todas partes y por un segundo se fijaron en mí. Su cara reflejaba la expresión patética y muda de animal

herido y acosado. Me vio, pero no existía entre nosotros, ni de su parte ni de la mía, ningún lazo de entendimiento, la menor simpatía. Se recogió sensiblemente en sí mismo y se arrastró más lejos. No podía esperar ninguna ayuda en este mundo: era una de las presas perseguidas en esta gran cacería de ilotas a que estaban entregados los amos. Todo lo que esperaba, todo lo que buscaba, era un agujero hacia donde arrastrarse y esconderse como una bestia salvaje. Lo sobresaltó el estrépito de una ambulancia que cruzaba por la esquina. Las ambulancias no estaban hechas para los suyos; con un gruñido quejumbroso se arrojó bajo el soportal. Un minuto después volvía a salir y proseguía su cojera desesperada.

Regresé a mis cojinillos y aguardé durante una hora la vuelta de Garthwaite. Mi jaqueca no se había ido; por el contrario, aumentaba. Tenía que hacer un esfuerzo de voluntad para abrir los ojos, y cuando quería fijarlos en algo experimentaba una tortura intolerable. Un martilleo formidable me martirizaba el cerebro. Débil y vacilante, salí por el escaparate roto y bajé a la calle, buscando por instinto y al azar la manera de escapar de esa espantosa carnicería. A partir de ese momento viví una pesadilla. Mi recuerdo de las horas siguientes es como el que se conserva de un mal sueño. Muchos de los acaecimientos están grabados con nitidez en mi cerebro, indelebles imágenes separadas por intervalos de inconsciencia durante los cuales han debido pasar cosas que ignoro y que no sabré nunca jamás.

Recuerdo haber tropezado en la esquina con las piernas de un hombre. Era el pobre diablo de hacía un rato, que se había arrastrado hasta allí y extendido en el suelo: vuelvo a ver sus pobres manos nudosas; se parecían más a pezuñas córneas y armadas de garras, que a manos, completamente retorcidas y

deformadas por su trabajo diario, con sus palmas cubiertas de enormes callosidades. Al recobrar mi equilibrio para proseguir mi camino, miré la cara del miserable y comprobé que todavía vivía: sus ojos, vagamente conscientes, habían reparado en mí y me veían.

Después de eso, sobreviene una de esas bienhechoras ausencias. Ya no sabía nada ni veía nada: simplemente me arrastraba en busca de un asilo. Luego mi pesadilla continúa con la visión de una calle sembrada de cadáveres. Llegué allí de repente, igual que el viajero que encuentra inopinadamente un curso de agua rápida. Pero este río no corría: helado en la muerte, parejo y uniforme, se extendía de una a otra orilla y hasta se desbordaba en las aceras; de tanto en tanto, semejantes a carámbanos superpuestos, quebraban la superficie montones de cuerpos. Pobre gente del Abismo, pobres siervos acosados, yacían ahí como los conejos de California después de una batida^[120]. Observé esta vía fúnebre en los dos sentidos: no hubo allí el menor movimiento, el menor ruido. Los edificios mudos contemplaban la escena con sus incontables ventanas. Una vez, sin embargo, y una vez solamente, vi moverse un brazo en ese río letárgico. Juraría que ese brazo se contrajo en un ademán de agonía, al mismo tiempo que se erguía una cabeza ensangrentada, espectro de horror indecible que me farfulló algo inarticulado, luego volvió a caer y no se movió más.

Veo todavía otra calle bordeada de casas tranquilas; y recuerdo el pánico que me volvió a mis sentidos violentamente cuando me encontré delante del pueblo del Abismo; pero esta vez se trataba de un río que se movía y que avanzaba en mi dirección. Luego me di cuenta de que no tenía nada que temer. La onda se deslizaba lentamente, y de sus profundidades se elevaban

gemidos, lamentos, maldiciones, chocheces, insensateces histéricas. La oleada arrastraba en su seno a los muy jóvenes y a los muy viejos, a los débiles y a los enfermos, a los impotentes y a los desesperados, a todos los desechos del Abismo. El incendio del gran «ghetto» del barrio sur los había vomitado al infierno de los combates callejeros, y nunca pude saber adónde iban ni qué se hicieron^[121].

Tengo la vaga idea de haber roto un escaparate y de haberme escondido en una tienda para evitar a una reunión tumultuosa perseguida por soldados: En otro momento, estalló una bomba cerca de mí, en una calle tranquila en la que, a pesar de haber mirado con todos mis sentidos, no advertí a ningún ser humano. Mi próxima reminiscencia clara comienza con un tiro de fusil: advierto de pronto que sirvo de blanco a un soldado que viaja en automóvil. Me erró, y al punto me pongo a hacerle señas y a gritarle el santo y seña. Mi transporte en este automóvil permanece rodeado de nubarrones, rayados, empero, por un claro. Un tiro de fusil disparado por un soldado que está sentado junto a mí, me ha hecho abrir los ojos y ver a George Milford, a quien había conocido en los tiempos de Pell Street, desplomarse en la acera. El soldado volvió a tirar, y Milford se doblaba en dos, después caía de bruces y con los miembros estirados. El soldado reía y el automóvil partía velozmente.

Todo lo que recuerdo después es que fui arrancada de un profundo sueño por un hombre que daba grandes zancadas a mi alrededor. Sus rasgos estaban descompuestos y el sudor de la frente le corría por la nariz. Apoyaba convulsivamente sus dos manos contra su pecho y la sangre chorreaba hasta el piso a cada uno de sus pasos. Vestía el uniforme de los Mercenarios. A través de la pared nos llegaba el ruido sordo de los estallidos de las

bombas. Era evidente que la casa en que me encontraba sostenía un duelo con otro edificio.

Llegó un médico a curar al soldado herido y pude enterarme que eran las dos de la tarde. Como mi jaqueca no mejoraba, el médico me dio un remedio enérgico que debía calmarme el corazón y aliviarme. Me dormí de nuevo, y cuando desperté estaba en la azotea del edificio. En la vecindad había cesado la batalla, y miraba el ataque de los aerostatos contra las fortalezas. Alguien había pasado su brazo a mi alrededor y yo me estaba acurrucadita contra él. Me parecía completamente natural que fuese Ernesto, y me preguntaba por qué tenía las cejas y los cabellos chamuscados.

La mayor de las casualidades nos hizo volver a encontrarnos en esa horrible ciudad. No dudaba un momento de que yo había salido de Nueva York, pero cuando, al pasar por la habitación en que yo reposaba, me vio, no daba crédito a sus ojos. A partir de ese momento no fue mucho lo que pude ver de la Comuna de Chicago. Después de haber observado el ataque de los globos, Ernesto me llevó al interior del edificio, en donde dormí toda la tarde y toda la noche siguiente. Pasamos allí el tercer día, y al cuarto, después que Ernesto obtuvo de las autoridades un permiso y un automóvil, salimos de Chicago.

Mi jaqueca había pasado, pero estaba cansada de cuerpo y de alma. En el automóvil, pegada a Ernesto, observaba con mirada lánguida a los soldados que trataban de hacer salir el coche de la ciudad. La batalla se prolongaba solamente en localidades aisladas. Aquí y allí, distritos enteros todavía en posesión de los nuestros, eran rodeados y vigilados por fuertes contingentes de tropas. De esta manera, los camaradas se encontraban encerrados en un centenar de trampas aisladas, mientras se trataba de

reducirlos, es decir, de matarlos, pues no les daban cuartel y ellos, por su parte, peleaban heroicamente hasta el último hombre^[122].

Cada vez que nos aproximábamos a una localidad de este tipo, los guardias nos detenían y nos obligaban a hacer un gran rodeo. Una vez nos ocurrió que el único medio de pasar dos fuertes posiciones de camaradas era atravesar una región devastada que se encontraba entre las dos. A cada lado del camino oíamos el tableteo y el rugido de la batalla, en tanto que el automóvil buscaba su camino por entre las ruinas humeantes y los muros que se tambaleaban. A menudo los caminos estaban bloqueados por montañas de escombros que nos obligaban a otros rodeos. Nos extraviábamos en ese laberinto de escombros y nuestro avance se hacía lento.

De las colmenas humanas («ghetto», talleres, etc.) no quedaban más que ruinas en las que el fuego todavía dejaba rescoldos. A lo lejos, hacia la derecha, un gran velo de humo oscurecía el horizonte. El chófer nos dijo que era la ciudad de Pullman, o, por lo menos, lo que quedaba de ella después de su completa destrucción. Había estado allí el tercer día para llevar algunos despachos. Era, según él, uno de los lugares en donde la batalla se había librado con más furia: calles enteras estaban ahora intransitables a raíz del amontonamiento de cadáveres.

Al doblar en una esquina desmantelada, el auto se encontró detenido por un verdadero talud de cuerpos: se habría creído que era una ola grande pronto a reventar. Adivinamos fácilmente lo que había pasado: cuando la muchedumbre, lanzada al ataque, doblaba la esquina, fue barrida en ángulo recto y a corta distancia por las ametralladoras que cerraban la calle lateral. Pero los soldados no escaparon al desastre. Una bomba estalló sin duda entre ellos, pues la muchedumbre, contenida unos momentos por

el amontonamiento de muertos y de moribundos, había traspasado la barrera humana y precipitado su espuma viva e hirviente. Mercenarios y esclavos yacían mezclados, desgarrados y mutilados, acostados sobre los restos de los automóviles y de las ametralladoras.

Ernesto saltó del coche. Atrajo su atención una franja de cabellos blancos que caían sobre los hombros, cubiertos solamente con una camisa de algodón. Yo no miraba en ese momento, y hasta que no trepó de nuevo al coche y se sentó a mi lado cuando el coche partió, no me dijo: —Era el obispo Morehouse.

Pronto estuvimos en pleno campo; lancé una última mirada hacia el cielo cubierto de humo. El ruido apenas perceptible de una explosión nos llegó de muy lejos. Entonces escondí mi cara en el pecho de Ernesto y lloré dulcemente por la Causa perdida. Su brazo me apretó con amor, más elocuente que las palabras.

—Perdida por, esta vez, querida —murmuró—, pero no para siempre. Hemos aprendido muchas cosas. Mañana la Causa se levantará más fuerte en sabiduría y en disciplina.

El automóvil se detuvo en una estación de ferrocarril, en donde debíamos tomar el tren para Nueva York. Mientras esperábamos en el andén, pasaron hacia Chicago tres expresos con ruido de truenos. Estaban atestados de peones andrajosos, de gente del Abismo.

—Levas de esclavos para la reconstrucción de la ciudad —dijo Ernesto—. Todos los de Chicago han sido muertos.

CAPÍTULO XXV

LOS TERRORISTAS

HASTA varias semanas después de nuestro regreso a Nueva York, Ernesto y yo no pudimos apreciar en toda su extensión el desastre que había sufrido la Causa. La situación era amarga y sangrienta. En diversos lugares, dispersos en todo el país, había habido rebeliones y matanzas de esclavos. La lista de los mártires crecía rápidamente. En todas partes se habían realizado innumerables ejecuciones. Las montañas y las comarcas desiertas desbordaban de proscritos y de refugiados acosados sin cuartel. Nuestros propios refugios estaban atiborrados de camaradas cuyas cabezas habían sido puestas a precio. Gracias a los informes de los espías, varios de nuestros asilos fueron invadidos por los soldados del Talón de Hierro.

Un gran número de amigos nuestros, descorazonados y desesperados por esta postergación de sus esperanzas, replicaban con una táctica terrorista. De este modo surgían organizaciones de combate que no estaban afiliadas a las nuestras y que nos hicieron muy mal^[123]. Esos extraviados, mientras prodigaban locamente sus propias vidas, hacían abortar a menudo nuestros planes y retardaban nuestra reconstitución.

Y a toda esta agitación la pisoteaba el Talón de Hierro, caminando impasible hacia su fin, sacudiendo toda la urdimbre social, desbrozando a Mercenarios, castas obreras y servicios

secretos para expulsar de allí a los camaradas, castigando sin odio y sin piedad, aceptando todas las represalias y llenando los claros tan pronto como se producían en su línea de combate. Paralelamente, Ernesto y los demás jefes trabajaban firmemente en reorganizar las fuerzas de la Revolución. Se comprenderá la amplitud de esta tarea si se tiene en cuenta...^[124]



JACK LONDON. Escritor estadounidense que combina en su obra el más profundo realismo con los sentimientos humanitarios y el pesimismo.

John Griffith London nació en San Francisco hijo de un astrólogo ambulante, al que no conoció, y de una espiritista que se casó con Yack London meses después del nacimiento de su hijo. Completó sus estudios de bachillerato mientras realizaba diversos trabajos. En 1897 y 1898 viajó a Alaska, empujado por la corriente de la fiebre del oro. Antes había sido marino, pescador, e incluso contrabandista.

De regreso a San Francisco comenzó a relatar sus experiencias. En 1900 publicó una colección de relatos titulada *El hijo del lobo* que le proporcionó un gran éxito popular. Publicó más de 50 libros que le supusieron grandes ingresos pero que dilapidó en viajes y alcohol. Fue corresponsal de guerra y vivió dos matrimonios

tormentosos. Se suicidó a la edad de 40 años. De ideas socialistas y siempre del lado de los trabajadores, London fue militante comunista e incluso agitador político. Pero, autodidacta como era, las lecturas del filósofo alemán Nietzsche le llevaron a formular que el individuo debe alzarse frente a las masas y las adversidades. Esta contradicción individualidad-colectividad está presente en su obra. Su tesis general es la de que el ser humano no es bueno por naturaleza, y sólo los fuertes consiguen alzarse en la vida que es dura; estos seres serán los que pongan los cimientos para una sociedad más justa. Muchos de sus relatos, entre los que destaca su obra maestra, *La llamada de la selva* (1903), hablan de la vuelta de un ser civilizado a su estado primitivo, y la lucha por la supervivencia. Su estilo, brutal, vivo y apasionante, le hizo enormemente famoso fuera de su país. Sus novelas se han traducido a numerosas lenguas.

Entre sus principales obras cabe mencionar *Los de abajo* (1903), sobre la vida de los pobres en Londres; *El lobo de mar* (1904), una novela basada en sus experiencias como cazador de focas; *Colmillo blanco* (1906) un libro pesimista sobre la crueldad, la hegemonía de los más fuertes y la lucha por la libertad; *El talón de hierro* (1908), libro donde más claramente se expresan sus ideas políticas; *John Barleycorn* (1913), un relato autobiográfico sobre su batalla personal contra el alcoholismo, y *El vagabundo de las estrellas* (1915), una serie de historias relacionadas entre sí sobre el tema de la reencarnación.

Notas

[1] La segunda revuelta fue en gran parte la obra de Ernesto Everhard, aunque, naturalmente, en cooperación con los líderes europeos. El arresto y la ejecución de Everhard constituyeron el acontecimiento más notable de la primavera de 1932. Pero había preparado tan minuciosamente ese levantamiento, que sus camaradas pudieron realizar igualmente sus planes sin demasiada confusión ni retardo. Después de la ejecución de Everhard, su viuda se retiró a Wake Robin Lodge, una casita en las montañas de la Sonoma, en California. <<

[2] Alusión evidente a la primera revuelta, la de la Comuna de Chicago. <<

[3] Sin que esto implique contradecir a Avis Everhard, puede hacerse notar que Everhard fue simplemente uno de los muchos y hábiles jefes que proyectaron la segunda revuelta. Hoy, con el curso de los siglos, estamos en condiciones de afirmar que, aunque Ernesto hubiese sobrevivido, el movimiento no habría por eso fracasado menos desastrosamente. <<

[4] La segunda revuelta fue verdaderamente internacional. Era un plan demasiado colosal para que hubiera podido ser elaborado por el genio de un solo hombre. En todas las oligarquías del mundo los trabajadores estaban listos para levantarse a una señal convenida. Alemania, Italia, Francia y toda Australia eran países de trabajadores, Estados socialistas dispuestos a ayudar a la revolución de los demás países. Lo hicieron valientemente; y fue por eso que, cuando la segunda revuelta fue aplastada, fueron aplastados ellos también por la alianza mundial de las oligarquías y sus gobiernos socialistas fueron a su vez reemplazarlos por gobiernos oligárquicos. <<

[5] John Cunningham, padre de Avis Everhard, era profesor de la Universidad del Estado en Berkeley, California. Su especialidad eran las ciencias físicas, pero se dedicaba a muchas otras investigaciones originales y estaba considerado como un sabio muy distinguido. Sus principales contribuciones a la ciencia fueron sus estudios sobre el electrón y, sobre todo, su obra monumental titulada “Identidad, de la Materia y de la Energía”, en la cual estableció sin refutación posible que la unidad última de la materia y la unidad última de la fuerza son una sola y misma cosa. Antes de él, esta idea había sido entrevista, pero no demostrada, por Sir Oliver Lodge y otros exploradores del nuevo campo de la radioactividad. <<

[6] Las ciudades de Berkeley, de Oakland y algunas otras situadas en la bahía de San Francisco están ligadas a esta última capital por abarcas que hacen la travesía en algunos minutos; virtualmente, forman una aglomeración única. <<

[7] En ese tiempo los hombres tenían la costumbre de combatir a puñetazos para llevarse el premio. Cuando uno de ellos caía sin conocimiento o era muerto, el otro se llevaba el dinero. <<

[8] Músico negro que tuvo un instante de popularidad en los Estados Unidos. <<

[9] Federico Nietzsche, el filósofo loco del siglo XIX de la era cristiana, que entrevió fantásticos resplandores de verdad, pero cuya razón, a fuerza de dar vueltas en el gran círculo del pensamiento humano, se escapó por la tangente. <<

[10] Profesor célebre, presidente de la Universidad de Stanford, fundada por donación. <<

[11] Monista idealista que durante mucho tiempo confundió a los filósofos de su época, negando la existencia de la materia, pero cuyos sutiles razonamientos acabaron por desmoronarse cuando los nuevos datos empíricos de la ciencia fueron generalizados en filosofía. <<

[12] El terremoto que destruyó a San Francisco en 1906. <<

[13] Durante este período, varios prelados fueron expulsados de la Iglesia por haber predicado doctrinas inaceptables, sobre todo cuando su prédica recordaba en algo al socialismo. <<

[¹⁴] La guardia extranjera del palacio de Luis XVI, rey de Francia, que fuera guillotinado por su pueblo. <<

[15] En esta época, la distinción entre gentes nacidas en el país o venidas de fuera era neta y celosamente marcada. <<

[16] Este libro ha continuado imprimiéndose secretamente durante los tres siglos del Talón de Hierro. Existen varios ejemplares de sus diversas ediciones en la Biblioteca Nacional de Ardis. <<

[17] En aquellos tiempos, grupos de hombres de presa poseían todos los medios de transporte y el público debía pagar tasas para servirse de ellos. <<

[18] En aquellos tiempos de desatino y de anarquía, tales disputas eran frecuentes. A veces, los obreros rehusaban trabajar; otras veces, eran los empleadores los que se negaban a dejarlos trabajar. Las violencias y las revueltas resultantes de esos desacuerdos ocasionaban la destrucción de muchos bienes y de no pocas vidas. Todo esto nos parece hoy inconcebible; ocurre lo mismo con otra costumbre de la época, la que tenían los hombres de las clases inferiores de romper los muebles cuando reñían con sus mujeres. <<

[19] Proletariado, palabra derivada del latín Proletarii. En el sistema del Censo de Servio Tulio, era el nombre dado a los que no prestaban otro servicio al Estado que educar a los niños (proles), en otras palabras, a los que no tenían importancia ni por la riqueza, ni por la situación, ni por sus aptitudes especiales. <<

[20] Autor de varias obras económicas y filosóficas, inglés de nacimiento y candidato al cargo de gobernador de California en las elecciones de 1906, por la lista del Partido Socialista, del cual era uno de sus jefes. <<

[21] No hay en la historia página más horrible que la del tratamiento de los niños y de las mujeres reducidos a la esclavitud en las fábricas inglesas durante la segunda mitad del siglo XVIII de la era cristiana. Fue en esos infiernos industriales donde nacieron algunas de las más insolentes fortunas de la época. <<

[22] Everhard habría podido encontrar un ejemplo todavía más probatorio en la actitud adoptada por la Iglesia del Sur antes de la Guerra de Secesión, cuando asumía abiertamente la defensa de la esclavitud, según se advierte en los documentos siguientes. En 1835, la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana declaró que «la esclavitud está reconocida en el Antiguo y el Nuevo Testamento, y no está condenada por la autoridad divina». La Asociación de los Baptistas de Charleston decía en su mensaje del mismo año: «El derecho que tienen los amos de disponer del tiempo de sus esclavos ha sido netamente reconocido por el Creador de todas las cosas, el cual es seguramente libre para invertir a quien le dé la gana de la propiedad de algún objeto que le agrade». El reverendo E. D. Simón, doctor en Divinidad y profesor del Colegio Metodista Randolph Macon, en Virginia, escribía: «Los extractos de las Santas Escrituras afirman de una manera inequívoca el derecho de propiedad sobre los esclavos, con todos los corolarios que se desprenden de ella. El derecho de comprarlos y de venderlos está claramente expuesto. En resumen, sea que consultemos la política judía instituida por Dios mismo, sea la opinión y las prácticas unánimes del género humano en todos los tiempos, sea en fin las prescripciones del Nuevo Testamento y la ley moral, estamos obligados a concluir que la esclavitud no es inmoral. Una vez establecido este punto y que los primeros africanos fueron reducidos legalmente a la servidumbre, el derecho de retener en ésta a sus hijos se desprende como consecuencia inevitable. Vemos, pues, que la esclavitud existente en América está fundada en derecho». No es de asombrar que la misma idea haya sido retomada por la Iglesia una o dos

generaciones después, relativa a la defensa de la propiedad capitalista. En el Museo de Asgard se encuentra un libro titulado *Essays in Application*, escrito por Henry Van Dyke y publicado en 1905. Según hemos podido conjeturarlo, su autor era un hombre de iglesia. La obra es un buen ejemplo de lo que Everhard habría llamado mentalidad burguesa. Hay que hacer notar la similitud entre la declaración de la Asociación de Baptistas citada más arriba y la que escribió Van Dyke setenta años más tarde: «La Biblia enseña que Dios posee al mundo. Lo distribuye a cada hombre según su voluntad, conforme a las leyes generales». <<

[23] Existían en esa época millares de pobres comerciantes llamados mercachifles o buhoneros. Transportaban de puerta en puerta toda su existencia de mercaderías. Era un verdadero derroche de energías. Los procedimientos de distribución eran tan confusos y desatinados como todo el conjunto del sistema social.

<<

[24] A crazy ramshackle house, expresión destinada a pintar el estado de ruina y de deterioro de las casas en que se albergaban en esa época gran número de trabajadores. Pagaban siempre un alquiler al propietario, y un alquiler enorme, dado el poco valor de esas covachas. <<

[25] En aquel tiempo, el robo era muy corriente. Todos se robaban recíprocamente. Los príncipes de la sociedad robaban legalmente o hacían legalizar sus robos, en tanto que los pobres diablos robaban ilegalmente. Nada estaba seguro a menos que fuese custodiado. Un crecido número de hombres eran empleados como guardianes para proteger las propiedades. Las casas de los ricos eran combinaciones de fortalezas, de sótanos abovedados y de cajas fuertes. La tendencia que todavía notamos entre los chicos de apropiarse del bien ajeno es considerada como una supervivencia rudimentaria de esta disposición al despojo, entonces universalmente extendida. <<

[26] Los trabajadores eran llamados a sus tareas y despedidos de las mismas por medio de silbatos a vapor horriblemente chillones, que desgarraban los tímpanos. <<

[27] La función de los abogados de corporaciones era la de servir por métodos desleales los instintos rapaces de esas asociaciones. En 1905, el señor Teodoro Roosevelt, presidente a la sazón de los Estados Unidos, decía en su discurso de apertura de Harvard: «Todos sabemos que en el estado actual de cosas un gran numero de los miembros más influyentes y mejor distribuidos del foro se especializan en todas las aglomeraciones ricas, en la preparación de planes audaces e ingeniosos encaminados a permitir a sus clientes ricos, individuos o corporaciones, la evasión de las leyes dictadas en el interés público para regir el empleo de las grandes fortunas». <<

[28] Este ejemplo da una idea de la lucha a muerte que hacia estragos en toda la sociedad. Los hombres se despedazaban mutuamente, como lobos hambrientos. Los lobos grandes se comían a los pequeños, y Jackson era uno de los más débiles en esta horda humana. <<

[29] Digamos, no para explicar el juramento de Smith, sino el verbo enérgico empleado por Avis, que esas virilidades de lenguaje, comunes entonces, expresaban perfectamente la bestialidad de la vida que se llevaba, vida de felinos más que de seres humanos. <<

[30] Alusión al total de los votos obtenidos por la lista socialista en las elecciones de 1910. El aumento progresivo de este total indica el rápido crecimiento del Partido de la Revolución en los Estados Unidos. Era de 2.068 votos en 1888, de 123.713 en 1902, de 435.040 en 1904, de 1.108.427 en 1908 y, en 1910, de 1.608.211.

<<

[31] En esta lucha perpetua entre fieras, nadie, por rico que fuese, estaba seguro del porvenir. Esta preocupación por el bienestar de su familia llevó a los hombres a inventar los seguros. Este sistema, que en nuestra edad esclarecida parece absurdo y cómico, representaba entonces una cosa muy seria. Lo más gracioso es que los fondos de las compañías de seguros eran frecuentemente saqueados y disipados por los personajes encargados de administrarlos. <<

[32] Antes del nacimiento de Avis Everhard, John Stuart Mill escribió en su «Ensayo sobre la Libertad»: «Allí donde existe una clase dominante, son sus intereses de clase y sus sentimientos de superioridad de clase los que moldean una parte considerable de la moral pública». <<

[33] Las contradicciones verbales llamadas Irish bulls han sido durante mucho tiempo un encantador defecto de los antiguos irlandeses. <<

[34] Los diarios de 1902 atribuían a Mr. George F. Baer, presidente de la Anthracite Coal Trust, la enunciación del siguiente principio: «Los derechos e intereses de las clases trabajadoras serán protegidos por los hombres cristianos a los cuales Dios, en su sabiduría infinita, ha confiado los intereses de la propiedad en este país». <<

[35] La palabra sociedad está empleada aquí en un sentido restringido, según el uso corriente de la época, referida a los zánganos dorados que, sin trabajar, se saciaban en las celdas de miel de la colmena. Ni los hombres de negocios ni los trabajadores manuales tenían tiempo ni ocasión de jugar a ese juego de sociedad. <<

[36] El sentimiento de la Iglesia en esta época se expresaba por la fórmula: «Traed vuestro dinero mancillado». <<

[37] En las columnas del Outlook, revista de crítica semanal de la época (18 de agosto de 1908), se cuenta la historia de un obrero que perdió un brazo en circunstancias absolutamente semejantes a las del caso Jackson. <<

[38] Creemos que esta palabra es original de Jack London. Formada con las palabras griegas filo, amigo, y mathein, aprender, viene a significar «amigos del estudio». (N. del T.) <<

[39] Palabra formada del *lego* y significando «sabios locos», que sirve para designar a los estudiantes de segundo año en las universidades norteamericanas. (N. de Louis Postif.) <<

[40] Todavía no sé había descubierto la vida simple y subsistía la costumbre de llenar los departamentos de cacharros. Las piezas eran museos cuyo mantenimiento exigía un trabajo continuo. El demonio del polvo era amo de la casa: había mil medios de atraer el polvo y unos pocos solamente para librarse de él. <<

[41] La invalidación de testamentos era uno de los rasgos particulares de la época. Para los que habían amasado una gran fortuna era un problema angustioso encontrar la manera de disponer de ella después de su muerte. La redacción e invalidación de testamentos se convirtieron en especialidades complementarias, como la fabricación de corazas o de obuses. Se recurría a los hombres de leyes más sutiles para redactar testamentos que fuese imposible invalidar; pero, a pesar de ello, eran invalidados a veces por los mismos abogados que los habían redactado. No obstante, entre los ricos persistía la ilusión de que era posible hacer un testamento absolutamente inatacable, ilusión que durante muchas generaciones fue fomentada y cuidada entre sus clientes por los hombres de leyes. Fue aquélla una búsqueda análoga a la del disolvente universal por los alquimistas de la Edad Media. <<

[42] Curiosa serie de literatura de un género aparte, encaminada a difundir entre los trabajadores ideas falsas sobre la naturaleza de las clases ociosas. <<

[43] Los hombres de ese tiempo eran esclavos de ciertas fórmulas, siéndonos difícil comprender la abyección de esta servidumbre. Había en las palabras una magia más fuerte que la de los escamoteadores. Tan confundidos estaban los espíritus que una simple palabra tenía el poder de neutralizar las conclusiones de toda una vida de pensamientos y de investigaciones afanosas. La palabra Utopista pertenecía a esta clase: bastaba pronunciarla para condenar los planes mejor concebidos sobre mejoramiento o regeneración económica. Poblaciones enteras eran afectadas por una especie de locura ante el simple enunciado de ciertas expresiones, como «un honrado dólar» o «un jarro lleno de bazofia», cuya invención era considerada como un rasgo de ingenio. <<

[44] Nombre dado primero a los detectives privados, luego a los guardianes de Bancos y a los demás sirvientes armados del capitalismo que se convirtieron después en mercenarios organizados de la Oligarquía. <<

[45] Los remedios patentados eran estafas patentadas, pero el pueblo se dejaba engañar como por los encantos y las indulgencias de la Edad Media. La única diferencia es que los remedios patentados eran más dañinos y costaban más caros. <<

[46] Más o menos hasta 1912, la gran masa del pueblo conservó la ilusión de que gobernaba al país por medio de votos. En realidad, estaba gobernado por lo que se llamaban máquinas políticas. Al comienzo, los patrones o empresarios de esos mecanismos arrancaban fuertes sumas a los capitalistas para influir en la legislatura. Pero los grandes capitalistas no tardaron en comprender que sería para ellos más económico poseer esos mecanismos y asalariar, a su vez, a los patrones. <<

[47] Robert Hunter, en un libro titulado Pobreza y publicado en 1906, indicaba que en ese año había en los Estados Unidos diez millones de individuos viviendo en el pauperismo. <<

[48] Según el censo de 1900 (el último cuyas cifras hayan sido publicadas), el número de niños que trabajaban era de 1.752.187.

<<

[49] La tendencia de este pensamiento está mostrada en la siguiente definición, extraída de la obra titulada «Diccionario Mundial de un Cínico» (The Cynic's World Book), publicado en 1906 y escrito por un tal Ambrosio Bierce, misántropo probado y notorio: «Grape shot (shrapnell), argumento que el porvenir prepara como respuesta a las demandas del socialismo norteamericano». <<

[50] Los esclavos africanos y los criminales eran atados a una bola o a una barra de hierro que arrastraban consigo. Sólo después del advenimiento de la Fraternidad del Hombre semejantes prácticas cayeron en desuso. <<

[51] Antes de Everhard, hubo hombres que presintieron esta sombra, aunque fueron, como él, incapaces de precisar su naturaleza. He aquí lo que decía John O. Calhoun: «Un poder superior al del mismo pueblo ha surgido en el gobierno. Es un haz de intereses numerosos, diversos y poderosos, combinados en una masa única y mantenidos por la fuerza de cohesión del enorme excedente que existe en los Bancos». Y el gran humanista Abraham Lincoln declaraba pocos días antes de su asesinato: «Preveo en un porvenir próximo una crisis que me enerva y me hace temblar por la seguridad de mi patria... Se han entronizado las corporaciones; a ello seguirá una era de corrupción en alto grado, y el poder capitalista del país se esforzará por prolongar su reinado, apoyándose en los prejuicios del pueblo, hasta que la riqueza esté acumulada en algunas manos y la República sea destruida». <<

[52] Este libro, Economía y Educación, fue publicado en el curso del año. Quedan tres ejemplares, dos en Ardis y uno en Asgard. Trataba minuciosamente de uno de los factores de conservación del orden establecido, a saber: el sesgo capitalista tomado por las universidades y las escuelas ordinarias. Era un acto de acusación lógica y aplastante contra todo un sistema de educación que no desarrollaba en el espíritu de los estudiantes más que ideas favorables al régimen, con exclusión de toda idea adversa o subversiva. El libro causó sensación y fue pronto suprimido por la oligarquía. <<

[53] No existe indicio alguno que nos permita conocer el nombre de la organización representada por estas iniciales. <<

[54] Es un poema de Oscar Wilde, uno de los maestros del lenguaje del siglo XIX. <<

[55] Una gran compañía podía vender perdiendo más tiempo que una pequeña. Era un medio empleado frecuentemente en la competencia. <<

[56] En este tiempo se intentaron innumerables esfuerzos para organizar a la clase decadente de los granjeros en un partido político, creado para destruir los trusts y cárteles por medio de severas medidas legislativas. Finalmente, fracasaron todos esos esfuerzos. <<

[57] El primer gran trust que logró éxito, cerca de una generación antes que los demás. <<

[58] Quiebra o bancarrota, institución especial que permitía al industrial que no había tenido éxito no pagar sus deudas y que tenía por efecto suavizar las condiciones demasiado salvajes de esta lucha a zarpazos y a dentelladas. <<

[59] Everhard estaba en lo cierto, aunque se equivocó sobre la fecha de presentación del proyecto, que no fue el 30 de julio, sino el 30 de junio. Poseemos en Ardid el Diario de Sesiones del Congreso en donde se hace mención de esta ley en las siguientes fechas: 30 de junio, 9, 15, 16 y 17 de diciembre de 1902 y 7 y 14 de enero de 1903. La ignorancia manifestada en esta cena por hombres de negocios no tenía nada de excepcional, pues muy poca gente conocía la existencia de esta ley. En julio de 1903 un revolucionario, E. Unterman, publicó en Girard, Kansas, un folleto tratando esta ley sobre la milicia. Se vendió algo entre los obreros, pero ya la separación de clases era tan pronunciada, que muchas gentes de la clase media no oyeron hablar jamás de este folleto y continuaron ignorando la ley. <<

[60] Everhard muestra claramente aquí la causa de todas las disensiones del trabajo en aquel tiempo. En el reparto del producto común, el capital y el trabajo, cada uno de su parte, querían tener lo más posible, con lo que la querella era insoluble. Mientras existió el sistema de producción capitalista, trabajo y capital continuaron pleiteando sobre el reparto. La cosa nos parece hoy ridícula, pero no hay que olvidar que estamos con un adelanto de siete siglos sobre los que entonces vivían. <<

[61] Pocos años antes de esta época, Teodoro Roosevelt, presidente de los Estados Unidos, hizo en público la siguiente declaración: «Es necesaria una reciprocidad más liberal y más generalizada en la compra y venta de mercaderías, de modo que podamos disponer de una manera satisfactoria en el extranjero del excedente de producción de los Estados Unidos». Naturalmente, el excedente de producción de que hablaba era el beneficio de los capitalistas excedidos en su poder de consumo. Para esta misma época decía el senador Mark Hanna: «La producción en riqueza en los Estados Unidos es anualmente superior en un tercio a su consumo». Otro senador, Chauncey Depew, declaraba: «El pueblo americano produce anualmente dos mil millones de riqueza más que la que consume». <<

[62] Karl Marx, el gran héroe intelectual del socialismo, era un judío alemán del siglo XIX contemporáneo de John Stuart Mill. Nos cuesta trabajo creer hoy que, después de la enunciación de los descubrimientos económicos de Marx, se hayan sucedido varias generaciones en las cuales fue escarnecido por pensadores y sabios estimados en el mundo entero. A raíz de sus descubrimientos, fue desterrado de su país natal y murió en el exilio, en Inglaterra. <<

[63] A nuestro entender, es la primera vez que ese término fue empleado para designar a la Oligarquía. <<

[64] Esta división de Everhard concuerda con la de Lucien Sanial, una de las autoridades de la época en materia de estadística. De acuerdo con el censo de los Estados Unidos de 1900, el número de individuos repartidos en esas tres clases, según sus profesiones, era el que sigue: clase de los plutócratas, 250.251; clase media, 8.429.846; clase del proletariado, 20.398.137. <<

[65] Standard Oil y Rockefeller. Véase la nota al pie de la página 121. <<

[66] Hasta 1907 se consideraba al país como dominado por once grupos, pero su número se redujo por el amalgamamiento de los cinco grupos de vías férreas en un cartel de todos los ferrocarriles. Los cinco grupos reunidos al mismo tiempo que sus aliados financieros y políticos eran los siguientes: 1.º James J. Hill, con su dirección del Noroeste; 2.º el grupo de ferrocarriles de Pensilvania, con Schiff como director financiero, y de fuertes Bancos de Filadelfia y de Nueva York; 3.º Harriman, con Frick como abogado consejero y Odell como teniente político, dirigiendo las líneas de transporte del Central Continental y de la costa del Pacífico Sudoeste y Sud; 4.º los intereses ferroviarios de la familia Gould, y 5.º Morse. Reid y Leeds, conocidos bajo el nombre de Rock-Island Crowd. Esos poderosos oligarcas, surgidos del conflicto de rivalidades, debían seguir inevitablemente la vía que desemboca en la combinación. <<

[67] Lobby, institución privada que tenía por finalidad intimidar y corromper a los legisladores que estaban considerados como representantes de los intereses del pueblo. <<

[68] Unos diez años antes de este discurso de Everhard, la Cámara de comercio de Nueva York publicó un informe del que copiamos las siguientes líneas: «Los ferrocarriles gobiernan absolutamente a las legislaturas de la mayoría de los Estados de la Unión; hacen y deshacen a su antojo senadores, diputados y gobernadores, y son los verdaderos dictadores de la política gubernamental de los Estados Unidos». <<

[69] Rockefeller comenzó como miembro del proletariado, y a fuerza de ahorro y de astucia, logró organizar el primer trust perfecto, el conocido bajo el nombre de Standard Oil. No podemos menos de citar una página notable de la historia de ese tiempo que nos muestra cómo la Standard Oil, puesta en la necesidad de volver a colocar sus fondos excedentes, aplastó a los pequeños capitalistas y precipitó el derrumbe del sistema capitalista. Un escritor liberal de esta época, David Graham Phillips, publicó en el Saturday Evening Post del 4 de octubre de 1902 el artículo que a continuación se transcribe. Es el único ejemplar de este periódico que haya llegado hasta nosotros, pero por su forma y contenido debemos concluir que era una de las publicaciones populares de gran tirada: "Hace más o menos diez años, una autoridad competente calculaba la renta de Rockefeller en treinta millones de dólares. Había alcanzado el límite de las inversiones provechosas en la industria del petróleo. En adelante, enormes sumas en especies, más de dos millones de dólares por mes, se volcaban solamente en la caja de John Davidson Rockefeller. El problema de la recolocación se tornaba muy serio. Se convirtió en una pesadilla. La renta del petróleo crecía, se hinchaba siempre, y el número de inversiones seguras era limitado, más limitado aún que en la hora presente. No fue precisamente la avidez de nuevas ganancias lo que impulsó a los Rockefeller hacia otras ramas de negocios distintos al petróleo. Fueron arrastrados a la fuerza por ese flujo de riquezas que el imán de su monopolio atraía irresistiblemente. Tuvieron que organizar un personal especial para hacer investigaciones y buscar nuevas inversiones. Se dice que el jefe de ese personal recibe un

salario anual de 125.000 dólares.

«La primera excursión o incursión notable de los Rockefeller se ejerció en el dominio de los ferrocarriles. En 1905 gobernaban la quinta parte de la longitud de las vías férreas del país. ¿Cuánto poseen hoy o qué dirigen como propietarios principales? Son poderosos en todos los ferrocarriles de Nueva York, Norte, Este y Oeste, salvo en uno; en el que no tienen más que una parte de algunos millones. Están en la mayoría de las líneas que irradian de Chicago y dominan en varias redes que se extienden hasta el Pacífico. En sus votos se cifra el poder del señor Morgan en este momento —hay que confesar que aquéllos tienen más necesidad de su cerebro que éstos de sus votos— y la combinación de los dos constituye en una amplia medida la comunidad de intereses». «Pero los ferrocarriles solos no bastaban para absorber tan rápidamente esas enormes olas de oro. Los 2.500.000 dólares mensuales de J. D. Rockefeller no tardaron en llegar a cuatro, a cinco, a seis, hasta llegar a 75 millones de dólares por año. Los petróleos se volvían todo beneficio y las reinversiones de las rentas dejaban ya su interés de varios millones...».

Los Rockefeller entraron en el gas y en la electricidad en cuanto esas industrias estuvieron suficientemente desarrolladas como para constituir una inversión segura. Y ahora una gran parte del pueblo estadounidense, cualquiera sea la clase de iluminación que emplee, debe comenzar por enriquecer a los Rockefeller en cuanto se pone el sol. Luego se lanzaron a las hipotecas de granjas. Se cuenta que hace algunos años, cuando la prosperidad permitió a los granjeros pagar sus hipotecas, J. D. Rockefeller quedó afectado casi hasta las lágrimas: eran ocho millones de dólares que creía seguramente colocados y a buen interés por unos cuantos años, y que ahora se amontonaban en el umbral de

su casa, reclamando a gritos un empleo nuevo. Esta inesperada agravación de sus constantes cuidados por encontrar inversiones para los hijos, los nietos y los bisnietos de su petróleo eran demasiado para que lo soportase con serenidad un hombre torturado por malas digestiones... «Los Rockefeller se dedicaron a las minas —hierro y carbón, cobre y plomo—, luego a otras compañías industriales, a los tranvías, a las obligaciones nacionales, del Estado o municipales; a las grandes líneas marítimas, barcos de vapor y telégrafos; a los bienes raíces y a los rascacielos, y a las casas de departamentos, hoteles y edificios para oficinas; a los seguros de vida y a los Bancos. Pronto no hubo un solo campo de la industria en el que sus millones no estuviesen maniobrando...».

El Banco Rockefeller —el National City Bank— es, sin disputa, el más importante de los Estados Unidos. Y en el mundo sólo lo sobrepasan el Banco de Inglaterra y el Banco de Francia. Los depósitos superan los cien millones de dólares por día, y el Banco domina el mercado de valores de subasta de Wall Street lo mismo que la bolsa de los fondos públicos. Pero ese establecimiento no es el único: constituye el primer eslabón de una cadena de Bancos y de consorcios en la ciudad de Nueva York, además de Bancos muy fuerte e influyentes en todos los grandes centros monetarios del país. John D. Rockefeller posee acciones de la Standard Oil por valor de cuatro o cinco millones de dólares fuera del mercado. Tiene cien millones de dólares en el Trust del acero y casi otro tanto en una sola red de los ferrocarriles del Oeste, la mitad en otro y así sucesivamente, hasta que el espíritu se cansa de catalogar sus riquezas. Su renta se elevaba el año pasado a cien millones de dólares, más o menos —es dudoso que la renta de todos los Rothschild, tomados en conjunto, alcancen una suma

superior—, y esta renta continúa progresando a saltos. <<

[70] Los Cien Negros eran bandas reaccionarias organizadas por la autocracia decadente en la Revolución Rusa. Esos grupos reaccionarios atacaban a los grupos revolucionarios; además, en el momento elegido, provocaban un motín y destruían las propiedades para proporcionar a la autocracia un pretexto para llamar a los Cosacos. <<

[71] Bajo el régimen capitalista, esos periodos de crisis eran tan inevitables como absurdos. La prosperidad engendraba siempre calamidades. El hecho, naturalmente, se debía al exceso de beneficios no consumidos. <<

[72] Por su intención y en la práctica, en todo menos en el nombre, los rompe huelgas eran soldados privados de los capitalistas. Organizados perfectamente y armados, estaban siempre dispuestos a ser enviados en trenes especiales a cualquier parte del país en donde los trabajadores estuviesen en huelga o llevados al paro por sus empleadores. Sólo una época tan extraordinaria podía dar el espectáculo asombroso de un tal Farley, conocido jefe rompe huelgas, que en 1906 atravesó los Estados Unidos en trenes especiales, de Nueva York a San Francisco, al frente de un ejército de 2.500 hombres armados y equipados para romper una huelga de carteros de esta última ciudad. Este acto era una infracción lisa y llana a las leyes del país. El hecho de que quedase impune, como miles de actos del mismo juez, muestra hasta qué punto la autoridad judicial estaba bajo la dependencia de la plutocracia. <<

[73] Durante una huelga de mineros de Idaho, en la segunda a mitad del siglo XIX, sucedió que muchos huelguistas fueron encerrados por la tropa en un potrero para el ganado. El hecho y el nombre se perpetuaron en el siglo XX. <<

[74] El nombre sólo, no la idea, era de importación rusa. Los Cien Negros fueron un desarrollo de los agentes secretos del capitalismo y su utilización se inició en las luchas obreras del siglo XIX. Esto está fuera de discusión y fue confesado por nada menos que una autoridad como el comisario de Trabajo de los Estados Unidos en esta época, señor Carroll D. Wright. En su libro titulado Las Batallas del Trabajo se dice que «en algunas de las grandes huelgas históricas los mismos empleadores han incitado los actos de violencia»; que ciertos industriales han provocado voluntariamente huelgas para desembarazarse de su excedente de mercaderías y que durante las huelgas de los ferroviarios, agentes patronales quemaron vagones para aumentar el desorden. De agentes secretos de este tipo nacieron los Cien Negros; y éstos, a su vez, se convirtieron más tarde en el arma terrible de la Oligarquía: los agentes proveedores. <<

[75] Nombre de una calle del viejo Nueva York, en la que estaba situada la Bolsa y en donde la absurda organización de la sociedad permitía el manipuleo en papeles de todas las industrias del país.

<<

[76] Una de las primeras naves que transportaron a los colonos a América después del descubrimiento del Nuevo Mundo. Durante mucho tiempo, sus descendientes estaban extraordinariamente orgullosos de su origen; pero en el transcurso de los siglos esa sangre preciosa se ha difundido a tal punto que hoy, sin duda, circula en las venas de todos los americanos. <<

[77] El autor de este poema permanecerá para siempre anónimo.
Este fragmento es todo lo que ha llenado hasta nosotros. <<

[78] En español en el original. Plato mexicano del que se habla a menudo en la literatura de la época. Se supone que estaba fuertemente condimentado. La receta no ha llegado hasta nosotros. (N. del T.) <<

[79] William Randolph Hearst, joven millonario californiano, que se convirtió en el más poderoso propietario de diarios de la región. Sus periódicos, publicados en todas las ciudades de cierta importancia, se dirigían de consuno a la clase media decadente y al proletariado. Era tan vasta su clientela que consiguió posesionarse de la nuez vacía del Viejo Partido Demócrata. Se mantenía en una posición anormal y predicaba un socialismo castrado, mitigado con no sé qué capitalismo pequeño burgués, especie de petróleo mezclado con agua clara. No tenía ninguna posibilidad de llegar a ninguna parte, pero durante un breve tiempo inspiró ciertas aprensiones a los plutócratas. <<

[80] En esta época embarullada la publicidad era extraordinariamente onerosa. La competencia no existía más que entre los pequeños capitalistas, y eran éstos los que hacían publicidad. En cuanto se formaba un trust, cesaba toda posible rivalidad, y, por consiguiente, los trusts no tenían necesidad de anuncios. <<

[81] La destrucción de los granjeros romanos fue mucho menos rápida que la de los granjeros y pequeños capitalistas americanos, pues el movimiento del siglo XX procedía de una fuerza adquirida que no existía casi en la Roma antigua. Un crecido número de granjeros, llevados por su apego irracional a la tierra, y deseosos de mostrar hasta dónde podían llegar en su vuelta al salvajismo, trataron de escapar a la expropiación desistiendo de toda suerte de transacciones comerciales. Ya no vendían ni compraban nada. Comenzó a renacer entre ellos el primitivo sistema del trueque. Sus privaciones y sufrimientos eran horribles, pero se mantenían firmes, con lo que el movimiento adquirió cierta amplitud. La táctica de sus adversarios fue tan original como lógica y simple: la plutocracia, valida de su posesión del gobierno, elevó los impuestos. Era el punto débil de la armazón de los granjeros; cómo dejaron de comprar y de vender, carecían de cuentas, y el resultado fue que les vendieron sus tierras para pagar sus contribuciones. <<

[82] Hacía mucho tiempo que esos murmullos y fragores se dejaban oír. Ya en 1906, lord Avebury pronunciaba en la Cámara de los Lores las siguientes palabras: «La inquietud de Europa, la propagación del socialismo y la siniestra aparición de la anarquía son advertencias dadas a los gobiernos y alas clases dirigentes de que la condición de las clases trabajadoras se vuelve intolerable y de que, si se quiere evitar una revolución, hay que tomar medidas para aumentar los salarios, reducir las jornadas de trabajo y bajar los precios de los artículos de primera necesidad».

El Wall Street Journal, órgano de los especuladores, comentaba en estos términos el discurso de lord Avebury: «Estas palabras fueron pronunciadas por un aristócrata, por un miembro del organismo más conservador de toda Europa. Por eso cobran más sentido. La política económica que recomienda tiene más valor que la enseñada en la mayoría de los libros. Es una señal monitora. Cuidado, señores del Ministerio de Guerra y de Marina». En América, y hacia la misma época, Sydney Brooks escribía en Harper's Weekly: «En Washington no queréis oír hablar de los socialistas. ¿Por qué? Los políticos siempre son los últimos en el país en saber lo que pesa ante sus narices. Se burlarán de mi predicción, pero anuncio con toda seguridad que en la próxima elección presidencial los socialistas reunirán más de un millón de votos». <<

[83] Fue en la aurora del siglo XX cuando la organización socialista internacional formuló definitivamente la política a seguir en caso de guerra; había sido meditada largamente y puede resumirse en estos términos: «¿Por qué los trabajadores de un país se batirían con los trabajadores de otro país en beneficio de sus amos capitalistas?». El 21 de mayo de 1905, cuando se hablaba de una guerra entre Austria e Italia, los socialistas de Italia, Austria y Hungría celebraron una conferencia en Trieste y lanzaron la amenaza de una huelga general de trabajadores para el caso de que se declarase la guerra. Esta advertencia fue renovada al año siguiente, cuando el asunto de Marruecos estuvo a punto de llevar a la guerra a Francia, Alemania e Inglaterra. <<

[84] Our Benevolent Feudalism apareció en 1902. Se afirmó siempre que fue Ghent quien hizo nacer la idea de la Oligarquía en los espíritus capitalistas. Esta creencia subsiste en toda la literatura de los tres siglos del Talón de Hierro y durante el primer siglo de la Fraternidad del Hombre. Hoy sabemos a qué atenernos; pero eso no impide que Ghent haya sido uno de los inocentes más calumniados en toda la historia. <<

[85] He aquí, a título de muestra, algunas decisiones de los tribunales que manifestaban su hostilidad contra la clase obrera. El empleo de los niños es cosa corriente en las regiones mineras. En Pensilvania, en 1905, los obreristas lograron hacer votar una ley ordenando que la declaración jurada de los padres en cuanto a la edad del niño y a su grado de instrucción relativa debería ser corroborada en adelante con documentos. Esta ley fue inmediatamente denunciada como anticonstitucional por la Corte del Condado de Lucerna, bajo pretexto que violaba la XIV enmienda cuando establecía una distinción entre individuos de la misma clase, es decir, entre los niños de más o de menos de catorce años. La Corte de Estado confirmó esta decisión. La Corte de Nueva York, en la sesión especial de 1905, denunció como inconstitucional la ley que prohibía a los menores y a las mujeres trabajar en las fábricas después de las nueve de la noche, alegando que ésa era una «legislación de clase». Hacia esta misma época los obreros panaderos eran tratados terriblemente. La Legislatura de Nueva York aprobó una ley restringiendo su trabajo a diez horas diarias. En 1906, la Corte Suprema de los Estados Unidos declaró inconstitucional esta ley; en los fundamentos se decía, entre otras cosas: «No hay ninguna razón valedera para intervenir en la libertad de las personas o de los contratos, determinando las horas de trabajo en la profesión de panadero».

<<

[86] James Farley, célebre rompe huelgas de esta época. Era un hombre dotado de una innegable capacidad, pero de más coraje que moralidad. Subió muy alto bajo el dominio del Talón de Hierro y acabó por ser admitido en la casta de los oligarcas. En 1932 fue asesinado por Sara Jenkins, cuyo marido había sido muerto, treinta años atrás, por los rompe huelgas. <<

[87] Eran notables las predicciones de Everhard. Con la misma claridad con que leía en el pasado esos sucesos, preveía la defección de los sindicatos privilegiados, el nacimiento y la lenta decadencia de las castas obreras, lo mismo que la lucha entre éstas y la oligarquía moribunda por la dirección de la máquina gubernamental. <<

[88] No podemos menos de admirar la intuición de Everhard. Mucho antes de que hasta la idea de estas ciudades maravillosas, como las de Ardis y Asgard, hubiese nacido en la mente de los oligarcas, entreveía esas ciudades espléndidas y la necesidad de su creación. Desde el día de la profecía han transcurrido los tres siglos del Talón de Hierro y los cuatrocientos años de la Fraternidad del Hombre, y hoy recorremos las carreteras y habitamos las ciudades levantadas por los oligarcas. Es cierto que hemos continuado construyéndolas y que levantamos ciudades aún más maravillosas, pero las de los oligarcas subsisten. Escribo estas líneas en Ardis, una de las más maravillosas de cuantas se levantaron entonces. <<

[89] Todos los sindicatos de ferrocarriles entraron en esta combinación. Es interesante hacer notar que la primera aplicación definitiva de la política había sido hecha en el siglo XIX por un sindicato ferroviario, la Unión Fraterna de Conductores de Locomotoras. Un tal P. M. Arthur era su presidente desde hacía más de veinte años. Después de la huelga del Ferrocarril de Pensilvania, en 1877, sometió a los conductores de locomotoras un plan según el cual debían entenderse con la dirección y hacer rancho aparte frente a todos los demás sindicatos. Este plan egoísta triunfó perfectamente, y es de ahí que proviene la voz «arthurización», que designa la participación de los sindicatos en las ganancias. Durante mucho tiempo esta palabra preocupó a los etimólogos, pero me imagino que en adelante su formación no ofrecerá dudas. <<

[90] Alberto Pocock, otro rompe huelgas que en aquel tiempo remoto gozaba de una notoriedad del mismo jaez que la de James Farley y que logró hasta su muerte mantener en el trabajo a todos los mineros del país. Le sucedió su hijo Lewis Pocock, y durante cinco generaciones esta notable raza de cómitres tuvo vara alta en las minas de carbón. Pocock el viejo, conocido con el nombre de Pocock I, ha sido descrito de la siguiente manera: «Cabeza larga y delgada, con un cerquillo de cabellos castaños y grises, pómulos salientes y una barbilla maciza... Tez pálida, ojos grises sin brillo, voz metálica y actitud laxa». Había nacido de padres pobres y comenzó su carrera como mozo de café. Se convirtió enseguida en detective privado al servicio de una compañía de tranvías, y poco a poco se transformó en rompe huelgas profesional. Pocock V, el último de ese nombre, pereció en un cuarto de bombas que hicieron saltar durante una pequeña insurrección de mineros, en territorio indio. Este acontecimiento tuvo lugar en el año 2073 después de J. C. <<

[91] Estos grupos de acción fueron modelados más o menos sobre las organizaciones de combate de la Revolución Rusa, y a pesar de los esfuerzos incesantes del Talón de Hierro, subsistieron durante los tres siglos que éste duró. Formados por hombres y mujeres animados de intenciones sublimes e impávidos ante la muerte, los Grupos de Combate ejercieron una poderosa influencia y moderaron la salvaje brutalidad de los gobernantes. Su obra no se limitó a una guerra invisible contra los agentes de la Oligarquía, sino que hasta los mismos oligarcas se vieron obligados a prestar atención a los decretos de los Grupos y en varias ocasiones aquellos que los habían desacatado fueron castigados con la muerte; y lo mismo ocurría con los subordinados de los oligarcas, con los oficiales del ejército y con los jefes de las castas obreras. Las sentencias dictadas por esos vengadores organizados eran conformes a la más estricta justicia, pero lo más notable era su procedimiento sin pasión y perfectamente jurídico. No había juicios improvisados. Cuando un hombre era atrapado, se le concedía un juicio leal y la posibilidad de defenderse. Fatalmente, mucha gente fue juzgada y condenada por poder, como en el caso del general Lampton, en el año 2138 después de Cristo. De cuantos mercenarios tenía la Oligarquía, éste era quizá el más sanguinario y el más cruel. Los Grupos de Combate lo informaron de que había sido juzgado, reconocido culpable y condenado a muerte, advertencia que le fue dada luego de tres conminaciones para que cesara en su trato feroz a los proletarios. Después de esta condena, se rodeó de una multitud de medios de protección. Durante años, los Grupos de Combate se esforzaron en balde por ejecutar la sentencia. Muchos camaradas, hombres y mujeres,

fracasaron sucesivamente en sus tentativas y fueron cruelmente ejecutados por la Oligarquía. Fue a propósito de este asunto que volvió a ponerse en vigor la crucifixión como medio de ejecución legal. Pero en resumidas cuentas, el condenado encontró su verdugo en la persona de una delicada muchacha de diecisiete años, Magdalena Provence, que, para llegar a su fin, servía desde hacía dos años en calidad de lencera del personal. Ella murió en la celda, después de horribles y prolongadas torturas. Hoy su estatua de bronce se levanta en el Panteón de la Fraternidad, en la maravillosa ciudad de Serles.

Nosotros, que, por nuestra actual experiencia personal, no sabemos lo que es un crimen, no debemos juzgar demasiado severamente a los héroes de los Grupos de Combate. Ellos prodigaron su vida por la humanidad; ningún sacrificio les parecía demasiado grande por ella. Por otra parte, la inexorable necesidad los obligaba a dar a sus sentimientos un modo de expresión sangriento en una edad que era sanguinaria. Los Grupos de Combate formaban en los flancos del Talón de Hierro la única espina que nunca pudieron extirpar. Debemos atribuir a Everhard la paternidad de este curioso ejército. Sus éxitos y su supervivencia durante trescientos años demuestran la sabiduría con que lo había organizado y la solidez de la fundación legada por él a los constructores del porvenir. En ciertos aspectos, esta organización puede ser considerada como su obra principal, a pesar del alto valor de sus trabajos económicos y sociológicos y de sus altos hechos como general en jefe de la Revolución. <<

[92] Condiciones análogas prevalecían en la India en el siglo XIX, bajo la dominación británica. Los indígenas morían de hambre a millones, en tanto que sus amos les birlaban el fruto de su trabajo y lo gastaban en pomposas ceremonias y en cortejos fetichistas. En este nuestro siglo ilustre, no podemos menos que ruborizarnos por la conducta de nuestros antepasados; y debemos contentarnos con un consuelo filosófico, al admitir que en la evolución social la fase capitalista está más o menos al mismo nivel que la edad simiesca en la evolución animal. La humanidad tenía que cruzar esas etapas para salir del légamo de los organismos inferiores, y, como es natural, no podía desprenderse fácilmente de ese fango viscoso. <<

[93] Esta expresión es un hallazgo debido al genio de H. G. Wells, que vivía a fines del siglo XIX. Era un clarividente en sociología, un espíritu sano y normal al mismo tiempo que un corazón cálidamente humano. Hasta nosotros han llegado varios fragmentos de sus obras y dos de sus mejores libros «Anticipations y Mankind in the Making» los conservamos intactos. Antes que los oligarcas y antes que Everhard, Wells había previsto la construcción de ciudades maravillosas, acerca de las cuales trata en sus libros bajo el nombre de pleasure cities. <<

[94] Convencida de que sus Memorias serían leídas en su tiempo, Avis Everhard omitió mencionar el resultado del proceso por alta traición. En el manuscrito se encontrarán muchos otros descuidos de la misma índole. Cincuenta y dos miembros socialistas del Congreso fueron juzgados y todos reconocidos culpables. Cosa extraña: ninguno fue condenado a muerte. Everhard y once más, entre los cuales Teodoro Donnelson y Matthew Kent, fueron condenados a prisión perpetua. A los cuarenta restantes los condenaron a penas que oscilan entre treinta y cuarenta y cinco años; a Arturo Simpson, a quien el manuscrito señala como enfermo de fiebre tifoidea en el momento de producirse la explosión, no le dieron más que quince años de prisión. Según la tradición, se lo dejó morir de hambre en su celda para castigarlo por su intransigencia obstinada y su odio ardiente y sin distinguos contra todos los servidores del despotismo. Murió en Cabanyas, isla de Cuba, en donde otros tres compañeros estaban detenidos. Los cincuenta y dos socialistas del Congreso fueron encerrados en fortalezas militares diseminadas en todo el territorio de los Estados Unidos: así, a Dubois y a Woods los llevaron a Puerto Rico; a Everhard y a Merriweather, los encerraron en la isla de Alcatraz, en la bahía de San Francisco, que desde hacia mucho tiempo servía de prisión militar. <<

[95] Avis Everhard habría debido esperar muchas veneraciones para lograr la elucidación del misterio. Hace cerca de cien años, y por consiguiente algo más de seiscientos años después de su muerte, que se descubrió en los archivos secretos del Vaticano la confesión de Pervaise. Quizás no esté fuera de la cuestión decir algunas palabras acerca de este oscuro documento, a pesar de que casi sólo tiene interés para los historiadores. Pervaise era un americano de origen francés, que en 1913 estaba en la cárcel de Nueva York esperando una sentencia por asesinato. Por su confesión sabemos ahora que, sin ser un criminal empedernido, poseía un carácter vivo, impresionable y apasionado. En un acceso de celos desatados, había matado a su mujer —el hecho era bastante frecuente en la época. El terror de la muerte hizo presa en él según lo cuenta por lo menudo, y para escapar a ella se sintió dispuesto a hacer cualquier cosa. Para prepararlo, los agentes secretos le aseguraron que no podía evitar ser reconocido culpable de asesinato en primer grado, crimen que se castigaba con la pena capital. El condenado era atado a un sillón especialmente construido y, bajo la vigilancia de médicos competentes, muerto por una corriente eléctrica. Este modo de ejecución, llamado electrocución, era muy popular en aquel tiempo; sólo más tarde se lo reemplazó por la anestesia. A este hombre, cuyo fondo no era malo, pero cuya naturaleza superficial estaba impregnada de una violenta animalidad, y que esperaba en su celda una muerte inevitable, lo convencieron fácilmente para que arrojase una bomba en la Cámara. En su confesión declara expresamente que los agentes del Talón de Hierro le aseguraron que el artefacto sería inofensivo y no mataría a nadie. Lo

introdujeron en secreto en una galería que estaba cerrada bajo pretexto de reparaciones. Él tenía que elegir su momento para arrojar la bomba, y confiesa ingenuamente que, interesado por las palabras de Ernesto, y por el tumulto que ellas suscitaban, estuvo a punto de olvidarse de su misión. No solamente fue librado Pervaise de la prisión, sino que le acordaron una pensión por el resto de sus días. No pudo gozarla mucho tiempo. En septiembre de 1914 tuvo un ataque de reumatismo al corazón y no sobre vivió más de tres días. Fue entonces cuando mandó llamar a un sacerdote católico y se confesó con él. El padre Durban la consideró tan grave que la recogió por escrito y la firmó como testigo juramentado. No podemos formular hipótesis sobre lo que luego pasó. El documento era en verdad bastante importante como para que encontrase su camino a Roma. Debieron ponerse en luego poderosas influencias para evitar su divulgación durante cientos de años. Hasta que en el siglo pasado, Loria, el célebre sabio italiano, en el curso de sus investigaciones dio con él por casualidad. Hoy, pues no queda la menor duda que el Talón de Hierro fue responsable de la explosión de 1913, en la Cámara de representantes. Pero aunque la confesión de Pervaise nunca hubiese sido sacada a la luz, no cabía una duda razonable: este acto, que mandó a la cárcel a cincuenta y dos representantes, corría parejas con los demás innumerables crímenes cometidos por los oligarcas, y, antes que éstos, por los capitalistas. Como ejemplo clásico de matanza de inocentes, cometida con ferocidad y con el corazón contento debe citarse la de los supuestos anarquistas de Haymarket, en Chicago en la penúltima década del siglo XIX. En capítulo aparte deben incluirse el incendio voluntario y la destrucción de propiedades capitalistas por los mismos capitalistas. Por crímenes de este tipo muchos inocentes fueron

castigados— «puestos en el tren» (railroaded), según la expresión usada entonces, es decir, que los jueces estaban concertados de antemano para liquidar sus cuentas.

Durante las revueltas del trabajo que estallaron en la primera década del siglo XX entre los capitalistas y la Federación Occidental de Mineros, se empleó una táctica análoga pero más sangrienta. Los agentes de los capitalistas hicieron saltar la estación ferroviaria de Independence. Trece hombres resultaron muertos y muchos otros heridos. Los capitalistas, que dirigían el mecanismo legislativo y judicial del Estado de Colorado, acusaron a los mineros de ese crimen y estuvieron a punto de hacerlos condenar. Romaines, uno de los instrumentos empleados en este asunto, estaba preso en otro Estado, en Kansas, cuando los agentes de los capitalistas le propusieron el golpe. Pero la confesión de Romaines fue publicada en vida suya, a diferencia de la de Pervaise. En esa época hubo también el caso Moyer y Haywood, dos dirigentes obreristas fuertes y resueltos, presidente uno, y secretario el otro, de la Federación Occidental de Mineros. Acababa de ser asesinado de manera misteriosa el exgobernador de Idaho. Los socialistas y los mineros atribuyeron abiertamente este crimen a los propietarios de minas. No obstante, violando las constituciones nacional y estadual, y a raíz de una conspiración entre los gobernadores de Idaho y de Colorado, Moyer y Haywood fueron raptados, arrojados a la cárcel y acusados de ese crimen. Fue eso lo que provocó la siguiente protesta de Eugen V. Debs, jefe nacional del socialismo norteamericano: «A los dirigentes obreros que no pueden sobornar ni intimidar quieren sorprenderlos y asesinarlos».

El único crimen de Moyer y de Haywood es el de su fidelidad

inconmovible a la clase obrera. Los capitalistas han despojado a nuestro país, corrompido nuestra política, deshonorado nuestra justicia; nos han pisoteado con sus botas claveteadas y ahora se proponen asesinar a los que no caen en la abyección de someterse a su dominio brutal. Los gobernadores de Idaho y de Colorado no hacen más que ejecutar las órdenes de sus amos, los plutócratas. Está empeñada una lucha entre los trabajadores y los plutócratas. Podrán éstos dar su primer golpe violento, pero seremos nosotros quienes daremos el último. <<

[96] Esta ridícula escena constituye un documento típico sobre la época y pinta bien la conducta de aquellos amos sin corazón: mientras la gente moría de hambre, los perros tenían sirvientas. Para Avis Everhard, esta mascarada era una cuestión de vida o muerte que interesaba a la Causa entera; hay que aceptarla, pues, como tal. <<

[97] Pullman, nombre del inventor de los más bellos vagones de lujo de los ferrocarriles de aquel tiempo. <<

[98] A pesar de los peligros continuos y casi inconcebibles, Anna Royston alcanzó la hermosa edad de noventa y un años. Así como los Pocock eludieron a los ejecutores de los Grupos de Combate, ella desafió a los del Talón de Hierro. Afortunada en medio de los peligros, su vida parecía protegida por un sortilegio. Ella misma se había hecho ejecutora por encargo de los Grupos de Combate. Le llamaban «la Virgen Roja» y se convirtió en una de las figuras inspiradas de la Revolución. A la edad de sesenta y nueve años mató a Halcliffe, «el sanguinario», en medio de su escolta y escapó sin ningún rasguño. Murió de vejez en su cama; en un asilo secreto de los revolucionarios, en las montañas de Oxark. <<

[99] Chaparrales, en español en el original. (N. del T.) <<

[100] Madroños y manzanitas, nombres de dos arbustos mejicanos, en español en el texto. (N. del T.) <<

[101] A pesar de todas nuestras investigaciones entre los documentos de la época, no hemos podido encontrar ninguna alusión al personaje de que se trata. No se lo menciona en ninguna parte, salvo en el manuscrito de Avis Everhard. <<

[102] El viajero curioso que, partiendo de Glen Ellen, se dirigiera hacia el sur, se encontraría en una avenida que sigue exactamente el trazado de la antigua carretera de hace siete siglos. Un cuarto de milla más adelante, después de haber pasado el segundo puente, notaría a la derecha una hondonada que corta como una cuchilla de revés el terreno ondulado en dirección a un grupo de montículos arbolados. Esta hondonada representan el emplazamiento del antiguo derecho de peaje que existía en ese tiempo de propiedad individual a través de las tierras de un tal Chauvet, «pioneer» francés que llegó a California en la época del oro. Los montículos arbolados son los mismos de que habla Avis Everhard. El gran temblor de tierra del año 1868 desprendió la ladera de uno de esos montículos que llenaba la madriguera en donde los Everhard habían establecido su refugio. Pero después del descubrimiento del manuscrito, se han practicado excavaciones y se encontró la casa y los dos cuartos interiores, lo mismo que los restos acumulados en el transcurso de la larga residencia. Entre otras reliquias curiosas, se descubrió el aparato fumívoro de que se habla en el relato. Los estudiantes interesados podrán leer el folleto de Arnold Benham sobre este tema, que pronto aparecerá. A una milla al noroeste de los montículos se encuentra el sitio de la Wake Robin Lodge, en la confluencia de la Wild Water y del río Sonoma. Es de notar, entre paréntesis, que Wild Water se llamaba antes Graham Creek, como lo señalan los viejos mapas. Pero el nuevo nombre se mantiene firme. Fue en Wake Robin Lodge donde Avis Everhard vivió más tarde a intervalos, cuando, disfrazada de agente provocador del Talón de Hierro, pudo desempeñar impunemente su papel entre los

hombres y los acontecimientos. Todavía existe en los archivos el permiso oficial que se le acordó para habitar en esta casa y que está firmado nada menos que por un personaje tan importante como el señor Wickson, el oligarca secundario del Manuscrito. <<

[103] Durante este período el disfraz se trocó en un verdadero arte. Los revolucionarios sostenían escuelas de actores en todos sus refugios. Desdeñaban los recursos de los cómicos corrientes, tales como las pelucas, las barbas postizas y las cejas pintadas. El juego de la revolución era un juego de vida o de muerte, de modo que ese burdo «camouflage» se hubiera convertido en un lazo: el disfraz tenía que ser fundamental, intrínseco, debía formar parte del ser, como una segunda naturaleza. Se dice que la Virgen Roja era una adepta de este arte y que a ello hay que atribuir el éxito de su dilatada carrera. <<

[104] Esas desapariciones eran uno de los horrores de aquella época. Aparecen constantemente, con un motivo, en las canciones y en las historias. Era el resultado inevitable de una guerra que se hizo cruenta durante esos tres siglos. El fenómeno era casi tan frecuente entre los oligarcas y las castas obreras como en las filas revolucionarias. Sin aviso y sin dejar huellas, hombres, mujeres y hasta niños desaparecían; no se los volvía a ver más, y su fin quedaba envuelto en el misterio. <<

[105] Du Bois, el actual bibliotecario de Ardis, desciende en línea recta de aquella pareja revolucionaria. <<

[106] Además de las castas obreras, se había formado otra, la casta militar, un ejército regular de soldados de profesión cuyos oficiales eran miembros de la Oligarquía y a los cuales se conocía con el nombre de Mercenarios. Esta institución reemplazaba a la milicia, que se había tornado imposible bajo el nuevo régimen. Además del servicio secreto ordinario del Talón de Hierro, se había instituido un servicio secreto de los Mercenarios, que formaba una transición entre el ejército y la policía. <<

[107] Sólo después de aplastada la segunda rebelión comenzó a prosperar el grupo de los Rojos de San Francisco. Y durante dos generaciones fue floreciente. Entonces, un agente del Talón de Hierro, consiguió hacerse admitir en él, averiguó todos los secretos y acarreó su total destrucción. Ocurrió eso en el año 2002. Uno a uno fueron ejecutados los miembros del grupo, con tres semanas de intervalo, y expusieron sus cadáveres en el «ghetto» del trabajo de San Francisco. <<

[108] El refugio de Benton Harbour era una catacumba cuya entrada estaba hábilmente disimulada en un pozo. Ha sido conservada en buen estado; los visitantes pueden hoy recorrer el laberinto de corredores hasta llegar a la sala de reuniones en donde sin duda tuvo lugar la escena descrita por Avis Everhard. Más lejos se encuentran las celdas en donde eran encerrados los prisioneros y la cámara de muerte en donde se realizaban las ejecuciones; más lejos aún, está el cementerio, conjunto de largas y tortuosas galerías cavadas en la roca viva. A ambos lados se encuentran los nichos en donde descansan los revolucionarios enterrados hace tantos años por sus camaradas. <<

[109] En aquel tiempo la poligamia era practicada todavía en Turquía. <<

[110] No es jactancia de parte de Avis Everhard. La flor del mundo artístico y literario se componía de revolucionarios. Con excepción de un pequeño número de músicos y de cantores y de algunos oligarcas, todos los grandes creadores de la época, todos aquellos cuyos nombres han llegado hasta nosotros, pertenecían a la Revolución. <<

[111] En esa época la crema y la manteca todavía se extraían de la leche de vaca por procedimientos groseros. Aún no se había comenzado a preparar los alimentos en los laboratorios. <<

[112] En los documentos literarios que datan de aquella época, siempre se habla de los poemas de Rudolph Mendenhall. Sus camaradas le habían puesto el mote de «La Llama». Era indudablemente un gran genio; sin embargo, aparte de algunos fragmentos fantásticos y atormentados de sus poesías, no nos ha llegado nada de sus obras. Fue ejecutado por el Talón de Hierro en 1928. <<

[113] El caso de este joven no era extraordinario. Muchos hijos de la oligarquía, moral o novelescamente, consagraron su vida al ideal revolucionario, sea porque fuesen impulsados por un sentimiento de honradez, sea porque su imaginación se había prendado del aspecto glorioso de la Revolución. Anteriormente, muchos hijos de la nobleza rusa habían desempeñado un papel semejante en la revolución prolongada de su patria. <<

[114] Los Mercenarios desempeñaban un papel importante en los últimos días del Talón de Hierro. Determinaban el equilibrio de poder en los conflictos entre los oligarcas y las castas obreras arrojando el peso de sus fuerzas en uno de los platillos, según el juego de las intrigas y de las conspiraciones. <<

[115] De la inconsistencia e incoherencia morales del capitalismo, los oligarcas surgieron con una ética nueva, coherente y definida, tajante y rígida como el acero, al mismo tiempo la más absurda y la menos científica que la más poderosa que hubiese tenido jamás una clase de tiranos. Los oligarcas tenían fe en su moral, aunque ésta estuviese desmentida por la biología y la evolución; gracias a esta fe han podido contener durante tres siglos la ola potente del progreso humano. Ejemplo profundo, terrible y desconcertante para el moralista metafísico y que debe inspirar muchas dudas y exámenes de conciencia. <<

[116] Ardis fue terminada en 1942 y Asgard en 1994. La construcción de esta última ciudad duró cincuenta y dos años y empleó un ejército permanente de medio millón de siervos. En ciertos períodos su número superó el millón, sin contar los centenares de millares de trabajadores privilegiados y los artistas.

<<

[117] Entre los revolucionarios se encontraban muchos cirujanos que habían adquirido una habilidad maravillosa para la cirugía. Según la expresión de Avis Everhard, podían transformar literalmente a un hombre en otro. Para ellos, la eliminación de cicatrices y deformidades no era más que un juego de niños. Cambiabas las facciones con tal minucia microscópica que no subsistía la menor huella de su trabajo. La nariz era uno de los órganos favoritos de sus operaciones. El injerto de piel y la trasplantación de cabellos se contaban entre sus artículos más corrientes. Lograban cambios de expresión con una habilidad que lindaba con la hechicería: Modificaban radicalmente los ojos y las cejas, los labios, la boca y las orejas. Por medio de hábiles operaciones en la lengua, en la garganta, en la laringe y en las fosas nasales podían transformar la pronunciación y la manera de hablar. Esta época de desesperación suscitaba remedios desesperados, y los médicos revolucionarios se colocaban a la altura de las necesidades de su tiempo. Entre otros prodigios, podían acrecer la talla de un adulto en cuatro o cinco pulgadas o disminuirla en una o dos. Su arte se ha perdido hoy. Ya no tenemos necesidad de él. <<

[118] Chicago era el pandemonio industrial del siglo XX. John Burns, gran jefe obrerista inglés, que fue un momento miembro del Gabinete, es el protagonista de una curiosa anécdota. Visitaba los Estados Unidos cuando un periodista le preguntó en Chicago qué pensaba de esta ciudad: «¿Chicago? —respondió—. Es una edición de bolsillo del infierno». Poco después, cuando se embarcaba de regreso a Inglaterra, otro reportero lo abordó para preguntarle si había modificado su opinión sobre Chicago. «¡Oh, si —respondió John Burns—. Mi opinión actual es que el infierno es una edición de bolsillo de Chicago!». <<

[119] Era el nombre de un tren considerado como el más veloz del mundo en esa época. <<

[120] En esta época la población estaba tan espaciadamente distribuida, que la superabundancia de animales salvajes se convertía con frecuencia en una plaga. En California se estableció la costumbre de hacer batidas de conejos. En un día determinado, se reunían todos los campesinos de una región y barrían la comarca en líneas convergentes, empujando a los conejos por veintenas de miles hacia un cercado preparado de antemano, en donde hombres y chicos los mataban a garrotazos. <<

[121] Los historiadores se han preguntado muchas veces si el «ghetto» del sur fue incendiado accidental o voluntariamente por los Mercenarios; hoy está definitivamente aclarado que los Mercenarios le prendieron fuego, de acuerdo con las órdenes de sus jefes. <<

[122] Gran número resistieron una semana, y uno de ellos se mantuvo durante once días. Cada edificio tuvo que ser tomado por asalto, como un fuerte. Los Mercenarios se vieron obligados a atacar piso por piso. Fue una lucha sangrienta. Ni se pedía ni se concedía tregua. En este tipo de combates, los revolucionarios tenían la ventaja de estar arriba. Fueron aniquilados, pero a costa de severas pérdidas. El orgulloso proletariado de Chicago se mostró a la altura de su antigua fama. Tantos como fueron sus muertos, tantos fueron los enemigos que mató. <<

[123] Los anales de este intermedio de desesperación están escritos con sangre. La venganza era el motivo dominante; los miembros de las organizaciones terroristas no se cuidaban casi de sus vidas y no esperaban nada del porvenir. Los Danitas —nombre tomado de los ángeles vengadores de la mitología de los mormones— nacieron en las montañas del Great West y se extendieron por toda la costa del Pacífico, desde Panamá hasta Alaska. Las Walkyrias era una organización de mujeres, y la más terrible de todas. Ninguna era admitida allí si no había tenido parientes próximos asesinados por la Oligarquía. Estas Walkyrias torturaban a sus prisioneros hasta que los mataban. Otra famosa organización femenina fue la de las Viudas de Guerra. Los Berserkers (guerreros invulnerables de la mitología escandinava) formaban un grupo gemelo del de las Walkyrias: estaba constituido por hombres que no concedían ningún valor a sus vidas. Fueron éstos los que destruyeron completamente la ciudad de los Mercenarios llamada Bellona, con su población de más de cien mil almas. Los Bedlamitas y los Helldamitas eran asociaciones gemelas de esclavos. Una nueva secta religiosa que, por lo demás, no prosperó mucho tiempo, se llamaba Ira de Dios. Estos grupos de gentes tan tremendamente serias, adoptaban los nombres más fantásticos, entre los cuales éstos: Corazones sangrantes, Hijos del alba, Estrellas matutinas, los flamencos, Triples triángulos, Las tres barras, los Vengadoras, los Apaches y los Erebusitas. <<

[124] Aquí termina el manuscrito de Avis Everhard. Se detiene bruscamente en medio de una frase. Avis debió haber sido informada de la llegada de los Mercenarios puesto que tuvo tiempo de poner en seguro su manuscrito antes de su huida o de su captura. Es lamentable que no haya sobrevivido para terminarlo, pues de no haber sido así, ciertamente nos habría aclarado el misterio que desde hace setecientos años rodea la ejecución de Ernesto Everhard. <<